

MOTHER,

MOTHER



KOREN

ZAILCKAS

Lectulandia

¿Qué pasa cuando el peligro más escabroso viene de la mano que más te ama?

De la autora que ha ocupado los primeros sitios de ventas en el *New York Times*

En este impactante thriller se narra la historia de una típica familia norteamericana, con la vida en apariencia resuelta: Josephine Hurst, una amorosa madre, que tiene todo bajo control y se dedica a su esposo y sus tres hijos. Cuando su hija mayor se fuga con su novio, se sacude la paz de ese hogar perfecto y los acontecimientos cobran un rumbo cada vez más crudo e inesperado.

Douglas, el esposo, se refugia en el alcohol mientras tiene una actitud cada vez más ausente. Violet, la hija menor, se involucra con sectas y empieza a consumir drogas. Will, el pequeño, es epiléptico, tiene síndrome de Asperger y es sumamente retraído. A medida que la estabilidad familiar se tambalea, Josephine intenta desesperadamente tener todo bajo control y mantener las apariencias, sin importar que para lograrlo genere un clima de acoso y agresión, que abrirá la puerta a una violencia que podrá desbordarse.

Koren Zailckas, autora *best seller* del *New York Times*, logra una narración extraordinaria, con una trama estremecedora. Un magnífico relato en el que el amor va demasiado lejos y se convierte en un brillante cuadro de suspenso psicológico.

Lectulandia

Koren Zailckas

Mother, mother

ePub r1.0

Titivillus 27.12.15

Título original: *Mother, mother*
Koren Zailckas, 2013
Traducción: Aridela Trejo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Una familia es una tiranía gobernada por
el miembro más débil.

GEORGE BERNARD SHAW

a través de la neblina no hay forma de percibir
los relampagueantes ojos
las voraces garras
las fauces
a través de la neblina
sólo se ve
el hocico de la enorme nada
si no fuese por su peso sofocante
y la muerte que produce
uno creería que es una alucinación
una enfermedad de la imaginación
pero existe
con certeza existe...

ZBIGNIEW HERBERT, «El monstruo del señor Cogito»

Sábado

William Hurst

Lo primero que William Hurst vio cuando despertó de sus no tan dulces sueños fue su cara. Josephine, su madre, le sonreía y lo miraba con sus llorosos ojos azules; la luz del sol se le filtraba por su cabello, como al alegre Jesús de su Biblia ilustrada.

En este sábado en particular, la palabra «madre» era tanto un sustantivo como un verbo.

Detrás de ella, al final de la cama de Will, se encontraba el acuario para ranas que había deseado durante todo el verano. Tenía un estanque para renacuajos y una saliente rocosa en la que las ranas podían dormitar debajo del follaje de un trébol verde de plástico.

Will sabía que debería estar parloteando emocionado. Ahí estaba ella, esperando que levantara el puño y diera vueltas en señal de júbilo (nunca se atrevería a brincar en la cama, por supuesto). Pero algo estaba fuera de lugar. No era el momento adecuado.

—¿Hoy es mi cumpleaños? —preguntó Will—. ¿Hice algo para merecer un premio especial?

—No —respondió Josephine—. Hoy no es tu cumpleaños. Y tú, pequeño, eres mi premio especial.

Estiró la mano para acariciarle la cara al niño, como para darle un pellizco juguetón en la barbilla vendada o acomodarle el pelo (demasiado largo) detrás de la oreja. Sonó el teléfono y su mano recién humectada se quedó suspendida en el espacio. Se puso de pie y se deslizó en sus sandalias acolchadas para contestarlo; un tubo de velcro se le cayó del pelo y se quedó pegado en la alfombra como un erizo.

La casa debería haber estado tranquila ahora que la hermana de dieciséis años de Will, Violet, había desaparecido. Curiosamente, la casa de la familia Hurst continuaba siendo ruidosa. Incluso después de que colgó el celular, su voz permanecía nerviosa; sus acciones, escandalosas. La siguió a la cocina, donde el radio ya estaba prendido en la WRHV. Las puertas de la alacena se azotaban, los cubiertos salían disparados con los empujones que le daba a los cajones.

El olor a huevo podrido del baño matutino de su padre descendía por la escalera. El agua del tinaco estaba sulfúrea. A Violet le gustaba decir que el infierno olía a azufre. Igual que los lugares infestados de demonios. Si decidía creerle a su madre — y no había razón para no hacerlo—, los demonios eran rebeldes como Violet. Cayeron en desgracia cuando miraron los ojos bondadosos de Dios para anunciarle que ya no lo necesitaban.

En el desayuno, Josephine le preguntó:

—¿Un sustantivo es una palabra que indica una acción, que describe o que nombra?

—Una palabra que describe —respondió Will entre bocados de avena.

Por la sonrisa de Josephine —una media luna brillante— era imposible determinar si había acertado o no.

—Pongámoslo así —continuó—: ¿Cuál es el sustantivo en esta oración: «Siempre sé lo que hago»?

—Que.

—Que cuál es el sustantivo en esta oración...

—No mamá, no te estaba preguntando. «Que» es la respuesta.

—Ah —respondió Josephine—. Esperaba que dijeras «lo»; supongo que «que» también es correcto en este caso.

El teléfono inalámbrico retumbó desde el soporte. Josephine contestó y salió de la cocina mientras hablaba. «He dicho que no. Tengo un hijo de doce años con necesidades especiales. Es un peligro para él, no puedo tenerla aquí.»

Will tenía un trastorno del espectro autista con epilepsia comórbida. Le gustaba cómo sonaba, la palabra «espectro» se parecía a «espectacular». Sin embargo, sabía que sus diferencias avergonzaban en secreto a su familia, sobre todo a su padre. En el café Cherries Deli, siempre descubría a su papá viendo a los chicos de las ligas de fútbol juveniles que comían helados después de los partidos. A lo mejor Douglas deseaba un hijo más fornido y sociable, un bravucón de pelo rapado que pudiera bañarse y subir las escaleras sin supervisión, sin la amenaza agobiante de sufrir un ataque.

Su madre procuraba darle un enfoque positivo a sus problemas de salud. Una vez, sumido en la autocompasión, berreó: «¡No soy como la gente normal!». Para consolarlo Josephine le dijo: «Desde luego que no. Gracias a Dios. La gente normal es tonta y aburrida».

Hacía nueve meses le habían diagnosticado dos trastornos, desde entonces su madre lo educaba en casa. Josephine había sido académica antes, de modo que era tan competente como sus profesores anteriores. Además, adaptaba las clases según sus capacidades. Era paciente con las matemáticas porque a Will le tomaba una infinidad entender las raíces cuadradas. En cambio, era implacable con la literatura, le enorgullecían la calidad de su escritura y su habilidad lectora, que estaban por encima

de su edad escolar.

A Violet le gustaba decirle a Will que su autismo era una bendición. Estudiaba budismo y creía que Will había tenido que ser una persona excepcional en su vida pasada. Una persona paciente, desinteresada, casi un santo. Así que en esta vida se le había recompensado por su bondad pasada con una sensibilidad exacerbada. Según Violet, Will sentía todo de modo más profundo y entendía lo que la mayoría pasaba por alto, esto hacía que su vida cotidiana emulara la experiencia del nirvana.

Josephine desdeñaba el interés de Violet en la religión oriental. Despreciaba el zumbido de su cuenco, su incienso silvestre y la imagen de Geshla que reposaba en su buró en un ostentoso marco dorado.

Los Hurst eran católicos. Cuando Violet se sentaba con las piernas cruzadas con una sarta de cuentas *mala*, Josephine le pedía que guardara su «falso rosario». En agosto pasado, Violet se había rapado la cabeza con la rasuradora eléctrica de su padre. Will recordaba que Douglas había irrumpido en la sala sosteniendo un largo mechón café entre los dedos mientras gritaba: «¡Violet! ¿Qué significa esto?». Sin apartar siquiera su calva cabeza de su DVD de meditación, Violet respondió: «Papá, los significados son la ilusión de una mente crédula. No intentes darle una forma verbal a la realidad».

Violet no permitiría que nadie la moldeara según su propia realidad.

A Josephine le gustaba decir: «Violet es impredecible. Cuando alguien cree entenderla, se transforma como el hielo en agua».

Así habían comenzado los problemas, con una de las transformaciones de Violet. Los «cambios extremos en la personalidad» de su hermana eran una de las razones por las que Josephine había estado hablando por teléfono los últimos cuarenta minutos, susurrando cuando mencionaba «salas de crisis», «compromiso involuntario» y otras palabras que Will no encontró en su diccionario *Scholastic*.

«Violet está enferma». Le había dicho su madre semanas antes, después de que su hermana había vuelto a hacer llorar a su madre. «A veces, partes de nuestro cuerpo se enferman, ¿verdad?», agregó, frotándose los ojos. «Así como nos dan dolores de estómago o garganta, ella está enferma de la parte del cerebro que controla sus sentimientos.»

Will asumió que el cerebro de su hermana había enfermado porque había dejado de comer. Bueno, no del todo. Hace poco había dejado de beber cualquier líquido excepto jugo de granada o leche, también había dejado de comer, salvo arroz instantáneo Uncle Ben's o una combinación pestilente de brotes de soya y azúcar.

A medida que su cuerpo disminuía, las prendas de Violet adquirían la apariencia de disfraces. Usaba camisetas largas, las camisas de vestir de Douglas y pantalones con la entrepierna baja que la hacían lucir como uno de los cuarenta ladrones de Alí Babá. Su madre aseguraba que llevaba una pañoleta de gasa porque en la escuela se burlaban de su calvicie. Pero cuando Will le preguntó a Violet, ella le explicó que se cubría la cabeza porque estaba haciendo *sallekhana*.

—¿Es budista? —le preguntó Will.

—No, es jainista —respondió Violet.

«Tiene tendencias suicidas», Josephine le dijo a la persona del otro lado del teléfono. «He investigado y este jainismo, o como quiera que se le llame, es un ritual de ayuno cuyo objetivo es la muerte.»

Aún en bata, Josephine estaba encorvada en un banco en la barra de la cocina. Los demás tubos habían desaparecido de su pelo castaño (tonalidad «Bambi»). Se encontraba demasiado distraída como para tomar su peine. Rizos enloquecidos saltaban en espiral de su cabeza. «La apariencia cuenta». Siempre le decía a Will. Verla despeinada lo perturbaba más que nada, lo cual era decir mucho dadas las circunstancias.

Will se acercó a la estufa, intentaba sentir las puntadas debajo de la cinta quirúrgica que tenía en la barbilla. No hizo ningún esfuerzo por ocultar que husmeaba.

«Me da la impresión de que me pide que elija a uno de mis hijos», Josephine le dijo al interlocutor misterioso. «A pesar de que amo a mi hija más de lo que puedo expresar con palabras, estoy aterrada. Hirió a mi hijo de gravedad. Ajá. Sí. Temo por nuestras vidas.»

Poing, poing, poing. El bolígrafo de Josephine era el único sonido audible. La persona del otro lado del teléfono hablaba largo y tendido.

«Entiendo que no somos las únicas víctimas. Violet sufre los efectos de su estado más que nadie. Ajá. Estoy de acuerdo. Por más que hemos intentado procurarle la atención médica que requiere, con sólo sugerírsele se pone fúrica.» Hizo una pausa y escuchó un momento. «Eso...», a Josephine se le quebró la voz. Anotó «habitación 5150» en su libreta y lo enmarcó con estrellas. «Me parte el corazón. Sin embargo, si asegura que así se recuperará, supongo que no me deja otra alternativa.»

La compasión y la impotencia oprimían a Will. Quería proteger a su madre tanto como ella a él. Si bien había resultado herido anoche, a quien Violet quería ver muerta era a su madre.

De todos los disparates que habían sucedido la noche anterior, Will se había sentido más inseguro cuando vio la mirada que su hermana le dirigía a su madre del

otro lado de la mesa: había sido amenazadora, tenía el cuello hundido y los párpados caídos, una actitud tan propia de ella. Cualquiera otra persona hubiera pensado que se trataba de alguien dócil y masoquista. Pero él sabía la verdad: Violet se creía la prueba viviente de que la naturaleza podía triunfar frente a la crianza. No necesitaba el amor y los cuidados de su madre para sobrevivir.

Will cruzó la cocina y, en señal de apoyo, abrazó la cintura fajada de su madre.

Josephine cubrió la boquilla del teléfono con la palma de la mano y susurró: «No te preocupes mi vida, ya estás a salvo. Te lo prometo. No voy a permitir que te lastime otra vez.»

Ocho horas antes

Violet Hurst

Violet pasó su primera noche en la sala de urgencias psiquiátricas acurrucada en una camilla en un pasillo que olía a cabello sucio y a limpiador Lysol. Su cerebro todavía echaba humo, como una máquina recién apagada después de haber acelerado. Pero gracias al carbón líquido que se había tomado horas antes, se sentía más coherente, ya no le daba la sensación de que el universo fuera una repetición constante del tiempo, como un holograma.

En la camilla de enfrente descansaba una mujer hawaiana gorda. Estaba sentada en una postura rígida, los ojos delirantes se le movían de un lado a otro.

«Tengo una pregunta», dijo la mujer. «¿Está bien ser yo?»

En lo primero que pensó fue en la privacidad de la mujer. Supuso que estaría rezando en voz alta o teniendo una conversación seria con una voz que sólo ella escuchaba. Hizo un esfuerzo por no mirarla, así que fijó la vista en las sandalias desechables de hule espuma que había recibido tras haber llegado descalza.

La semana pasada a esta hora, Violet se inscribía por teléfono al examen de admisión universitaria, SAT. Escribía un ensayo de literatura inglesa y decidía si ir o no a la fiesta de Halloween. Todo eso parecía haber ocurrido en una vida pasada. Hacía menos de tres horas, Violet había reencarnado como paciente de un psiquiátrico. Había traspasado tres puertas cerradas y un detector de metales. Había orinado en varios recipientes y le habían sacado sangre de los dos brazos. La habían despojado de su ropa y entregado una pijama que se negaba a permanecer abrochada en la cintura.

La mujer hawaiana continuaba con su cantaleta inquietante. «¿Por qué no puedo ser yo?, ¿por qué soy desagradable?».

—Te está hablando a ti, ¿no te das cuenta? —esto provino del joven puertorriqueño en la camilla a la derecha de Violet. Estaba acostado boca abajo, tenía abierta una revista sensacionalista de supermercado entre los codos, los cuales apoyaba en la camilla. Daba la apariencia de estar arrancando las páginas de forma metódica y pegando los pedazos para crear combinaciones grotescas: la boca de Angelina Jolie con la barbilla de John Travolta y la nariz de Simon Cowell, un Frankenstein.

—¿A mí? —Violet hizo una pregunta tonta. Eran las únicas tres personas en el pasillo, además del flujo constante de celadores y enfermeras.

—Dice ser intuitiva —continuó el hombre.

—Ah —no quería admitir que no sabía lo que significaba.

—Nuestra amiga Oahu tiene ese don. Se siente poseída por la gente que la rodea. Siente lo que sentimos, ¿entiendes? Como en la película *La invasión de los usurpadores de cuerpo*.

De pronto, la mujer se tornó acusatoria, dejó de moverse y volteó para fijar la mirada en Violet.

—¿A ti quién te controla? —inquirió.

Media hora después, se acordó de Oahu cuando la enfermera internista le preguntó: «¿Escuchas voces o ves cosas que los demás no?».

Al tiempo que la terapeuta le hacía una serie de preguntas, las cuales lanzaba como si fueran disparos, Violet lloraba sin poder contenerse, sacaba un pañuelo tras otro de la caja que había atorado entre sus rodillas cubiertas por su pijama.

—¿Tienes antecedentes de enfermedades mentales? —le preguntó la terapeuta—. ¿Conoces tu diagnóstico clínico?

—No. Ninguno —respondió.

—¿Estás tomando alguna droga, ya sea legal o ilegal?

—No —hizo una pausa—. Bueno, hoy al salir de la escuela me comí unas semillas que me dio un amigo. Semillas de una flor. ¿Glorias de la mañana?

El foro de drogas que Violet y su mejor amiga Imogene Field habían consultado en internet decía que el LSA que contienen las semillas es una versión barata y legal del LSD. Se supone que el LSA produce euforia, visiones de fractales con los colores del arcoíris y, en palabras de un usuario: «una sensación general de pachequez agradable». Sin embargo, lo que empezó como una tarde divertida con los amigos terminó en un viaje catastrófico para cuando volvió a casa para cenar. Desde entonces, cada momento había sido un canibalismo mental. Aunque resultaba una idea extraña, así se sentía: como si su cerebro hubiera devorado dos tercios de su propia materia.

—¿Cuántas semillas te comiste? ¿Cómo te cayeron?

—Creo que cinco, junto con el agua en la que estaban remojadas. Me dieron náuseas. Se me acalambraron las piernas. Supongo que también me sentí mareada y después dopada. Después mi familia me atacó —sintió los ojos llorosos—. O tal vez perdí el control enfrente de ellos.

Después de la escuela, había ido a casa de Imogene. Finch, el hermano de Imogene, y Jasper, su mejor amigo, les habían enseñado un tarro lleno de agua, jugo de limón y los residuos molidos de las semillas de Gloria de la mañana del tipo Azul divino, las cuales habían molido en el molinillo de café de los Field. El señor y la

señora Field, que preferían que los llamaran Beryl y Rolf, se encontraban en el estudio que tenían en Manhattan, donde se reunirían con un nuevo oncólogo.

Finch les había asegurado a todos que las semillas eran orgánicas.

Imogene había sugerido que le agregaran jengibre al brebaje, por si les producía náuseas.

Jasper había dudado si la extracción era lo suficientemente potente así que le habían agregado cuatro o cinco semillas a cada vaso a modo de decoración.

El sabor no había sido asqueroso. Le había recordado a hierba de trigo. Jasper había insistido en que sabía a chocolate caliente aguado. Al principio no les había hecho efecto.

—¿Qué pasó cuando perdiste el control frente a tu familia? —le preguntó la enfermera.

—Al ver a mi madre, me pareció una persona distinta. Pero al mismo tiempo, era como si siempre lo hubiera sido. Como si al final del día, cuando nadie la ve, se quitara su disfraz hecho de piel. Ya sé que era el ácido el que lo distorsionaba todo, aun así, la analogía es adecuada —Violet se frotó los ojos, las cuencas le dolían.

—¿Cómo se lleva tu familia?

—No nos llevamos.

—Volvamos a lo que pasó anoche. Entiendo que estás alterada pero es importante. ¿Crees poder contarme más sobre el ataque?

La palabra «ataque» la hacía sentir mal, como si hubiera recibido una patada en el estómago y se hubiera quedado huérfana, todo a la vez. Le tenía pavor a su madre. Se sentía culpable por Will. Temía haber dicho algo de lo que no se podía retractar y haber cometido un crimen por el cual tendría que usar el overol naranja de la cárcel. Sólo intentar recordar lo ocurrido parecía atentar contra su integridad física.

—¿Alguna vez has intentado suicidarte? —le preguntó la terapeuta.

—Supongo que sí, al menos en sentido estricto —Violet intentó explicar que el ayuno jainista cuyo fin era la muerte, no era un suicidio—. Es una forma pacífica de renunciar a tu cuerpo. No es un acto de desesperación, sino de esperanza. No renuncias a la vida, sólo prosigues a la siguiente etapa.

Si bien para ella tenía sentido, la terapeuta permanecía escéptica.

—¿Consideras que padeces un trastorno alimenticio?

—No del todo. Más bien llevé la desintoxicación demasiado lejos. Sólo quería sentirme pura, despojada de todo el veneno.

El *sallekhana* era gradual. Primero ayunabas una semana. Después, alternabas los días para comer. Luego renunciabas a los alimentos uno por uno: primero las frutas, luego las verduras, después el arroz y por último el jugo. Después bebías sólo agua. En seguida alternabas los días en los que bebías agua. Por último, también renunciabas al agua, borrabas tu mal karma y rogabas para no renacer en otra

pesadilla.

Violet se miró las manos, tenía un tic nervioso recién adquirido. Al mes de ayunar, las manos se le enfriaron y las uñas se le tornaron azules. Desde entonces, las ocultaba debajo de gruesas capas de un barniz brillante llamado Night Sky.

En los confines de los muros del hospital, era imposible saber si anocheecía o amanecía.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las diez de la noche. Tengo que preguntar de nuevo, ¿atacaste a tu hermano con un cuchillo?

—No recuerdo. Todos me lo siguen preguntando. ¿Cuándo dejarán de hacerlo? Mi respuesta sigue siendo no lo sé.

—¿Crees que necesitas ser internada en el hospital?

Todos sus sentimientos se le filtraron por los brazos. Un miedo de la infancia — claustrofobia— se apoderó de ella.

—Por favor no permita que me quede —susurró Violet.

—Entiendo que estás asustada. Para la gente que viene, la idea del hospital es aterradora. Estás viviendo experiencias difíciles y la gente aquí está capacitada para lidiar con ello. Estás en un viaje. Si bien es cierto que por ahora las luces están apagadas, se encenderán de nuevo. De momento creo que deberíamos darte una cama y una pastilla para que puedas dormir.

—Me da miedo ir a casa —Violet confesó—, pero tampoco me quiero quedar aquí.

—Lo sé querida, pero según lo que nos contaron tus padres, dijiste e hiciste cosas que te convierten en una amenaza para ti misma y los demás. Así que necesitamos que te quedes con nosotros.

Las paredes de la oficina parecían estrecharse. Dirigió una mirada desvalida al calendario de paisajes que colgaba de la pared detrás del hombro de la enfermera. La foto de octubre era un bosque de secuoyas, el tipo de escena forestal que podía hacer que cualquiera se sintiera impresionado y solitario.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Violet.

—Setenta y dos horas.

—Hay algo más que no le he contado.

La terapeuta cruzó los brazos y parpadeó una vez.

Exhaló con efusividad.

—Anoche vi a mi hermana.

William Hurst

No acostumbraban a estudiar los sábados, pero preparar el próximo examen de matemáticas de Will los había retrasado. Para acreditar, el estado sólo le exigía un puntaje de 55 sobre 100 a los estudiantes con discapacidad. En cualquier caso, era importante para los dos que obtuviera por lo menos 75. Esta calificación indicaba que estaba preparado para ir la universidad. El objetivo de Josephine era que Will se graduara pronto y asistiera a la Universidad de Columbia en cuatro años.

«Hoy no tenemos que esforzarnos demasiado», dijo Josephine. «Estudiar un poco de ciencias sociales nos distraerá de lo de anoche. Después tengo que ir al hospital de Violet a firmar unos papeles. ¿De acuerdo?».

Will asintió. Se acomodó la barba falsa encima de la herida en la barbilla. Llevaba la diadema negra de moño de su hermana en el cuello, como si fuera una corbata.

Desde la controversia en la escuela primaria Stone Ridge en el otoño pasado, había aprendido a considerar el desayuno su nueva escuela. Esto había implicado adaptarse, desde luego. Se había despedido de las imágenes y los aromas de la enseñanza: las virutas de los lápices, la comida podrida en la lonchera, el sonido del gis contra el pizarrón mientras se clavaba y arrastraba.

Sin duda, Will extrañaba algunos viejos hábitos: el recreo, las ferias del libro, los juegos, los 7-Up que se tomaba en clase de los maestros sustitutos holgazanes. Cuando confesó extrañar algunas labores semanales extracurriculares como borrar el pizarrón y organizar los materiales de matemáticas, su madre le encomendó la labor de mantener sus orquídeas humectadas. Cuando se enteró de que sus antiguos compañeros habían ido al cine a ver *Otelo*, Josephine «los superó», en sus propias palabras. Había llevado a Will a la ciudad a ver la obra al Met de Nueva York. Incluso le compró un blazer con botones de latón para la ocasión.

Cuando se dio cuenta de que nunca actuaría en una obra escolar, su madre tuvo la idea de organizar un monólogo del poema «Annabel Lee» de Edgar Allan Poe. Lo recitó en la sala formal de los Hurst para un público de mujeres bebiendo Perrier, casi todas amigas de Josephine y compañeras del golf en el Rondout Country Club. El verso se había internado de manera sutil en su memoria a largo plazo y meses después lo recitaba con suavidad para sus adentros:

Los ángeles, infelices en el cielo ulterior;
nos envidiaban a ella y a mí,
y fue por eso (como saben todos
en el reino junto al mar turquí)
que de esa nube nocturna un viento sopló
hasta helar a mi Annabel Lee.

—¿Y el té? —le preguntó Will a su madre.

Las clases de ciencias sociales empezaban con un juego llamado «Té en la Casa Blanca». Los dos se disfrazaban de personajes históricos y hablaban de cómo habían crecido, muerto y por qué eran famosos. Por lo regular había té helado en una pesada jarra de vidrio.

—Hoy no hay té —contestó Josephine malhumorada—. Imagínatelo.

—De acuerdo —se levantó de la mesa, intentaba estirarse para pretender medir 1.95 metros. «Crecí en una cabaña de una habitación en Kentucky...». Se distrajo. Le preguntó a su mamá por qué no estaba disfrazada. Se suponía que debía estar vestida de Florence Nightingale.

Josephine no había escuchado la pregunta. Su mirada estaba enclavada en un pedazo de vaho en la ventana.

Will insistió en subir corriendo al cuarto de sus padres para tomar una carpetita de encaje para que su madre se la pusiera en la cabeza.

Empujó la puerta hacia adentro y descubrió a su padre sentado en la cama, llevaba sólo una toalla. Tenía el celular pegado al oído. Su voz suplicante le resultaba desconocida, distaba tanto del tono autoritario que había empleado para convencerlo de entrar a los Boy Scouts.

—Cometí un error —reconoció Douglas—. Tengo que verte. En un lugar como éste no puedo ver la luz. ¿Me escuchas? No puedo ver la puta luz.

Hacia el final de la súplica de su padre, la perilla golpeó contra la puerta del clóset de forma estrepitosa.

Douglas se asustó. No llevaba sus lentes sin armazón y tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

—Lo siento papá —jaló la carpetita de la parte superior del alhajero de caoba de su madre y cerró la puerta a toda velocidad.

—¿Sabías que papá está hablando por teléfono? —le preguntó a su madre al volver a la cocina.

—¿Y?

—Estaba en una llamada graciosa, es todo.

Cuando Josephine cruzaba los brazos y fruncía el ceño, Will se ponía nervioso.

—¿Cómo que graciosa?

Will hurgó en su cerebro para buscar la palabra indicada. Necesitaba algo preciso y sensible al mismo tiempo, un concepto que tomara en cuenta los sentimientos de su madre. Ella ponía especial atención en las palabras, de manera que él también lo hacía. Ocupaba buena parte de su tiempo estudiando el diccionario. Llenaba libretas con sustantivos extensos e inusuales que la impresionaran (*epanadiplosis: figura que consiste en repetir al fin de una cláusula o frase el mismo vocablo con que empieza; adocenado: vulgar; concomerse: consumirse de impaciencia*).

—No era para morirse de risa —respondió—. Era más bien extraña. ¿Le habrá llamado Violet?

—Ay, Will. ¿Todavía te preocupa mucho Violet, verdad? Ya te dije, no puede lastimar a nadie desde donde está. No le van a permitir llamar a nadie en un tiempo. A ver, volvamos a Té en la Casa Blanca. Me estaba hablando usted de su vida, señor Lincoln —le dijo su madre.

Tal como Abe, recitó la parte que sabía le gustaría más a su mamá: «A los nueve años, mi madre bebió leche echada a perder y vomitó hasta morir. Con frecuencia le decía a la gente: “Todo lo que soy y lo que espero ser se lo debo a mi madre, un ángel.”»

La mirada de Josephine se tornó triste y sensible. Esbozó una sonrisa débil y tocó la férula que le pusieron a Will en urgencias la noche anterior. Después se inclinó para besarle la venda de la barbilla. Y de algún modo, le dolieron menos las heridas.

Decidió omitir cierta información en el juego de esa mañana. No le habló a su madre de Sarah, la hermana mayor de Abe Lincoln, quien lo crió cuando murió su madre. También había suprimido la parte sobre el hermano menor de Abe, Thomas, muerto en la cuna. A nadie le gusta hablar de bebés muertos. Y sin duda alguna, a su madre no le gustaba hablar de hermanas mayores.

La sola mención de Rose, la hermana mayor de Will, avergonzaba a Josephine, adoptaba una actitud defensiva; el mal humor perduraba como el tufo de zorrillo. La mayoría de los vecinos no mencionaba el tema ni por error, pues sabía de sobra lo doloroso que le resultaba a los Hurst. Sin embargo, a veces, una de las bien intencionadas y medio seniles ancianas de la Iglesia de San Pedro preguntaba si Rose, la actriz, ya figuraba en la obra más reciente del Centro Ulster de Artes Escénicas de Nueva York. Josephine respondía con alguna frase cortés y evasiva como «no ha tenido la suerte» y pronto se ponía a alabar a la protagonista de dicha obra. Sabía que su madre deseaba que los vecinos de Stone Ridge siguieran adelante con sus vidas y se olvidaran de Rose casi tan rápido como ella los había olvidado a ellos.

Hacía poco menos de un año, Rose había huido de casa con su novio y con ello había repudiado a los Hurst. «Dale su espacio», Violet había dicho cuando Josephine

le contó a la familia los detalles nefastos de la última llamada de Rose. «Hablas de ella como si fuera mucho menor de lo que es. Tiene veinte años. Cuando se llega a la adultez a eso que tú le llamas “huir de casa” se le conoce como independizarse.»

Rose era tan egocentrista o cobarde (o ambas) que ni siquiera le había avisado a los Hurst que planeaba irse. Sus padres reportaron su desaparición veinticuatro horas después de que no llegara a casa de su clase matutina en la Universidad Estatal de Nueva York, campus New Paltz. Una semana después, se tomó la molestia de llamar a su madre. Mientras tanto, los Hurst habían estado pendientes de cada agonizante hora que transcurría y cómo ésta determinaba que la policía la encontrara o no con vida. Josephine había organizado búsquedas a pie en la zona del arroyo. Douglas había creado un grupo de Facebook llamado «Encuentra a Rose Hurst». Él le había ayudado a su madre a pegar volantes en las fachadas de las tiendas del pueblo en los cuales figuraba el rostro angelical de Rose debajo de la pregunta suplicante: «¿Has visto a esta chica?»

Los detalles del volante:

Pelo: castaño

Ojos: azules/grises

Cuando se le vio por última vez, Rose vestía jeans, un suéter color durazno y un abrigo blanco acolchado con ribetes de piel. Señas particulares: un lunar debajo del ojo derecho y una marca de nacimiento del tamaño de una moneda de veinte centavos detrás de la oreja izquierda.

En ese entonces, le había parecido que su madre debió haberle entregado una foto distinta al Centro Nacional de Niños Perdidos y Explotados.

—¿Por qué? —le preguntó Josephine.

—Porque en ésta Rose está sonriendo, nadie va a reconocerla.

En dondequiera que Rose se encontrara en estos días, seguro sonreía. En cambio, su madre llevaba el ceño fruncido de manera permanente y Will no se lo podía borrar sin importar lo mucho que lo intentara.

También en estos días la palabra *monanto* parecía ser adecuada. Significaba tener una sola flor. Y eso era lo que los Hurst tenían: una violeta y ninguna rosa.

De vuelta al presente, durante el juego, Josephine iba peinada con raya en medio y portaba un gorro hecho con una carpetita, era una representación demasiado convincente de Florence Nightingale. Con sus ojos cansados y abatidos leía las palabras que se suponía demostraban el trastorno bipolar de Flo. Era una carta abierta a Dios en la que le preguntaba por qué no podía ser feliz sin importar lo mucho que intentaba. «¿Por qué no puedo sentirme satisfecha con la vida que satisface a tantas personas?», Josephine preguntó en una voz ronca. «¿Por qué me debilita, desespera y

enferma?»

Aunque no se atrevió a decirlo, el motivo era Rose. Antes de que Rose huyera, Douglas no había sido infiel, a Will no lo habían acosado en la escuela y Violet no era tan vengativa y demente. Rose había dejado a su familia con un déficit y cada día parecía desangrarlos todavía más. La diferencia entre lo que los Hurst habían sido y lo que eran resultaba cada vez mayor. Will sabía que esa diferencia afectaba a Josephine más que a nadie. Rose había convertido a una familia perfecta en un perfecto desastre y no podía evitar sentir que todavía faltaba lo peor.

Violet Hurst

La enfermera llevó a Violet en silla de ruedas a un cuarto escueto que tenía una ventana enrejada, casilleros de metal y un compañero de habitación: un individuo quieto como un cadáver que dormía de espaldas; su catre parecía una mesa de autopsia.

Acababa de tragarse una pastilla para dormir color rosa y recargado la cabeza en el colchón cuando una linterna le iluminó la cara todavía llena de lágrimas. «Revisión», dijo el celador cuya silueta vio reflejada en la puerta. Cuando sucedió de nuevo quince minutos después, se le ocurrió que estaba en la unidad de vigilancia para suicidas que había leído en el libro *Inocencia interrumpida*.

Por primera vez, se preguntó si en verdad estaba loca, no sólo hambrienta y drogada al grado del delirio. A lo mejor las semillas de Gloria de la mañana habían acentuado algún tipo de esquizofrenia latente. Al consumir ácido, algunas personas —a lo mejor ella incluida— abandonaban la realidad y nunca volvían del todo. ¿Sería por eso que no recordaba lo que le había hecho a Will? Si bien a veces se le dificultaba recordar todos los momentos reveladores de un viaje de ácido, nunca se le había borrado un recuerdo completo. El LSD no hacía que la gente perdiera la conciencia, pero por el contrario, tal vez la esquizofrenia u otro trastorno mental sí.

Sabía, por supuesto, que era probable que lo de Rose hubiera sido una alucinación. Su hermana pudo haber sido un juego de luz, un engaño de su mente drogada o quizá enferma. Incluso antes de las semillas, se sentía mal alimentada y cansada. Cuanto más adelgazaba, mayor dolor le producía sentarse o recostarse, así que casi todas las noches se dedicaba a meditar mientras caminaba, paseaba de un lado a otro en su cuarto, intentando perdonar a Rose. Por la falta de sueño había experimentado distorsiones simples de la realidad. Los colores parecían más brillantes, había estado sintiendo que tenía menos control de sus sentimientos de ira, los cuales iban dirigidos al miembro de los Hurst que había huido.

En los meses previos a la partida de Rose, había inspeccionado a su hermana de cerca. La había visto rechazar las drogas, a los chicos, casi todo, y había pensado: ¿Qué tal si hago lo opuesto? ¿Qué sentido tiene ser buena si Rose era miserable de todas formas? Aunque las hijas de los Hurst nunca habían sido cercanas, su madre les había hecho la vida igual de difícil. Violet creía que su hermana se había ido porque era la única solución a un problema persistente. El problema era éste: Josephine había

dejado muy claro que ningún hombre, mujer o niño debería ser más importante para Rose que su propia familia. Por eso era raro que Rose saliera con chicos, por eso era retraída, por eso huyó con un hombre misterioso llamado Damien. Damien, como el remedo de un presagio. Como el hijo del diablo.

Pero nadie le ayudaría a Violet a independizarse. Todos los días tenía que enfrentarse a un hogar autoritario como si se hiciera camino con un machete en una selva que todas las noches volvía a crecer más gruesa y espinosa que nunca. En eso había estado pensando en la cocina cuando sostenía el cuchillo de chef de su madre.

El cuchillo. Recordaba con exactitud el cuchillo, lo brillante que lucía la hoja bajo su mirada alucinada. Recordaba la sensación de sacudirlo de atrás hacia adelante en la tabla de cortar. Incluso se acordaba de lo poderosa que se había sentido cuando señaló a Josephine con la punta. Lo que había olvidado era haber practicado su maestría con el cuchillo en Will. ¿Qué demonios había hecho? ¿Le había abierto la mano como si fuera una pechuga de pollo? ¿Le había sujetado y pelado el dedo? ¿Por qué?

Permanecía inmóvil, buscaba la razón detrás del ataque a su hermano. ¿Había intentado defender a su madre? ¿Había dicho algo para defender a Josephine que le había molestado? No podía ignorar la posibilidad de que lo había lastimado —a ese chico raro y dócil— porque envidiaba el amor que le brindaba su madre.

Cuanto más pensaba en ello, mayor era su confusión.

Su recuerdo más lúcido hasta ahora giraba en torno a una premonición que había tenido en el momento en que se dio cuenta de lo desagradable que sería su viaje:

Habían estado sentados en la comodidad de la sala abovedada de los Field, que emulaba una kasba, tomando sus cocteles color verde alga. Desde la entrada, la casa de los Field siempre le producía una sensación de pachequez agradable. Lámparas de vitral arrojaban arcoiris fragmentados en las otomanas de piel. Los techos estaban pintados de azul laguna y azafrán brillante. El ambiente olía a cedro. Josephine llamaba a los Field «hippies con tarjeta de crédito platino». Beryl y Rolf se habían conocido en la universidad. Cuando se embarazaron de gemelos, Rolf se rasuró la barba de Fu Manchú y cambió su pujante carrera como artista por una en el sector financiero.

Violet aún se deslumbraba en la presencia de sus amigos exóticos e indolentes. El cabello de Imogene, teñido con los colores del arcoiris, parecía una galleta napolitana. El abundante flequillo rubio de Finch le colgaba encima de sus lentes de pasta. Jasper llevaba un sombrero de piel de mapache y una playera con una cita del artista urbano Banksy: *Muchos padres harían lo que fuera por sus hijos, excepto dejarlos ser ellos mismos*. Violet no comprendía por qué no se daban cuenta de que eran demasiado *cool* para ella.

Había transcurrido una hora sin que las semillas surtieran efecto. Finch estaba

sentado frente a su MacBook viendo cortos surrealistas del artista checo Jan Švankmajer.

—A la mierda con la botánica —dijo Jasper—. Esas semillas no sirven.

—Tal vez tuvimos que haber ayunado antes de comerlas —Finch sugirió. Violet se emocionó. Ella había ayunado en secreto por razones que no había compartido con sus amigos.

Algo sucedió cuando Violet buscaba la respuesta al 40 horizontal («becerro huérfano»), los chicos se reían con *Meat Love* de Švankmajer. En la pantalla, dos filetes de carne se restregaban en un platón enharinado.

—¡Ja!, ¡pero qué polvo! —gritó Finch.

—«Mayugar» la carne adquiere otro significado —Jasper respondió riéndose.

El espectáculo de tanta carne cruda reluciente le produjo un hormigueo que se le extendió por las piernas. Le dio un espasmo en el estómago vacío. Se puso de pie para ir al baño y sintió que la habitación se le cerraba, como si hubiera dado cinco pasos en vez de uno. Cuando retrocedió, se produjo el mismo efecto pero al revés.

—¿Estás bien? —le preguntó Finch.

—Parece que Hurst está teniendo un mal viaje —apuntó Jasper.

—Voy contigo —dijo Imogene— tampoco me estoy sintiendo muy bien.

Sintió que giraba sobre un eje inclinado. En el baño, levantó la tapa del escusado y vio un filete completamente crudo y sangriento en la taza. En seguida experimentó una alucinación auditiva. Escuchó risas histéricas. Luego sintió el calor de su madre mientras le susurraba al oído: *Es la cadena alimenticia, Viola, cállate y come.*

Ahora se arrastraba por el piso de linóleo del hospital (helado) para ir al baño (abierto). Dentro, le dio la bienvenida un espejo irrompible de 30 centímetros de largo. La imagen reflejada era más parecida a la de un marciano que a la de una chica. La inanición voluntaria le había dado un color amarillento y desabrido a su piel. Si bien sus pupilas no eran los eclipses lunares totales que había tenido en casa de Imogene, tampoco habían recuperado su tamaño normal ni su sobriedad. Pasó la palma de la mano por la nuca, el pico que se le formaba en la frente y por último, por las púas de puercoespín de su cabeza desaliñada. Incluso en un ambiente tolerante — los Hurst vivían a 27 kilómetros de Woodstock—, los chicos de su edad consideraban que su pelo y dieta eran algo extremos.

En primer año de prepa, cuando había llevado una cola de caballo, de verdad había tenido un par de pretendientes. Troy Barnes le había dado un masaje con Vick VapoRub la primera vez que había probado el éxtasis. Finch la había besado en una excursión a las cuevas Rosendale y durante semanas le había enviado mensajes de texto locos, del tipo: «Has mancillado mi alma. Estoy orgulloso, aunque avergonzado». Pero cuando se rasuró la cabeza, se desataron rumores sobre su posible lesbianismo y los dos se arrepintieron, junto con el resto de la especie

masculina. Finch sólo quería que fueran amigos. Cuando Troy le hizo caso de nuevo, la llamó bola blanca. A pesar de todos los conflictos sociales que el fanatismo le había causado, no podía dejar de ayunar, meditar ni leer libros con flores de loto o nubes algodonosas en la portada. Después de que su hermana huyó, se le ocurrió que necesitaba un escape al igual que el de ella. La religión parecía proporcionarle una buena ruta de escape, además, era convenientemente compatible con las drogas psicodélicas.

Cuando su hermana se fue, se dio cuenta de que no podía seguir rezándole al dios de su madre, a ese bravucón al que Josephine acudía para justificar sus acciones, sobre todo en la manera en la que trataba a Rose.

Violet siempre había sospechado que Josephine no era como las otras madres, pero el año pasado había logrado identificar las conductas extrañas que la hacían distinta. Después de la partida de Rose, Josephine había sacado a Will y a Violet de sus posiciones marginales en la jerarquía familiar. Fue cuando se dio cuenta de lo mucho que Josephine había tratado a Rose como su muñequita favorita: alguien a quien vestir, presumir y manipular a su antojo. Violet siempre había sido más resistente a ese tipo de relación unilateral: vestía como quería, intentaba decir lo que sentía y, sobre todo, reconocía las diferencias entre ella y la mujer opresiva y corrompida a la que llamaba mamá.

Aunque era capaz de compadecerse de Rose ahora que ya no estaba, una de las razones por las que su relación como hermanas había fracasado era que, a diferencia de ella, Rose podía soportar y sonreírle a los comentarios denigrantes de Josephine. Rose censuraba lo que hacía y decía incluso cuando Josephine no estaba presente. Violet era lo contrario: había desarrollado una necesidad casi patológica de señalar lo que su familia quería esconder bajo la alfombra y exhibirlo como un cráneo empalado.

Por desgracia, pronto aprendió que la individualidad incrementaba el reclamo de propiedad que Josephine podía ejercer sobre alguien. Josephine le atribuía el mérito de tus rasgos positivos a sus genes de primera. Tus éxitos académicos o sociales se los adjudicaba a su crianza impecable. Si te desviabas del camino, si te convertías en un bicho raro y un mediocre, como Violet, si sabotabas tus logros para que no pudiera utilizarlos en su favor, entonces la matriarca se transformaba en una bestiarca y te adjudicaba sus propias cualidades malignas. Decía que manipulabas a la gente (lo cual ella hacía), que eras vengativo (su especialidad). El juego funcionaba porque cuanto más fingía ser la víctima, más querías victimizarla. Cuanto más te señalaba tu enojo, más te enfadabas.

Aunque los detalles seguían siendo vagos, sabía que su ataque en la cocina habían sido patadas de ahogado para transmitirle a Douglas y a Will la verdad acerca de su madre. Nunca se le había ocurrido que a pesar de sus advertencias, decidieran creer que Josephine era una madre benigna que preparaba lunches y curaba sus heridas. Desde luego, su ejecución era en parte responsable. Drogada no había resultado una

ponente estelar. Es probable que haya expuesto sus puntos más importantes a través de alaridos y groserías.

Se imaginó a Josephine en casa, abriendo una botella de champaña por la victoria. La había orillado a atacar a su propio hermano, con lo cual había demostrado que era invencible y que Violet era inmunda. Aclamada sea Josephine, la victoria era suya.

William Hurst

Se acercaba el final de Té en la Casa Blanca, era hora del gran final de Will. Le contó a Josephine que el 14 de abril, había ido a ver una obra llamada *Our American Cousin*.

—Durante el intermedio, mi guardaespaldas salió del teatro para empedarse con mi chofer —dijo Will.

—¿En dónde aprendiste esa palabra?

—¿Cuál? ¿Empedarse? No sé. Violet la usa. Significa que has bebido tanto alcohol que das vueltas sin moverte.

Cuando Josephine desaprobaba algo, entrecerraba los ojos como los dinosaurios de plástico de Will.

—Entonces, cuando mi guardaespaldas estaba bebiendo alcohol, un actor-espía me disparó en la parte trasera de la cabeza. Justo aquí.

Se derrumbó en el piso. Todas las actuaciones de Té en la Casa Blanca terminaban así: jadeaba, se revolcaba a causa de un dolor insufrible y parpadeaba sin cesar. Como a Rose, su antecesora, le deleitaban sus habilidades actorales. Podía hacer reír a su mamá sin ningún esfuerzo. Esta vez Josephine no esbozó ni media sonrisa, tampoco intentó descubrirlo respirando en la tumba. Sin importar lo mucho que insistía en retomar la rutina, no se había olvidado de la noche anterior. A pesar de haber limpiado el risotto derramado en la cocina y trapeado la sangre del piso, la cocina todavía tenía un aire de que algo no estaba del todo bien.

Abrió los ojos intentando no moverlos porque se estaba haciendo el muerto.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Lo hice mal?

—Estuviste bien —respondió Josephine—. Aunque hubieras hablado sobre la derogación de la esclavitud y el discurso de Gettysburg. Té en la Casa Blanca es una materia escolar, ¿recuerdas? No es un ejercicio de actuación. No lo hacemos por el drama.

Se sintió devastado. Dejó que la barba le cayera al pecho como un collar peludo.

—Lo siento mamá. A la próxima no me muero, ¿de acuerdo?

—Puedes morirte.

—No hace falta.

—William, no estoy de humor. Puedes morirte, ¿de acuerdo? Por mí está bien. A la próxima no lo dramatices tanto.

Su mamá fijó la mirada en la ventana. Afuera, el cartero perdía el tiempo en su camión sin puerta. Tenía una panza de tercer trimestre de embarazo y llevaba shorts sin importar la época del año o el clima. Se dio cuenta de que siempre dejaba el buzón entreabierto.

—En internet la gente dice que Abe Lincoln consumía marihuana.

—¿Marihuana?

—También dicen que era homosexual.

—Ay Will, no seas ridículo. En serio no tengo tiempo para esto. Si no nos subimos al coche ya, vamos a llegar tarde al hospital.

Ridículo. Una palabra descriptiva reservada para alguien o algo a quien no hay que tomarse en serio.

¿Qué le sucedía? Pensó en ello mientras se subía a la parte trasera del sedán rojo de su madre. Llegó a la conclusión de que era por su autismo, la raíz de sus deficiencias. Todos los libros sobre Asperger que su madre dejaba desperdigados por la casa decían que las personas como él carecían de empatía. Pero él consideraba que ése no era su problema. De hecho percibía demasiadas señales de los demás. Tantas que era como un radioespectro saturado, le costaba hacer una lectura clara de una persona (incluido él mismo). Todas las interacciones con otros humanos estaban llenas de estática. Todas las conversaciones, de ruido.

Vio el perfil de Josephine en el espejo retrovisor. Estudió sus pestañas rizadas y la pincelada perfecta que delineaba su nariz. Seguro era difícil para ella fingir una expresión distante y controlada por el bien de Will, sin embargo, podía ver sus nudillos blancos en el volante.

Salió en reversa y cuando pasó por el buzón, suspiró: «De modo que lo dejé abierto de nuevo. ¿Podrías salir y tomar la correspondencia?»

Entre la correspondencia, notó un sello familiar en la parte trasera de un sobre para Violet que le había llamado la atención. La cera rosa tenía grabada una nota musical, una clave de sol que reconocía por la clase de piano de su madre. Fuera del nombre de Violet, la dirección de los Hurst en Old Stone Way y una dirección en Nueva York sin remitente (130 Seventh Avenue, #123) en la esquina superior izquierda, el sobre no tenía más.

Aunque William sabía que no le incumbía —a su madre le gustaba decirle: «Sólo porque algo apesta, no quiere decir que tengas que ir a meter la narizota»—, al volver al asiento trasero, pensaba preguntarle a quién conocía Violet en «Nueva York, N.Y.»

Cuando Josephine disminuyó la velocidad para pasar por la caseta de cobro en el puente de la ciudad de Poughkeepsie, volteó al asiento del copiloto, la correspondencia sobresalía del bolso cuadrado de piel de avestruz de su madre. De pronto supo por qué el sobre le había resultado tan familiar: «A.P.» era apartado postal. *Desaparecido* era un adjetivo. Y la neoyorquina que Violet conocía era su

hermana perdida, Rose, quien acostumbraba a ponerle un beso encerado a todo.

Violet Hurst

La mañana siguiente cuando la jefa de enfermeras (incluso esto parecía tener doble sentido) apareció en la puerta, Violet le hizo una serie de preguntas:

—¿Puedo conseguir un cepillo de dientes? ¿Puedo hacer una llamada? ¿Han sabido algo de mi familia?

—Después —le respondió la enfermera—. Ahora necesitas venir conmigo. Unos policías quieren hablar contigo.

La siguió por el pasillo hasta la sala de visitas, en donde dos policías uniformados la esperaban mientras bebían café solo.

Así que había llegado la hora de la verdad. Se imaginó el sonido de las esposas al hacer clic en sus muñecas.

Los dos hombres se pusieron de pie cuando se acercó. Parecían jugadores de fútbol americano.

Le resultaba difícil recordar si alguna vez se había sentido segura con la policía. Frente a un uniforme azul, Josephine se esmeraba por causar una buena impresión: se ofrecía a comprarles café a los policías en cuestión y les consultaba cómo organizar comités de vigilancia vecinal. Violet, en cambio, le tenía un miedo profundo a la autoridad. Incluso cuando no tenía los labios pintados de rojo por haber tomado vino ni llevaba una pipa en el bolsillo, la sola presencia de una placa le enfriaba la sangre.

«Aquí está Viola», anunció la enfermera.

Su verdadero nombre era Viola, por la variedad amarilla de la *viola pubescens*. Sin embargo, desde el kinder se hacía llamar Violet. «No entiendo por qué querrías ser una tímida e insignificante violeta», decía Josephine. «Es casi tan malo como ser una rosa ordinaria.» Esa indirecta era para su hermana, cuyo nombre de pila era Rosette.

Se cerró los pantalones de la pijama con una mano e intentó no parecer una demente. Estaba tan nerviosa que apenas escuchó a los policías presentarse. Sus nombres le entraron por un oído y le salieron por el otro sin dejar huella. Para ella eran una bestia de dos cabezas y dos armas. Eran Tweedledum y Tweedledee, los hermanos de *Alicia a través del espejo*, sólo que armados.

—Empezaré por asegurarte que, de momento, no hay cargo alguno en tu contra —dijo Tweedledee—. Entiendo que eres una menor bajo tutela. ¿Estoy en lo correcto?

Debió haber respondido con una mirada de zombi porque el otro policía se apresuró a traducir.

—¿Eres menor de dieciocho años?

—Ajá.

—¿Y tus padres son tus tutores legales?

—Sí.

El oficial Dee cruzó sus brazos fornidos.

—Verás, Viola, estamos aquí para atender una denuncia por violencia doméstica. Tu hermano acudió al hospital Kingston anoche con una lesión seria en la mano derecha así como con otras heridas menores. Tu madre asegura que tú le causaste estas heridas.

—¡Nunca he lastimado a Will! —Violet se avergonzó de su horrendo gemido adolescente. Respiró profundo e intentó suavizar su tono, apenas lo consiguió—. No intenté apuñalar a nadie. Aunque no recuerdo todo, eso lo tengo claro. Es su palabra contra la mía...

—¿Te refieres a tu madre? —preguntó el oficial Dee.

—Sí, mi madre.

Prefería el término «donadora de útero». Si bien estaba convencida de que su madre mentía, no estaba tan segura de poder confiar en su propia versión de los hechos. Buena parte de lo que había ocurrido en la cocina parecía ser una realidad extraña, a medias. Las drogas habían fragmentado las cosas y las habían vuelto a poner en su lugar, sólo que sin sentido. Su memoria era como un caleidoscopio. Cada vez que intentaba analizar los detalles, la escena se fragmentaba. Por más que quería mencionar a Rose, parecía que cada que lo hacía, se metía en más problemas. Cuando había mencionado a Rose en la cocina, su familia se había puesto en su contra. Cuando lo había hecho durante su ingreso al hospital, había quedado como quien recurre a medidas desesperadas.

—Mira —dijo el oficial Dum. Era el de cara redonda y ojos nobles—. No estuvimos ahí. No vimos si se trató o no de un ataque. Le hemos informado a tu madre cuáles son sus derechos y está decidiendo si presentar cargos en tu contra o no. Lo que sí aseguró fue que iba a solicitar una orden de restricción a menos que te internaras aquí.

—¿Una orden de restricción? —de nuevo se odió por sonar tan joven.

Dum volteó a ver a la jefa de enfermeras, quien había estado rondando en la esquina como carcelera.

—Tu madre dice que eres una amenaza para ti y para tu familia. Por el bien de todos debes permanecer aquí.

Y así, sin conocer su diagnóstico clínico, Violet Hurst ingresó de manera voluntaria a un hospital que trataba trastornos mentales serios con la ayuda de medicamentos psicotrópicos.

De vuelta a la oficina de admisión, el consejero en turno le cantó las cuarenta:

—Te puedes ir a casa sólo si los doctores te dan de alta. Si insistes en que lo hagan, puedes escribir una carta solicitándolo. El hospital tiene tres días hábiles —de lunes a viernes, excluyendo fines de semana y días feriados— para darte una respuesta. Te daremos de alta o tramitaremos un *affidavit* y recibirás un requerimiento de la corte. ¿Entiendes?

—Eso creo.

—Firma aquí por favor.

El corazón le latía. En sus dedos fríos, la pluma se sentía demasiado gruesa. El nombre que garabateó en la línea comenzó con una «V» sólida pero de inmediato se distorsionó para convertirse en minúscula letra de un niña de primaria. Su apellido parecía una desgracia para su nombre, lo cual a estas alturas, lo era.

Luego de otorgar el preciado aunque limitado poder que toda chica de dieciséis años aún tiene, se bañó por primera vez en días. Tuvo que solicitar una regadera en la recepción, un procedimiento extraño derivado del hecho de que a antiguos pacientes les gustaba desatornillarlas y lanzárselas al personal. Después de secarse con una toalla blanca áspera y ponerse una pijama estándar limpia, se dio una vuelta por la estancia. Al caminar por el pasillo, sintió que el estómago distendido le daba vueltas. Por primera vez desde su ingreso, se sentía presa. No tenía identificación, celular, ropa ni podía escaparse. Una idea espeluznante acabó con su apariencia indiferente. ¿Qué tal que nunca me dejan salir? Aunque se sentía aliviada de alejarse de su madre, la idea de pasar su adolescencia encerrada no la aliviaba. ¿Qué tal que le daban medicamentos del tipo antipsicótico que le causaran diabetes, la dejaran ausente y hablando con las paredes?

En el cuarto de estar, dos chicas peleaban por el botón para cambiarle de canal a la televisión. Parecían de la misma edad de Rose. Una tenía una melena desaliñada teñida de rojo y cejas delgadas pintadas con delineador. La otra era alta y enjuta, sus ojos azules intensos, casi agresivos, traspasaban el fleco crecido de su corte de pelo a la Mick Jagger. Una cicatriz fresca, rosa y horripilante, se dibujaba desde el lóbulo de la oreja hasta la laringe. No pudo evitar pensar que la chica tenía una majestuosidad triste, una belleza decadente. Un rayo de sol se reflejó en las luces marchitas de su cabello cenizo.

La enfermera le puso un alto a la riña, la pantalla quedó manchada con huellas digitales. Tomó un pañuelo de la caja encima de la televisión y se lo pasó a la pantalla.

—Gracias —dijo la morena—. Perdona, soy Edie y ella es Corrina.

Corrina vio a Violet como si fuera un blanco y en seguida regresó su mirada asesina a la televisión.

—Violet.

—¿Acabas de llegar? Se tensó y asintió.

—Anoche —respondió.

—Pues no te ves mal —dijo Edie—. ¿Qué fueron? ¿Pastillas?

Se tardó en entender, para cuando lo hizo, la chica ya estaba pidiéndole detalles.

—¿Intento de suicidio? Descuida, no tienes de qué avergonzarte —Edie se señaló la cicatriz—. ¿Has visto algo más vergonzoso que esto?

Edie se había suspendido de un cortinero con un cable. En vez de estrangularse, el cortinero se había roto y el cable le hizo una herida en el cuello de diez centímetros de largo. Su compañera de habitación en la Universidad de Vassar, en Nueva York, la había encontrado desangrándose, aunque intentándolo una vez más con una bolsa de plástico en la cabeza. Cien puntadas y una transfusión de tres litros después, Edie había terminado en el Hospital Psiquiátrico Fallkill. Era su segunda estancia en dos años.

—Crisis psicodélica —para evitar complicaciones, añadió—, LSD.

—Wow —respondió Edie—. Pues te ves bastante bien. ¿Qué tan mal estuvo?

¿Qué tan mal estuvo? Bajo el efecto de las semillas, Violet se había puesto a un lado de Imogene frente al espejo, le había sorprendido el tamaño de sus pupilas dilatadas. Se le había ocurrido incluso que eran como hoyos negros en una máscara de hule de su propia cara para Halloween.

—¿Te sientes muy pesada? —le había preguntado Imogene—. Me da la impresión de que la gravedad está trabajando tres veces más de lo normal.

No se había sentido pesada, todo lo contrario. Había estado teniendo un mal viaje y tras escuchar la voz de su madre, se había sentido ligera, ni siquiera sus amigos podían hacerla aterrizar. Alguna corriente invisible la estaba jalando hacia el último lugar en el que le hubiera gustado estar: en casa de sus padres, en donde su madre le tenía preparada otra acusación: ¡Maldita sea Violet! Admítelo. Estabas enojada con nosotros y rompiste la ventana. Tus amigos abrieron el coche de tu padre. Volteaste el bote de basura. Violet podía defenderse todo lo que quisiera pero nadie le creería. No con su madre en la otra esquina, inventando historias con relativa facilidad.

Ya no lo soportaba. Por eso se había tomado las semillas. Su madre había entrado a su cuarto el viernes por la mañana para acusarla (falsamente y en una actitud homofóbica) de ser amante de Imogene: «No soy una madre despistada, Viola. ¡Tú con el cabello rapado y esa machorra con uno de arcoíris!» Pudo haber sido cómico, de no haber sido por el sermón de su madre sobre su ropa de «lesbiana desarreglada» y la mención de un campamento gay en el condado de Sullivan. Cuando le gritó a Josephine que se largara de su habitación con todo y sus prejuicios, su madre arremetió en su contra más fuerte que nunca: «Estás enferma Violet. Me gustaría que los demás pudieran presenciar la ira que me tienes. Eres tan superficial, tan falsa, con

esos ojos enormes que le muestras a tu padre. Y la falsa compasión que le profesas a Will. ¿Sabes qué? Me das lástima. Ni todas las fibras naturales del mundo van a disfrazar tu falsedad. Sigue practicando tus cantos budistas todo el día, cariño, no van a ocultar el hecho de que eres una egoísta de mierda. Eres fea Viola, fea por dentro.»

Ése fue el discurso que la había orillado a buscar la inconsciencia una vez más. Al masticar las semillas, había pensado que quería desaparecer. Necesitaba Amor, Salvación, Liberación. En breve, LSD. Le pareció que dadas las circunstancias, era lo menos que merecía.

William Hurst

Mamá? —preguntó al tiempo que el coche atravesaba la pluma amarilla de la caseta.

—¿Qué? —respondió en un tono de fastidio evidente.

—¿Viste la carta que le llegó a Violet?

—¿Qué tiene?

—Tiene algo en el reverso, lo mismo que Rose usaba.

—Te refieres a un sello de cera. Llámale a las cosas por su nombre, Will. ¿Cuántas veces tengo que decirte que *algo* no es una palabra descriptiva? Ni *cosa* ni *cool* ni *increíble*.

—Lo siento. El sello de cera. A Rose le encantaba.

—Sí, así es. Siempre has sido un niño muy observador Will —en el espejo retrovisor, entornó los ojos en señal de afecto melancólico—. Incluso de bebé. Cuando tenías dieciocho meses, entrabas a una habitación y notabas las diferencias de inmediato. Te obsesionabas. Incluso si se trataba de un detalle mínimo: alguien que estrenaba un broche o un libro que habíamos cambiado de lugar.

—¿En serio?

—Sí, en eso eres como yo. Le ponemos atención a los detalles. Si te esmeras, esa cualidad te podría hacer un escritor famoso un día de éstos.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Eres muy observador, por eso sé que ya sabes lo que te voy a contar —los limpiaparabrisas rechinaron, le empezaron a temblar los hombros. Se soltó a llorar produciendo un sonido gutural, se le atragantaban las palabras.

—Tu papá me engaña.

Titubeó. Incluso desde el asiento trasero, podía ver cómo le caían las lágrimas por la cara.

—No estaba seguro —contestó.

El coche viró un poco mientras buscaba a tientas un pañuelo en el interior de la puerta.

—De cualquier modo, ya lo sospechabas.

—Lo escuché hablando por teléfono.

—Tu padre y su maldito teléfono. Cree que nadie se da cuenta cuando susurra en la oscuridad y abre su corazón —quitó la mano del volante y, con sarcasmo, se la

llevó al pecho, como si los contenidos del corazón de Douglas apenas cupieran en una cucharadita.

—¿Has revisado su historial de llamadas?

—¡Sí! ¡Lo borra! El hombre es hábil —los coches delante bajaron la velocidad debido a unas obras, a Josephine le tomó unos segundos aterradores darse cuenta y frenar.

Emitió un sonido de apoyo, aunque vago. La calefacción estaba muy alta pero no era el momento para pedirle que le bajara.

—Tal vez debí habérmelo guardado, pero también te afecta. Tu padre también te utiliza. Por un lado, le gusta la imagen que damos. Somos la familia perfecta que nunca tuvo de niño. Por otro, detesta cómo lo restringimos. Odia sentarse a cenar con nosotros cuando podría estar en otro lugar, hablando sobre programación con otros genios.

Debajo de ellos, el Río Hudson tenía el mismo color grisáceo que el cielo. Will se sintió desconectado, como si estuviera volando o cayendo al vacío. Debajo de su suéter sudado, sintió un hormigueo en la piel.

—¿Qué vas a hacer? —Se preguntó si debía prepararse para el divorcio. Se le ocurrió la posibilidad de la custodia compartida. No podría soportar estar separado de su mamá la mitad de la semana.

—No sé —respondió mientras se limpiaba la nariz haciendo ruido—. Antes de empezar a pensar en ello necesito que lo admita. Como si no tuviera suficiente con tu hermana tocando fondo.

Se inclinó hacia adelante para abrir su ventana, sentía el cuerpo entero adormecido. Una sacudida ascendente le atravesó el cuerpo, del cóccix a la cabeza, y sintió esa opresión inquietante. «Batacazo: Golpe fuerte y con estruendo que da alguna persona cuando cae.» Había copiado esta palabra en su cuaderno de palabras inusuales hacía un par de meses. En su experiencia, así se sentía la epilepsia: como si lo derribara un oponente más grande y perverso que él. Cada desdichada vez era un puñetazo obsceno en la cabeza.

Despertó en el estacionamiento de un lugar de comida rápida, su mamá se había estacionado en un espacio para discapacitados. Las placas para discapacitados de su coche eran nuevas, otra consecuencia del estado de salud de Will.

Las neuronas en su cerebro seguían disparando en todas direcciones, sobre todo hacia donde no deberían. Tenía la cabeza acurrucada en el regazo de su madre. Luego de estacionarse, se pasó al asiento trasero, Josephine le desabrochó el cinturón y lo recostó de lado. También hizo bola su abrigo de cachemir y lo colocó debajo de su cabeza. El pelaje del cuello le hacía cosquillas en la oreja. El aroma de su perfume Shalimar lo trajo de vuelta al mundo con absoluta vividez.

—¿Estás bien? —le preguntó Josephine.

Respondió con un gemido.

—Ay querido, no debí haberte estresado —le dijo.

Cuando estaba al borde de un pequeño ataque, preocuparse demasiado podía causárselo. Ahora que se encontraba despierto, se sentía más estresado que nunca. Cada ataque era un recordatorio de que había perdido su capacidad para llevar una vida normal. Le tomaba uno o dos días salir de la espiral decadente de frustración y vergüenza.

—No es tu culpa —le aseguró. Si alguien lo había estresado, había sido su padre.

Josephine se volvió a poner el reloj en la muñeca y se abrochó la correa. Se lo habría quitado para tomar el tiempo del ataque.

—¿Duró mucho? —preguntó.

—Para ser objetiva, no; siendo subjetiva, sí, mucho.

Cuando empezó a tener ataques, deseaba saber cómo se veía en medio de uno. Se había imaginado todos los clichés aterradores de la epilepsia: que brincaba como un pez y la lengua le giraba dentro de la boca abierta. Al parecer sus ataques eran lo que el doctor denominaba «ataques ausentes». Su mamá decía que durante un ataque, se le quedaba viendo como si fuera una desconocida. Qué decepción. El doctor les garantizó que para los dieciocho dejaría de padecerlos, no obstante, cada que ocurrían seguían asustando a Josephine y agotando a Will.

Apenas empezaba a enfocar cuando se volvió a perder, preso de una siesta fulminante.

Se despertó hambriento, su cerebro exhausto ansiaba comida.

—¿Hay alguna botana en el coche? —preguntó amodorrado.

Josephine le pasó un rollo de Salvavidas de la guantera. No iba a apaciguar el persistente dolor de estómago. Estaba tan hambriento que podría comerse un caballo y aún así le quedaría espacio para un baguette.

—¿Hay agua?

Sacudió la cabeza y apagó el motor.

Al enderezarse, le palpitó la cabeza. El coche estaba estacionado frente a un edificio de ladrillo con ventanas arqueadas y torrecillas como de un fuerte. La fachada era tan triste y complicada como la gente que imaginaba recorriendo sus pasillos.

Josephine extendió el brazo para tomar su bolso del asiento. «Espera en el coche. Necesito firmar esos documentos.»

Se puso el abrigo. «Voy contigo.» No quería quedarse solo. Los ataques eran como terremotos, a veces había réplicas.

«Voy y vengo. Te lo prometo. No quiero implicarte más en esto. Suficiente con lo que hizo Violet para tener que aguantar el estrés y los ataques. No. Quédate aquí y vuelvo en seguida.»

El claxon sonó dos veces, Will se dio cuenta de que había cerrado el coche desde su llavero.

Volvió a poner la mejilla en el asiento. Su mente se enfocó en la carta en el bolso de su madre. Hubiera querido tener el buen juicio de copiar la dirección antes de que se llevara el sobre. ¿Estaría pensando lo mismo ella? ¿Por qué se la entregaría a Violet antes de abrirla primero?

El celular de su madre interrumpió sus ideas. Estaba vibrando en medio de los dos asientos delanteros, chocaba contra el portavasos de plástico, así que el sonido era triple. Will se estiró para inspeccionar la pantalla. En el identificador de llamadas leía *Doug*. Tendría que haber presionado «Ignorar» pero su dedo oprimió «Contestar».

«¿Papá?»

Se escuchaba el sonido de una llamada marcada sin querer. Había un estruendo social. Un restaurante tal vez. ¿La hora del almuerzo de su padre?

La risa de una mujer interrumpió el escándalo como el tintineo de una cuchara. Le siguió la inconfundible voz de su padre: «Eres una mujer extraordinaria. Iremos al Bull & Buda. ¿Quieres venir?», dijo Douglas.

La llamada se cortó. Se prometió que si no podía ayudar a su madre haciendo que Rose volviera a casa, por lo menos lo haría descubriendo los qués y cómo de las indiscreciones de su padre.

—¿Viste? No me tarde, ¿o sí? —Josephine dijo más tarde. Se colocó detrás del volante y puso su bolso en el asiento del copiloto—. Ya estamos a salvo. No hay de qué preocuparse. Ya no tendremos una gran nube en forma de Violet oscureciendo el panorama.

Miró el edificio cercado con sus ventanas demasiado oscuras.

—¿Cómo es por dentro?

—No te preocupes por ella, Will. Es uno de los mejores hospitales que el dinero puede pagar. Los Roosevelt eran propietarios de esta tierra. Todos estos edificios (góticos, por cierto) son patrimonio nacional —lo dijo en el mismo tono que le había escuchado usar para venderle a sus hermanas las universidades que le gustaban.

Sintió una punzada de culpa al darse cuenta de que Violet se atrasaría en la escuela y no entraría a la universidad que quería, Bard.

Su madre pareció leerle la mente.

—Will, tiene dos opciones: curarse o no. Ninguna de las dos nos concierne.

Cuando llegaron a la casa, había un coche en la entrada de Old Stone Way. Esperaba que fuera su padre pero el coche en cuestión no le pertenecía a Douglas. Era tan compacto y verde como un limón. En la parte trasera, una aglomeración de peluches rogaban que los rescataran.

En la puerta de los Hurst, una mujer robusta con un abrigo despegó la mirada de

su libreta.

—¿Le puedo ayudar? —le preguntó Josephine mientras abría la puerta del coche.

La mujer cojeaba, tenía mal la cadera; le dio la mano.

—¿Señora Hurst?

Su madre asintió.

—¿Y usted es?

—Mi nombre es Trina Williams, soy trabajadora social.

Violet Hurst

Apenas era la hora del almuerzo y ya se sentía cansada de estar enjaulada toda la mañana. Siempre se había sentido más lúcida en el exterior, sobre todo cuando tenía composta en las cutículas y vainas de árbol de maple en las puntas del que fuera su pelo.

Incluso durante su mal viaje, su humor había mejorado tan pronto sus amigos la habían sacado de la casa. La residencia ecológica de los Field ocupaba un terreno de ensueño de cuatro hectáreas. Al sur, las montañas Mohonk la resguardaban como su propio muro ajardinado. El viento revolvía las hojas en el pasto formando olas con cresta. Violet vio remolinos y patrones en el atardecer ardiente. Había decidido que esto era todo lo que necesitaba o quería en la vida. Quería cubrirse en los opacos colores, rojos y dorados, del fin del otoño. Quería que esas tres criaturas encantadas —Imogene, Finch y Jasper— fueran su familia permanente.

Imogene había montado la bicicleta de motocross de Finch por la entrada, con Violet en los diablitos. Finch sonreía plácidamente detrás de las llamas serpenteantes de la chimenea de cobre, su cara brillaba con destellos rojos y dorados.

—Hurst, me recuerdas a esa historia de los inuit sobre el niño de piedra —le había dicho.

—¿Cómo? —había estado recostada de espaldas, la mejilla recargada en el pasto crecido, hacía brazadas improvisadas encima de un montón de hojas secas.

—Era huérfano, a sus padres los había atacado un oso. El niño vivía solo, enojado y muerto de hambre. Lo único que tenía era una piedra de su tamaño. Se abrazaba a ella y no quería soltarla.

Se le había ocurrido que era como la relación de sus padres: Douglas, amoroso, se aferraba a un pedazo de piedra frío como el hielo.

—De ahí recibió su apodo, el niño de piedra. Los aldeanos pensaban que estaba chiflado porque el cabrón no soltaba la piedra, se aferraba cada vez más a ella, hasta que un día, la piedra se rompió en dos. Dentro, se encontraba la chica más perfecta que hubiera imaginado. Le regaló al niño de piedra arcos, flechas y un arpón. Se casaron y tuvieron hijos.

—¿Qué mierda significa esa historia? —había gritado Jasper.

—¿Y qué tiene que ver con Violet? —había preguntado Imogene, muerta de risa.

—Estaba tratando de decir que Violet es intuitiva. Me recuerda a algunos de los

curanderos más soberbios.

Violet había sentido todos los órganos vibrando y emitiendo descargas de calor.

El celular había vibrado en su bolsillo, la había lastimado. Era un mensaje de texto de Josephine: *Te necesitamos en casa. Tu padre y yo tenemos listo el divorcio.*

Tras haberle pasado el teléfono a todos para asegurarse de que no estaba tan drogada como para imaginárselo, había respondido con cautela: *¿¿Qué?? ¿Estás bien?*

—Por fin —le había dicho a sus amigos.

La relación de sus padres no era como la de Beryl y Rolf ni como ninguna otra que conociera. Era como una transacción comercial: su padre proporcionaba el capital y su madre se lo gastaba. La única transacción que tenían entre manos era negar la realidad y sus respectivas naturalezas; desde que Rose había escapado, todo iba empeorando.

El teléfono había vuelto a vibrar con la respuesta de Josephine: *Sí, estoy bien. La cena. Quise decir que tenemos lista la cena. Mi teléfono me cambia las palabras. Ven a casa ahora.*

Casi se habían orinado de risa. Se había ido a casa en bici por el camino que cruzaba la montaña. Las nubes en el horizonte habían oscurecido y los árboles encorvados parecían querer atacarla.

Mientras pedaleaba, había diseñado un plan para simular que tenía una migraña y escapar de la cena familiar. Ensayó todo lo que iba a decir. Repitió el mantra para obtener paz interior: *asato ma sadgamaya*, el cual significaba «guíanos de la oscuridad a la luz» del conocimiento de lo irreal a lo real. Quizá tenía alucinaciones auditivas pero las ruedas de la bici sonaban como una cítara.

Bajo el efecto de las semillas, Violet hubiera preferido dormir en el camino de haber podido. Al descender de la bici, había encontrado la puerta cerrada con llave. Cuanto más había tocado la aldaba de latón (nadie abría), mayor había sido su sensación de ser una extraña. Al caminar de un lado a otro en el tapete de la entrada (tenía grabado su apellido en una letra Serif muy seria), se había empezado a sentir como una intrusa.

Al fin, a sabiendas de que su madre detestaba el sonido, había tocado el timbre y escuchó el sonido eléctrico disonante de «When the Saints Come Marching In».

La puerta se abrió de golpe, la expresiva cara de Josephine la recibió.

«¿Por qué tocaste el timbre? Odio ese sonido. Y no estoy exagerando, lo odio. ¡Douglas! ¿No te he pedido que reprogrames esa cosa? No es tu culpa, sino de tu padre.»

Violet había entrado al recibidor en donde el candelabro parecía florecer como un crisantemo de cristal. De repente sintió haber cruzado un umbral psíquico que no podría abandonar jamás. Habría querido retirarse a su cuarto pero era incapaz de vocalizar nada. «Estaba cerrado», había logrado decir al fin, tocándose la sien con un dedo.

«Déjame olerte», le había dicho Josephine poniéndole contra la puerta. «¿Has estado fumando? Esta noche vas a comer algo. ¿Te queda claro? Espero que tengas hambre jovencita.»

Ahora en el hospital, Violet se sentía como una jovencita, sin dirección alguna, como en las vacaciones de verano cuando su madre le confiscaba los libros como castigo por pelear con Rose. Como no era buena para quedarse quieta, decidió recorrer cada centímetro del hospital. Estudió con atención un carrito de libros donado por las damas de la beneficencia (contenía sobre todo títulos de terror y obscenidades inapropiadas sobre el tema de la «masculinidad excitante»). Revisó las obras de arte de los pacientes que estaban pegadas en los pizarrones de anuncios con cinta adhesiva (se imaginaba que los pacientes podían comerse las tachuelas o usarlas para hacerse daño). Un collage de huellas de manos la hizo recordar a Will por milésima vez. En ninguna de las ocasiones que le habían preguntado por él se molestaron en informarle cómo se encontraba. Se preguntaba si ya lo habían dado de alta del hospital. Esperaba que no estuviera sufriendo.

Cuando terminó el recorrido, caminó por el pasillo largo hacia su habitación. Ya casi llegaba cuando una enfermera la desvió.

«¿Violet, verdad?», le preguntó la mujer. «Tu mamá te dejó esto en la recepción cuando vino a firmar unos papeles.»

Sintió cómo se le revolvía la sangre cuando recibió el sobre. Cualquier carta de su madre enlistaría sus errores o bien, referiría el castigo que le esperaba al volver a casa. La ansiedad se volvió incredulidad total cuando vio la letra perfeccionista y la dirección del remitente. Cuando notó la cera selladora supo sin lugar a dudas que era de Rose. La pirómana de su hermana que derretía todo, desde crayolas hasta las envolturas de los quesitos Babybel, para estamparlo con un botón.

La recorrió un escalofrío al recordar la imagen de Rose de pie en el recibidor la noche de su ingreso. La garganta se le tensó cuando abrió el sobre con una uña azul. Dentro, la letra perfecta de Rose: círculos de una redondez perfecta y líneas rectas precisas, quizá demasiada presión sobre el papel. A su madre siempre le sorprendía que nadie de su generación escribiera con cursiva.

Querida Vivi:

Saludos desde el infierno corporativo. Durante las noches tomo clases de actuación así que sólo tengo tiempo de escribir en mi trabajo de día. Desde mi punto de vista, la vida de oficina es un ejercicio dramático en el que todos revuelven papeles y pretenden estar muy ocupados. Estoy siguiendo la corriente, finjo prepararme para una junta aunque te escribo para hacerte preguntas sobre los acontecimientos del año, como:

¿Qué pasa en la prepa en estos días?

¿Ya tienes licencia?

¿Tienes novio?

¿Todavía estás considerando estudiar arte? Espero que sí. Aunque sé que no siempre entendí tu obra, eres buena. Deberías intentarlo. Hagas lo que hagas, no termines de esclava en una oficina como yo. Cada segundo del día es taaan aburrido. La mitad de las personas para las que trabajo no se toman la molestia de preguntarme cómo me llamo y el resto son tan ricos que ya no se acuerdan qué significa ser joven y pobre. Te preguntarás qué tan pobre. Esta mañana compré filtros para la cafetera ;con tarjeta de crédito!

¿Te parece estúpido y optimista creer que pronto tendré un golpe de suerte? Estoy haciendo audiciones y tengo un llamado que me entusiasma.

Mi nuevo profesor de actuación es el mejor que he tenido. El otro día me dijo: «Rose, eres una veinteañera y el medio está lleno de tu tipo. Necesitas pensar quién responde mejor que tú en la vida real. ¿Qué tipo de personas te sonrían antes de que te conozcan? Identifícalo y haz audiciones para comerciales de productos que esas personas compren.» Lo pensé: gente mayor y niños. Según este profesor, soy la niña buena, no la protagonista. Soy mejor en el papel de oficinista simpática o hermana mayor comprensiva. Qué ironía, ¿no? Me quedan los papeles que peor se me dan en la vida real.

Lo cual me lleva al motivo de mi carta. Lamento haberte relegado con el resto de la familia. Si bien cada una siempre ha ido por su lado, ahora me doy cuenta de que debí haberte incluido en mi plan. La verdad no quería que me criticaran, tampoco que intentaran convencerme para quedarme. Damien me pidió que nos mudáramos juntos y no habría habido forma de que mamá y papá lo permitieran. Sabes bien qué habría pasado... Papá lo habría invitado a cenar, mamá no habría parado de hablar de cómo «viviríamos en pecado». Se me ocurrió que subirme a un tren era la mejor salida para todos.

Espero que me respondas y nos escribamos, por favor mantén mi dirección en secreto. Eso, claro, si a estas alturas mamá no la ha descubierto. No estoy lista para que la familia toque a mi puerta. Estoy segura de que entiendes por qué prefiero visitarlos en mis propios términos.

¡Te extraño!

Rose

No le sorprendió que su hermana estuviera sana y salva, tampoco que estuviera viviendo en la ciudad. La policía se los había asegurado cuando el año pasado cerraron la efímera investigación en torno a su desaparición. Todo había terminado con alivio y vergüenza cuando habían arrastrado el coche de Rose de la estación de tren Poughkeepsie Metro North. El boleto del estacionamiento había expirado y la policía había encontrado la carta de Rose dirigida a los Hurst en el asiento delantero. Las cámaras de la estación habían mostrado a Rose comprando un boleto de ida a la

estación de tren Penn Station, en Nueva York, el cargo correspondía a la tarjeta de crédito que el banco había confirmado seguía utilizando. Todo había demostrado lo que Violet había sospechado en secreto: que el «caso» era una exageración por parte de su madre, sin mencionar un desperdicio de la compasión del público y el dinero de los contribuyentes.

Cuando se juzgó que su desaparición había sido voluntaria, otras emociones se hicieron presentes para llenar el vacío familiar que su ausencia había dejado. Sus padres apenas habían conseguido lidiar con el pánico ocasionado por el supuesto secuestro de Rose, así que no estaban preparados para enfrentarse al hecho de que su hija consentida los odiaba tanto que había decidido sacarlos de su vida. A pesar de su independencia, Douglas había estado meses cabizbajo. Josephine se había mostrado furiosa por saberse ignorada. Will también había estado molesto, por lealtad a su mamá. Y una vez que había estado cien por ciento segura de que Rose estaba a salvo, la había empezado a consumir una envidia repugnante. Quería la libertad que su hermana tenía, por supuesto. El modo subversivo por medio del cual Rose se había liberado era indignante. Había escapado haciendo justo lo que Josephine le había pedido: esperar hasta el momento indicado para rebelarse. En cambio, sus rebeliones pequeñas y diarias, preparaban a su mamá. Cuanto más peleaba, más controladora se volvía Josephine: estaba presa en una cadena en la que ella misma se había colocado.

Sus padres no habían exagerado frente a la policía, era raro que Rose desapareciera sin decirle a nadie. Pero se les había olvidado mencionar que llevaba meses actuando raro, causando tensiones en casa: abandonó su carrera en el teatro, salía a pasear sola, supuestamente por el camino que atravesaba las montañas.

Sólo Violet y su mamá habían conocido la razón de la repentina melancolía e irritabilidad de Rose. Había caído presa del tipo de enfermedad que se cura con a) una cita de dos horas en el centro de planificación familiar o b) dieciocho a veinte años de esclavitud. Había elegido la primera opción, a) aborto. De haberlo descubierto antes, le habría aplaudido por haberse abstenido de tener el hijo de Damien por razones egoístas (genes, linaje, herencia). Le habría dicho que tenía tiempo de sobra para mangonear a un individuo en miniatura que compartiera su apellido. Sabía que Josephine era la razón principal detrás de las acciones de Rose. Con una madre como la suya, era imposible no comparar el acto de ser madre con el de transformarse en un monstruo.

William Hurst

Le importaría decirnos de qué se trata?

Will se puso de pie y cruzó los brazos, para ser solidario con su madre también se mostraba ofendido.

—Necesito hacerle varias preguntas con relación a su hija Viola. Su familia forma parte de nuestro sistema desde que su hija mayor —Trina Williams revisó sus notas— Rosette huyó de casa. Es una formalidad. De aquí en adelante, cada que tenga un altercado doméstico, en el Centro de Protección Infantil estamos obligados a investigar. No le quitaré mucho tiempo.

—De acuerdo —respondió Josephine—, permítame acostar a William y con gusto hablaré con usted.

—Me temo que también necesito hablar con su hijo.

—En ese caso tendrá que volver otro día —le dijo Josephine—. No sé si tenga esto en su sistema pero desde que Rose se fue de casa, a mi hijo le diagnosticaron epilepsia. Ha tenido una semana complicada. Necesito dejarlo descansar, darle líquidos y más Keppra —levantó el brazo de Will, le remangó el suéter y agitó el brazalete de plata. Era la mano buena. Por instinto, escondió su otra mano, la de la férula, en la manga de su abrigo de plumón naranja.

—Es una lástima —el tono de Trina no denotaba compasión alguna—, tomaré nota. Aquí está mi tarjeta. ¿Podría volver mañana?

Josephine recargó la cabeza de Will en su cadera y le acarició la frente, como si le estuviera tomando la temperatura.

—Tal vez. Depende de William.

—Entiendo —Trina asintió—, estaremos en contacto.

Desde las escaleras de la entrada, vio su coche neón moverse en reversa y rebasar el buzón abierto.

Cuando regresaron a la cocina, Josephine le dio un tazón de helado —el sabor, Muerte por Chocolate, sonaba peligroso e importante— y se sentó a su lado en la barra de la cocina mientras él se lo comía a cucharadas lentas y calculadas.

—Tenemos que hablar de la noche en que Violet se marchó —le dijo—. Necesito asegurarme de que puedas sintetizar tus ideas sobre lo que sucedió. Esa mujer te pedirá que se lo expliques. Si no te entiende o si no te explicas bien, podría haber consecuencias importantes. No querrás confundirla o parecer que no sabes de qué

hablas.

—Ok —a veces hacían esto. Le ayudaba a desarrollar situaciones hipotéticas cuando le preocupaba que su Asperger pudiera hacerle una mala jugada.

—Adelante, dime lo que recuerdas.

—Papá, Violet y tú estaban peleando.

Asintió.

—Así es. Ojo, estábamos discutiendo, no peleando. «Pelear» puede implicar golpear y no nos estábamos golpeando. Discutíamos.

—Discutían —corrigió— porque Violet había hecho un desastre en el lavaplatos.

Asintió de nuevo para demostrar su aprobación. Estaba orgullosa de que hubiera recordado ese detalle.

—Le había preparado una cena vegetariana, ¿no es así?

Dudó.

—Sí.

—Y Violet no se la quería comer.

—No.

—¿Entonces qué pasó? ¿Qué pasó en la cocina?

—Violet te apuntó con un cuchillo.

—¿Y cómo fue?

—Me asusté.

—Te dio mucho miedo, ¿verdad?

—Sí —claro que había tenido miedo. No soportaba la idea de que alguien, quienquiera, lastimara a su madre.

—Recuerda decírselo a esa mujer. Es lo que querrá escuchar.

—Tuve miedo, se lo diré.

—¿Y qué pasó después?

Fijó la vista en las marcas que había dejado la cuchara en el tazón.

—Violet dijo que vio a Rose en el recibidor.

Cuando levantó la vista, el semblante de su madre había cambiado, había puesto los ojos en blanco.

—No —dijo—, estás confundido. ¿Sabes qué pasaría si le dices eso a la señora Trina?

Lo sabía, desde luego que lo sabía. La barbilla le tembló como gelatina.

—Basta, estás exagerando.

Will se limpió las lágrimas en la manga.

—¡Usa un pañuelo!

Le pidió que empezara desde el principio.

—Papá, Violet y tú estaban discutiendo en la cocina y me asusté mucho.

Su madre asintió.

—Sí, tal vez, pero no tanto como cuando Violet te apuntó con el cuchillo.

—Cuando me apuntó con el cuchillo... —bajó la voz como sucedía cuando se

ponía ansioso. Era una de esas particularidades del habla causadas por el Asperger que lo hacían odiarse.

—Pudiste haberte acobardado cuando Violet se te echó encima con el cuchillo y no lo hiciste. Intentaste quitárselo.

Hizo una pausa para intentar absorber el heroísmo que le atribuía. Después le hizo la única pregunta que le interesaba.

—¿Estuviste orgullosa de mí?

—¿Es broma? Claro que lo estuve. Me salvaste, nos salvaste a todos.

Will se tocó la férula de la mano. Recordó el trapo sangriento con el que le había envuelto la mano antes de que se fueran al hospital.

—¿Qué sentiste? —le preguntó su mamá.

—¿Cuando le quité el cuchillo a Violet?

Asintió.

Sabía que era otro detalle que quería que le contara a Trina. No obstante, las emociones no eran su fuerte. Sólo le quedaba adivinar.

—Me sentí valiente —respondió.

—Sí, aunque fue una reacción muy heroica y valiente, hasta los héroes se asustan llegada la hora de la verdad. ¿No te dio un poco de miedo?

—Sí —respondió Will—, tuve miedo.

—¿Y qué sentiste cuando el cuchillo te perforó la piel?

Hizo un gesto de dolor. *Cuando el cuchillo le perforó la piel.* Era demasiado espantoso para recordarlo.

—Me dolió —añadió.

Josephine tenía el dedo en la boca, tenía una mirada soñadora, fuera de foco.

—Sí —dijo con la cutícula entre los dientes—. Tu hermana te lastimó mucho.

Incluso pasada la hora de llegada de su padre, seguía teniendo el estómago hecho nudo.

Douglas por su parte fue directo a la alacena de la cocina y tomó la que Will sabía era su taza favorita. Era un vaso de plástico azul barato, alto y opaco, por lo que uno tenía que adivinar sus contenidos.

Esa noche vio a su padre llenarlo con burbujeante agua mineral sabor cereza. En promedio, Douglas se bebía un paquete de doce botellas de un litro de agua mineralizada por semana. Últimamente, cada que abría una explotaba como si alguien la hubiera agitado a propósito.

Will no podía sacarse de la cabeza el recordatorio que su madre había anotado en el calendario familiar. Leía: «Visita de Trina, 2 p.m.»

Durante la cena, mientras masticaban en silencio, Will siguió la mirada de su padre a los números romanos del reloj del comedor. La manita estaba en el VII. En un par de minutos, su padre desaparecería en su estudio, el resumen de los deportes

retumbaría detrás de la puerta cerrada.

Will recordó la llamada accidental de su padre. *Eres una mujer extraordinaria*. Recordó el atrevimiento que había identificado en el tono de voz de Douglas, tan distinto a los tonos medidos y débiles que usaba en casa.

—¿Les importaría que me retire? —preguntó Douglas y deslizó su silla en el momento justo.

Josephine lo miró con la boca apretada y mirada dolida.

—No hay problema —Will respondió—. ¿A dónde vas?

—¿A dónde? —Douglas repitió. Llevaba el plato medio terminado en la mano. Josephine levantó las cejas.

—Sólo voy a responder algunos correos —antes de que Douglas se retirara a su estudio, limpió la barra de granito de la cocina con agresividad, de manera excesiva. Talló los sartenes con una expresión de mártir que sólo se equiparaba a la de Cristo en la cruz.

Iba en serio con lo de investigar la doble vida de su papá. No podía traicionar así a su madre. Tampoco podía verles la cara de tontos a Will y a los demás miembros de la familia. ¿En serio creía que nadie se daba cuenta de que en estos meses su mirada y su actitud habían cambiado? ¿Que nadie notaba su tic en el ojo? ¿O que se la pasaba en el gimnasio como si fuera a competir en las próximas Olimpiadas? Will estaba dispuesto a descubrir la verdad. Estaba seguro de tener muchas de las cualidades requeridas para ser un buen investigador privado. No, no podía beber whisky solo ni disparar un arma, pero era bastante maduro para su edad y además era muy observador. Creía en la importancia de la ley y el orden y en proteger a los inocentes. Era cuestión de esperar que llegara la oportunidad adecuada. Desde su punto de vista, su reto era doble: sería difícil desaparecer del radar de su madre, quien tenía una vista de halcón, pero seguir al antisocial de su padre requeriría habilidades excepcionales.

Más tarde, mientras veía la televisión con Josephine, identificó una oportunidad. El programa era una comedia de oficina y el episodio giraba en torno a la semana de llevar a tu hijo al trabajo.

—Mamá, ¿cuándo es la semana de llevar a tu hijo al trabajo? —preguntó.

—No recuerdo, creo que en primavera.

Demonios, pensó, estaban en octubre.

Sabía que era arriesgado pero ésta bien podría ser su única oportunidad, el tiempo lo era todo.

—Es que es otra de las actividades que me estoy perdiendo desde que ya no voy a la escuela.

Su madre entornó sus ojos azules. Will hizo un segundo intento.

—Es que Tyler McCastle me contó que cuando fue a la oficina de su papá en la ciudad fue increíble. Su papá tiene *dos* secretarías, un sillón en su oficina y una vista a Radio City Music Hall —Tyler McCastle era un antiguo amigo de la primaria Stone Ridge con quien no hablaba desde junio.

—El papá de Tyler McCastle vende anuncios publicitarios —Josephine dijo con desdén—. Y las revistas se están extinguiendo. Me pregunto si podrá ver Radio City desde la fila de los desempleados.

—Tyler dice que su papá es un genio.

Josephine puso los ojos en blanco.

—Tu papá es un genio. Tiene cinco patentes a su nombre y sabe todo lo que hay que saber sobre ciencias de la computación, ingeniería y programación. El papá de Tyler McCastle es un vendedor. No produce nada, no contribuye con la sociedad de ninguna manera. Sólo se beneficia de las contribuciones de otra gente.

—¿Entonces no puedo ir a trabajar con papá?

—¿De verdad quieres pasar un día entero en la oficina de tu papá? ¡Qué aburrido! ¿Tienes idea de cómo son los colegas de tu padre? ¿En serio quieres pasar un día entero con hombrecillos engréidos que usan lentes manchados y hablan de «plataformas» e «interfaces» en vez de estar aquí conmigo?

Contuvo el aliento, no quería decir que sí.

El semblante de Josephine cambió. Estaba meditándolo.

—Está bien. Voy a hablarlo con tu padre.

Más tarde, cambió las sábanas de la cama de Will. Le dio su baño nocturno con el agua casi hirviendo y la tina rebosante de espuma del jabón de menta que no le limpiaba la piel sino que le revelaba una capa oculta, más rojiza. Después seguía el momento en que Will, en bata de baño, se recostaba con la cabeza apoyada en su regazo. Desde ese ángulo, su madre le cepillaba los dientes y se los limpiaba con hilo dental con absoluta meticulosidad.

Después de eso, el ritual casi terminaba. La lámpara de noche se encendía y podía enterrar la parte inferior de su cuerpo debajo de las enormes sábanas. Estaba exhausto, de cualquier modo sabía que tenía que tomarse la última ronda de pastillas (vitaminas y medicamentos nocturnos) que Josephine había alineado como fila de hormigas en el buró. Le cantaba cancioncillas para animarlo cuando le costaba tragárselas según el tamaño y el color. Siempre decía: «tómame primero las grandes, las demás serán mucho más fácil».

Sin embargo, esta noche no parecía que nada fuera a resultar fácil. Era incapaz de apagar su cerebro. Tampoco podía dejar de pensar en su cita con Trina, la trabajadora social. *Miércoles, 2 p.m.* Terminaría dando la impresión de ser plano en el aspecto emocional. La forma fría y lógica en la que se mostraba le causaba bastantes desastres con la gente normal, ya no digamos con alguien como Trina, que de seguro se había dedicado al trabajo social porque se consideraba una mujer cálida, cariñosa y expresiva. De seguro pensaría que su indiferencia era patológica.

Además, él y su madre no habían ensayado muchos detalles. ¿Le debía o no contar a Trina sobre la forma en la que Violet había repetido circularmente todo cuando se fue, haciendo lo mismo una y otra vez, mientras hacía gestos extraños? Gritando exaltada. Aplaudiendo. Diciendo «¡Boom! ¡Ah! Ok. Ok. Ok. Ok.»

Sólo sabía que no debía hablar de Rose. No mencionaría el momento en que los ojos de Violet se habían dilatado y había anunciado: «¡Miren! ¡Aquí está Rose! ¿La vieron? ¡Acabo de verla!»

Violet Hurst

En la cafetería del hospital, abrió su sándwich, le sacó la carne rosada y la puso en su bandeja. Pero era demasiado tarde. La carne ya había sudado y empapado el pan, como era de esperarse de una criatura viviente.

Se le revolvió el estómago. El viernes hubo risotto de champiñones para cenar.

—Especialmente para mi Violet —había anunciado Josephine mientras le servía una cucharada rebosante en el plato.

Desde su perspectiva afectada, la montaña de arroz se había movido como una colonia de larvas. Cada grano había parecido moverse, escarbar hacia adentro o montarse en los lomos de los otros mientras se retorcían. Había descubierto que su mamá lo había preparado con caldo de res porque no se había tomado la molestia de esconder el bote vacío y porque el arroz estaba oscuro como si fuera salsa espesa de carne.

—Ay querida, no me di cuenta —había argumentado cuando Violet le reclamó—, sólo que la receta pedía caldo de res.

Comer no había estado en sus planes. Le había sorprendido cómo se movían las quijadas de su familia y al mismo tiempo, había sido incapaz de recordar cómo funcionaba la ingestión, no había podido comprender el proceso que implicaba, cómo la lengua lo empujaba todo, ni siquiera había podido recordar la palabra «masticar».

Todos la habían observado.

—Mamá —había dicho Will—, Violet no está comiendo. ¿Puedo dejar de comer también?

Josephine había dejado caer el tenedor con estrépito.

—Violet está comiendo, ¿verdad? Porque no voy a preparar dos platillos todas las noches. Uno para el Dalai Lama y otro para los demás.

—Josephine, Josephine —había intervenido Douglas. Hacía tiempo que Violet había determinado que su padre repetía las cosas en la cena, para tener la oportunidad de repetir lo que había dicho entre dientes la primera vez. En este caso, su primer intento de decir *Josephine* había sonado a *Yo sí fui*.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que es una *ventana*?

Josephine había suspirado. Habló apretando los dientes, como alguien que creía que tenía mucha paciencia.

—Querrás decir *etapa*, Douglas.

—Lo hace para llamar la atención. Es una fase *aventurera* —a lo mejor habrá querido decir *pasajera*. Su cabeza se tambaleaba en un ángulo poco natural.

Violet había observado el asiento vacío de Rose y se había preguntado por qué su hermana permitía que su familia perturbara tanto su tranquilidad. No importaba el estrés, miedo o incluso conocimiento que Violet llevara a la mesa, tampoco importaba si huía como Rose, los Hurst seguirían su descenso precipitado, todos permanecerían igual. Violet se puso de pie sin decir una palabra. Llevó su plato intacto al lavaplatos y lo metió con todo y risotto.

Josephine se paro detrás de ella, gritó algo incomprensible con todas sus fuerzas pero en sus oídos su voz era como un infomercial incesante en una habitación lejana: distante, tendencioso, predecible. En cualquier otra persona esta alucinación auditiva (o sordera selectiva) habría resultado inquietante, pero, dadas las circunstancias, era una bendición. Nirvana en la Tierra.

Aunque no había asimilado la idea de comer, abrió la puerta y los cajones del refrigerador y empezó a sacar todos los productos que había encontrado: un jalapeño, un pepino flácido, un pedazo de cebolla en una bolsa Ziplock, un manojo marchito de kale, una manzana magullada y medio limón. Lo había vertido todo en una gourmet tabla de cortar de Josephine. Había tomado el cuchillo más grande que había encontrado y comenzó a prepararse su propia maldita cena.

Levantó la vista en el momento en que Edie colocó su bandeja roja en la mesa. Se sentó frente a Violet y empezó a jugar con el poco pelo que le colgaba del largo cuello. La pluma azul que le sobresalía del chongo tenía impresa la palabra «Zoloft».

—Ayer en terapia de grupo mencionaste que tenías una hermana que había huido. ¿Crees que te dejaría quedarte en su casa?

—No sé —Violet hizo una pausa para pensarlo—. Tampoco sé si yo quiera.

—¿No te cae bien tu propia hermana?

Edie había crecido en una familia adoptiva. El Centro de Protección Infantil la había sacado de casa de su madre, una drogadicta, y la había llevado a vivir con hermanos adoptivos —pedófilos, llenos de acné y que no paraban de eructar— y una mujer que se quemaba la lengua con una cuchara caliente. Era probable que idealizara la relación entre hermanas.

—No sé —respondió Violet—. No la conozco muy bien. De pequeñas, Rose era una versión perfecta que proyectaba lo que mi madre quería. Y no me refiero a que era una niña bien portada que intentaba ser educada o amable. Mi mamá quería que Rose fuera una actriz infantil. La llevaba con entrenadores de actuación para que perfeccionara su acento *cockney* y le teñía el pelo de colores distintos para sus audiciones: rojo irlandés, rubio californiano —tuvo un breve pero vívido recuerdo de su madre agachada en la tina enjuagándole el blanqueador del pelo a su hermana de nueve años. Le habían dado celos. En retrospectiva, la situación la horrorizaba.

Después había visto llorar a Rose porque le quemaba el cuero cabelludo. Se pasó la palma de la mano por la muñeca, sintió un escalofrío—. Incluso en la cotidianeidad, parecía que Rose leía un guión. El año pasado por fin salió de su personaje.

—¿Enloqueció?

—Más o menos. Abandonó su carrera en Teatro. Creo que quería cambiarse a algo en ciencias. Rose ya no quería vivir en casa. Comenzó a insistir sobre un cuarto para estudiantes en la Universidad de New Paltz, de seguro para estar más cerca de su novio. No había manera de que lo llevara a casa. Mis padres tienen varias reglas: «prohibido cerrar las puertas» y «no se permiten chicos en el segundo piso».

—¿Hacen buena pareja? ¿Cómo se llama su novio?

—Damien.

—Qué nombre tan misterioso y francés. Conozco a un Damien en la Universidad de Vassar. ¿Cómo se apellida?

—Koch.

—Entonces, ¿hacen buena pareja?

—Ni idea. A lo mejor. Parece que consiguió que volviera al teatro. No lo conozco. Rose siempre mantuvo sus relaciones en secreto. Nunca hablaba de ellas. Nunca llevó a nadie a casa para que lo conocieran mis padres.

—Quizá no le gustan los hombres. Es la razón por la que mucha gente oculta sus relaciones.

Violet negó con la cabeza. Era improbable que Rose tuviera inclinaciones lésbicas.

—Creo que sabe que para mi madre nadie sería digno de ella. Además, siempre tuve la sensación de que en el fondo, era una perversa. Un par de meses antes de su partida, la molestaba sobre lo virginal que era, me miró con una sonrisa obscena y me dijo: «Si tan sólo supieras lo que he hecho». Cuando se fue, la policía buscó pistas en su cuarto y encontró un pequeño vibrador oculto detrás de la parte sonriente de sus máscaras tragicómicas. Mi mamá estaba furiosa y mi papá casi se muere de vergüenza.

—¿La policía? —preguntó Edie interesada.

—Sí, durante unos días la situación fue alarmante. Mi hermana, siempre tan considerada, se fue de casa sin avisar. Mis padres reportaron su desaparición. Resulta que sólo había huido de casa. No le tomó mucho tiempo a la policía descubrirlo en el circuito cerrado de la estación MetroNorth. Las imágenes de la cámara mostraban a Rose comprando un boleto de ida a Penn Station, sola y con una maleta. No parecía afligida en lo absoluto.

¿Cómo era posible odiar a alguien hasta la médula y aún así extrañarlo? Violet extrañaba a Rose. Desesperadamente. Nunca se había permitido pensar en ello desde que el primer policía que investigó el caso le preguntó en privado: «¿Qué crees que le pasó a tu hermana?». Ni siquiera cuando Josephine comenzó a mimar a Will ni cuando Douglas —un personaje marginal de cualquier modo— desapareció de las

páginas de la historia familiar.

Era cierto que hacía no mucho, Violet lloraba desconsolada todas las noches y arrojaba objetos a las paredes. Para ella, la ausencia de Rose era una prueba más de que todo el mundo terminaría por abandonarla. Pero con el paso del tiempo, había encontrado refugio en el papel arroz, el THC y la trascendencia. Había aprendido a apagar su cerebro y ocultar sus emociones.

Sin embargo, desde que recibió la carta de Rose, tuvo la sensación de regresar a la misma mierda. Sus sentimientos estaban a flor de piel. Se sentía con la cabeza liviana, descentrada. Tenía los hombros tan tensos que le lastimaba girar la cabeza.

Edie tenía una mirada que seguro le había copiado a alguno de los muchos psicólogos que había visto en la vida.

—¿Habrás sido un intento por llamar la atención? ¿Crees que tu hermana padece TLP?

—No sé qué es eso.

—Lo siento. Trastorno límite de la personalidad. El síndrome «pégame, pégame, pero no me dejes». Una montaña rusa de emociones. ¿Crees que haya huido con la esperanza de que toda la familia la iba a buscar?

—Tal vez. De niñas, el juego favorito de Rose eran las escondidas. Le encantaba esconderse en el fondo del cesto de la ropa sucia, sabía que todos la buscábamos como locos.

Después de desayunar, le pidió prestada su tarjeta telefónica a Edie. Tenía en la mano el grasiento auricular amarillo y le daba la espalda a la puerta de acordeón de la cabina. Se enfrentaba con un problema primermundista: no recordaba el teléfono de su mejor amiga, pues siempre lo había marcado desde la memoria de su celular.

Marcó tres veces el número equivocado.

Mientras trataba de recordarlo se percató del graffiti visible a pesar de los esfuerzos de un conserje por limpiarlo («¿Perciben el solipsismo o soy yo?»). Se le ocurrió llamar a la operadora. Por fortuna, los padres de Imogene tenían teléfono fijo.

Respondieron dos voces. La voz exhausta pertenecía a la madre de Imogene. La monótona, aunque adorable, era de Finch.

—Yo contesto mamá —dijo.

Violet sintió como si le hubieran cortado la lengua.

—Finch —respondió.

En su desesperación por hablar con Imogene, su voz adquirió un tono de acosadora con la respiración entrecortada.

—Sí, ¿Violet?

En los meses recientes, había intentado no pensar en sus sentimientos hacia Finch. No se había permitido reconocer que le gustaba porque esa atracción no era precursora del amor, sino de la posibilidad de que le destrozaran el corazón sin

piedad.

—Sí, soy yo. ¿Está Imogene?

—Se está bañando. ¿Qué pasa? ¿Dónde has estado?

—¿Podrías llamarla? No tengo idea de cuándo podré llamarla de nuevo.

—Caray, Hurst. ¿Estás en el bote? ¿Es tu única llamada? ¿Quieres que te consiga un abogado?

—No, estoy en la cárcel. Llámale a Imogene, ¿sí? Estoy llamando con una tarjeta telefónica y no sé cuánto dinero me queda.

Luego de algunos minutos de estudiar el graffiti en la cabina telefónica, Imogene contestó por fin.

—¿Violet? ¿Estás bien? Finch me contó que te arrestaron por las semillas. ¡Es indignante! ¡Son legales! ¡Carajo, las compramos en la sección de jardinería de una granja de comercio justo!

—No me arrestaron. Es una historia muy larga. Creo que mi mamá está mintiendo, dice que maltraté a Will. Mi papá me trajo a Fallkill.

—Espera, ¿qué? ¿El psiquiátrico? ¿Qué estás haciendo ahí? ¿Necesitas que vayamos por ti?

—Si quieren pueden visitarme pero no me puedo ir hasta que lo autoricen.

—¿Quiénes? ¿Los doctores o tus padres?

—Los doctores.

—¿Cómo que está diciendo que maltrataste a Will?

—No sé, algo le pasó en la mano, creo que con un cuchillo. Me temo que estoy en graves problemas. Mi mamá está decidiendo si presentar cargos.

—¿Es una broma verdad? Violet, esto es muy serio. Tienes que salir de ese puto lugar. Mis padres te sacarán. Aquí está mi mamá.

—No, Imogene, no molestes a tu mamá con esto. Ya tiene demasiados...

—¿Violet? ¿Estás bien?

Violet consideraba a Beryl Field —generosa y abrazable— como la madre que siempre quiso tener. Beryl le había enseñado a estacionarse en paralelo, a aplicarse delineador («reclina un poco la cabeza y cierra el ojo a la mitad. Piensa en Marilyn Monroe»). La noche del concierto coral de primavera, Beryl le había sugerido con sutileza que se quitara las pantimedias reforzadas que Josephine le había insistido que se pusiera. («Mira, mucho mejor, ¿no crees? Antes también te veías bonita sólo que ahora luces mejor esas alpargatas tan lindas», Beryl le dijo. Las pantis terminaron hechas bola en el bolsillo de Violet.) Beryl hacía las preguntas que Josephine jamás hacía: a qué países quería viajar, qué cualidades encontraba atractivas en los chicos, qué le parecía preparar solicitudes para la universidad. Como era de esperarse, Josephine pensaba que Beryl era débil y demasiado indulgente; le gustaba burlarse de cómo criaba a Imogene como si fuera «un preciado copo de nieve», cuando desde su punto de vista, lo que ella necesitaba era una madre con el valor y la convicción de «arrancarle las perforaciones de la cara».

—Estoy bien —respondió haciendo un intento por no llorar.

—Dice Imogene que estás en el psiquiátrico, ¿qué pasó cariño?

Era inevitable percibir la voz cansada y ronca de Beryl. Sonaba tan diferente a aquella mujer animada que encontraba el tiempo para hacer esculturas abstractas gigantes de tuberías de PVC y dar clases de hula-hula en el Centro Comunitario de Stone Ridge.

Aunque quería pedir ayuda, aún no estaba lista para combatir por completo las acusaciones de su madre. Le hacía falta más información, construir su defensa. No sabía qué le había sucedido a Will, en cualquier caso, era su palabra contra la de Josephine, por lo menos hasta tener claro si Rose había estado o no en su casa.

Lo único que consiguió pronunciar fue el eufemismo del siglo:

—No pasó nada, Beryl. Me peleé con mi mamá y después tuve un ataque de pánico, o a lo mejor fue al revés.

De repente, recordó la imagen —más bien una especie de animación corta— del rostro de su madre aquella noche en la cocina: había visto cómo se le encogían los ojos, después se dilataron y se volvieron a encoger como si estuviera apuntando a un blanco. También tuvo un *flash-back* de su boca: primero se contrajo de manera nerviosa, después se abrió para producir un grito de terror, luego sacó los dientes, el labio superior reveló los colmillos. ¿Qué demonios había dicho para causar que la cara de su madre —la cual casi siempre estaba llena de sonrisas crueles y risas falsas— alcanzara esa gama de expresiones?

Aún no entendía por qué su ataque de nervios le había provocado uno a Josephine. Al colgar con Beryl, no podía sacudirse de la mente la cara de Josephine cuando se despidió de ella en el hospital. Había esbozado y sostenido una mirada asesina. Era un rostro que le advertía que se vengaría, que le decía: *Ya verás*.

William Hurst

«Quieres una Coca?», Douglas le preguntó a Will sin mirarlo a los ojos. Se encontraban en su oficina.

Douglas encendía una de las tres computadoras de escritorio, la pantalla le pedía su contraseña.

Se sobresaltó e intentó disimular su estupor. Josephine siempre le había prohibido el refresco, de modo que nunca le había gustado su sabor. El olor, el color a excremento y la consistencia carbonatada de la Coca Cola, le daban ganas de vomitar.

«No gracias, no tengo sed», fue su respuesta.

Procuró asomarse por encima del escritorio para mirar los dedos de su padre mientras tecleaba su contraseña. Pero Douglas era muy rápido, demasiado. En menos de un segundo ya había iniciado su sesión. El logo a rayas de IBM iluminó el monitor.

Se dio cuenta de que su papá era diferente en el trabajo. Era testigo de un completo cambio de personalidad. Se había preocupado de que su padre tuviera una vida paralela, sin embargo, la realidad era más perturbadora: tenía una identidad paralela.

El Douglas de Old-Stone Way, el individuo evasivo que se arrastraba a misa los domingos, después a un desayuno en iHop, con aire sombrío y más tarde se escapaba al «gimnasio» casi cinco horas, había desaparecido. Lo había sustituido el Douglas Hurst de IBM, el fanfarrón amigable que provocaba que sus compañeros le lanzaran sonrisas asustadizas y apartaran la mirada ante su presencia. Si bien era cierto que no era precisamente alguien seguro de sí mismo, tenía una rutina estudiada que consistía en un enfoque gerencial, más la dosis perfecta de comicidad.

Se preguntó qué personaje era real, decidió que ninguno. Intentó ver a su padre con otros ojos, como Douglas y no como papá, pero sólo veía a un nerd entrado en años con cabello cano y grueso y la camisa abotonada muy arriba. No tenía ni idea de quién era su padre debajo de la superficie de sus lentes un poco sucios.

Tal vez Douglas también se sentía tímido e incómodo con la presencia de Will. De pronto comenzó a divagar sin sentido. «Hace años, tuvimos una asistente personal a la que no le gustaba usar la misma ropa más de una vez. Era una obsesión. ¿Sabes qué hice? Diseñé un programa que le ayudara a rastrear sus atuendos. Sólo tenía que ingresar lo que quería ponerse: blusa de puntos con un saco canela o lo que fuera, y la

computadora le decía que el cinco de diciembre había usado lo mismo.» Douglas se rió y le dio un trago a su taza. «Will, no creas que los *geeks* no sabemos nada de mujeres. No todos somos parias. Excepto por nuestro amigo Don, por supuesto.»

Don, el colega que había estado recargado en la puerta, se rió quizá de forma exagerada y se fue apretándose el pecho como si le hubieran disparado.

Mujeres. La sola palabra lo golpeó como un balde de agua helada en la cara. Por un momento olvidó su objetivo. Debía tomar notas en el cuaderno que tenía en su regazo (su madre le había pedido que escribiera un reporte titulado: «Tecnología y consultoría en una empresa multinacional y qué significa para mí»), pero la estaba usando para anotar las interacciones de su padre con el sexo opuesto. A las 8:49 a.m., Douglas le había detenido el elevador a una mujer rubia (Cindy) que se podría considerar atractiva, a pesar de sus ojos somnolientos. Diez minutos después, se había detenido a mitad del pasillo para hablar con otra mujer (Marnie) que tenía una cara flácida y ansiosa y cabello rizado teñido de un pelirrojo que se parecía al de una galleta de jengibre, por lo que no pudo evitar imaginarla en el overol amarillo de Ronald McDonald.

Ayer Josephine había ido al baño durante una sesión de matemáticas en la computadora y él había aprovechado para buscar en internet imágenes de la palabra «amante». Quería saber si tenía que buscar a cierto tipo de mujer y familiarizarse con ella, en caso de que todas las rompe hogares tuvieran el mismo aspecto. Sólo había visto un escote en su vida, no senos expuestos, de modo que el resultado le provocó un sentimiento de culpa en el estómago. También le dio la impresión de que tenía que buscar a una mujer con ojos felinos vestida en látex negro. Desde entonces, había hecho todo lo posible por ahuyentar imágenes de su padre desnudo, encadenado y lamiéndole los pies a una mujer despiadada.

El teléfono del escritorio timbró.

Douglas lo contestó oprimiendo el botón del altavoz. «¿Sí?»

Le resultaba extraño escuchar la voz de la secretaria de su padre en sonido estéreo proveniente del teléfono y desde la puerta abierta de la oficina. «Es Carrie», dijo.

Su padre se sonrojó.

Carrie. Will no pasó por alto la familiaridad del anuncio. El hecho de que su secretaria no haya mencionado su apellido, significaba que llamaba con frecuencia. Con discreción, anotó el nombre en su cuaderno y lo marcó con una estrella.

Con el auricular en una mano, Douglas esculcó el bolsillo de sus pantalones caqui con la otra.

—Toma —le dijo, abrió su cartera y le dio varias monedas—. Date una vuelta por las máquinas y cómprate una botana.

—Acabo de desayunar. Se supone que debo seguirte *todo* el día. Tengo que escribir un reporte. ¿Qué va a decir mamá cuando le cuente que no me dejaste trabajar?

Las mejillas de Douglas se sonrosaban. Lucía nervioso.

—Tu necesidad de observar mi trabajo no tiene por qué impedirme trabajar — Douglas hizo una pausa y suavizó su tono—. Dame un par de minutos. *Por favor*. Te lo voy a agradecer. Cuando vuelvas, puedes presenciar una reunión muy importante.

Will refunfuñó. Tan pronto salió por la puerta, metió el dinero en su bolsillo y se agachó para «amarrarse» las agujetas, le preocupaba que lo descubrieran espiando.

Su padre dijo en una voz poco incriminatoria: «Carrie. No, me da gusto escucharte. Estaba preocupado de que no llamasas...»

Hubo una pausa agonizante. Un par de hombres con barba de chivo pasaron frente a él y lo observaron con interés. El secreto para ser un buen investigador privado era conseguir pasar desapercibido, pero no era su fuerte. De cualquier forma se puso de pie y hojeó su cuaderno intentando lucir ocupado. «No sabes lo mucho que me gustaría», continuó Douglas. «Pero mi hijo está en la oficina. Iba a llevarlo a almorzar. Sí, lo sé. Bueno, eso me vuelve un hombre muy enfermo. Sí, te llamo más tarde. Te lo juro. Lo haré. No ocurrirá otro plantón. Por supuesto que te valoro. Sé que te preocupas.»

Le zumbaron los oídos. Su sensación de terror era como un terremoto. Las paredes del pasillo se mecían y se hacían líquidas. Sentía que el piso de la oficina, recién encerado, se inflaba debajo de los tenis, temía que se acercara un ataque.

Había una mujer en el mundo —aún más cerca, en el estado, en el condado— cuya cercanía con su papá le daba el derecho a preocuparse por él. A pesar de que se sentía orgulloso de que sus habilidades detectivescas rindieran frutos, sintió una oleada desgarradora de coraje y pena por su madre. La aventura de su padre no era casual, parecía poderosa y devastadora, capaz de destruir sus vidas.

Más tarde, Douglas fue a una junta y dejó a Will viendo un video en Youtube; podría haberlo visto desde la comodidad de la mesa de la cocina de su madre. No revelaba nada sobre los socios de su padre y daba poca información sobre la personalidad extrovertida que Douglas se ponía cada mañana para ir a trabajar, junto con su camisa de vestir resistente a las arrugas.

Por otro lado, el video le otorgaba cuarenta minutos para husmear con absoluta libertad en los archivos de su padre.

No era ningún genio en temas de tecnología. Su madre no había contemplado clases de HTML en su plan de estudios. Creía que WordPerfect era el programa estándar...

De cualquier manera, consiguió buscar en el disco duro documentos que incluyeran las palabras «sexo», «Carrie», «aventura» o «amor». Cuando la búsqueda no arrojó ningún resultado salvo por una presentación en Powerpoint titulada «Ocho razones para amar Lotus Notes», recurrió a sus referencias más ingeniosas. Buscó «hotel» y encontró cientos de itinerarios antiguos de las convenciones de trabajo de su padre. También buscó «divorcio», «abogado» e incluso «custodia» hasta que se

percató de que su padre había dejado su correo abierto.

Mi hijo está en la oficina. Quienquiera que fuera, Carrie sabía de la existencia de la familia de Douglas. *Mayorazgo*, una palabra que nombra, significa *primogénito*. Una búsqueda de «Rose» resultó en docenas de correos.

El más reciente formaba parte de una serie de correos a un hombre que su papá estaba considerando contratar para rastrear la dirección de Rose. Por lo menos según su firma, este hombre trabajaba en una «compañía de investigación privada garantizada que presta sus servicios en la ciudad de Nueva York». Se sintió en competencia al descubrir que no era el único detective en el caso. No podía evitar imaginarse a su rival. ¿Tenía herramientas de espía de verdad: aparatos para modificar la voz y goggles de visión nocturna? ¿Se subía el cuello de su abrigo negro de piel?

En el primer mensaje, escrito hace un par de meses, Douglas escribió que «sólo quería averiguar» si su hija fugitiva estaba acosando o siguiendo a su esposa e hijos. Había habido ciertos incidentes, dijo. Su esposa estaba nerviosa.

¿Qué tipo de incidentes? Había respondido el detective.

Nada grave. Rayaron mi coche. Desaparecieron algunos artículos personales. Encontramos fotografías tachadas en el álbum de fotos, aunque es probable que haya sido mi hija menor.

«¿Todo bien por aquí?», cuando levantó la vista, la secretaria de su papá estaba de pie en la puerta, su sonrisa exagerada provocaba que le resaltaran los tendones en el cuello.

Se tardó en entender a qué se refería. Sentía como si tuviera tapones en los oídos. Al fin respondió: «Ajá» y le subió el volumen al video pedagógico de IBM.

La asistente, Peggy, asintió con vehemencia. Era una mujer a punto de retirarse, usaba joyería aparatosa y tenía fotografías de sus nietos en el escritorio. De cualquier manera, anotó su nombre en la lista de posibles amantes, por si las dudas.

«Ok. Eres muy independiente, ¿verdad? Como tu papá. Ok... llámame si necesitas algo.»

Will se mordió el labio. Le zumbaban los oídos, por alguna razón inexplicable tenía los dedos tan fríos que se le dificultaba mover el cursor en la pantalla.

No tenía idea de las fotos rayadas ni los objetos robados. Pero en estas semanas había percibido un ambiente raro, y no tenía nada que ver con las excentricidades de Violet. En dos ocasiones, los osos derribaron los botes de basura y dejaron una ensalada de basura en el piso de la cochera (desde entonces a nadie se le ocurría dejar la puerta abierta). Una vez encontró a su mamá en la habitación llorando frente a los vidrios rotos y el charco que había dejado su perfume favorito.

Lo que sí recordaba era el coche rayado de su papá. Había escuchado a sus padres pelear detrás de la puerta cerrada de su habitación.

—¡Hiciste enojar a alguien Douglas! —su madre le había gritado—. ¡Admítelo! Despediste a alguien, bloqueaste el carril de ciclistas o qué sé yo... le robaste el

espacio de estacionamiento a alguien.

—¡Sucedió aquí Josephine! En nuestra cochera.

—Pues te lo mereces por haber dejado la puerta abierta.

—¿Habrá sido Violet? ¿O alguno de sus amigos?

La pelea siguió y siguió y siguió.

También había ocurrido un incidente unas noches antes de que Violet perdiera la razón. Había sido una noche húmeda, demasiado sudorosa para esa época del año. Las ventanas de su cuarto estaban abiertas y el viento, casi inexistente, apenas sacudía sus cortinas azules a rayas. Se había estado despertando cada media hora para pelearse con las sábanas. Tenía el cabello empapado y la almohada estaba húmeda por el sudor. Cuando había metido la mano debajo de la almohada para voltearla y acostarse en el lado más frío, sus dedos se habían tropezado con una punta de metal afilada. A la luz de su lámpara del Arca de Noé, había sacado veinte centímetros relucientes de las tijeras para coser de su mamá. Había sostenido el mango de color naranja en las manos mientras pensaba en las razones por las que habían terminado a dos centímetros de su cara: ¿Sería una broma de Violet? A lo mejor *mientras tendía su cama, su madre las había dejado ahí por error...* Al final se había levantado para regresarlas a la caja de costura en el escritorio de su mamá. Cuando se despertó la mañana siguiente, no dijo ni media palabra al respecto. Lo consideró un sueño demasiado vívido.

El último correo del posible investigador privado de su papá estaba fechado una semana antes de la crisis de Violet. *Estoy seguro de que puedo encontrar a su hija. Para empezar, voy a necesitar que me proporcione información: la fecha de nacimiento de Rose, una fotografía reciente, el número de licencia, seguro social, una lista de alias que pueda estar usando, así como información sobre sus aparatos electrónicos como números de celular y direcciones de correo.* No parecía que su padre haya respondido o, para cubrir sus pasos, había borrado ése y todos los mensajes posteriores.

Miró con atención los garabatos en el pizarrón blanco de su padre. Intentó organizar su cerebro bajo el mismo algoritmo, cada flecha lo llevaba de un razonamiento lógico al otro.

No obtuvo explicaciones contundentes pero se le ocurrieron dos posibles salidas: la primera, que Douglas cambió de opinión. A lo mejor encontró al culpable de las fotos familiares y el coche. Como su padre había dicho, era probable que estos actos fueran parte de la rebelión de Violet. La segunda era que Douglas hubiera contratado al investigador. En ese caso, las semanas previas había hablado largo y tendido con él por teléfono, o bien, había comenzado a borrar las pruebas de lo que éste había descubierto.

Will perdió la concentración cuando Peggy transfirió una llamada al buzón de voz de

Douglas. Bajó la vista a la luz roja parpadeante en el teléfono de su padre y lo invadió una sospecha escalofriante. Tal vez su padre había empezado a ser precavido con sus correos porque el detective que estaba buscando a Rose la había encontrado. Existía una pequeña posibilidad de que las llamadas furtivas por la noche no fueran románticas. Sexo: no. Una conexión secreta con Rose: sí. Cuando ésta había desaparecido, su papá había sido más indulgente que su madre, a diferencia de ella, no había perdido la esperanza. Pero no había sido él quien había recibido la última llamada vengativa de su hermana tras llegar a la ciudad. Rose y Damien habían llamado a Josephine y ella no podía perdonarlos por lo que le habían dicho: «Me dijo que estábamos muertos, Douglas. Que si la contactaba, se vengaría. Me dijo que somos tóxicos.»

Abrió su libreta en la página del listado de nombres de mujeres y escribió en grande: «ROSE».

Violet Hurst

La jefa de Violet, la señora D., fue más que comprensiva cuando le llamó para disculparse por no haber cumplido su turno en la granja Dekker. El trabajo cada vez era menos, de todas formas. En menos de un mes, cerrarían por la temporada.

«Tómate todo el tiempo que necesites querida. Ya no hay turistas viendo el follaje y no hay mucho qué hacer por aquí. Los chicos están cultivando maíz. Les diré que llamaste.» Violet sonrió sin querer al recordar a sus compañeros de trabajo.

«Cuando te sientas mejor, ven a verme. Tengo tu cheque y varias tartas de pera que quiero darte. Por alguna razón, los ciudadanos no las están comprando este año. Seguro ya nadie come azúcar y nadie me avisó.»

Llevaba más de un año trabajando con los Dekker. Era un trabajo divertido y variado: atender la caja registradora, ayudar a plantar maíz, acomodar la cosecha anual en canastas colgantes. Había formado parte del equipo desde que tuvo permiso legal para trabajar. La señora Dekker era la única persona en el planeta que podía abrirle el apetito sin tenderle trampas mortales. No era sólo porque disfrutaba de alimentar a la gente sino porque disfrutaba a la gente, a todo tipo. A cualquier hora del día, podías meterle mano a las repisas de productos horneados: donas y bisquets rebosantes de moras azules. En la cocina la señora D se reía e iba de un lado a otro con su delantal y los lentes manchados de manteca.

Un día, en la última etapa del *sallekhana*, cuando Violet tendría que haber estado comiendo sólo caldo clarificado y jugo de apio, había sucumbido ante el canto de sirena que provenía de la cocina cálida y ruidosa de la señora D. Los aromas a pan recién horneado y puré de manzana habían enganchado a Violet por el cuello como si fueran un bastón de vodevil. Terminó devorando todo. Fue el equivalente a una borrachera de comida, un desmayo gastronómico. En cierto momento, había levantado la vista de un tazón a la mitad del chile con frijoles negros de la señora D que no recordaba haberse servido.

El clan de los Dekker se describía como una caja de juguetes rotos que tenía marginados, inconformistas, *freaks*... y estaban orgullosos de ello. Bajo el brillo de sus perforaciones en la cara, clasificaban la cosecha de papas. Violet y sus colegas sabían qué impresión debían darle a los tripulantes de Audi y BMW que daban la vuelta equivocada de camino al condado de Dutchess. Una chica del clan Dekker — una madre soltera de veinte años llamada Trilby— tenía la palabra «vergetariana»

tatuada en la parte interna de un dedo, y la señora D le permitía trabajar en la caja registradora, a pesar de que el tatuaje era visible para cualquiera, incluyendo los clientes de la granja.

Imaginaba que la señora D había sido una adolescente rebelde. Cada que escuchaba a alguien hablar de viajar en aventón al festival Burning Man, le brillaban los ojos de emoción. Una vez, cuando alguien le preguntó qué había estudiado en la Universidad Estatal de Nueva York (SUNY), respondió con un guiño: «Eran los setenta, me gradué en Paz».

Una vez que llamó a Imogene y a los Dekker, amigos a los que consideraba su familia, se preguntó si debía llamar a su familia real. ¿Qué les diría?

El asunto de Will la estaba inquietando. De hecho, la hacía desconcentrarse durante sus sesiones de terapia, en las que procuraban obtener epifanías de su cerebro enredado. Le preocupaba que su hermano estuviera herido de gravedad. Se sentía culpable no sólo por lo que se supone que le había hecho, sino por haberlo dejado solo con su madre.

No dejaba de imaginarse una sala de urgencias a mitad de la noche: los hombros de Will levantados hasta las orejas, los dientes rechinándole y la nariz dilatada, el ceño fruncido en señal de un dolor suprimido. *Daño grave a su mano derecha*. Era la frase que había utilizado el policía, una frase que no permitía evaluar qué tan mal se encontraba. ¿Acaso le habían cortado los dedos (o parte de ellos) y se los habían vuelto a coser? ¿Podría seguir tocando el piano? Visualizaba una luz quirúrgica blanca que iluminaba el espacio entre Will y el doctor. Era incapaz de imaginar la mano de su hermano. La sola idea de una herida mal envuelta, chorreando sangre, le provocaba que se le cerrara la garganta y se le nublara la vista. Su miedo a la sangre iba más allá de la típica aversión que produce una película de terror. La padecía desde que había visto una foto en el escritorio de su madre semanas antes de que Rose huyera.

En ese entonces, Rose y Violet habían estado sentadas en el desayunador, donde a veces hacían su tarea en silencio, sentadas una frente a la otra como si se encontraran en una competencia. Al otro lado de la habitación, Josephine había estado sellando carne de res para un estofado; las *Gymnopédies* de Satie sonaban al fondo. Violet había estado memorizando unas tarjetas de su clase de inglés: *Sister. Mother. Friend. Acquaintance* (la clase era sobre «Familia y gente»). Rose había estado trabajando para su clase de Biología Humana en SUNY. Su tarea consistía en dibujar el cerebro y marcar en dónde se almacenaban los tres tipos de memoria humana.

Igual que Josephine, Rose era una artista dotada. Era uno de los pocos vínculos que las unían; a Violet le daba muchos celos, sobre todo las tardes en las que salían con sus lienzos al parque Poet's Walk, en el pueblo de Rhinebeck, y pasaban todo el día juntas hablando mientras pintaban el Río Hudson con las montañas al fondo. Sin

importar lo mucho que se esforzaba, era incapaz de participar en sus conversaciones sobre términos y técnicas pictóricas: intercambios interminables sobre la «veladura», el «*alla prima*» o el color azul *phthalo*. Josephine argumentaba que los paisajes de Violet carecían de intensidad y que sus retratos serios parecían caricaturas carnavalescas. (Con el tiempo decidió tomarle la palabra. Aunque nunca le había enseñado los dibujos a nadie, había hecho una serie espeluznante en carboncillo de los Hurst en un circo de tres pistas. Su madre era la directora del circo y Rose, el animal amaestrado que salta en los aros.)

En cualquier caso, Rose había estado dibujando el cerebro a detalle con una pluma negra. Después de todo, era para su clase de ciencia, no para exponer en Bellas Artes. Cuando Josephine se había dado cuenta de lo que hacía, insistió en que lo dibujara con lápices de color.

—No mamá, así está bien, en serio. Todavía tengo que escribir un ensayo para mi clase de Antropología.

Josephine no había dejado de hablar de los lápices de colores que tenía en el escritorio de su estudio.

—Es un juego de 72 lápices de colores Prismacolor. Lo compré ayer en Catskill Art Supply.

A Josephine le habían brillado los ojos al decirlo. La boca se le había movido hasta adoptar una expresión extraña, como si hubiera intentado suprimir una sonrisa.

Al final, Rose había subido las escaleras a regañadientes, mascullando que su profesor, el señor Cadáver-Travers no iba a apreciar su obra maestra.

No se ausentó mucho tiempo. No habían transcurrido ni treinta segundos cuando bajó las escaleras a toda velocidad como un espíritu maligno. Su cara era una máscara de delineador diluido y lágrimas.

—¿Por eso querías que subiera? —gritó con la voz entrecortada—. ¡Estás enferma! ¿Lo sabías?

—Ay Rose, ¡qué sensible! ¡Fue un accidente! Se me olvidó que estaba ahí —gritó su mamá, dejó el cuchillo en la tabla de cortar, a un lado de un trozo de nervio.

—¡Cómo no! ¿Hasta cuándo vas a torturarme? ¿Toda la universidad? ¿El resto de mi vida? —Rose le preguntó llorando.

—¡A la que están torturando es a mí! ¡Le lloro a ese bebé!

—¡Entonces mete a ese bebé de papel en una caja y entiérralo!

Rose había apuntado a Josephine con el dedo. Se dio cuenta de que su hermana estaba temblando.

Nunca la había visto reaccionar de esa forma. Si bien hubiera querido levantar su trasero de catorce años para abrazar a su hermana, sintió que su columna estaba hecha de concreto. Había permanecido sentada, pasmada, ingenua y desconcertada por el motivo de la discusión.

De hecho, había sido capaz de moverse hasta que su hermana salió furiosa por la puerta principal, Josephine se fue tras ella gritando: «¡Todos los días tengo que lidiar

con lo que hiciste y en lo que te has convertido! ¡Estás perdida Rose! ¡Moral y académicamente! ¡No tiene sentido vivir así!»

Violet todavía recordaba en qué había pensado al subir las escaleras. Era imperdonable pero se sintió aliviada de que hubieran regañado a alguien más.

El estudio de Josephine era un cuartito en la última planta de la casa, las escaleras desembocaban en la puerta. Dentro, tenía un restirador, una lámpara de escritorio y pilas de libros de arte con separadores. A pesar de que su estilo le resultaba aburrido, no podía negar que Josephine sabía de qué hablaba. Su madre siempre se había sentido como pez en el agua cuando hablaba de la composición en forma de x en *El martirio de San Bartolomé* o de que las mujeres en *Mujeres en la ventana*, de Murillo, eran prostitutas.

Con esto en mente, lo que había visto al acercarse al escritorio no había sido ningún Francisco de Zurbarán ni un Jusepe de Ribera. Era una fotocopia a color de la imagen de un bebé muerto y quizá desmembrado: tenía el cuello roto, parecía que alguien le había acomodado la cara destrozada y ensangrentada para que posara para la cámara. Todavía conservaba el cordón umbilical, estaba hinchado y colgaba del otro lado, la punta caía en una cubeta llena de sangre. De hecho, Josephine habría apuntado que «el tema principal de la composición» era la sangre. La mesa de la foto estaba cubierta de sangre. Era la atroz sombra roja en la toalla que cubría al bebé muerto. Era el brillo en el instrumento casi fuera de foco, el que parecía unas pinzas enormes. El pie de foto leía: *Somos una sociedad orgullosa: matamos a los indefensos en nombre del derecho a elegir de una mujer*. En la esquina superior derecha, había un mensaje amigable del patrocinador: *La Coalición Pro Vida Mid-Hudson lo invita a ponerle un alto al aborto*.

Esa foto era la razón por la que se había vuelto vegetariana. Cada que percibía el olor a carne o veía un corte sangriento, recordaba esa foto de un aborto tardío. En cuanto al incidente, nunca lo mencionó. Lo almacenó —más bien lo dejó pudrirse— en esa parte del cerebro que Rose había identificado como «cuerpo amigdalino» en su dibujo del cerebro humano. No volvió a pararse en el estudio de su madre y evitó a toda costa pensar en lo que había visto, en lo que revelaba sobre su madre, quien había parecido deleitarse con el dolor que había causado, y en lo que significó para Rose, que había huido despavorida porque no podía soportar que sus batallas personales sirvieran como entretenimiento sádico.

Violet recargó la cabeza en la cabina telefónica. Cuando se le pasó el mareo, llamó a la operadora para pedir el número del Hospital Kingston. La recepcionista del hospital dijo que no tenía a ningún Will en el sistema y le explicó que era probable que lo hubieran atendido y ya lo hubieran dado de alta.

Entonces Will no tuvo complicaciones. La noticia tendría que haberla aliviado pero no estaba segura de qué conclusiones sacar. ¿Acaso su madre había exagerado la

situación? Resultaba siniestro, aunque le sorprendió demasiado que todos hubieran decidido ocultárselo.

Se imaginó a su hermano en casa, vestido en su camisón de niña y recostado en el sillón mientras su madre le daba trocitos de hielo en la boca. La imagen era perturbadora por muchas razones. Aunque envidiaba al consentido de su hermano, también deseaba protegerlo de la luz de sus ojos. Era cuestión de tiempo para que Josephine lo traicionara como había traicionado a Rose: de forma que pareciera «accidental» y sobre todo, que pudiera negar.

Se le ocurrió que un día, Will consumaría la profecía de su madre tal como el resto de la familia lo había hecho. Josephine había dicho que Rose estaba «perdida» y eso había hecho. Le gustaba acusar a Violet de estar «loca» y de la nada, se había desquiciado. Josephine lo trataba como si éste fuera una extensión de sí misma y era cuestión de tiempo para que él comenzara a tratar a las personas como ella lo hacía. Pese a que era un chico noble, no había manera de que se convirtiera en un hombre de bien con la presión de su madre, quien le enseñaba a castigar y manipular.

Violet había leído sobre una deidad que acudió a Buda para preguntarle: «¿Quién es el mejor amigo que uno encuentra en casa?» Buda le respondió: *mata mittam sake ghave*. «Nuestra madre es la mejor amiga que tenemos en casa.» Por otro lado, una madre de mierda creaba criminales o víctimas para toda la vida. Para Violet, la única pregunta válida era: ¿En qué se convertiría Will?

Transcurrido el horario para hacer llamadas, Violet y Edie se tumbaron en el piso de la estancia para jugar la lotería que las damas de la beneficencia habían donado recientemente.

—Veinticuatro —dijo Edie—. ¿Entonces qué vas a hacer con Rose? —Durante la terapia de grupo vespertina, Violet habló sobre el escape de Rose y su extraña reaparición.

—¡Lotería! —Violet era muy seria como para festejar bailando—. Ignorarla quizá. No sé si confiar en ella. Me da la impresión de que lo hace porque necesita algo.

—Te toca —dijo Edie—. ¿Entonces no vas a escribirle?

—¿Ya te diste cuenta de que en algunas de las fichas los números están desgastados? Este juego debe tener unos cincuenta años. ¿Cuánto crees que consigamos si lo vendemos en eBay? —su intento para cambiar de tema no funcionó. Se produjo un silencio incómodo, las chicas la miraban de reojo mientras apilaban sus fichas—. Aunque me jodió que Rose se fuera, al mismo tiempo me alegró, igual que a ella. Si volviera ahora, en el cénit de la histeria familiar, sería espeluznante.

—Un momento —interrumpió Corinna utilizando su tablero de lotería para

formar una «T» de «tiempo fuera»—. ¿Crees que tu hermana está viviendo con una identidad falsa? —No le dio oportunidad de responder—. Qué intenso. Lo he intentado: inventarme alias y direcciones. Siempre me preocupa que alguien me reconozca y me grite por mi nombre mientras le pongo gasolina al coche.

—¿Y tú por qué huiste? —le preguntó Edie.

Corinna se encogió de hombros.

—No lo sé, me gusta la idea de empezar de cero.

Quizás era sólo su imaginación pero todas en la habitación exhalaban al mismo tiempo. Cualquiera que hubiera intentado suicidarse sabía que eso también implicaba empezar de cero.

De cierto modo, el *sallekhana* de Violet no era tan distinto de la decisión de Rose de escapar. Ayunar hasta morir era la única manera que se le ocurría de distanciarse de su madre y renunciar a su puesto por excelencia de hija odiada y chivo expiatorio.

Con cierta melancolía, Corinna jugueteó con su brazalete de identificación.

—En serio, escríbele a la cabrona de Rose y pregúntale cómo le hizo para huir sin dejar rastro. Cuando salga de aquí, tengo que volver a compartir una casa rodante con mi madre que pesa 140 kilos y sus perros pulgosos. Necesito saber los métodos mágicos de las hermanas mayores. Por favor. Si quieres te presto una estampilla para tu carta.

Todavía no tenía idea de qué haría cuando la dieran de alta. Si bien no quería volver a casa, la idea de independizarse la hacía sentirse culpable y aterrada. Culpable porque, ¿acaso no era despiadado renegar de tu propia madre? Y aterrada gracias a la televisión o tal vez porque la sociedad le había enseñado que una persona no triunfaba en la vida sin una familia amorosa y comprensiva a su lado. Si la vida no te había proporcionado modelos o enseñanzas excepcionales, ¿no te correspondía buscarlos por tu cuenta?

No obstante, Corinna estaba en lo cierto: ¿cómo lo había logrado? Si fuera verano, empacaría su tienda de campaña y viviría en campamentos. Por desgracia se aproximaba el invierno y sus ahorros ridículos no le alcanzarían para comprar un remolque. Podría irse en aventón o tomar un camión hacia el sur, a una zona más cálida pero, y luego qué. Era irónico, la única persona que podía enseñarle a desaparecer era la misma que le causaba conflicto. De repente, todos los caminos la llevaban a Rose.

William Hurst

El padre de Will lo llevó a almorzar a un lugar a diez minutos al norte de Poughkeepsie.

Douglas leyó con atención cada platillo en el menú, como si le fueran a aplicar un examen más tarde. Por su parte, Will no se decidía qué sería más descortés, si pedirle a la mesera que le pusiera pasta de trufas al sándwich de queso a la parrilla u ordenar los macarrones con queso gruyere, no cheddar.

En la mesa de al lado, un mesero estaba leyendo los especiales del día con el entusiasmo de un chef famoso. Al verlo, el padre de Will se recargó en su silla y dijo: «Me hubiera gustado estudiar gastronomía. Me encanta la comida. Aunque a estas alturas no tiene sentido que cocine, tu madre es una cocinera soberbia.»

No sabía qué decir. Intentó imaginar a su padre limpiando platos en vez de limpiar códigos de computadora. Nunca lo había visto ni cocer un huevo.

Aunque ahora que lo pensaba, hace años, tuvo una racha de hacer helados. Un verano antes de que Rose se fuera, Douglas había hecho tandas copiosas de sabores extravagantes: sorbete de vino blanco y *gelato* de jalapeño. A mediados de agosto, su adorada máquina para hacer helados terminó, sin querer, en la venta de garaje de la familia. Si no se equivocaba, se había vendido en quince dólares y nunca habían comprado otra.

—¿Sabías que nos conocimos en una cocina? —Douglas bajó la mirada a su vaso de agua con un vástago. Empezó a darle vueltas al líquido con virulencia, como a veces lo hacía con el vino tinto.

—¿Mamá y tú?

Su padre asintió.

—Trabajamos en el mismo asador durante la universidad. Mi mamá acababa de morir y la de Jo la había corrido de casa —Douglas le dirigió una mirada triste al plato en forma de corazón que contenía la mantequilla con ajo—. Cuando conocí a tu madre era coqueta y entusiasta. Ella era mesera y yo ayudante de mesero. Siempre se pintaba los labios de rojo. Posaba desnuda para la clase de dibujo en su universidad.

—¿Tomabas dibujo anatómico?

—No, me contó.

Era inusual que su padre se sincerara, así que no quería confesar que su madre también le había contado sobre el modelaje para no romper el hechizo. Tal vez otras

madres ocultarían el hecho de que se habían exhibido desnudas frente a un ávido grupo de extraños, pero su madre era única. Josephine le había confesado que le había parecido poderoso atraer todas esas miradas. Había sido una oportunidad de «mostrar sus atributos» sin implicaciones sexuales. Incluso en aquella época, ya estaba siendo una educadora: enseñándole a los Rafaeles de ocasión sobre la anatomía humana.

—¿Así que eran novios cuando trabajaban en el restaurante? —Se le ocurrió que cualquier información exclusiva sobre la vida romántica de sus padres, podría serle útil para su investigación.

Douglas suspiró:

—Me tomó por lo menos seis meses convencerla de salir conmigo. No aceptó hasta que su novio terminó con ella. *Clyde* —a juzgar por la cara que puso, si tuviera la oportunidad, todavía asesinaría a Clyde—. Tu madre estaba deshecha. Un día la encontré llorando en los refrigeradores y me contó que este tipo se había mudado de su casa porque ella había cambiado. Le dije: «No, Jo. No has cambiado. Este tipo no te conocía, es todo». Éramos tan jóvenes. Ahora que soy mayor, creo que ambas opciones podrían ser posibles.

—No te entiendo papá.

—Nadie cambia más rápido que una persona a quien nunca conociste del todo —dirigió la mirada a la servilleta en su regazo. Su voz sonaba triste, por otro lado, su expresión revelaba que no tenía la energía para dejarse llevar por la emoción.

Asintió como si entendiera a qué se refería, todo lo contrario. De hecho, la conversación lo hacía sentirse incómodo.

Era raro que su padre se pusiera filosófico. Y sin duda nunca lo hacía sin tener una enorme botella de vino tinto en la mano. Se le ocurrió la posibilidad de que hubiera estado tomando en la oficina aunque ninguna señal —mejillas rojas, sudor en la frente— lo delataba. Fingió sentirse interesado. Las habilidades actorales de todo espía eran su arma principal.

—¿Entonces cocinabas en el restaurante?

—Durante muy poco tiempo. Cuando renuncié, apenas me habían promovido a jefe de partida. Me encantaba hacer sopa. Una buena sopa requiere mucho esfuerzo. Tienes que usar caldo de hueso para darle un sabor más consistente. Mi sopa de papa y poro era única.

—¿Por qué dejaste de trabajar ahí?

—El gerente tenía algo en contra de tu madre. Cuando la despidió, también me fui.

Douglas seguía ensimismado cuando la mesera colocó los platos en la mesa con una actitud quisquillosa.

Se imaginó a su madre en su época de mesera: ojos grandes, piernas seductoras, risa musical y una respuesta inteligente para todo. Su papá era un tonto si creía que encontraría a una mujer superior a ella, incluyendo a Carrie. Carrie era nula, un cero a

la izquierda.

—Me alegra haber pedido el sándwich de queso —intervino Will. En los pocos días que llevaba usando una férula, había perfeccionado el uso del tenedor con la mano izquierda, pero todavía no era bueno. No estaba listo para ser visto en un restaurante.

Su padre le ponía sal a su comida antes de probarla, era un tic nervioso.

—¿Ah sí? —le preguntó, como en trance.

—Sí, porque sólo tengo una mano para comer.

Douglas levantó la vista de su platillo de calabaza.

—Ay —dijo produciendo una exhalación—, claro, tu mano. Se me olvida, debe de ser muy molesto.

La férula se había convertido en un recordatorio constante de la próxima reunión con Trina. Quedaban tres días para que se llevara a cabo. Desde un lugar recóndito de su mente, un reloj digital llevaba la cuenta precisa de esas setenta y dos horas.

Pero en vez de contárselo a Douglas, añadió:

—Es un alivio tener que llevarla sólo un par de semanas más. Mi mano parece una garra de metal como en esos juegos de las maquinitas.

—Intenté enseñarle a Rose a dominar esos juegos. La habilidad no tiene nada que ver —era típico de Douglas, desviarse del tema para hablar de ciencia—. Las máquinas están programadas para permitirte ganar cada determinado tiempo. Sólo tienes que estar atento y contar el número de perdedores entre dos ganadores. El caso es que Rose nunca tuvo paciencia.

—A lo mejor quería ganar el premio.

—Tal vez o tal vez sólo quería que las cosas le llegaran sin esfuerzo alguno. Ya conoces a Rose.

No, de hecho no estaba seguro de conocerla. Había una diferencia de diez años entre él y su hermana mayor. Si la familia Hurst era como una compañía de actores, entonces en su mejor época, Rose había sido la estrella. Cuando entraba a la habitación, el resto de la familia guardaba silencio en señal de respeto. Se miraban de reojo. Le seguían la corriente y evitaban molestarla con preguntas mundanas como «¿cómo estás?» o «¿qué hay de nuevo?» Sin importar cuánto la estudiaran, era un misterio.

Como ya estaban hablando de ella, decidió comenzar su interrogatorio en serio. Por desgracia, no tenía la autoridad de un auténtico policía. Tendría que aprovechar que alguien ya había confesado. Eso hacían los investigadores en la televisión.

Dejó su sándwich.

—La noche de mi herida Violet dijo que Rose estaba en la casa.

Douglas echó la cabeza hacia atrás, fue apenas perceptible. Dejó de masticar.

—¿No recuerdas? —le preguntó. Cuando se trataba de controlar sus emociones, Douglas era un Jedi. Creía haberlo tomado desprevenido, aunque no estaba seguro—. Ya sé que sucedió en la noche y estabas cansado por el trabajo.

—Will, Violet no se encontraba bien. Había consumido drogas. Ya eres mayor como para saberlo. Estaba bajo los efectos de drogas ilegales y peligrosas, del tipo que causan alucinaciones. Algunos ven serpientes o monos voladores. Tu hermana creyó haber visto a Rose.

Sintió un escalofrío en los brazos. No recordaba la última vez que había hecho algo para molestar a su papá. De hecho, creyó que era imposible.

Douglas movió la mandíbula. Su parpadeo delataba su enojo. Sus ojos grises se habían tornado severos y oscuros como el asfalto, lo tenían acorralado contra el respaldo garigoleado de su silla.

—Will, Rose no tuvo nada qué ver con lo que pasó esa noche. Y no le voy a permitir a nadie que la mezcle en este asunto. No toleraré que la conviertan en un chivo expiatorio. ¿Te queda claro? ¿Te queda claro? Necesito una respuesta.

Asintió, cabizbajo.

—Excelente, ahora permíteme un momento, tengo que hacer una llamada —su vaso de agua tembló cuando aventó su servilleta, hecha bola, en la mesa. Salió furioso del restaurante, iba chocando con la gente mientras hablaba por teléfono.

—¿Qué tal todo? —preguntó la mesera, justo a tiempo.

—Excepcional —respondió así porque era el tipo de respuesta que utilizaba su madre.

—Ah... bien —la mesera parecía sorprendida. Will tenía un talento para incomodar a la gente. Su madre le decía que era porque se sentían intimidados por su intelecto.

A través de la ventana, podía ver a su padre caminando por el estacionamiento. Tenía levantado el cuello del abrigo para protegerse del viento húmedo; la presión del teléfono le creaba un remolino de pelo encima de la oreja. Con quienquiera que estuviera hablando, estaba consiguiendo calmarlo. Había relajado los hombros y parecía que se dedicaba a escuchar, sólo abría la boca para producir sonidos cortos y desesperados que bien podrían ser preguntas o quejas.

Se tocó la férula. Con o sin Carrie, *sabía*, sólo sabía, con su barriga llena de queso gruyere, que su padre estaba protegiendo a Rose. Era la única persona que podía lastimar a su madre y por lo tanto, a él.

Violet Hurst

Llevaba dos días insistiendo para que le permitieran usar internet y ahora que por fin estaba en el taller de cómputo, se enfrentaba a un problema: tenía ocho mil millones de sitios a su disposición y no sabía a cuál darle click. No planeaba cambiar su ubicación en Facebook a «hospital psiquiátrico» ni tuitear: «Estoy sentada junto a una mujer que se arrancó las orejas porque pensó que tenía insectos en la cabeza». De hecho, no se le ocurría nada más que responderle a su hermana.

—¿Violet? —Eddie se recargó en su silla de plástico de un color amarillo parecía el del queso artificial—. ¿Qué estás haciendo? Parece un enjambre de cigarras.

No se había dado cuenta de que por los nervios, no dejaba de golpear el mouse de la computadora, subrayaba una y otra vez las dos o tres líneas que llevaba escritas.

—Lo siento, estaba pensando en qué decirle a Rose.

—¿Le estás escribiendo un correo?

—No, sólo estoy haciendo un borrador. No estoy segura de si revise la dirección de correo que tengo. Nunca ha respondido los correos que le hemos escrito a esa dirección.

—¿Crees que los tenga bloqueados?

—Eso cree mi papá pero no hay manera de saberlo.

—No entiendo, ¿no rebota los mensajes?

—No, dice mi papá que si nos bloqueó, su correo borra nuestros mensajes automáticamente. ¿Por qué te importa tanto si me reconcilio con mi hermana?

Eddie encogió los hombros.

—Porque creo sería bueno que tuvieras a quién acudir cuando salgas de aquí.

Corinna se encontraba a un par de monitores de distancia. La oyeron quejarse:

—Me alegra saber que no me estoy perdiendo de nada en el mundo *cuerto*. Abby «se acaba de hacer un corte súper ochentero». «Crystal se acaba de unir al grupo: “Sí, soy una chica y no me gusta el rosa”.» ¡Bien hecho! Pinches idiotas. Odio Facebook. No hay más que un montón de imbéciles diciendo «¡Mírame! ¡Mira lo que hice!».

Se rió:

—¡Guau! ¿Y cuántos amigos has perdido hoy?

—Dirás, a cuántos les he retirado la amistad.

—Tiene razón —intervino Eddie—. Desde que existen las redes sociales, la cifra de personas con trastorno narcisista de la personalidad se ha duplicado. Hay muchos

más narcisistas que antes.

—Siempre puedo identificar a uno —agregó Corinna—. Si es mujer, es la que sube fotos en su nuevo bikini. La que publica citas de Marilyn Monroe que dicen que intimida a la mayoría de los hombres.

—Eso es exhibicionismo adolescente —añadió la enfermera en turno, se colocó detrás de ellas—. Chicas de su edad con baja autoestima que enseñan sus partes privadas porque necesitan ser aceptadas.

La frase «que enseñan sus partes privadas» las dejó pensando.

—No quiero ni saber qué páginas visitas —Corinna le dijo y en seguida volteó a ver a Edie—. Los narcisistas siempre están compartiendo cómo aprendieron a amarse taaanto.

—No, el narcisismo es distinto del exhibicionismo —dijo Edie con un semblante serio. En lo referente a las anormalidades de la psique, era autodidacta gracias a todas las veces que había estado internada en el hospital—. Los narcisistas no se quieren, para empezar, su identidad es difusa. Le dedican toda su energía a construir una imagen falsa que adoptan como si fuera una máscara. Sólo que detrás de ella no hay nada.

—Como los sociópatas —detrás del delineado de mapache, Corinna tenía los ojos rojos, además le hacía falta lavarse el pelo.

Edie movió la mano para decir «más o menos».

—Mmm, no llegan a ser sociópatas porque ellos no tienen conciencia y los narcisistas no tienen empatía. Ninguno de los dos cree que los demás son reales: para ellos eres el filete, el cuchillo que corta el filete o la mano que lo corta.

Se le revolvió el estómago debido a la analogía que había elegido Edie.

—De cualquier forma los narcisistas no ven a Corinna —continuó Edie—. En vez de verte por quien eres, estiman qué pueden obtener de ti. A veces quieren atención, otras, buscan a alguien que se deje mandar. Si no te pueden controlar, intentarán que les temas. Es como una adicción.

—P.D. —interrumpió Corinna— les acabo de mandar una solicitud de amistad.

—¿Rose está en Facebook? —Edie preguntó de repente.

—Que yo sepa, sí, a menos que haya borrado su cuenta. Mis papás la revisaban todos los días para ver si había publicado algo que los ayudara a encontrarla. La verdad dudo que siga utilizando ese perfil.

—A lo mejor abrió una cuenta para sus amigos cercanos. Ya sabes, con un nombre falso, sin foto, una cuenta privada —sugirió Edie.

—¿Tu verdadero nombre no es Edie? —le preguntó Corinna.

—Ahora lo es, me lo cambié cuando cumplí dieciocho. Veamos a Rose, abre su antiguo perfil.

Después de tanto tiempo, era extraño ver una versión en línea de Rose. Pese a que las fotos no eran recientes, sólo las había visto por encima. Por ejemplo, no se había dado cuenta de la foto de su hermana en una especie de parrillada, llevaba un vestido

azul a cuadros y uno de los sombreros de ala ancha de Josephine. El parecido entre ambas era espeluznante. Tuvo que ver la foto dos veces. A primera vista, había creído que era su madre abrazando a Amelia, la amiga de Rose. Era escalofriante.

—Es guapísima —dijo Corinna.

—Aunque escurridiza, ¿no? —añadió Edie.

—¿Por qué lo dices?

—Por los comentarios en su portada. ¿Cuándo se mudó?

—Hace un año, más o menos.

—Mira, antes de eso, sus amigos le escribían que la extrañaban.

Edie tenía razón, el tema que permeaba en su perfil era: «Te extraño» o «Llámame, hay que ponernos al día». Un tipo llamado J.C. cuya foto lo mostraba abrazando a un bulldog francés, le había escrito «Mujer divina... ¿en dónde estás viviendo? ¡No me gustaría perderme todos los acontecimientos importantes de tu vida!»

—Es difícil saber quiénes eran sus amigos cercanos —concluyó Edie.

—Ella, Amelia. No conozco a los demás —según su estatus, se encontraba «en una relación» pero Damien Koch no estaba en su lista de amigos.

—Rose era una de esas personas con muchos conocidos y pocos amigos cercanos. Podía ser muy sociable o desaparecer de la faz de la tierra. A veces se encerraba en su cuarto durante días. Con Rose no había medias tintas.

Revisó las fotos de nuevo. Poseían una cualidad extraña, falsa. En cada una, Rose inclinaba la cabeza hacia la izquierda en el mismo ángulo de 60 grados, como si hubiera decidido que era su único buen ángulo. También su cara tenía un componente incongruente. Sus facciones nunca formaban parte de un estado de ánimo general. Incluso cuando estaba sonriendo detrás de una vela de cumpleaños, sus ojos azules lucían vacíos, la vena salida en la frente revelaba cierto estrés. Su desconexión emocional se hacía más evidente en las fotos «bobas» y «espontáneas». Al posar con una peluca color turquesa o haciendo un paso de música disco, sus ojos se veían perdidos y su sonrisa apretada, como si estuviera sufriendo.

—«Los perros no me muerden, sólo los humanos» —Corinna leyó en voz alta la última publicación de Rose. Se produjo un breve silencio incómodo. Era una cita de Marilyn Monroe.

Más tarde en la estancia, se sentó en la repisa de la ventana y continuó escribiendo su carta.

Esta vez, estaba escribiendo en el bloc de dibujo de Edie y con un lápiz color morado. Los lápices de colores eran una de las pocas herramientas de escritura que no se consideraban mortales y por lo tanto, no estaban prohibidos. Además el morado era menos agresivo que el rojo. El color oficial grabado en el lápiz era «violeta». «Aquí tienes, éste tiene grabado tu nombre», había bromeado Edie cuando lo sacó del

paquete.

Repasó lo que sabía sobre su hermana. Rose estaba viviendo en Manhattan con Damien, quien la había embarazado. Su madre se había enterado del embarazo y quizá del aborto, según lo que había presenciado cuando Josephine se enfrentó con ella. Un año tras renegar de su familia, retomó la actuación. A lo mejor era un intento por ganarse otra vez la aprobación de su madre. No parecía mantener contacto con el resto de la familia.

A no ser que se confirmara que su hermana había estado merodeando la noche en que tuvo su famosa crisis nerviosa. Violet había estado en la cocina, preparando su propia cena improvisada, un platillo que no llevaba caldo de res. El brillante cuchillo dejaba huella en el aire, por encima de la tabla de cortar. Rodajas de pepino salían volando.

Cuando había levantado la mirada, su padre secundaba a su madre, quien hacía un escándalo por el desastre en el lavaplatos. Los dos se señalaban desesperados el uno al otro, parecían directores de orquesta dirigiendo el enojo del otro.

Después, detrás de sus padres, en el pasillo oscuro, en el vestíbulo de color rosa, había visto claramente a su hermana. Parecía un año mayor, o tal vez sólo más solemne, el pelo le cubría la cara casi por completo. No se le veían los ojos, su boca formaba una línea. Caminó sin hacer ruido, sin verlos, ni a ella ni a sus padres distraídos, y subió las escaleras hacia los cuartos en el segundo piso.

El hecho de que su hermana hubiera estado en la casa en ese preciso momento, la confundió y exaltó: «¡Rose!», había señalado al vestíbulo. «¡Rose está aquí! ¡Rose!»

Drogada hasta más no poder, Violet la había percibido como la experiencia más emocionante de su vida. Había querido salir a gritar a la calle, llamar a todos sus conocidos para decirles que la hija pródiga había regresado. La sensación posterior fue como si reviviera el año sin Rose por medio de un telescopio de treinta segundos, una y otra vez, hasta que escuchó el grito agudo de su madre.

Estoy segura de que entiendes por qué prefiero visitarlos en mis propios términos.

En su carta, Rose definitivamente no negó que estuviera en contacto con su madre. Seguro que Josephine se reunía con ella en privado y la ayudaba a organizar su vida, como en los viejos tiempos. Eso explicaría por qué su madre, una chismosa absoluta, le había entregado la carta sin abrirla.

Se frotó la sien, como si esto le aliviara la tensión en el cerebro. Al carajo. Empezó a escribir.

Rose:

Me alegra que te encuentres bien. No es mi caso, como la dirección en el remitente lo indica.

No te culpo por haberte ido. Antes llevaba una agenda con post-its en la que contaba los días para cumplir dieciocho. Arrancaba uno por día. La terminé tirando

porque mamá no dejaba de preguntarme para qué era, le enfurecía no saberlo.

Me confunden un par de cosas de tu carta:

A) ¿Estás en contacto con mamá o papá?

B) ¿En qué trabajas?

C) ¿Has vuelto a Old Stone Way desde tu partida?

También...

Sobre Damien. ¿Estás viviendo con él? Llevo un año entero pensando en una forma prudente de preguntarte, pero parece que la única manera es hacerlo directamente: asumo que estuviste embarazada el año pasado, un par de meses, y que mamá (quien sin importar lo que diga, no es «pro vida» sino pro todo lo que haga miserables a las personas) se convirtió en una detractora del aborto al enterarse. ¿Por eso te fuiste?

E) ¿Por qué decidiste contactarme ahora?

Después armó un sobre con otra hoja de papel para dibujar, le pidió a Corinna la estampilla que le había prometido y dejó el sobre en la recepción.

William Hurst

William se quedó dormido, llegaría dos horas tarde a la escuela en casa. Era una señal de que su madre seguía molesta porque había preferido ir con su padre al trabajo que estar con ella.

Otra señal era que no le había escogido la ropa. Se acercó a su clóset e intentó imaginar qué le habría elegido ella según el clima. No tenía ni idea. Optó por el atuendo del día anterior: pantalones grises con cinturón y un suéter que se abotonaba en el cuello.

En la cocina, su madre estaba frente a la estufa, cocinando hot-cakes con una mirada alegre.

—Buenos días cariño —le dijo, se agachó para besarle la parte de la frente que se asomaba entre el fleco despeinado—. Dios mío, ¿qué llevas puesto?

Se echó un vistazo, se preguntaba si estaba fachoso o más bien elegante.

—Lamento haberme quedado dormido —dijo, con una voz estridente y chillona.

—No te preocupes —respondió—. No te quedaste dormido, te dejé dormir. Te tengo una sorpresa.

Se le hizo un nudo en el estómago. El aroma a extracto de vainilla le produjo un sabor a vómito en la garganta. Después de la semana que había tenido, ya no podía soportar otra sorpresa. «Por favor no te pongas tan nervioso. Will, no sé en qué me equivoqué contigo. No eres espontáneo, eres un aguafiestas.» Cernió azúcar glas en una pila de hot-cakes de chocolate.

Tomó el plato que su madre le pasó. Pesaba tanto que lo recibió como un golpe en el pecho con un martillo de demolición.

Josephine se acercó para cortarle los hot-cakes en trocitos.

—¿No te da curiosidad tu sorpresa? —le preguntó—. Es enorme.

La escena en el Centro Comunitario de Rosendale era la de un montón de bebés con rabia. La decoración era infantil, para lactantes. Había mesas de trencitos y aros de basquetbol para hobbits. Las cajas de juguetes estaban repletas de juguetes de cajitas felices acumulados en diez años, la mayoría de los cuales «se transformaba» en robots o Hot Wheels. Todos parecían haber anidado norovirus y tos ferina a lo largo de tres décadas.

Sí, ésta era la sorpresa: un «grupo de juego» para niños educados en casa. A lo mejor Josephine se estaba preparando para la investigación del Centro de Protección Infantil o para hacerle frente a las repetidas insinuaciones de Douglas de que Will estaba demasiado «aislado». Quizá quería que hiciera nuevos amigos. También existía la posibilidad de que lo estuviera castigando por ir al trabajo de Douglas, como sospechaba.

Las mujeres estaban reunidas alrededor de la mesa de botanas, casi todas eran madres, con la excepción de un papá calvo con una playera con un estampado sobre energía eólica y sandalias sin calcetines. Comían nueces de Brasil, ejotes deshidratados y otros alimentos nutritivos de la tienda comunitaria local.

Era el tipo de gente neohippie que sacaba de quicio a su madre. Sonreía amable, se esforzaba por formar parte de las conversaciones privadas.

«Cuando Will iba a la escuela pública, me di cuenta de que existían dos tipos de maestros. Los primeros eran idiotas y apáticos. Los segundos eran maestros decentes que sabían que la mayor parte de los padres son idiotas.»

Deseaba sentarse junto a su madre, pero cada que se le acercaba, lo animaba a que «fuera a jugar». Luego seguía platicando con una de las mujeres en suéter de alpaca y le explicaba que su hijo autista tenía un fuerte trastorno de ansiedad por separación: «A estas alturas, incluso si quisiera que volviera a la escuela pública, no podría. Te juro que con trabajos me deja ir sola al baño».

Así que se dedicó a observar a su madre a lo lejos, intentando por lo menos pretender que «conocía a gente nueva». Sabía que debía encontrar a otro niño y pegársele antes de que la avergonzara y decepcionara, aun así apenas recordaba cómo hablar con niños de su edad. Tenía que intentarlo, por Josephine.

Con precaución, se le acercó a dos niños rubios con cabello hasta los hombros, parecían hermanos. Estaban jugando *Batalla naval*, intercambiaban miradas a través de sus largos flecos.

—Hola —recordó que debía hacer una pregunta abierta—. ¿Les gusta estudiar en casa?

—No estudiamos en casa, más bien, no estudiamos —uno de los niños respondió al tiempo que hundía un submarino.

—¿No tienen clases? ¿Eso es legal?

El otro niño suspiró y un mechón le descubrió los ojos.

—El término es «no-escolarización». John Holt lo adoptó a finales de los setenta. El niño decide las clases. Si nos despertamos y nos dan ganas de hacer arte, eso hacemos. Si queremos ver un documental de tiburones, lo vemos. Si más bien queremos hornear granola de crema de cacahuete y llamarlo «clases de cocina», mamá precalienta el horno.

—¿Qué hay de las calificaciones? —preguntó.

—No hay calificaciones.

—¿Exámenes?

—No.

—¿Libros?

—No hay libros obligatorios ni clases —emitió un gemido—. ¡Le di al blanco!

—¡Sí! —su hermano celebró, puso una ficha roja en su tablero—. Vamos a nuestro ritmo, aprendemos a través de nuestras experiencias vitales naturales.

—¿Cómo los preparan para el mundo real?

—Déjame adivinar —dijo el niño—, tu mamá es tu maestra, entrenadora, enfermera, cocinera y directora.

Asintió, incluir a Josephine lo avergonzaba.

—Entonces, te podría preguntar lo mismo. ¿Qué tan bien preparado estás? ¿No es verdad que cada quién dirige su propia vida?

Tal parecía que todos los niños educados en casa hablaban como estudiantes pretenciosos de alguna universidad de artes liberales. Pese a que tal vez tendría que haberse sentido aliviado de no ser el único bicho raro, la crítica lo mortificaba, le dolía aún más que estos niños que parecían Jesucristos con pelo largo fueran más inteligentes que él.

Dios nos pedía que nos alegráramos del bienestar de los otros pero le daba la impresión de que la inteligencia de estos niños le quitaba algo. De alguna forma, estos niños y sus padres, incluso el grupo de juego, le restaban trascendencia a Will y a su madre. Siempre había creído que su programa de estudios era exigente, innovador, el equivalente casero a Harvard. Lo cierto es que eran convencionales, incluso debajo del promedio.

Se encontró recorriendo la habitación en círculos, arrastraba un hombro en la pared al hacerlo. De pronto se sintió hambriento a pesar de su enorme desayuno, la sola idea de comer frente a extraños lo ponía ansioso. Aunque llevara millones de años fuera del sistema de educación pública, nunca olvidaría los horrores de la cafetería, nunca sería capaz de romper la asociación emocional entre vergüenza y consumo en público.

Escapó como los cobardes: recurriendo a su vejiga. Salió en busca del baño.

Comparado con la incomodidad del salón del recreo, el baño era un espacio hermoso para un exilio autoimpuesto. La puerta del excusado era fría, blanca y silenciosa como la Fortaleza de la Soledad. Will se sentó en la tapa del excusado, encima de sus botas de piel de oveja. Imaginó que era Superman y escribía sus memorias en un diario enorme de metal con una pantalla táctil que registraba sus pensamientos de forma automática.

No le gustaba hablar de los problemas en su antigua escuela. Prefería cuando su madre culpaba a la epilepsia. Le contaba a desconocidos que era fotosensible a las luces fluorescentes o les explicaba que la escuela no tenía suficientes alfombras ni sitios suaves para proteger a víctimas de ataques. La verdad era que los problemas habían empezado en clase de inglés, mucho antes de su primer ataque. Su maestro en ese entonces, el profesor Razz (no entendía por qué era diminutivo de Randall), era

uno de los maestros «populares». Razz era recién egresado de la universidad, usaba corbatas extravagantes y tenis de edición limitada; su salón se convirtió en zona cero para su degradación.

Todo empezó con los exámenes de vocabulario. El profesor Razz tenía un sistema según el cual los alumnos pasaban sus exámenes a la persona sentada frente a ellos, quien hacía lo mismo hasta que el examen terminaba en una caja en su escritorio titulada, con ironía, «Hacer o no hacer».

Gracias a su apellido, Will ocupaba el último asiento en la segunda fila. Tenía a cinco niños frente a él, incluyendo a Jake Greenberg, un niño bonito, y a Daniel Harrison, un patán. Por lo menos una vez a la semana Jake o Daniel dibujaban un pene enorme en su examen durante su travesía hasta el escritorio del maestro. A veces el órgano estaba flácido, otras erecto y algunas otras dibujaban más de uno. El profesor Razz siempre le quitaba cinco puntos de su calificación final debido a sus obras de arte «inmaduras» e «inapropiadas».

La primera vez, refutó su calificación en privado, al terminar la clase. El maestro le dijo: «Sólo me puedo guiar por el papel que tengo en mis manos y tu nombre está escrito en el margen».

La segunda vez, Will cometió el error de mencionarlo durante la clase, lo cual sólo provocó que sus compañeros se murieran de risa. Responsabilizó a Jake Greenberg, éste lo negó e hizo una broma sobre que los dibujos de penes databan del periodo neolítico: «Los penes tallados se empleaban como flechas para indicarle a los hombres dónde estaban las prostitutas. Lo vi con mi papá en History Channel». Razz había estado de acuerdo, ni siquiera se había tomado la molestia de corregir la gramática de Jake, incluso había añadido una historia propia, al parecer había visto un pene de adoquín afuera de las ruinas de un antiguo burdel en Pompeya.

La tercera vez, de nuevo después de clases, había acusado a Jake y a Daniel de forma directa, le exigió al maestro que les descontara puntos a ellos. Razz respondió: «Will, voy a ser honesto contigo. Jake y Daniel pueden ser unos patanes pero son simpáticos. Sonríen, se ríen. Tú en cambio... eres un chismoso. Provocas a chicos como ellos porque eres hipócrita. Aunque me gustaría ayudarte, me da la sensación de que no quieres que lo haga. Quieres ser fastidioso y después quieres que te diga que cuando alguien se enoje contigo, es su culpa».

Era lo peor que le habían dicho y cuando volvió a casa y se lo contó a su madre (le confesó por vez primera el asunto de los penes), ésta no tardó en escribirle un correo al maestro, al director y a varios miembros del consejo directivo. Josephine se refirió a Will con los últimos cuatro dígitos de su número de estudiante, citó la política escolar según la cual ningún profesor debía permanecer a solas en un salón de clases con un alumno sin la presencia de un testigo, asimismo, exigió la renuncia del profesor Razz si permitía el acoso en el salón de clases.

El lunes siguiente, el profesor Razz reveló de mala gana su nueva política para la recolección de exámenes: al terminar, levantarían la mano para que él recogiera las

hojas. «Así es chicos, tengo una nueva política de recolección a domicilio. ¡Soy una compañía de renta de coches!». Se rió de manera poco convincente pero todos voltearon a ver a Will.

Una vez que confió en su madre, no había marcha atrás. Con el transcurso de las semanas, Josephine presentó más denuncias de mala conducta, lo cual ocasionó que el profesor Razz le dirigiera sermones indirectos durante sus clases. Aún así, Josephine debió sentir que perdía la batalla. Recordaba muchos de sus exabruptos durante la cena debido a lo decepcionada que se sentía por la respuesta del director o porque las supuestas medidas disciplinarias en contra del profesor Razz le parecían una tomada de pelo. «No tienen idea de con quién se están metiendo», decía al tiempo que les aventaba puré de papa en los platos. «No soy una madre ingenua, soy una educadora. Conozco cómo debe de funcionar el sistema.»

En esa época Will se familiarizó con los consultorios de psicólogos infantiles. Su madre había leído un *bestseller* sobre el síndrome de Asperger (o tal vez sólo leyó la reseña) y decidió que mostraba algunos de los síntomas: ansiedad social, miedo a los ruidos estridentes, necesidad casi fisiológica de voltear la mirada si alguien lo veía directo a los ojos. El primer psicólogo consideró que era demasiado empático para tener Asperger, a lo que Josephine respondió que se daba cuenta de que su hijo seleccionaba sus palabras con mucho cuidado cuando hablaba de los sentimientos de las personas. El segundo psicólogo tampoco estuvo de acuerdo con ella, creyó que tenía trastorno de ansiedad. Cuando Josephine lo llevó con el tercer psicólogo, llevó el diario de palabras inusuales que ella misma lo alentaba a llevar en un esfuerzo por expandir su vocabulario. Ese día lo diagnosticaron con autismo y rompió en llanto. Su madre le había dicho: «Ay Will, por favor, deja de reaccionar como si fuera el fin del mundo. Todas las personas son igual de raras, algunas son más conscientes de serlo que otras. Además ya oíste lo que dijo el doctor, el Asperger se ubica en el escalón más bajo del espectro autista».

Una vez que un doctor confirmó el diagnóstico que Josephine había sacado de internet, ésta lo sacó de terapia y su plan maestro tomó forma. Con el diagnóstico formal, ya no era cualquier inadaptado, era un (*el*) niño discapacitado que el sistema educativo acosó. Josephine escribió un artículo que se publicó en la página siguiente de la carta editorial del periódico *Blue Stone Press* titulado «Los acosadores más grandes: conozcan a los profesores y a los funcionarios que hostigan a los estudiantes con autismo».

Cuando Josephine amenazó al comité educativo con demandarlos por discriminación, dieron de baja administrativa al profesor Razz y los problemas de Will con sus compañeros empeoraron. Los alumnos portaban brazaletes y playeras estampadas con la leyenda: «No le den cuello a Razz». Los niños colocaban paquetes de catsup abiertos en su silla cuando se levantaba para ir al baño. Frotaban las partes metálicas de las reglas de madera en las suelas de sus zapatos y cuando se calentaban, se las ponían en la nuca para quemarle la piel.

Tocó fondo cuando la dulce Chloe Cho —después se enteró de que había contado con una carta de recomendación del profesor Razz para su admisión en una escuela privada—, se puso gel desinfectante en la palma de la mano y se lo embarró en los ojos. Ese mismo día le rogó a su madre que lo sacara de la escuela para estudiar en casa. Con lágrimas en los ojos le suplicó: «¿Por qué tengo que ir si tú eres maestra? ¡Eres mucho mejor maestra que cualquiera de ellos!»

Nunca había lamentado su decisión.

Con el trasero recargado en la puerta del baño del Centro Comunitario de Rosendale, la mirada fija en las cintas de papel de baño en el piso, deseó desaparecer, no morir, sólo dejar de existir; era difícil imaginar que tenía una sola cualidad que lo redimía. Apenas podía hablar con niños tres años menores que él sin sentirse tan ansioso para un montón de palabras al mismo tiempo, sin ningún orden. Era incapaz de imaginarse cómo en cuatro años se armaría de valor para ir a una de las granjas locales a pedir un trabajo como lo había hecho Violet. Y qué decir de conseguir dominar su entrevista para la universidad o besar a una chica.

Justo cuando sintió deseos de orinar, se abrió la puerta del baño y se detuvo en seco. La puerta del excusado tembló porque alguien intentaba abrirla.

—Un momento —gritó mientras se metía el pajarito en sus calzones varias tallas más grandes.

—Abre la puerta Will.

Lo hizo sin pensarlo.

—Pensé que me habías abandonado —dijo Josephine mientras le subía el cierre y le abotonaba los pantalones con especial cuidado—. Cariño entiendo lo difícil que es para ti. Me di cuenta de que los otros niños te ignoraban.

Se tragó el odio a sí mismo.

—Pero este grupo me hace bien —continuó—. Últimamente he estado demasiado aislada. Estoy muy sola.

—Me tienes a mí.

—Ya lo sé, de todas formas hay días en los que me pregunto si haber dejado el departamento de arte fue una decisión atinada. He dado la vida por ti, lo he sacrificado todo.

—Significa mucho para mí.

—Lo sé. ¿Me amas verdad? Dime que crees que soy una buena madre y maestra. Dime que no me odias como Rose y Violet. Somos tú y yo contra los demás, Will. No podemos tener secretos.

Violet Hurst

El cuarto día de su estancia en el hospital, una de las enfermeras anunció: «Se rompió una tubería en el Centro Spacken, a quienes tengan reuniones de doce pasos esta noche, se les transportará en autobús a una sede externa».

Eddie le dio a Violet un ligero codazo en las costillas. «Te vas de paseo.»

La reunión ya había comenzado cuando el grupo del hospital Fallkill se acomodó en la última fila de las sillas plegables mientras derramaban café. Con discreción, se habían ocultado las pulseras del hospital debajo de las mangas de sus suéteres. Eddie le había prestado a Violet unos mallones y una camisa de vestir, aunque los dos le quedaban por lo menos quince centímetros más largos, los mallones formaban arrugas de elefante alrededor de los tobillos y las rodillas. También había tomado prestado un abrigo corto y un gorro negro, aunque a través de las ventanas de vidrio aislante del hospital se había dado cuenta de que el clima había pasado de frío a helado.

—Mmm mmm —susurró Corinna—. Algunos chicos aquí tienen po-ten-cial. Tres de la tarde, en chamarra de piel. Me gustaría no tener esta mierda en el pelo.

Era la primera vez que Corinna mencionaba la cualidad grasienta y aglomerada de su pelo. Si bien Violet ya lo había notado, despedía un aroma que no conseguía reconocer.

—¿Qué es? —era la primera vez que se sentía en confianza para preguntarle.

—Vaselina, las enfermeras me la ponen. Es por la trico, para que no me lo arranque en momentos de estrés.

—¿Trico?

—Tricotilomanía, Dios, cómo odio esa palabra. Intenta decirla cinco veces seguidas después de cuatro tequilas.

Al frente del salón, una mujer del tamaño de un duende estaba leyendo los doce pasos y aseguraba lo efectivos que son si «los sigues al pie de la letra».

A pesar de que no se veía asistiendo a las reuniones una vez que la dieran de alta del hospital, tampoco le molestaba el ambiente. Uno no conocía el tedio hasta que tomaba una clase de química de secundaria. Prefería reirse con los deslices freudianos de los adictos («Buscamos ayuda en la religión y los *medicamentos*») que

despatarrarse en la parte trasera de un salón de clases y tomar notas sobre compuestos iónicos.

Por extraño que resultara, las reuniones tenían un elemento revitalizante. Nunca había escuchado confesiones ni sentimientos de empatía tan profundos. La gente hablaba un idioma distinto al que había conocido en su infancia. No escuchó la presentación del próximo ponente. A su derecha, Corinna seguía parlotando sobre el tipo en la chamarra de piel.

—Lo dejaría hacerme los doce pasos. ¿Crees que sea un CRL?

Violet se puso el dedo índice en los labios.

—No sé qué significa, ¿algún trastorno?

—Un cabrón recién llegado.

Se le fue el café por otro lado y para evitar reírse, fingió un ataque de tos. Algunos asistentes recurrentes le dirigieron miradas molestas por encima del hombro.

Conforme se tranquilizaba, Violet se fue haciendo consciente de la voz al frente del salón. La desorientó. Tras un intervalo de cuatro días, la voz la regresó a la modalidad de supervivencia. «Me da gusto estar aquí, siempre es un placer.»

El tiempo transcurría con lentitud, tenía dificultad para enfocar la vista. Unas filas adelante, separados por algunas cabezas, lo vio. Douglas estaba de pie detrás del maltratado atril de madera. Se ponía nervioso al hablar en público: tenía la mirada puesta en el piso, su mano jugaba con las monedas sueltas en su bolsillo. Emitía palabras de forma rápida y monótona, el público parecía acercarse a él para darle su apoyo en silencio.

—No llegué aquí por accidente. Soy alcohólico, el libro se refiere a personas como yo: alergia del cuerpo, obsesión de la mente.

Estaba perpleja, tanto que sospechó por segunda ocasión esa semana que estaba enloqueciendo o reexperimentando el viaje de ácido. Era imposible empatar la voz de su padre con las citas sobre la recuperación con las que empezaba a familiarizarse tan bien.

Una parte de ella quería abandonar el salón, por lealtad a él pues estaba por romper por lo menos dos de los mandamientos de la familia Hurst: aparentarás ser perfecto y no sacarás los trapos de la familia al sol. Sin embargo, tenía curiosidad. En dieciséis años nunca había escuchado a su padre sincerarse sobre sus sentimientos o su infancia. Las pocas veces que se había armado de valor para preguntarle, había respondido con una broma y una sonrisa falsa: «Ah, quieres conocer al hombre sin pasado».

«Creo que he sido alcohólico desde que nací. Tenía cinco o seis años cuando probé mis primeros tragos de vino. Incluso antes de eso ya había identificado algo malo en mí. No me quería, ni un sólo aspecto de mi ser. Odiaba usar lentes, ser gordo, no poder ser segunda base como Joe Morgan. Hubiera intercambiado mi vida con la de cualquier otro niño en el mundo. Estaba seguro de que cualquiera tenía una mejor vida. Lo único que me consolaba era construir radios antiguos con sintonizadores

hechos de navajas.»

Recordaba la cena antes de que llegara a Fallkill. Su padre había estado bebiendo esa noche. Pese a que la angustia y los químicos que le estaban destrozando la cabeza le nublaban la memoria, estaba casi segura: su padre había estado ebrio. Había empezado puntual la hora de los vodkas, a las siete de la noche. Le preguntó a Corinna en secreto:

—¿Cuánto tiempo debes llevar sobrio para que te permitan hablar en público?

Corinna se encogió de hombros.

—¿Te dejan hablar si has recaído?

Otro encogimiento de hombros, le mostró el labio inferior y sacudió la cabeza.

—Ni idea.

A medida que Douglas hablaba, desviaba la vista al piso o al reloj en la parte posterior del salón para evitar ver al público a los ojos. Violet agradeció llevar el gorro de Edie. Cada que su padre dirigía la mirada hacia donde se encontraba, se hundía en su asiento.

«Crecí en Erie, Pensilvania, o “El error a la orilla del río”. Mi viejo era un alcohólico irascible. Desde luego, nadie hablaba de alcoholismo en esa época. No eras un alcohólico, sino un tipo rudo. Mi papá ni siquiera entraba en esa descripción porque sólo me pegaba con el cinturón. En ese entonces, el papá de mi mejor amigo lo golpeaba con una tabla de cinco por diez centímetros. Así que, en comparación, no me iba tan mal.»

Recordó a su abuelo Earl, en vida atrapaba moscas con las manos y las soltaba afuera. Siempre había creído que era muy bondadoso como para matar a una mosca, en sentido literal. Saber que le gustaban los golpes y el whiskey era devastador, pero Douglas se rió con remordimiento así que la gente reaccionó igual. Algunos de los hombres en el salón asintieron en señal de comprensión.

Daba la impresión de que a Douglas se le estaba relajando el cuello. De pronto inhaló profundo.

«Sólo dos cosas me han funcionado y ayudado a olvidar: el alcohol y una mujer. A juzgar por lo que les he contado, no les sorprenderá saber que no era un bebedor social. Sé que muchos de ustedes han tenido muchos años de fiestas y buenos momentos. En mi caso, nunca me interesó sentirme bien. Era un bebedor de termo, unos cuantos tragos en el baño. Quería ser uno de esos tipos rudos como mi padre. Quería saber qué se sentía ser fuerte, llamar la atención... Hasta que conocí a mi esposa.»

Tragó saliva.

«Josephine me recordaba a las diosas de la pantalla de los cincuenta. Una mujer de verdad. Me refiero a vestidos de seda y ojos de Elizabeth Taylor. El ingenio y el encanto de los que yo carecía. Estudiaba arte en la Universidad de Mercyhurst, era demasiado perfecta para mí. Así que averigüé sus intereses y los hice míos. Antes de conocerla, si alguien me hubiera preguntado qué me gustaba en una obra de arte,

hubiera respondido que colgarla directo en la pared. De repente, comencé a usar bufandas a cuadros y cera en el pelo e intentaba sostener conversaciones sobre Rothko y el *drama humano*.»

Las risas se extendieron a lo largo del salón como una ola.

«Lo sé... Podríamos enseñarles a esos chicos que estudian arte muchas cosas sobre el drama humano, ¿no?»

Alguien chifló. De nuevo, las risas rebotaron en las paredes de concreto.

«Los primeros años con ella (mi esposa) no me hizo falta tomar. Si bien el alcohol me ayudaba a no sentirme miserable, Josie hacía algo más. Me hacía sentir especial porque *ella* era muy especial. Alguien como ella, un diez perfecto, nunca saldría con un tipo que no fuera decente.»

«Era evidente que no podía sostener el engaño. Después de la boda, se me empezó a caer la máscara de bohemio y Jo vio por primera vez al nerd con el que se había casado. Intenté compensarla consintiéndola. Cuidarla como acostumbraba a cuidar a mi mamá. Conseguí un trabajo decente en informática. Intentaba llevar a Josie de vacaciones, comprarle joyas, darle masajes en los pies, pintarle las uñas. Siempre he dicho que si me corren de IBM, sería un pedicurista estupendo. Incluso quito las cutículas.»

Esta ronda de risas tenía matices de vergüenza.

«Qué asco», susurró Corinna. «Nunca saldría con un tipo que supiera usar una piedra pómez.»

Violet hizo una mueca.

«En fin, nada funcionó. Josie comenzó a alejarse. Quizá porque era muy exigente, nunca lo supe. El caso es que el cambio fue inmediato. Dejó de decirme que me amaba. Odiaba todo de mí: mi forma de comer, vestir, manejar, lavarme los dientes, contestar el teléfono, lo que fuera. En la superficie, todo marchaba bien. Tuvimos un bebé y después otros dos...»

Violet se hundió todavía más en su asiento. Rogó que su padre no mencionara su nombre.

«No perdía la esperanza de que con cada uno, la situación mejorara. No me mal interpreten. Adoro a mis hijos, pero no los conozco bien. Josie me lanzaba unas miradas asesinas si intentaba cargar a uno de los bebés cuando lloraba. Si intentaba salir con el niño para jugar beisbol, Josie se ponía celosa o decía que no podía atrapar una pelota aunque estuviera cubierta de moco de Gorila.»

Recordaba esa indirecta. Su madre señalaba con frecuencia la falta de habilidad masculina de su padre. También le gustaba decir que Douglas no encendería una fogata aunque tuviera un cerillo prendido en la mano o que no podía hacer un nudo aunque un grupo de boy scouts le indicara cómo.

«Se podría decir que renuncié a ser padre de mis hijos. El trago me ayudó», emitió un silbido lento. «El alcohol me dio un descanso de las voces en mi mente. No me refiero a voces esquizofrénicas sino a las de mi padre y mi esposa que cantaban a

dueto: “Douglas eres un bueno para nada. Douglas eres una mierda”.»

«No recuerdo cuándo empecé a olvidar episodios de mi vida. No recuerdo nada del concierto coral de mi hija mayor, ni de la noche en que mi hija menor tuvo un episodio psicótico. Tengo borrada la Navidad de 2006. Me desperté al día siguiente y era como si reviviera la Navidad, vi mis regalos por primera vez: ¡un iPod, los *Sopranos* en DVD!»

Las risas de algunas personas parecían rebuznos. Era obvio que Douglas había escrito su discurso y había incluido chistes en intervalos regulares, emulando el ritmo de las comedias de la tele. Violet en cambio no se estaba riendo. Ella le había dado ese DVD. La mención del «episodio psicótico» lo confirmaba: su padre había estado borracho.

Recordó el camino en coche a Fallkill. Se acordaba de haber ocupado el asiento del copiloto en el coche de su papá, él conducía en dirección al sur, tomaba las curvas de la Avenida Mohonk. El radio había estado prendido, el sonido que emitía le había recordado a violines sin afinar y uñas que rasgaban pizarrones. La neblina cubría el toldo. Si hablaron en el camino, no lo recordaba. No había podido establecer qué tan ebrio se encontraba cuando la dejó en la sala de emergencias psiquiátricas.

Corinna se dio cuenta de sus ojos llorosos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Asintió.

—Vaya —susurró—. Te está afectando, ¿no? Sólo necesita dejarla, ir al gimnasio y conseguirse a un abogado.

Sintió una mano suave en el hombro. Cuando volteó, la consejera de Fallkill le hizo una advertencia con el dedo en los labios.

«Llegó un momento en el que también bebía para dejar de sentirme culpable porque en algún punto de esa época, Josie me dejó tranquilo y se desquitó con los niños, se transformó en Joan Crawford. Pude haber hecho algo. Interceder cuando Jo abofeteó a mi hija menor.»

Violet recordaba esa cachetada, después su madre la había llamado un «golpecito de amor», para confundir el amor con el dolor.

«Llegué a A.A. cuando mi amigo, y ahora padrino, Kerry, me descubrió aderezando mi café con una bolsa Ziplock llena de whiskey...»

«Así es, la bolsa Ziplock, conocida como el termo de los pobres. También es el termo preferido de los borrachos que se esconden.»

Los alcohólicos soltaron las risas grabadas.

«En fin, Kerry me dijo: “Todavía soy nuevo en este juego de la rehabilitación y me han dicho que no puedo diagnosticar la enfermedad de nadie, salvo la mía. En tu caso, Doug, voy a hacer una excepción: si no encuentras un programa y sigues los consejos que esta gente te sugiera, te va a ocurrir algo grave en seis meses o menos. Vas a perder tu trabajo, a los niños o vas a estrellar tu coche en el puente de Poughkeepsie”.»

«Tres semanas después, ocurrió algo increíble. Mi hija se fue de casa.» Douglas se encogió de hombros, se le quebró la voz.

El público murmuró compasivo.

Violet no podía enfocar la mirada, le dio un trago al café, sabía a quemado y el vaso de unicel cuarteado se rompió por completo, el líquido se derramó, le quemó las piernas y manchó la camisa blanca de Edie. «Dame tus cigarros», le dijo a Corinna entre dientes, ésta le dio la cajetilla y la miró con una mezcla de asombro y shock.

Seguía escuchando la confesión de su padre mientras escondía la cabeza en el cuello de su abrigo. Se escabulló tambaleándose.

«Con la desaparición de mi hija, a quien odiaba más que a mi esposa o a mi difunto padre era a mí mismo. Me odiaba lo suficiente como para venir con Kerry a una reunión como ésta. Llegado el momento, levanté la mano y le conté a los demás lo que le había ocurrido a mi pobre nena...»

Prendió el cenicero. Empezó a comprender por qué a la gente le gustaba fumar: los cigarros eran una fuente de consuelo que estaba disponible siempre, aunque te produjeran un sentimiento de fragilidad y dependencia, como un bebé recién nacido.

—¡Violet Hurst!

Una parte de ella esperaba voltear y ver a su padre pero era sólo la consejera de adicciones de Fallkill, con su cara angular y ojos saltones.

—¿A dónde crees que vas?

—A ningún lado, lo siento, necesitaba tomar aire.

—¿Tengo cara de tonta? —le arrebató el cigarro de los dedos y lo pisoteó con su bota Doc Marten, un calzado inapropiado para su edad.

—No —las preguntas de la consejera nunca eran retóricas.

—He estado en tus zapatos, ¿recuerdas? ¿Crees que nunca he intentado salir de una reunión y pedir un aventón?

—No pensaba irme.

—Sí, claaaro —respondió incrédula—. Creo que es obvio que te voy a reportar, de momento te sugiero que vuelvas a tu lugar. La voluntad es la clave.

De vuelta al sótano, el acto oficial había concluido. Sin embargo, el salón no se había desocupado. Ahora que estaban todos de pie, se sentía más pequeño. Los alcohólicos y los adictos estaban socializando, se abrazaban y se hacían confesiones al tiempo que bebían más café y masticaban galletas de pastelería que se desmoronaban. Violet vio a Corinna en una esquina con su motociclista y agitó el brazo para llamar su atención.

«No tan rápido», le dijo la consejera, agarró a Violet del bolsillo de su abrigo. «Hay una junta antes de la junta, la junta y la que le sigue. Confío en que asistas a las

tres.»

El corazón le latía sin parar. Del otro lado del salón, un pequeño grupo de personas elogiaba el «hermoso mensaje» de su padre. «Tengo diecisiete meses», un chico no mucho mayor que Violet le dijo a Douglas. «Sentí que contabas la historia de mi vida.»

Douglas le preguntó si tenía padrino y añadió: «Algunos de nosotros iremos al Bull & Buddah. Vamos.»

Cuanto más escuchaba, mayor era su enojo. Era lo más paternal que lo había visto en años.

«Siempre serás un extraño hasta que no interactúes y compartas experiencias en las reuniones», le dijo la consejera. «Es como tu pelo», le quitó el gorro como si fuera un abusón de la secundaria. «Cualquiera que te vea pensaría, *esa chica sí que sabe mostrarse vulnerable*, pero la realidad es que eres más cerrada que Cuba...»

Era demasiado tarde, Douglas apartó la vista de la persona con la que hablaba y reconoció su corte a rape.

Aunque recuperó su gorro, el daño estaba hecho. Se lo puso por la frente y al levantar la mirada, su padre estaba de pie frente a ella. Tenía las mejillas rojas, como si lo hubieran abofeteado.

«Papá». Su corazón iba a mil por hora. Sentía el cambio en la presión atmosférica, la succionaba como si se avecinara una tormenta peligrosa.

William Hurst

El miércoles en la mañana, cuando Will se despertó, su madre le estaba escogiendo la ropa. Una variedad de prendas se apilaba al pie de la cama: pantalones de pana, chalecos tejidos, camisas de vestir de cuadros naranjas con cuello de botones; todas de acuerdo a la estación. Escuchó el sonido que producía su madre al mover los ganchos de un lado a otro en el clóset abarrotado.

—No me decido qué nos vamos a poner —le dijo—. Me preocupa que si nos vestimos como siempre, esa mujer, Trina, vaya a pensar que nos esmeramos demasiado para impresionarla. Pero si nos vestimos como la gente *normal*, sobre todo como con quienes seguro convive a diario... Bueno, ni siquiera creo que tengamos ese tipo de ropa —se rió para sí—. Estoy permitiendo que una funcionaria pública en sus tres minutos de poder me ponga los nervios de punta.

Minutos después, se le acercó con un suéter con una letra de fraternidad (evidentemente falsa) y unos pantalones de pana de pierna amplia con perritos Terrier bordados en el dobladillo.

—¿Estás segura?

—Will por favor, obedece. ¿Tengo que recordarte la gravedad de la situación en la que nos encontramos? ¿De verdad quieres que te arranquen de los brazos de tu madre ahogada en un río de lágrimas?

Se puso los pantalones, de repente tuvo ganas de que Violet estuviera en casa. Se dio cuenta de que, sin ella, no sabía identificar los momentos dramáticos de su mamá.

—Bien —afirmó Josephine—. Veamos qué hacer con el peinado, no el tuyo, el mío.

La siguió por el pasillo hasta el baño de su cuarto y la vio quitarse los tubos en el lado marcado «ella» de su espejo antiguo.

Durante una fracción de segundo, dejó de esponjarse el pelo y lo vio directo a los ojos.

—Lo que te dije en el coche el otro día, sobre tu padre —no apartó la vista del espejo, le hablaba al reflejo de Will.

—¿Sí? —sintió que el estómago se le cayó al piso, como en esos juegos de la feria que tanto aborrecía.

—No tengo que decirte que no lo menciones, ¿verdad?

Su madre le daba miedo cuando utilizaba una doble negación.

—No, no es necesario.

—Eso pensé —endurecía la voz. Distorsionó el semblante, parecía estar desconcertada por una farsa, contrajo las cejas y se rascó la cabeza con el borde de su lápiz labial—. ¿Y te puedo preguntar qué obtuviste de la oficina de tu padre el otro día?

—¿A qué te refieres? —*obtuviste*. Le sorprendió la palabra que había elegido. ¿Acaso lo había enviado para que reuniera evidencia tangible?

—Es decir, ¿aprendiste algo sobre los asuntos de tu padre?

No sabía si las palabras eran literales o indirectas. ¿Se refería su madre a la profesión de Douglas o a sus asuntos personales?

Era el momento perfecto para contarle sobre las llamadas sospechosas de Carrie y preguntarle si sabía sobre el investigador privado. No obstante, quería que el destape final fuera monumental. No quería contarle nada hasta saber más sobre la identidad de Carrie y la reaparición de Rose. Como decían en los programas de televisión de policías: tenía que encontrar información crucial que expusiera la trama detrás de los dos casos.

—El trabajo de papá está bien, para él. Están construyendo programas interesantes, intentan crear una computadora que hable como los humanos en vez de como una máquina. Escribí todo esto en el formato que me diste —se preguntó si había leído su supuesta tarea—. De cualquier forma no creo que me gustaría trabajar ahí.

Esa sonrisa singular indicaba que le complacía su respuesta.

—¿Por qué no?

Estaba aterrado.

—Preferiría ser escritor o artista, como tú.

—Cualquiera puede trabajar en un lugar como la oficina de papá, se requiere ser muy especial para ver el mundo a través de la mirada de un artista.

Estaba hablando en sus términos. Era el alumno consentido que citaba a la maestra cuando hablaba con ella. Sin embargo, no se lo creía. Sentía las palabras pegajosas en la boca. Josephine se quedó pensando en lo que había dicho Will. Algo indicaba que ella tampoco le creía, tal vez una mirada aburrida en la profundidad de sus ojos.

Para cambiar de tema, le preguntó sobre la clase de ciencias naturales.

—Ay Will —suspiró—. Me parece que tenemos preocupaciones mayores, ¿no crees? —tomó un pañuelo de la reluciente caja dorada de pañuelos y se dispuso a limpiar una mancha invisible en el espejo.

—La casa se ve muy bien —dijo.

—Más vale —dijo con un resoplido—. Me la pasé limpiando todo el día de ayer, limpié con tanta fuerza que rompí el mango del trapeador. Quiero que esas personas del Centro de Protección Infantil se queden perplejos. No, *intimidados*. Que no se te olvide que los trabajadores sociales son tan crueles como los abogados. Las familias

como nosotros les damos celos. Quieren creer que todo el mundo vive en hogares violentos como en los que crecieron ellos, que todas las madres son monstruos y todos los hijos un saco de boxeo. Así se sienten mejor sobre ellos mismos.

Su madre se había criado en un hogar violento. No conocía los detalles porque eran horribles. Su madre decía que su infancia había sido tan espeluznante que había olvidado casi todo al respecto. Sólo sabía que la madre de Josephine la había corrido de su casa a los dieciocho (no conocía las razones) y que había muerto seis meses después.

Josephine resopló molesta al sacar el último pañuelo de la caja. «Will, cariño, pásame papel de baño, ¿quieres?»

Se dio cuenta de un detalle pequeño pero innegable. El papel de baño estaba al revés. Su madre era muy clara sobre la orientación correcta del papel (era el propósito del fabricante, argumentaba, el patrón estaba impreso de ese lado). Por razones que no podía explicar del todo, ver cómo el rollo rozaba contra la pared le puso la sangre fría. ¿Sería posible que Rose alterara las cosas en casa para desorientarlos y enloquecerlos? ¿Intentaba transmitirles un mensaje? ¿O acaso tras confundirlos sería más fácil manipularlos? *Atalayar*. Era otra palabra que había copiado en su libreta de palabras inusuales, era un verbo que significaba «colocarse en un lugar alto para observar a la presa», le recordaba a Rose.

—Hola Trina, me encantaría decir que es un placer verte pero no me gustan los cumplidos falsos, ¿verdad Will?

—Celebro su honestidad —incluso cuando se reía, la cara de Trina parecía estar hecha para la compasión, tenía los ojos demasiado húmedos y se le colgaban las mejillas, grandes y carnosas—. Le presento a mi colega, el señor Flores.

El señor Flores. Resultaba extraño que lo presentara con tanta formalidad puesto que sólo era un par de años mayor que Rose. Era un hombre con sutiles rasgos hispanoamericanos, tenía la cabeza rapada y llevaba puesta una corbata demasiado ancha para su pecho más bien delgado. Les mostró su identificación.

—Dios santo —le dijo Josephine, hizo un ademán para que guardara su placa—. Considere que tengo vecinos.

El señor Flores frunció el ceño, ya se estaba formando una opinión.

—¿Podemos entrar? —preguntó Trina.

—Ahí va de nuevo, cómo si pudiera decidir al respecto —la risa profunda y teatral de Josephine denotaba todo menos alegría—. Adelante, tengo bisquets de Martha en el horno.

—¿Martha? —Trina revisó su libreta como si buscara referencias sobre una tercera hija.

—¿Stewart? —Josephine respondió arrugando la nariz, reservaba su sonrisa a medias para los idiotas de primera clase—. Por favor dejen sus zapatos en la entrada.

A mitad de la mesa de la cocina, a un lado de las servilletas de lino y la bandeja de varios pisos para servir pastelillos, llamaba la atención una impresión sobre las

leyes estatales y federales en lo concerniente a las funciones del Centro de Protección Infantil. La portada leía: ¡CONOZCA SUS DERECHOS! De repente temió por Trina y Flores. Quería decirles: *Váyanse, corran, no se detengan hasta que lleguen a un bar. Cuando mi mamá termine con ustedes, van a necesitar un trago fuerte.*

—Es muy generoso de su parte pero lo mejor será ir al grano para no quitarle mucho tiempo —respondió Trina.

—Sabía que lo sugeriría —esbozó otra sonrisa afilada—. En ese caso, Will, ¿podrías prender la cámara por favor? Soy una inútil con los aparatos electrónicos.

Obedeció, a un lado del tazón de crema espesa estaba preparada la cámara digital de su padre. Sintió el terror de Trina al levantar el frío pedazo de metal y abrir la pantalla.

—Muy bien, sólo presiona «grabar» y colócala en la vitrina de porcelana.

—Señora Hurst —comentó Trina titubeante—, quiero asegurarle que estamos de su lado.

—Sí, claro, estoy segura de que por eso están aquí. Para demostrar que toda historia tiene dos versiones —Josephine se alisó los pliegues del vestido—. Creo que ambas sabemos que el motivo de su visita es armar un caso en nuestra contra, no al contrario. Y tengo derecho de protegerme, documentar su forma de proceder y asegurarme de que no manipulen mis declaraciones según su conveniencia.

Trina y el señor Flores se voltearon a ver, sus miradas se encontraron encima de la tetera humeante. Por primera vez, consideró que estaban muy bien coordinados, como una pareja de policías. Casi podía adivinar lo que pensaban: *Estamos frente a una mujer aguda, hostil y antagonista.*

Trina cambió de opinión y se sirvió un bisquet.

—Bien... como le comenté la última vez, el hospital nos notificó sobre la visita más reciente de Will. Al doctor que lo atendió le preocupó la causa de su herida.

—Me parece prudente, dado que a mi hijo lo apuñaló su hermana.

—Sí, nos lo dijeron. Antes de hablar sobre la noche en que Will resultó herido, me gustaría que me diera un recorrido por la casa. Es parte del procedimiento estándar. Una de las muchas bobadas que estamos obligados a hacer —por fin Trina parecía estar hablando en los términos de su madre. El nudo en la garganta se le abrió un milímetro. Pronto esto terminaría y podría volver a sus investigaciones.

El señor Flores añadió:

—Necesitamos ver lo que Will come y asegurarnos de que tenga su propia cama.

—¡Su propia cama! —exclamó Josephine— tiene su propio cuarto de juegos y baño —se sentía ofendida y su voz la delataba. La mirada que le dirigió al señor Flores era como una bofetada con el revés de la mano.

Guió a los tres por la casa, asentía con frecuencia, a pesar de que nadie lo estaba viendo, porque creía conveniente que alguien se mostrara cooperativo.

—Qué padre está tu mural. ¿Tú lo pintaste? —el señor Flores le preguntó cuando llegaron al cuarto de Will.

Éste fijó la vista en las grúas y excavadoras en la construcción representada en su mural, negó con la cabeza.

—Yo lo pinté —respondió Josephine.

—Quedó bien —repitió—. Se me ocurre que Will y yo podemos platicar aquí mientras usted le muestra el resto de la casa a Trina.

—Será un gusto permitirle hablar a solas con mi hijo cuando vuelvan con una orden judicial —Josephine sonrió—. Sin embargo, de momento tiene derecho a estar acompañado por mí o un abogado.

Terminaron el recorrido.

El señor Flores lo observaba como gato fisgón.

—Campeón, ¿por qué no nos sentamos aquí en la mesa y hablamos hombre a hombre un momento? No te preocupes, tu mamá se quedará en la cocina, estará con Trina a un lado de la estufa.

Trina sonrió y lo saludó desde el lugar que ocupaba entre su madre y la caja de pan. Le dio la impresión de que Trina detendría a su madre si intentaba ir a su encuentro, como cuando Josephine ponía el brazo frente al copiloto cuando frenaba de repente en un semáforo.

El señor Flores metió la mano en su maleta de piel. Sacó una libreta y un paquete de crayolas. Sintió que lo trataba con la misma condescendencia que en los restaurantes en los que los meseros le llevaban un vasito entrenador y un rompecabezas.

—Will, ¿alguien de tu familia fuma?

No estaba preparado para este tipo de preguntas. Si bien se moría de ganas por voltear a ver a su madre, no lo hizo. En cambio, estudió al señor Flores en busca de pistas que le revelaran qué tipo de respuesta esperaba.

—Sólo Violet.

—¿Tu hermana? ¿Por qué no usas estas crayolas y dibujas lo que fuma?

El estómago se le contrajo. No tenía idea de si podría representar lo que una vez sorprendió a Violet ocultando en uno de los armarios del sótano que su madre usaba como almacén. *Por favor no me acuses*, le había rogado Violet. *Nadie la encontrará aquí. Mamá esculca las cosas de los demás pero jamás hurgaría en sus propias maletas.*

Nunca la había delatado. Tomó una crayola verde y dibujó un par de trocitos arrugados color verde en el fondo de un frasco de alcaparras. *Mariguana*. Siempre lo había sabido. «Tu hermana es una pacheca», le decían sus verdugos en su antigua escuela.

Su madre lo veía de reajo. No estaba seguro de qué detestaba más: el hecho de que hubiera mancillado a su familia honorable y admirable o que a pesar de varias clases de dibujo de contornos, su técnica no había mejorado. La crayola se sentía resbalosa en sus dedos gordos y torpes.

—¿Todo bien campeón?

Se percató de que agitaba el pie muy fuerte. En la mesa, las cucharas temblaban.

—Estoy bien.

El señor Flores se sirvió una taza de té que dejó intacta.

—Por qué no me cuentas de cuando dejaste la escuela...

—La escuela no estaba alfombrada —Josephine se entrometió—. En caso de tener un ataque, no queríamos que se golpeará la cabeza en esos pisos duros.

—Entiendo —el señor Flores respondió mientras escribía.

—Además con el Asperger... La escuela pública era demasiado estimulante. No se desempeña bien en sitios ruidosos y multitudinarios.

—Señora Hurst, preferiría que él me lo contara —Flores se le acercó un poco a Will—. Campeón, dime cómo te sientes en medio de una multitud.

—No me desempeño bien en sitios multitudinarios —respondió. *Ecolalia: repetir involuntariamente una palabra o frase que acaba de pronunciar otra persona*. La voz de su madre lo regresó a la cocina.

—Cariño, necesitas ver al señor Flores a los ojos cuando hables con él.

—No me molesta —dijo Flores, pero Will ya le estaba sosteniendo la mirada.

En esta ocasión, el señor Flores retiró la mirada. Parecía tan nervioso como todo aquel al que veía a los ojos durante unos cuantos segundos. Esa tensión era la razón por la que evitaba hacerlo. El contacto visual no le molestaba, al contrario, parecía perturbar a los demás. Era más fácil para todos si mantenía la vista debajo del nivel del mar.

Flores añadió:

—Tengo que decir que estudiar en casa siempre me ha parecido solitario. ¿Tienes oportunidad de jugar con niños de tu edad?

—Sí, claro, todo el tiempo —respondió en automático, el pulso le latía con fuerza, esperaba que no se le notara que mentía.

—¿En dónde? —preguntó el señor Flores.

—¿En dónde convivo con otros niños?

—Sí.

—En los grupos de juego en el Centro Comunitario de Rosendale —dijo en voz alta.

Su madre no ocultó su aprobación.

El señor Flores tenía un aspecto compasivo. Pasó la palma de la mano por su corbata de los Jets de Nueva York. Supuso que había optado por ponérsela porque así se ganaba el cariño de otros niños de su edad (más deportistas, *normales*).

—Hablemos de tu epilepsia —dijo Flores—. Debe de ser desagradable ir a tantas citas médicas.

Se encogió de hombros.

—Mucha gente lo pasa peor, cuando mi mamá era niña tenía asma, apenas podía subir las escaleras.

—¿Cómo se siente? Me refiero a un ataque.

—Primero lo siento en el pecho, no me duele, sólo se me dificulta respirar. Después nada, hasta que me despierto y no recuerdo nada. Siento como si me hubieran golpeado con un sartén. A veces, si me mordí la lengua o la parte interna de las mejillas, me sale un poco de sangre.

—¿Tienes ataques con frecuencia?

Después, cuando reflexionó sobre su error, lo atribuyó al hecho de que estaba en piloto automático. Había repasado el mismo discurso muchas veces con una variedad de doctores.

—Tengo un ataque cada dos o tres meses. Este mes tuve dos y fueron —casi dijo *aberrantes*, una palabra que su madre empleaba con frecuencia, por fortuna recordó que debía aparentar ser un chico de doce años común y corriente— raros.

—¿Tuviste *dos* ataques este mes?

—Sí, uno en el coche el otro día y otro la noche que se llevaron a Violet —el corazón se le detuvo el instante en que lo dijo. El ataque no figuraba en la versión de los hechos que había ensayado con su madre.

El señor Flores se sacudió como un perro durmiendo. Volteó a ver a Trina pero se detuvo a medio camino.

—¿Me podrías contar sobre la noche en que Violet terminó en el hospital?

La dulzura de su mirada y la delicadeza de actitud lo asustaban más que otra cosa.

—Sí, claro —respondió, era imposible retractarse. Lo único que podía hacer era recitar, palabra por palabra, la versión que había practicado con su madre y rezar para que el señor Flores olvidara el pequeño detalle del ataque—. Violet le apuntaba con el cuchillo a mi mamá. Ella le gritó que estaba enferma y Violet empezó a atacarla. Me interpuse en su camino y recibí una puñalada. Me cortó un par de veces antes de que lograra quitárselo —apartó la mirada. Sintió náuseas al recordar que el sangrado no había parecido detenerse. Había sangrado en los mosaicos, encima de un guante de cocina tirado en el piso y manchado sus mejores pantalones caqui.

El señor Flores se rascó una de las patillas afiladas.

—A ver, estoy un poco confundido. Explícamelo como si fuera un niño pequeño. ¿Tuviste un ataque antes o después de que le arrebatas el cuchillo a tu hermana?

No podía enfocar la mirada. Sintió que se le adormecían y congelaban los brazos, se preguntó si era visible cómo se le retorció el corazón debajo del chaleco.

—Después —respondió. De repente recordó el dolor en la mano y la cara furiosa de su madre mientras le hacía presión en la herida. No soportaba que se lastimara, incluso cuando lo había hecho por ayudarla.

—¿Estás seguro? ¿Aunque los ataques te dificulten recordar lo ocurrido minutos antes y después?

—Ajá —mintió—. Lo recuerdo muy bien.

No lo pudo evitar, volteó a ver a su madre para darse confianza. Era un viejo hábito, tan inevitable como respirar. Sólo su boca pintada, los labios un poco apretados como un puño rojo, anunciaban su desilusión y el castigo clásico que le

tenía reservado.

Misodactileidista, alguien que odia tocar el piano.

Violet Hurst

La psicóloga de Violet, Sara, era una mujer intimidante, en buena medida debido a su peinado de Eleanor Roosevelt. Como un cazador o pescador profesional, parecía tener la capacidad de permanecer sentada horas sin que su respiración fuera audible o simplemente cruzando las piernas. Sus labios y ojos fruncidos le advertían a Violet: *Te estoy juzgando, estoy decidiendo tu futuro.*

—Me gustaría hablar sobre la verdad —dijo la psico— Sara.

—La verdad —repitió, durante un momento sintió que se había quitado un peso de encima. Por fin alguien estaba por lo menos considerando que Josephine mentía sobre lo ocurrido el viernes por la noche.

—Sí, la verdad. Tus padres creen que se te dificulta ser honesta. ¿Crees que la verdad te hace demasiado vulnerable? ¿Te causa un miedo irracional?

—No —contestó de golpe. Amaba la verdad, la anhelaba. De hecho, su honestidad la metía en problemas con su familia.

—Hablemos entonces de mentir. ¿Cómo te sientes cuando lo haces? ¿Sientes que no puedes detenerte aunque quieras hacerlo?

—¡No miento! ¿Eso le dijeron mis papás? ¿Que soy una mentirosa patológica?

—El término clínico es pseudología fantástica.

—¡Mi mamá es la mentirosa!

—Parece que estás proyectando. En vez de reconocer tus faltas, las identificas en los demás. Es un mecanismo de defensa que le permite a las personas seguir creyendo que son perfectas —la silla de su escritorio rechinó al recargarse—. ¿Es así? ¿Crees que eres perfecta?

—¡Desde luego que no! Y mi mamá es la que proyecta, no yo. Acusar a Mary Ann Lincoln de locura es lo mismo que está haciendo mi madre conmigo.

—Es verdad que al enviarte aquí, tu madre te convirtió en lo que llamamos el «paciente identificado». A lo mejor eres quien muestra los síntomas aunque otros miembros de tu familia también tengan problemas mentales.

—¿Entonces por qué estoy aquí y mis padres no? —era una pregunta tan adolescente y quejumbrosa que se odió por hacerla.

—Estás aquí porque atacaste a alguien y es un delito. No te puedo ayudar, mucho menos darte de alta, hasta llegar al fondo de tus mentiras, berrinches violentos y agresiones a tu hermano.

—¿No me va a dar de alta? —resultaba extraño, se decepcionó y alegró al mismo tiempo. A pesar de que quería volver a casa con Imogene y sus amigos de la granja, todavía no diseñaba su plan de escape. Quería recibir la respuesta de Rose y necesitaba llegar al fondo de lo ocurrido la noche en que Will resultó herido.

—No puedo, tengo aquí un mensaje que dice que te han clasificado como riesgo de escape. ¿Intentaste escapar de la reunión de anoche?

—Me tomé un descanso de cinco minutos, sin permiso, sí. Lo siento, necesitaba aire. ¿El mensaje dice que mi papá era el invitado de honor?

Observó cómo registraba esta información.

—¿Tu padre era el ponente?

—Pregúnteselo usted misma, hoy viene en el horario de visitas —había sido, por mucho, la conversación más incómoda que había tenido en la vida. Todavía peor, se había llevado a cabo frente a un pequeño grupo de adictos entusiastas quienes elogiaban a Douglas por su «honestidad emocional». Muy al estilo de los Hurst, los dos habían hecho de cuenta que todo estaba en orden, por poco natural que haya parecido. Douglas fingió haberla invitado y ella no esbozó ni media palabra sobre su recaída más reciente.

PsicoSara se quitó los lentes y los limpió con los pliegues de la blusa, suave y de aspecto costoso, que llevaba debajo del abrigo blanco.

—Me encantaría reunirme con tu papá más tarde. Pediré en la recepción que lo envíen conmigo antes de que te vea. ¿Sabías que estaba en rehabilitación antes de anoche?

—Sabía que toma como un vagabundo de la calle Bowery. Eso era fácil de detectar, lo que no sabía era que había dejado de beber. Dijo que no recuerda nada de la noche que me trajo aquí. ¿Por qué a todos se les escapó este detalle?

—A *ti* se te escapó.

—Porque estaba drogada.

—Así es, en tu familia hay adicciones. Si bien es doloroso aceptarlo, también es una oportunidad para comunicarse. Tú y tu padre tienen algo en común.

Negó con la cabeza vehementemente.

—Mi papá estaba demasiado ebrio como para defenderme y decir que no lastimé a mi hermano. *Eso* es lo difícil de aceptar.

—Escúchame Violet, si crees que te tendieron una trampa, fue una muy grande, no obstante, nadie te obligó a tomar drogas. Nadie te obligó a tomar ese cuchillo. Tu prioridad tienes que ser tú, no tu madre ni tu padre. Quiero que inhales profundo y te concentres en lo que puedes cambiar —miró su reloj—. Lo lamento, se nos terminó el tiempo.

PsicoSara tenía razón, se había acabado el tiempo. Necesitaba poner manos a la obra y esbozar un plan a dos años. Refugios para vagabundos, bodegas, un trabajo en McDonald's, lo que fuera. Se alejaría de la crueldad de su madre por todos los medios posibles. Era momento de dejar de tener miedo y comenzar a hacer planes.

William Hurst

Luego de que Trina y el señor Flores se marcharan, Will se sentó frente al piano, se preguntaba cómo demonios tocaría «Noches árticas», de DeBenedetti, con una sola mano.

«Un músico auténtico es aquel que puede crear música original y honesta en cada representación.» Josephine estaba descansando en el *chaise longue* de seda. Will siempre se imaginaba que un grupo de hombres sin camisa lo levantaban sobre sus hombros musculosos.

Su madre hacía sonar sus medias cuando se frotaba los pies.

—Los músicos auténticos tocan bajo todo tipo de circunstancias. Tocan a pesar de padecer acúfenos o artritis. Si no pusieras tu mano como pretexto, sería tu autismo o epilepsia. Deja de inventar excusas jovencito —bromeaba con dureza.

—¿Estás enojada? —Luego de que Trina y Flores se fueron, Josephine permaneció de pie frente a la estufa, presionando las palmas en los quemadores helados, como en trance. Cuando reaccionó, había ido directo a las partituras. Había cargado a Will para llevarlo al piano como si fuera un niño pequeño.

—Dije que toques, si tengo que pedírtelo de nuevo, te vas a arrepentir.

Intentó tocar con la mano izquierda pero se trataba de la parte melancólica y no era lo mismo sin las vibraciones violentas y estridentes de la derecha.

La sonrisa de Josephine mostraba más bien enojo.

—Qué curioso, no recuerdo haber pedido media canción. Es como pedir una hamburguesa y que te sirvan sólo el pan. Quiero un filete.

¿Cómo? Tenía que haber una forma de tocar un solo con una férula en la mano. Estaba seguro de que era posible, si no su madre no se lo estaría pidiendo. Le zumbaban los oídos. Se sentía mal, inestable en el banco. Intentó tocar las partes derechas con la izquierda. Seguía siendo la canción a medias, incluso más irregular que la primera vez. *Radamantis: juez inflexible en el Hades*.

—Suficiente —delcaró—. Es evidente que no has ensayado. Levántate.

—No, mamá... —qué tonto había sido al pensar que tocar el piano era su castigo. Lo que tenía en mente era mucho peor.

—Que mamá ni que nada, soy tu madre y debes de obedecerme.

La siguió de mala gana a su estudio en el segundo piso. El aroma era el de siempre: crema humectante y papel de arte costoso. Las cortinas estaban cerradas.

Josephine prendió la lámpara de escritorio y Will se colocó detrás de la puerta cerrada, un sitio que sólo conocían ellos dos. Siempre se las arreglaba para terminar ahí por lo menos una vez a la semana.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó una plana de calcomanías con mensajes celebratorios, las había comprado en la tienda de artículos para padres educadores. Will vio cómo arrancaba una manzana roja que decía ¡Buen trabajo! Era muy extraño que lo castigara con alabanzas. Le daba la impresión de que le dolería menos si le diera calcomanías honestas: ¡Pésimo trabajo! ¡Buuu! o ¡Qué decepción! Era evidente que ninguna empresa diseñaría ese tipo de calcomanías.

Su madre pegó la calcomanía a lo alto de la puerta trasera. *Demasiado* alto. No estaba seguro de que le alcanzaría la nariz, mucho menos de si podría sostenerla una hora o más.

—Pensé que lo había hecho bien —Will imploró mientras lo restregaba en la puerta—. ¿Lo hice bien no?

—William, guarda silencio —su cara fruncida denotaba aversión: tenía una arruga pronunciada en donde la nariz se encontraba con las mejillas maquilladas. Se sentó a esperar en su silla blanca de lino.

Will se puso de puntitas y acercó la nariz a la calcomanía de ¡*Buen trabajo!* Cuando le dio la impresión de que habían transcurrido treinta minutos, se le acalabraron las pantorrillas. Le temblaron las piernas. Las alpargatas le lastimaban las puntas de los pies. A cada minuto, la calcomanía parecía estar más alta, sabía que se debía a que la voluntad le fallaba. La gravedad era implacable. El dolor se arrastraba como una araña por la parte trasera de las rodillas.

Lo que lo hacía todavía más humillante era que su madre podía verle la rajadura del trasero porque los pantalones se le empezaban a caer más o menos en el minuto cuarenta y todavía no se podía mover para acomodárselos. *Esteatopigia*, una palabra que nombra, reservada para alguien con el trasero del tamaño de un tanque.

Mientras tanto, su madre tenía la Biblia abierta en el regazo. Parecía tranquila por primera vez desde que Trina y Flores se habían retirado, su voz ya no sonaba poco natural, aguda y sin aliento. Estaba leyendo Timoteo, capítulo 3, en voz alta: «Porque los hombres serán arrogantes... presumidos, altivos, blasfemos, desobedientes de los padres...». Josephine era más devota cuando sus hijos pecaban.

Después de una hora o más, cuando el tobillo se le venció, deseó como siempre que su madre lo castigara físicamente: que le golpeara la nuca, por ejemplo, le pellizcara el brazo, lo que fuera. Sin embargo, la brutalidad física estaba por debajo de Josephine.

O tal vez lo había manipulado para que lo hiciera por ella. Todavía en el piso en el lugar donde se había caído, empezó a llorar de nuevo, a golpearse la cabeza contra la puerta por la frustración. Ella seguía leyendo: «desagradecidos, desleales, sin expresar cariño, incapaces de llegar a un acuerdo, calumniadores, sin autodominio...». Se le nubló la vista, le salieron chichones en la frente como cuernos

de ciervo.

Pedículo: protuberancia del cráneo de donde crecen los cuernos. Y se golpeó la cabeza una vez más.

Esa noche cenaron cereales; Douglas había llamado para avisar que trabajaría hasta tarde. Siempre lo hacían cuando cenaban solos. Cuando Violet y Douglas estaban en casa, la cena era de varios tiempos, platillos con nombres exquisitos: algo con pelo de ángel, otra cosa glaseada con no sé qué. En cambio, cuando estaban a solas, las opciones se reducían a: aros de frutas o cuadritos de coco.

Era el tipo de placer culposo que lo hacía sentirse más cercano a ella, aunque en esta ocasión lo había dejado cenar solo. Después de un castigo prolongado en su estudio, Josephine había azotado una caja de cereales y un bote de leche en la mesa de la cocina y se había llevado su tazón al segundo piso.

Solo en la mesa, Will percibió el aroma de escaramujos y azufre. Escuchó como corría el agua en la tina del baño de su madre; sabía que estaba comiéndose su cereal en su tina antigua, el espejo estaría empañado y las sales crujirían debajo de sus muslos.

Arrastró la cuchara por la plasta azucarada, se preguntaba a qué hora llegaría su papá. ¿Estaba con Carrie? Sabía cómo era el sexo. A los cinco, su madre le había dado una plática muy descriptiva sobre «las relaciones sexuales»: había penetrado su dedo índice «erecto» en la señal de «ok» que había hecho con la mano izquierda. Seguía siendo espantoso intentar imaginar a un hombre hacerle eso a una mujer, mucho más si se trataba de su padre haciéndoselo a Carrie.

Todavía le resonaban pasajes de la Biblia en los oídos. No podía comer, sobre todo cuando tenía malos pensamientos y a sabiendas de que Dios lo consideraba *desleal, imprudente, arrogante*.

Se levantó de la mesa y se quedó escuchando al pie de las escaleras. No había pasos ni escuchaba el sonido que se producía al abrir y cerrar los cajones del clóset. Supo que su madre no había terminado de bañarse.

Se dirigió a la sala, la parte de la casa que menos le gustaba. Tal vez porque sus padres lo recibían ahí para darle malas noticias: «Rose se ha ido» o «Hemos decidido que no eres apto para la escuela pública». A lo mejor optaban por dar las malas noticias en la sala porque pensaban que las majestuosas cortinas o las sillas que parecían tronos tenían dignidad. O quizá querían confinar las conversaciones y recuerdos negativos a esa sección de la casa que rara vez visitaban.

La majestuosa habitación estaba impoluta, pero Will conocía el caos que lo esperaba. Abrió una de las puertas del librero empotrado y se encontró con un desastre: floreros tirados, listón navideño hecho nudo, estiércol de ratón, platonos

para servir ostiones, salseras (en plural) y una variedad de figurines de porcelana de ojos grandes. *Antigüedades*, decía su madre. Parecían multiplicarse, sobre todo desde hacía un año. En la parte posterior, Will descubrió los álbumes de fotos con cubierta de piel.

Era cierto. El álbum de la familia Hurst estaba repleto de vacíos, tal como Douglas le había dicho al detective. Era el tipo de traición que su madre había descrito por teléfono: «Está deteriorando nuestra casa, destruyendo nuestras pertenencias». Casi todas las fotos, salvo algunas de Rose de bebé, habían desaparecido. En las pocas que quedaban, su cara angelical estaba tachada. En una foto, Rose era un bulto de cobija rosa en la cama del hospital. En otra, era un cráneo calvo que se asomaba del canguro que llevaba su padre en el pecho.

En fotos posteriores, alguien había arrancado o recortado a Rose. Había perforaciones en medio de las fotos de Navidad, graduaciones, vacaciones a Lake George o Cape Code. A Will le temblaba la mano cada que pasaba las páginas de plástico.

Aventó los álbumes en el fondo del armario desordenado. Se volvió a posar al pie de las escaleras para escuchar los sonidos de la planta alta. Silencio sepulcral, no se escuchaba el desagüe de la tina.

Pensó en el correo que su padre le había escrito al detective: *han desaparecido algunos artículos personales*. ¿Qué más se había llevado Rose ahora que había regresado? No era mucho mayor que él, sólo diez años, aunque irreconciliables. Aun así, no tenía idea de qué era importante para ella. Cuando había desaparecido, se había llevado su computadora, su teléfono y buena parte de su ropa. Seguro era todo lo que una veinteañera necesitaba.

A menos de que hubiera vuelto por dinero. Sin embargo, sus padres no escondían dinero en el frasco de galletas, no que él supiera. Era raro que usaran efectivo.

Will acudió a sus referencias televisivas, su única ventana hacia la lógica del crimen. Según los *realities* policíacos, la gente robaba joyería para empeñarla y conseguir efectivo, sin duda se habría enterado si alguna de las pulseras de diamantes de su madre hubiera desaparecido. El noticiero *20/20* siempre tenía programas especiales sobre adolescentes que le robaban los medicamentos a sus padres. Conocía el contenido exiguo del botiquín de sus padres; había poco fuera de aspirinas, laxantes y complementos alimenticios. Y desde luego, su medicina para la epilepsia.

Cuando se le ocurrió subir y hurgar en los cajones del escritorio de Rose, recordó el frasco de alcaparras de Violet: *Mamá esculca las cosas de los demás pero jamás hurgaría en sus propias maletas*. ¿Se le había ocurrido lo mismo a Rose? A lo mejor ella también utilizaba la bodega de su mamá para guardar sus secretos. Tal vez el lugar en donde terminaban las cosas perdidas era el sótano.

El sótano olía a humedad y a la arena para gato que su mamá espolvoreaba para que

absorbiera la humedad; estaba oscuro a pesar de los focos que su padre colgaba en el techo. Empezó por el célebre armario de roble. El tarro de alcaparras de Violet seguía en uno de los bolsillos del abrigo de marta cibelina de su madre (a la mitad), junto con sesenta dólares en efectivo y una pequeña pipa de metal que tenía aspecto amenazante. Los demás abrigos, capas y sacos estaban vacíos.

Prosiguió con el otro armario. Le preocupaba el tiempo; su madre lo podría estar buscando arriba. Había demasiadas bolsas llenas de ropa, un centenar de bolsillos forrados de seda en donde hurgar. Violet tenía razón: la cantidad de ropa era excesiva, mucha estaba nueva, las etiquetas con los precios aún colgaban de las mangas. Estaba a punto de darse por vencido cuando distinguió las cajas de sombreros debajo de un vestido largo envuelto en plástico de la tintorería.

Idiota, dijo en voz alta cuando abrió una y encontró sólo un sombrero globular de piel. Parecía ruso, le recordó a las villanas de las películas de James Bond. No pudo evitar levantarlo. La piel plateada se sentía viva. Casi esperaba que jadeara y gruñera mientras lo acariciaba. Estaba a punto de ponérselo cuando descubrió un libro que alguien había ocultado en la caja: *En espera de Bebé: diario de nueve meses*.

Will avisó los oídos para identificar el sonido de pasos en la planta alta. Comenzó a respirar como si estuviera en su antigua clase de deportes. Cada comprimida inhalación le quemaba y las piernas se le acalabraban. Al reacomodarse, sonaron campanillas de renos, le tomó medio segundo y casi un ataque cardíaco darse cuenta de que había rozado el extremo de un tupper con la etiqueta «Navidad».

Levantó el libro con cautela, por los bordes de la portada color lavanda. Esperaba que fuera de su madre, aunque sabía que era demasiado nuevo como para serlo. Las esquinas no estaban dobladas y el lomo indicaba poco uso. Desde la primera página, en las líneas punteadas reservadas para el nombre de la madre, el rígido pulso de su hermana había escrito con pluma: «Rose Hurst».

Leerlo resultaba doloroso. Lo que revelaba era tan emotivo —un parloteo incesante que expresaba la alegría de quien espera un bebé—, que acentuó el hecho de que Rose lo había documentado para alguien más, no para él. Las primeras semanas consistían en la biografía fragmentada de Rose. En la línea correspondiente a «pasatiempo favorito», había escrito: *Senderismo, acampar. También cocinar. Aunque sólo puedo hacerlo cuando visito a mis amigos en el campus de la universidad. En casa, mamá se queja del desorden y de que utilice sus especias*. Cuando el libro requería «tres palabras para describirme», Respondió: *¡Lentes de color rosa!*

El «recuerdo más antiguo» de Rose era *jugar al banco en casa de un vecino. ¡Había centavos y billetes falsos por todas partes! El caos era en serio, mi mamá nunca me hubiera dejado hacer eso en casa*. Había agregado: **Juro* tolerar el desorden normal de un niño. Así que tráeme este libro cuando sea injusta. No me importa si eres respondón, desordenado y un poquito salvaje. ¡Es mucho más*

divertido que ser como yo, que me comportaba como la mejor empleada de mi mamá!

Se estremeció un poco al leer esa última frase. ¿Acaso él se comportaba como si trabajara para su madre? Le consolaba saber que por lo menos él nunca había parecido bebé Gerber. Incluso ahora, no era tan agraciado como para conseguir un trabajo de modelaje, como lo había hecho Rose en la primaria.

Y eso era digno de mencionarse. Excepto por el comentario indirecto del empleado, el diario no hacía ninguna alusión a las actividades de Rose: actuar, cantar y modelar. Siempre había pensado que eran las cosas que definían a su hermana mayor. Ahora se preguntaba si la había confundido con la imagen inmaculada que sus padres le habían presentado a sus amigos.

Era sospechoso que el padre de su bebé no figurara en el diario. A diferencia de la sección «árbol familiar» en la que Rose había dejado espacios en blanco en los encabezados «recuerdos agradables de mis padres» y «vacaciones familiares favoritas», sí había escrito *algo*, aunque vago, en el espacio destinado a «cualidades que adoro de tu padre». *Si estás leyendo esto, espero que hayamos hablado largo y tendido sobre tu padre y que no tengas preguntas sin responder. Me gustaría haberte dado un padre que estuviera presente en tu vida.*

El hijo o la hija en el diario de Rose parecía tan real, como un pariente de carne y hueso con el que podría jugar juegos de mesa el Día de Acción de Gracias. ¡Si hasta tenía nombre! Rose había esbozado un par de posibilidades: *Sophia, Audrey, Oliver*, en la sección «nombres de bebés que siempre me han gustado».

Se le ocurrió que podría ser tío. El tío William. No le desagradaba: si bien no sería el tipo de tío que le enseñara cómo manipular armas de fuego con seguridad ni cómo servir cerveza de barril, sí le podría enseñar etimologías y cómo envolver un regalo como todo un profesional.

Siguió leyendo.

Sospeché que estaba embarazada porque... ¡Vomitó en mis piernas mientras manejaba!

Lo confirmé el... 25 de abril de 2006.

Mi reacción fue... ¡Pánico momentáneo seguido de alegría!

En la novena semana, Rose había pegado una nebulosa foto de ultrasonido que había obtenido en una visita al médico: ¡Tu latido parecía una luciérnaga!, también había desembuchado:

Cuando le conté a mi familia, su reacción fue... Hoy le dije a mamá porque tenía que hacerlo... No sé cómo se enteró de que había estado en el centro de planificación familiar. Seguro revisó los números marcados desde mi celular. En fin, bebé, cree que le voy a arruinar la vida. Sí, escuchaste bien, no mi vida, ni la tuya. LA SUYA. Me encerró horas en su oficina, quería que confesara quién es tu padre (no lo hice) y me presionó para que abortara. Mierda, debo estar enloqueciendo... ¿Cómo se me ocurre escribir mierda y abortar en tu diario de bebé? Pues no lo haré. Eres parte de

mí. Mamá tiene razón, vas a ser exigente, costoso, avasallador (es tu labor). Vas a hacer popó, llorar todo el día, y SI alguna vez he sido la #1 en mi vida (aunque no estoy segura de que sea el caso), dejará de ser así cuando nazcas. Vas a cambiarme la vida. ¡Me gusta la idea! A estas alturas, cualquier cambio es bueno. P.D. ¡No te preocupes, NO TE VOY a criar en casa a de mi madre!

La situación empeoró.

¿Qué papel jugará tu familia en la vida de tu bebé? A estas alturas, ninguno. Mamá me ha amenazado con echarme de la casa (está bien) y dejar de pagar mi colegiatura (¡problema!). Me sigue dando impresiones de estudios según los cuales las madres solteras tienen una salud deficiente llegada cierta edad. El otro día estaba en mi clase de sociología y de mi cuaderno se cayó un artículo titulado «Por qué a los pedófilos les encantan las mamás solteras». Era obvio que mamá lo había metido en donde sabía que lo encontraría. Gracias a Dios lo vi antes de entregarlo junto con mi tarea por error.

Era la última entrada. Las semanas once, doce y trece estaban en blanco.

Will decidió ir por su madre. Ya la había perdonado por el castigo de la tarde (después de todo, sí había estado flojo en piano) y estaba de su lado en lo que se refería a personas protectoras de menores. (Trina y su compañero sí parecían, en palabras de Josephine, clones zombies entrenados para «robarse a los niños» y «malgastar los recursos federales»).

Lo menos que se merecía Josephine era saber que Rose estaba en su contra.

Subió las escaleras con la valentía de un león. El cuerpo se le había tensado, lo mismo que el cerebro, estaba invadido de una emoción que no sentía a menudo, tal vez era ira.

Ahora deseaba que Rose volviera. Quería atraparla con las manos en la masa: rajando llantas, cubriendo de plástico los asientos del excusado o llevando a cabo cualquier broma que tuviera en mente.

Era más que mera indignación, este sentimiento le provocaba que le rechinaran los dientes y que la quijada le temblara. También se sentía intranquilo. Tenía miedo. ¿Hasta dónde llegaría Rose para vengarse de ellos? ¿Untaría sus cepillos con carne cruda? ¿O sus sábanas con hiedra venenosa? ¿Cortaría los frenos del coche de su mamá? En su mente, los horribles escenarios vengativos no tenían fin.

No estaba seguro de qué lo asustaba más: la venganza de Rose o la idea de que se dejara de bromas y merodeara y volviera a vivir con ellos como si nada. Si eso sucedía, ¿su madre la perdonaría? ¿Ocuparía el lugar de Will de hijo favorito? No podía vivir con el demonio de su hermana. Tampoco podía volver a ser relegado en cualquier esquina. Sintió un latigazo de desesperación, pero sobre todo, el deseo del príncipe niño de defender su reino. El sótano, más bien, la casa entera, estaba quieta, salvo por la amenaza circundante de Rose.

Violet Hurst

Violet!», un personaje uniformado gritó desde el umbral de la puerta. Violet se estaba pintando las uñas con Edie, esperaba más discreción. La enfermera continuó: «Correspondencia». Aventó la carta en la cama, boca abajo. Violet dirigió la vista al sello color malva grisáceo.

Por raro que fuera, estaba emocionada. Tal vez porque empezaba a gustarle la idea de vivir con Rose.

Edie la apresuró: «Ábrela».

Queridísima Vivi:

Lamento mucho lo del asilo...

«¿Asilo? ¿Acaso estamos en la película *Valley of the Dolls* y eres el personaje de Patty Duke? ¿O cree que buscaste asilo político?», preguntó Edie.

Violet puso los ojos en blanco tanto tiempo que casi se queda ciega. Prosiguió:

... ¡muchas gracias por entender!

Me encantan tus preguntas. Debes estar estudiando para el examen del SAT si piensas en opción múltiple. Recuerdo esos tiempos. Durante unos seis meses sólo pensaba en analogías. Vengativo: Venganza, como deshonesto es a _____. Qué horror, ¡no me gustaría estar en tu lugar!

En fin, veamos...

a) *No estoy en contacto con mamá y papá. Aunque me da curiosidad saber qué es de sus vidas. ¿Los odias tanto como yo cuando vivía con ellos?*

b) *Ocupo mi tiempo en trabajos temporales. Me muevo mucho entre varias oficinas, todas aburridas. Mi verdadero trabajo es la actuación. Más bien, intentar conseguir trabajos actorales es mi verdadero trabajo. He estado intentando cambiar mi estrategia para las audiciones. Tomo decisiones más audaces que antes. A lo mejor a un director no le gusta lo que hago, quizá le parezca una mala interpretación, sin embargo, por lo menos no pensará: «Esta chica Rose no está haciendo nada». Prefiero que me odien a que me olviden.*

c) *Sí, estoy viviendo con Damien. A veces todavía me preocupa que vivir juntos «perjudique la relación», como mamá siempre decía. Pero planeamos casarnos después. ¡Tienes que conocerlo y decirme si te convence! ¿Qué hay de ti? ¿Tienes novio? No me contestaste en tu carta.*

d) *Así que viste la foto. Está bien. Ya superé todo lo ocurrido... ¿Me crees? Ni yo.*

A veces no sé si creerlo.

¿Cómo está Will? Cuando me fui era un niño tan pequeño e inocente. Tal vez ya no lo sea.

Ponme al día, ¡quiero detalles!

Te extraña,

Rose

P.D. Escríbeme a la dirección de abajo. El padre de Damien tiene problemas de salud así que nos estamos quedando en la casa de campo de sus padres. Me oíste bien, ¡estoy de vuelta en el Valle Hudson!

—¿También les molestó la analogía sobre la venganza? —Violet preguntó.

—Mmm —Edie respondió, mientras contemplativa, se soplaba las uñas húmedas—. A lo mejor es una coincidencia.

—Pensé que según Freud las coincidencias no existen.

—Sí tiene un toque pasivo agresivo.

—¿Quién es pasivo agresivo? —Corinna entró y se desparramó en la cama de Violet—. Cuéntame, he estado hablando por teléfono con el chico de cuero. Está viviendo en una casa para alcohólicos, así que puede hablar por teléfono cuando quiera y tiene todo el día para describir su grueso y palpitante...

—Guácala, sexo por teléfono —Edie la interrumpió y se tapó los oídos—. ¡No te oigo, la la la la!

—Cuidado, no te vaya a contagiar de sida por teléfono —dijo Violet.

Corinna se rió.

—Caí ¿eh? —respondió y se puso a leer la carta de Rose. Al terminar, comentó —, ven, tenía razón, una casa en el campo, se los dije. Tu hermana encontró a alguien que la mantenga.

—Un papi chulo —Edie la corrigió.

—¿En dónde está la señorial casa de campo? —preguntó Corinna.

—Newburgh —Violet le pasó el sobre.

Corinna levantó la barbilla y el dedo meñique.

—¿Y a qué hora toma el té la señora?

Edie le quitó el sobre.

—Vamos a verlo en Streetview en el próximo taller de cómputo.

—¿Por qué tenemos que hacerlo? —Violet preguntó—. Me refiero al taller. No lo entiendo.

—Para que vayamos al corriente con nuestros estudios —dijo Eddie—. Cursos en línea.

—Es una pésima idea, ¿no? —añadió Corinna—. En el último hospital en el que estuve, tenían WiFi y no te confiscaban los celulares.

Lo más perturbador de la carta de Rose era que estuviera de vuelta en el Valle Hudson. Le gustaba que la ciudad las separara, por lo menos hasta que descifraba cuáles eran las intenciones de su hermana. Y ahora había acortado la distancia entre

ella y el resto de la familia. La situación era como el juego de los encantados que jugaban de niñas. Ahora que Violet estaba de espaldas, encerrada, Rose se acercaba cada vez más, intentaba encantarla para empezar el juego otra vez, estuviera lista o no.

El estómago de Violet se vino abajo cuando sintió una mano autoritaria en el hombro.

—Tienes visitas —le dijo la enfermera.

Estuvo tentada a decirle, *lo sé*. Esperaba a su padre, se avecinaba una plática eterna y frustrante sobre sus «adicciones».

Se encontró con que el hombre en la mesa no era Douglas. Era un joven con rasgos hispanoamericanos. Desde el ángulo en que lo veía era muy atractivo, del tipo que te deja sin aliento. Aunque tenía cara de niño, consideró. Sus ojos reflejaban la luz, como lo hacía la piel oscura. Aunque era una tontería, se alegró de llevar puesto el vestido que le había prestado Edie, le había insistido que se lo pusiera para la eterna entrevista que tenía por delante.

—¿Viola Hurst? —le preguntó el joven. Se golpeó la rodilla cuando arrastró su silla para ponerse de pie de forma un poco torpe. Le dio la impresión de que ella tampoco era la persona que él había estado esperando. Le había permitido a Corinna ocultarle las ojeras y pintarle los ojos en un tono gris tenue. El resultado la había sorprendido: nada mal para la paciente de un psiquiátrico.

Le dio la mano.

—Todos me dicen Violet.

—Nicholas Flores. Soy del Centro de Protección Infantil. Lo siento —tartamudeó—. Qué curioso, tenemos el mismo corte de pelo.

—Ah —sin pensarlo, se puso la mano en la calva.

—¿Pusiste la banda sonora de *V de venganza* cuando te lo rapaste? Porque yo sí.

—No —Violet se rió—, aunque sí doné mi pelo a una beneficencia. Disculpa, ¿dijiste que eres trabajador social?

Nicholas asintió y le entregó una tarjeta de presentación.

Sintió que la cara se le sonrojaba, de arriba a abajo. La invadió una sensación de impotencia, caía lentamente a un abismo.

—No sé quién lastimó a mi hermano; no fui yo. ¿Respondí a tu pregunta?

—No, no estoy... —hizo una pausa y miró por la ventana. El cielo era de un azul intenso—. Me interesa tu familia en general y tu hermana Rose. El otro día estuve en Old Stone Way.

—¿Fuiste a mi casa?

Nicholas asintió.

—Conocí a Will y a tu madre.

—A mamá —Violet repitió. El impacto fue tal que tuvo que jalar una silla para sentarse.

—Es un cliente difícil, ¿no?

Violet soltó un suspiro como si la hubieran pateado en el estómago.

—No has visto nada. Apuesto que mamá dio una imagen impecable: en guantes para hornear, les ofreció galletas caseras.

Nicholas la vio a los ojos y se rió.

—Bisquets, de hecho. Me imagino que ante quien admira o respeta, puede ser persuasiva, dar una imagen de ser estructurada y tener todo bajo control. En cuanto a mí, me considera un ser inferior. Dejó muy claro que prefería hablar con la mugre en la suela de mi zapato. Además, tengo mucha experiencia como para sospechar de la gente que pretende ser perfecta.

Nicholas la examinaba con sus profundos y gentiles ojos oscuros.

—A lo mejor me equivoco, y por favor corrígeme si lo hago, pero salí de tu casa presa de una sensación extraña, desorientado. En mi experiencia la gente peligrosa te desconcierta.

Aunque Violet quería desconfiar de su amabilidad, le daba buena espina. Sus lagrimales estaban listos para ponerse en acción.

—Te estoy incomodando —parecía honesto—. Quizá podamos empezar con otro tema, ¿me hablarías de tu hermana? Es la razón por la que estoy aquí. Cuando se fue de casa, tu familia entró en nuestro sistema. El asunto con tu hermano fue más bien... —no encontraba la palabra.

—¿El segundo *strike*? —Violet sugirió.

—No del todo. No estaría haciendo bien mi trabajo si los considerara incidentes aislados.

—Y, ¿qué quieres saber de Rose? ¿Su personalidad, pasatiempos, o qué?

Nicholas se encogió de hombros.

—Cualquier detalle que apunte a cuál era su estado de ánimo cuando huyó.

Cuanto más procuraba describir a Rose —y parecía que en días recientes lo hacía bastante—, mayor era su sensación de que la deshumanizaba. La reducía a una chica que le gustaba el teatro musical, el tipo de persona que tomaba té para cuidarse la garganta y preguntaría: ¿Te parece muy aguda mi voz? La triste realidad era que su hermana era una *muy buena* actriz. Violet empezaba a descubrir que no tenía ni idea de lo que se ocultaba detrás de la imagen pública que Rose proyectaba de forma tan convincente.

—No sé. A pesar de que vivíamos juntas, no éramos tan cercanas. Seguro que todo lo que te cuente lo habrás oído de mamá y Will. Rose actuó en muchas obras escolares, tenía zapatos de tap, la noche anterior a una obra importante, no bebía leche. Mi mamá siempre le compraba playeras con leyendas como: «Reina del drama» o «Destino: Broadway». Y a veces, Rose se pasaba horas haciendo ejercicios de dicción del tipo *Tres tristes tigres tragaban trigo en un trigal en tres tristes trastos*.

Le sorprendió que se riera. Su risa era contagiosa, vibrante y sincera.

Prosiguió:

—El caso es que a mitad de la carrera, tuvo una especie de crisis de los veinte. Dejó la carrera en teatro, decidió que sería más feliz como científica tomando muestras de rocas. Me imagino que volvió a cambiar de opinión. Está de vuelta en la competencia por un premio Tony.

—¿Están en contacto?

—No es para tanto. Nos hemos mandado un par de cartas, además apenas comenzó a escribirme —Nicholas era la primer persona amable y servicial con la que había hablado desde que la internaron. No quería arruinarlo al decirle que había visto a Rose. No soportaría que la considerara una psicótica que tenía alucinaciones—, es raro pero he sentido su presencia desde hace semanas y de pronto, me contacta ahora que estoy en el manicomio.

—¿Sería posible que me dieras sus datos para contactarla?

Violet se encogió de hombros.

—¿No te los dio mi madre?

—Me dijo que sabía que la carta que te había traído era de Rose, sin embargo, no había anotado la dirección. Quiere darle espacio a tu hermana, al parecer fue lo que la policía le aconsejó.

—Sí, claro, te doy su dirección. Aunque no tengo su teléfono.

—Estupendo. ¿Podrías contarme cómo fueron las semanas y los meses previos a su partida? ¿Peleaba con tus padres? ¿Alguna situación en casa que explique por qué se fue?

Nicholas debió haberse percatado de su postura de ardilla a punto de ser atropellada.

—Puedes contarme —le dijo.

—Estoy segura de que Rose se embarazó la primavera antes de que se fuera. Creo que abortó y que mamá se le puso un poquito conservadora.

—¿Cómo sabes?

A pesar de mantener la mirada firme mientras le contaba sobre la foto en el escritorio, se notaba que no era lo que había esperado escuchar.

—¿Raro y cruel? —le preguntó.

Nicholas se masajeó la nuca.

—No me decido. ¿Tu mamá es religiosa?

—Sólo cuando le conviene.

—¿Has hablado con alguien más sobre esto? ¿Con tu papá? ¿Se lo mencionaste a los policías que investigaron su desaparición?

Violet sacudió la cabeza.

—Tendría que haberlo hecho, ya lo sé. Es distinto señalarle su mierda a tu familia y hacerlo frente a terceras personas. No quería que todos se enteraran de lo dementes que estamos. De todas formas la encontraron. Y me daba la impresión de que ya había sufrido bastante como para tener que hablar de nuevo al respecto.

—¿Cómo la encontraron?

—Dejó huellas en papel: canceló su cuenta de banco una semana antes de marcharse, tramitó una baja temporal en SUNY y solicitó un par de tarjetas de crédito nuevas. También le dejó una carta a mis papás en el tablero del coche.

—¿Qué decía?

—No recuerdo bien, que ya se había cansado de perseguir el señuelo, algo así.

—¿Qué habrá querido decir?

—Creía que estaba cansada de fingir: ya sabes, la universidad, las audiciones y ensayos. Pero después de la semana que he tenido, creo que el señuelo era otra cosa.

—¿Como qué?

—Amor —se puso roja—. El amor de mi madre es condicional. Rose se había esforzado años para ganárselo, caminaba en círculos.

—Estaba desorientada.

—Sí, en cualquier caso, Rose le llamó a mi mamá un par de semanas después y le dijo que estaba harta de nosotros. Su novio Damien también habló con ella, le dijo que se fuera a la mierda, que si intentaba contactarlos, se lo cobraría muy caro. De todas formas no le dieron oportunidad de hacerlo.

—Así que Rose encontró el amor que estaba buscando en este chico.

—Es la misma historia de siempre, ¿no?

—¿Qué me puedes contar de Damien?

—No lo conozco. Tendrás que preguntárselo a Rose.

Violet se preguntó, por primera vez, si el aborto había sido difícil para ambos como pareja.

—¿Recuerdas el nombre del investigador con el que hablaste cuando pensaron que Rose había desaparecido?

—No, lo siento.

—No pasa nada, veré qué logro averiguar —tenía un semblante triste. Violet sabía qué preguntaría—. La noche en que lastimaron a Will...

—Ya te dije que no fui yo.

Nicholas levantó las manos, parpadeó una vez con sus oscuras pestañas.

—¿Me podrías escuchar? No era lo que iba a decir.

Violet cruzó los brazos, a la defensiva pero resignada.

—Iba a preguntar si sabías que tu hermano tuvo un ataque esa noche.

Negó con la cabeza sin pensarlo.

—No mientras estuve ahí.

—He leído que los ataques afectan la memoria.

—Le he preguntado a Will cómo son, si le duelen. Dice que no. Creo que sólo pierde el conocimiento, como si estuviera bajo el efecto de la anestesia —se detuvo un segundo, pasmada, mientras asimilaba el significado de este descubrimiento—. Me parece que se le dificulta recordar los minutos previos al ataque. Incluso después se queda atontado y confundido.

—¿Alguien más estuvo presente? ¿Tu papá?

—Estaba borracho. De hecho no recuerda nada. Anoche lo confesó en la Iglesia Episcopal de Cristo. Frente a un salón lleno de testigos. Sin embargo, como es un grupo de apoyo, hay reglas de confidencialidad. No deben repetir lo que escuchan en las sesiones —Violet vio su brazaletes amarillo y notó que le temblaban las manos. Se sintió atrapada como en la noche que ingresó al hospital.

—Oye —sintió la suavidad de sus dedos en el codo—, te creo. Por eso vine. De momento es la palabra de tu madre contra la tuya. Sólo quería saber si alguien apoyaría tu historia.

—Rose —dijo de repente—. No estoy segura. Creo, no sé, que estuvo en la casa esa noche. Si planeas contactarla, podrías preguntarle.

Nicholas asintió.

—Lo haré.

Al ver la compasión reflejada en los ojos de Nicholas, entendió la razón por la cual quería salir del hospital y de casa de sus padres. En el mundo había gente honesta y razonable que se preocupaba por los demás y quería ayudarlos. No todos creían la farsa de su madre, ni que Violet terminaría como indigente, hablando sola y gesticulando al aire. Josephine era peligrosa, no es que sus crímenes no tuvieran víctimas, sino que se las ingeniaba para victimizar a las personas sin ningún crimen de por medio. Y no era la única que lo percibía, gente como Nicholas también lo hacía, para él la prueba radicaba en la sensación que le había dado conocerla.

Tan pronto terminó de hablar con Nicholas, se dedicó a escribirle otra carta a su hermana. Estaba lista para poner manos a la obra y encontrar una ruta de escape, aunque implicara a Rose. Nicholas le recordó la pregunta de Rose sobre si tenía novio. Seguía recreando la sensación que le había dado conocerlo: cálida, rara, decadente; era persistente, se derretía como chocolate robado en el bolsillo.

No, garabateó con un lápiz de color. Nunca he tenido novio, por lo menos no oficial, y creo que así seguiré durante un buen rato. ¿Cómo es? ¿Estás más contenta? ¿Tu vida es más complicada? Cuando te imagino viviendo en pareja, se me viene a la mente una imagen tuya en ligero horneando gallinas de Cornualles, pero seguro que los hombres tienen otros intereses además de «sexo y comida». ¿Qué tiene Damien que huiste como personaje de un cuento de los hermanos Grimm?

Hizo una pausa para pensar y agregó:

Me preguntaste por Will. Ya no es un niño pequeño y estoy segura de que tampoco es inocente, gracias a mamá. Lo trata como si fuera su esposo y resulta aterrador. A veces le dice «semental». Y la he visto pellizcarle el trasero. Si las cosas no cambian pronto, estoy segura de que me acompañará en este lugar. A lo mejor lo internarán por depresión. No, es más seguro que lo traigan por incendiar cosas o ahorcar al perro de los Wildomar.

¿Que si odio a nuestros padres? Sí, los odio. Y no por las típicas razones

adolescentes, son más bien maduras y bien fundadas. Mamá no es «difícil», es «abusiva», no es «diferente», está mal de la cabeza. Lo he confirmado a partir de mi estancia aquí.

William Hurst

La madre de Will no respondió cuando tocó a la puerta. Intentó abrirla. Estaba cerrada.

«¿Mamá?», le llamó.

Will había crecido en una casa dominada por mujeres y todavía no tenía ni idea de lo que hacían a solas con sus cremas, rasuradoras rosas y algodón. Lo más cerca que había estado de averiguarlo había ocurrido cuando encontró a Violet, de trece años entonces, gritando porque Josephine no la dejaba rasurarse las piernas ni usar desodorante. Resultaba irónico que con el tiempo, Violet terminara aceptando las espinillas peludas y los tufos orgánicos.

—¡Mamá! —volvió a intentarlo, esta vez más alto—. No quiero molestarte...

—¡Pues no lo hagas! —su tono era de broma, sin embargo, su risa tenía un toque mordaz.

Cuando le quedó claro que no abriría la puerta, caminó por el pasillo hasta el cuarto de Rose.

No recordaba cuándo había sido la última vez que había entrado. Antes de su desaparición, el cuartito con su cama con toldo y los pósters de Holly Golightly le habían dado un aura adulta y restringida. Después se había convertido en zona de guerra, la policía había desarmado las lámparas de papel y había desprendido todas las fotos del tendedero donde Rose las tenía exhibidas.

Ahora, el cuarto era más infantil de lo que recordaba. Todavía había ositos de peluche alineados en una de las repisas. También había antiguas bandas de girl scout a la vista.

Buscaba un elemento para reforzar su caso contra Rose. Algo que demostrara que había vuelto para acosar e inquietar a su familia. Si bien era cierto que Rose prefería los *macarons* rosas y los diamantes de imitación y Violet las galletas de semilla de cáñamo y el macramé, debajo de las apariencias, las hermanas Hurst eran lo mismo. En su opinión, *las dos* estaban mal de la cabeza.

Buscó en los canastos de metal: productos para alaciar el pelo desaparecían entre nidos de tubos de velcro como los de su mamá. ¿Por qué las chicas tenían que alaciarse el pelo *antes* de enchinárselo? Revolvió unos cincuenta barnices rosas (si había tonalidades distintas, no las percibía, todos parecían rosas). También se encontró con cepillos, polveras y accesorios de la secadora de pelo.

Prosiguió con la cajonera. Casi había olvidado cómo se vestía su hermana. Todo era brillante, elástico como si fuera una segunda piel, escotado de la espalda el pecho, o ambos. De todas formas le daba la impresión de que los cajones estaban casi vacíos. Aunque no estaba seguro de cuánto había empacado al marcharse, no le sorprendería que hubiera vuelto por ropa.

La policía se había encargado de vaciar su escritorio. No es que Rose hubiera dejado nada que la delatara. Se había llevado todos los aparatos electrónicos que le habían comprado sus padres para su primer año en SUNY: laptop, USB, memoria externa y celular. Sólo había dejado un par de libros de la escuela. Al revisarlos, una hoja salió volando y aterrizó en la alfombra color rosa provenzal. Era un papel doblado, una copia del horario de Rose que correspondía a la primavera en la que había huido. Seguro lo había impreso antes de memorizarlo. Clases como ING393 o GLG293 no le decían nada, de todas formas lo dobló y se lo guardó en el bolsillo de sus pantalones de perritos Terrier.

Se sentó en la cama de Rose y volvió a abrir el diario. Lo hojeó de nuevo, esta vez más lento, buscando chismes que se hubiera perdido la primera vez. Cuando no encontró nada, lo hojeó de atrás para adelante.

El corazón se le paró. En la semana veinticuatro, Rose había vuelto a escribir.

En la semana veinticuatro me siento... Derrotada. También atrapada y demasiado cansada como para buscar una salida. Creí haberme reconciliado con el asunto... el recuerdo de esas toallas sanitarias gigantes apenas se esfuma. Me siento manipulada pero no había otra alternativa si quería terminar de estudiar. Incluso si me cambiaba a una universidad menor e intentaba costearla con mis propios medios, mamá se habría negado a firmar mis formularios para solicitar una beca. Desde luego que el aborto obligatorio no existe. La consejera me preguntó si alguien me estaba obligando a hacerlo y si respondía que sí, me dijo que me sacarían a la calle con los manifestantes. Le conté a mi consejera sobre el problema con las colegiaturas. Me respondió que las presiones financieras eran la razón principal para interrumpir un embarazo, luego me dio una bata.

Feticidio, pensó. Una palabra que nombra. Acción y efecto de dar muerte a un feto.

Will sabía qué era un aborto porque había visto *Baile caliente* con Violet. No obstante, nunca habría imaginado que Rose tuviera nada en común con Penny, salvo que las dos usaban leotardos y hacían movimientos flexibles y descabellados con las piernas.

No había nada escrito en las semanas veinticinco y veintiséis. Después, en la semana veintisiete, Rose empezó a enloquecer con las mayúsculas. Su caligrafía ordenada y derecha empezó a inclinarse.

La foto en el escritorio de mamá DEMUESTRA, tan claro como el agua, que sin importar lo que haga, CUALQUIER decisión que tome es la equivocada. No porque la acción lo sea, sino porque para ella estoy MAL. Me estoy desplomando. No puedo

superar el pasado y sin el bebé, nada me motiva. Abrí mi cajón de calcetines y encontré un par de botines tejidos de bebé (¿míos?, ¿de Violet?). La perra malvada de mamá jura que «nunca los había visto». Abrí mi laptop y encontré el portafolio de un fotógrafo que hace retratos de recién nacidos. Cuando me fui a dormir anoche, mi almohada olía a talco de bebé.

El sonido de una motocicleta que pasó por su casa, lo hizo brincar un metro.

No tenía sentido. No le creía a Rose. Si bien su madre tenía ciertas expectativas, valores morales, era una mentora no un verdugo. Era el ejemplo por excelencia de una cita de Mark Twain que le había enseñado: «La gente extraordinaria te transmite la sensación de que tú también puedes ser extraordinario».

En conclusión, Rose estaba equivocada. Estaba loca y arrepentida, por eso inventaba cosas.

El diario sí explicaba por qué volvería a casa para robarse objetos y hacerle bromas pesadas a la familia.

Según el reloj de Rose, eran casi las ocho de la noche. Complacido con sus habilidades detectivescas e impresionado con sus hallazgos, regresó a la planta baja para continuar con su rutina nocturna.

Llevarla a cabo sin su mamá le dejaba un sentimiento enfermo y creciente de ansiedad. ¿Podía comer postre? Se lo saltó, por si las dudas. ¿Acaso Josephine se molestaría si veía un capítulo de *Bailando con las estrellas* sin ella? Para estar seguros, vio un *reality* sobre un experto en conducta animal que visitaba a las personas en sus casas y los trataba con sarcasmo: «Es un hecho que tener un pit bull te hace más hombre», o «a un bicho que sobrevive a base de otros insectos y plantas en la naturaleza, no le encantan las papas fritas. Me pregunto por qué».

Llegada la hora de dormir, se enfrentó a otra ronda estresante de decisiones. ¿Debería darse un baño en la tina? Era probable que hiciera un desorden, olvidara una toalla húmeda en el piso o goteara donde no debería.

Para no arriesgarse, no se bañó, aunque sí siguió la rutina de su mamá de la A a la Z. Las tapas a prueba de niños de sus medicamentos no le dieron trabajo. Se limpió con hilo dental, se masajeó los hombros y los muslos con aceite de bebé y repasó, no sin ansiedad, unas páginas de *Ana de los tejados verdes*.

¿Por qué su madre lo ignoraba? Nunca lo hacía a menos de que le estuviera dando tiempo para pensar en su mala conducta.

Una vez, cuando tenía más o menos ocho años, Josephine le hizo la ley del hielo casi una semana. Habían estado comiendo manzanas y él había hecho un chiste irreflexivo: «Mamá, con tus dientes tan grandes puedes dar mordidas enormes». Se había quedado paralizada y después salió de la habitación. De hecho, después de eso, abandonaba cualquier habitación tan pronto Will entraba. En público hablaba con él pero al cruzar la puerta de la casa, retomaba la ley del hielo. Tienda de abarrotes:

plástica. Casa: callada como una piedra. Coche compartido: no dejaba de hablar. Casa: muda. Se había tardado semanas en descubrir el patrón y para entonces ya estaba a sus pies. Había estado llorando, rogando para que lo reconociera por insignificante que fuera la forma de hacerlo, así fuera para tropezarse con él.

Esta vez era distinto porque ahora tenía epilepsia. Dejarlo solo significaba que podía tener un ataque, golpearse la cabeza y sangrar sin que nadie se diera cuenta. Aunque estaba exhausto, seguía despierto, no podía relajarse. ¿Por qué incluso después del castigo su madre seguía enojada porque había metido la pata en la entrevista con el CPI? Escuchaba varias descargas del excusado y el sonido de la televisión de su cuarto —por lo menos no se había roto la cabeza al salir de la tina—. Lo invadía la sensación de que la había perdido para siempre.

Decidió arrancar una hoja en blanco de su cuaderno de vocabulario. Le escribió una carta larga y vaga para disculparse en la que le decía que era la persona más importante en su vida. La deslizó debajo de la puerta cerrada de su cuarto y volvió a la cama.

Lo despertó el llanto ruidoso y distorsionado de su madre en el pasillo de arriba. Se destapó, estaba a punto de salir corriendo a buscarla pero escuchó pasos y el eco de la voz de su padre. No sabía si sus padres estaban peleando o si Douglas intentaba tranquilizar a Josephine.

—Por favor, *por favor*, compórtate como un hombre aunque sea una vez —le rogaba—. No puedo hacerlo todo. Es lo mínimo que te corresponde. Sobre todo después de estar Dios sabe en dónde con el teléfono apagado durante horas. No te estoy pidiendo explicaciones, ni preguntándote si el revolcón valió la pena.

A pesar de que su padre hablaba más bajo que ella, Will lo escuchaba murmurar que siempre le inventaba infidelidades porque es lo que ella haría en su lugar.

—¿Qué te pasa? En serio, ¿cuál es tu problema? ¿Te sentirías mejor después de un trago Douglas? ¿Es eso? ¿Por qué no bajamos? Te preparo un martini para que puedas llorar a gusto. Tal vez después me escuches.

—No quiero un trago, Jo —la voz de su padre era clara y firme por primera vez—. Intento escucharte. Dime otra vez, qué sucedió y también explícame qué quieres que haga al respecto.

Escuchó que volvieron a entrar en su cuarto y cerraron la puerta. Se le revolvió el estómago.

Su padre lo despertó, no supo si horas o minutos después. La lámpara del buró proyectó la luz en su horrenda pantalla a cuadros. Douglas se sentó en cuclillas en el piso, colocó algo en su regazo. Cuando Will despabiló, se dio cuenta de que era una hoja de papel.

—Sé que es tarde pero tenemos que hablar de esto, campeón —Douglas volteó la hoja y Will reconoció su caligrafía. Era la carta que le había escrito a su madre antes

de irse a dormir para disculparse.

—Ah, eso —respondió, intentó fingir un bostezo—. Mamá estaba enojada y quería disculparse.

—Por lo menos te disculpaste. Me temo que es una de esas veces en las que hacerlo no arregla las cosas de inmediato.

Sintió un flujo de vergüenza que le empezó por la cabeza y le recorrió los hombros caídos. Se daba asco, aunque no sabía por qué.

—¿Will? No llores. Está bien. Tenemos que hablar de esa palabra, lo que significa y dónde la aprendiste.

¿Se refería a la entrevista? ¿A las drogas de Violet? ¿A la marihuana? No recordaba haber pronunciado la palabra, sólo la había dibujado en una hoja.

—Violet me la enseñó —respondió—. La palabra, digo. Fue porque un día descubrí la suya por error.

La expresión de su cara cambió con la sola mención de Violet. Sus ojos expresaron desconcierto, horror, y por último rabia, la reacción de un padre protector.

—No metas a tu hermana. Esa palabra es un insulto, sobre todo si un hombre se la dice a una mujer. Es despectivo, o sea que hace menos a quien se la dices.

Quería decirle que entendía el significado de despectivo.

Como si le leyera el pensamiento, Douglas le dijo:

—No tendría que explicártelo, campeón. Yo no soy el talentoso en lectura y vocabulario. Eres un niño muy inteligente. Y lo sabes. También entiendo que te cueste trabajo socializar.

Tenía la cobija hecha bola en el puño. ¿Por qué alguien que nunca había mostrado interés alguno por sus padecimientos lo despertaba en la madrugada para decirle que le convendría superarlos?

Recurrió al sarcasmo típico de Violet.

—Gracias papá, buen intento. A la próxima no utilizaré la palabra *marihuana* a menos de que la haya fumado.

—¿Qué? —palideció, la lamparita resaltó las marcas de cansancio que tenía en la cara—. ¿Crees que vine a hablar sobre marihuana?

Se encogió de hombros.

—Will, me refiero a la palabra *puta*. En la clase de piano le llamaste *puta* a tu madre.

No podía respirar. Veía a Douglas sin poner atención. Se remontó a la clase, recordó su mano torpe golpeando las teclas; a su madre tumbada en el sillón, sus pies masajeándose el uno al otro en movimientos sensuales y complacientes.

Jamás se atrevería ni siquiera a *pensar* en la palabra que su padre lo acusaba de haber dicho. ¿Cabría la posibilidad de que haya insultado a su madre? ¿Había ella malinterpretado alguna palabra?

—Will —su padre lo sujetaba de los hombros—. Tu madre me dijo que la llamaste puta. Te lo voy a preguntar otra vez, ¿llamaste a tu madre así?

Comenzó a asentir pero era demasiado tarde.

—De acuerdo —al ponerse de pie, estranguló una de las columnas de la cama. La perilla se azotó contra la pared cuando abrió la puerta de un jalón. Se quedó de pie en el umbral de la puerta sin voltear a verlo, sólo le gritó—, duérmete.

Violet Hurst

Violet entregó el sobre, con todo y su estampilla, para Rose en la recepción. La enfermera le entregó un papel.

—¿Qué es? ¿Un comprobante? —Violet bromeó, pero la cara flácida de la mujer no registró ningún cambio.

—Mensaje telefónico.

Violet desdobló el papel color rosa y pronto se dio cuenta de que habían aceptado la llamada porque era un mensaje del CPI. Debajo del encabezado en el que se leía «Cuando no estabas», una enfermera había escrito el nombre de Nicholas y le había puesto una palomita al espacio que indicaba «Llamar por favor». La caligrafía de la enfermera era muy legible, casi obsesiva, tal vez era una reacción tras años de lidiar con los garabatos pretenciosos de los doctores. En el espacio destinado a las anotaciones, había añadido: «Para tu información, las dos direcciones que me diste no eran residenciales, son sucursales de UPS. Es probable que Rose recoja ahí su correspondencia».

Quince minutos antes de cenar, Violet descansaba la cabeza en la mesa gris del cuarto de visitas, esperaba a que su padre terminara de hablar sobre su progreso con su psicóloga.

A la luz del espeso resplandor fluorescente de la iluminación de la habitación, abrió las cartas de Rose y las estudió de nuevo. Rose sabía que Violet asumiría que la dirección en el remitente era de su casa. Era injusto que no hubiera mencionado que era la de UPS. Seguía empeñada en ocultarse para protegerse de cualquier consecuencia y mantenerse fuera del alcance de Violet.

—Hola —Douglas la saludó de repente cuando doblaba las cartas y se las metía en las botas que Edie le había prestado.

—Hola —respondió, no quiso abrazarlo.

Tomaron asiento, el ambiente estaba cargado de un silencio inquietante, casi submarino.

—¿Tienes reunión en la noche? —Violet le preguntó para romper el hielo.

—Intentaré llegar a la de las 7:30 a la iglesia de San Juan Divino.

—Me encanta que la gente hable de ir a una junta como si fuera al cine.

—Tu psicóloga dice que asistes todos los días.

Como era su costumbre cuando hablaba con ella, sobre todo durante una crisis, su papá optaba por la formalidad de un abogado. Hubiera preferido que maldijera y gritara.

Violet asintió.

—Siete reuniones en siete días.

—¿Les sacas provecho?

—Admiro la honestidad de la gente —enfaticó—. Tu discurso fue muy honesto pero evidentemente difícil de apreciar porque me sentí engañada. No sabía que intentabas —le costó trabajo evitar parecer sarcástica— recuperarte.

—No, no le he contado a nadie.

—¿Por qué no?

—Me da la impresión de que todos en esta familia tienen sus secretos, algunos de los tuyos han salido a relucir esta semana.

Su respuesta fue sutil. Al estilo de los Hurst, le daba la vuelta a la tortilla. Violet no pudo evitar sonrojarse.

—Además no quería que nadie saboteara mis esfuerzos.

—Quieres decir mamá.

—Nadie.

—Estabas —no podía usar la palabra *ahogado*— borracho la noche que me trajiste. ¿Quién te sabotó?

—¡Ay, Violet, la gente recae! Esa noche fue un tropiezo, no una caída. La adicción es una enfermedad crónica, uno puede recaer. No es fácil, para rehabilitarme necesito darle prioridad a la sobriedad frente a todo lo demás en mi vida.

No estaba de humor para responderle con algún formulario como los de las reuniones de rehabilitación.

—¿Ah, sí? ¿Así que la sobriedad es más importante que tus hijos? ¿Incluso si uno de ellos está en el hospital y el otro está encerrado en casa todo el día sin amigos ni nadie con quién hablar? Me da la impresión de que llevas mucho tiempo dándote demasiada importancia. ¿Y qué tan honesto te consideras si hace menos de una semana de tu discurso conmovedor te caías de borracho? —le temblaban las manos, no podía evitar hablar en voz alta.

—Sé lo que hice —respondió Douglas—. No lo estoy disimulando. Mi padrino Kerry...

—Kerry —no había caído en cuenta durante la reunión. Desde hacía meses, lo había escuchado hablar por teléfono con frecuencia con Kerry, pero por su acento del oeste de Pensilvania, le había parecido que se trataba de una mujer: *Carrie*.

—Sí, Kerry. Lo conocí en la oficina de Sterling Forest. Hemos hablado sobre lo que hacía y en qué pensaba antes de tomar ese primer trago para identificar las señales de alarma y evitar recaer en el futuro.

—¿Las *señales de alarma*? —Violet estaba lívida—. ¿Qué opinas de ésta?

Nuestra familia es tan miserable que mi hermana *huyó*. Lo hizo porque nuestra madre la *torturaba*. ¿Quieres otra? Has permitido que todo el mundo crea que lastimé a mi hermano cuando estabas ahogado como para recordar qué sucedió. ¿Y qué dices de esta bandera roja? El Centro de Protección Infantil visitó la casa para investigar si mi hermano, tu *hijo*, está seguro.

Douglas tenía los ojos rojos. Negó con la cabeza.

—No es verdad.

—Claro que sí.

Palideció, tenía el aspecto de la estatua de uno de los cuentos de su infancia, un aldeano convertido en piedra.

—¿Cuándo? ¿Cuándo fueron?

—¡No sé! ¡Tú vives en esa casa! Yo he estado aquí, lo sé porque el tipo que trabaja en el caso me vino a ver.

La sombra de Douglas proyectaba las seis de la tarde; la repasó con los dedos.

—¿Qué quería saber?

—Por qué Rose se fue.

—¿Le contaste de Damien?

—Le conté lo que le tendría que haber dicho a la policía desde el principio. Le dije que mamá y Rose habían peleado como ardillas rabiosas por el aborto de Rose.

Los hombros medio caídos se le hundieron todavía más.

—No tenía idea de que lo sabías. Sí, a tu madre le preocupaba que tener un hijo tan joven le arruinara la vida. Jo no quería que Rose sacrificara lo que se había esforzado tanto en conseguir.

Iba a preguntarle quién se había esforzado tanto, Rose o su madre, sin embargo, comprendió el significado de lo que había dicho su padre.

—Entonces —prosiguió ella, se dio cuenta del extraño eco de su voz en el pequeño cuarto vacío—, ¿crees que mamá la presionó para abortar?

—Presionar es excesivo, consideró que era lo más sensato.

—La *torturó* por haber abortado. Le mostró una fotografía horrorosa de un bebé muerto. La vi con mis propios ojos, la llamó asesina. La condenó a irse al infierno.

—Violet, no te estoy diciendo mentirosa, pero eso no tiene sentido. ¿Por qué tu madre trataría mal a Rose antes y después del aborto?

Al ver a Douglas, Violet pensó que él era incapaz de distinguir entre la verdad y la maldad, la realidad y la fantasía. Le pareció tan infantil, diminuto y confundido, su abrigo era demasiado grande para su cuerpo de genio de la computación. Recordó lo que le había dicho Nicholas sobre la gente peligrosa: intentan desorientarte para que dudes de tu buen juicio constantemente.

Se compadeció de la confusión de su padre porque comenzaba a entender por qué hubo una época en la que disfrutaba ser más delgada que el esqueleto en su salón de ciencias. Sabía con exactitud qué causaba los síntomas que conocía tan bien —los retortijones en el estómago, las migrañas, los latidos irregulares del corazón, la

sensación de mareo que hacía que el mundo pareciera inclinado—: la falta de comida. En cambio, la vida antes de la inanición era agonía irracional, desconcierto sin explicación aparente.

—Sé cómo puede ser tu madre a veces, y entiendo que de momento hay mucha tensión entre ustedes. ¿Pudieron hablarlo cuando vino a verte?

—¿Cuando vino a verme? ¿Eso te dijo? Nunca ha venido, ni siquiera contesta las llamadas de mi psicóloga. Papá, miente, no puede controlarlo. ¿Cuándo vas a dejar de creerle? ¿Nunca se te ocurrió defenderme? ¿Ayudarme a que me den de alta? Crees que todo gira en torno tuyo, ¡tú y tu sobriedad! Eres igual de egocéntrico que ella.

Douglas levantó la barbilla a la defensiva.

—No es justo Violet, ¡hago lo mejor que puedo!

—¡Entonces lo que estás haciendo es una completa porquería! Es una psicópata, papá. No puede controlarse. Tú, en cambio, tienes opciones. Podrías hacer lo correcto y no lo haces. ¡Eres un cobarde!

—¡Estoy en rehabilitación!

Los gritos de Douglas llamaron la atención de la enfermera. No le importó. Estaba harta.

—¡Bien, felicidades! ¡Estás en rehabilitación mientras los demás sufrimos!

—Se terminó el horario de visita —intervino la enfermera.

—No soy un padre violento —Douglas concluyó, con la vista perdida, llevándose los brazos al abrigo.

—No, papá, no lo eres. Eres un espectador y en mi opinión eso es todavía peor.

El corazón le latía al ver a Douglas salir a toda prisa con una expresión abatida que no correspondía con su postura erguida. Tenía náuseas y lamentaba haber perdido el control, como siempre le sucedía al reaccionar así en casa. También se sentía culpable por haberse desquitado con un hombre que no podía hacer nada, y estúpida, por haberle confiado sus sentimientos y el resentimiento que sentía a alguien que carecía de habilidades para escucharla y comprenderla. Una vez que superó la voz castigadora —*mordiste el anzuelo otra vez, le decía, provocaste el drama familiar*—, se sintió satisfecha porque había sido honesta, auténtica. Por fin le había dicho a su padre lo que sentía. No había adoptado la actitud ausente de Douglas o Will, ni había sido indiferente como cuando Rose escapó. Tal vez era una señal de que su madre todavía no la volvía loca. Si Rose sentía lo mismo, podían unir fuerzas para ayudarse en su intento por no convertirse en las personas que las criaron e impedir que el resto de la familia se fuera a la mierda de una vez por todas.

La cena era una pasta en forma de intestino bañada en un pesto con apariencia de ectoplasma. La definición de «comida» en el hospital era bastante ambigua. De cualquier forma, devoró lo que pudo. El *sallekhana* era cosa del pasado. Incluso si era una adicta miserable el resto de su vida, se mantendría viva para joder a sus padres.

Dejaría de intentar perdonar a su madre y enfocaría sus esfuerzos en vivir más que ella. Se apresuró a las cabinas telefónicas para llamar a Nicholas antes de su reunión vespertina de adicciones.

—Fémina Violet —le contestó—. Lo siento, qué chiste tan tonto. Qué gusto que hayas recibido mi mensaje. Envié correspondencia a las dos direcciones que me diste. Me sentí en 1994. ¿Tienes manera de contactar a Rose por teléfono?

Le sorprendió su instinto de proteger a Rose, era casi territorial. No quería que nadie hablara con su hermana antes que ella, sobre todo si se trataba de sus padres.

—No, de momento quiere que nos escribamos.

—Qué misterio —silbó—. Lo lamento, sólo bromeo cuando llevo demasiado en mi escritorio. Por lo menos está en contacto contigo. Hablé con el detective Donnelly de la Policía de Kingston, heredó el caso cuando el otro investigador se transfirió de departamento. Parece que declararon la desaparición voluntaria de tu hermana por sus finanzas y porque es mayor de edad. La ley reconoce su derecho a perder el contacto con los padres pero Donnelly me dijo que revisaría el expediente de cualquier forma, sólo para hablar con ella y asegurarse de que no haya sido víctima de abuso en su casa.

—No tiene sentido —respondió—. Nunca ha habido violencia física en la casa, sólo emocional.

—Oye —dijo en un tono suave—, el abuso es abuso. En mi opinión, el emocional es el peor. Te garantizo que casi todas las mujeres maltratadas a las que atiendo sufrieron abuso emocional en su infancia, sobre todo las que aseguran que es su culpa y que no pueden dejar de provocar a su verdugo.

—Sí, bueno. Por cómo hablan las chicas aquí, dudo que muchos jueces de lo familiar compartan tu preocupación.

—La situación está cambiando —respondió—. Un juez en Florida culpó de abuso infantil a una madre en el caso del suicidio de su hija adolescente. A pesar de que nunca le había puesto una mano encima, la obligaba a trabajar de bailarina y vivían de sus propinas.

—Antes de huir, mi hermana estaba bastante consentida. El único tubo que ha tocado ha sido el de la calefacción, aunque ahora que lo pienso, ni siquiera ése.

El suspiro de Nicholas lanzó una corriente por el teléfono que le recorrió la columna vertebral.

—Sería un alivio hablar con ella. Me gustaría preguntarle su opinión sobre el asunto de Will y, ya que estoy en ello, me aseguraría de que este chico Damien sea un buen tipo.

—¿Nicholas?

—¿Si?

Quería preguntarle si le podía llamar por su nombre y, de paso, por qué estaba confiando tanto en ella. Pero no estaba segura de que podría lidiar con el rechazo si le respondía que sólo se apegaba al protocolo. Alguna voz interna, maligna y paranoica

—el eco de Josephine— ya se adelantaba para asegurarle que Nicholas sólo le sacaba información que pudiera utilizar en su contra. Así que le preguntó:

—¿Es difícil emanciparse?

—Depende, tendrías que esperar un año hasta cumplir los diecisiete, mudarte de casa de tus padres, rechazar su apoyo financiero y conseguir un trabajo.

Violet se preguntó si la señora Dekker la contrataría de tiempo completo. De pronto se dio cuenta de algo inevitable: si se divorciaba de sus padres, no podría permanecer en Stone Ridge. En una ciudad con menos de 1200 habitantes, seguro se los encontraría en la farmacia o el banco. Mientras tanto, su madre se encargaría de esparcir algún chisme sobre Violet entre sus amistades de la sociedad histórica y la Iglesia de San Pablo. Josephine era muy poderosa. Ya había encerrado a Violet casi una semana y quién sabe el daño que le podría infligir si vivía a unas cuadras de su antigua casa. No, tendría que mudarse a una ciudad con buen transporte público y una variedad de trabajos en hotelería y tiendas. Si no a Nueva York, por lo menos a Hudson. Beryl era una opción pero estaba enferma y Violet sería una imposición. Más todavía, la casa de los Field sería el primer lugar en el que su mamá la buscaría.

—Es probable que fueras candidata para obtener seguro médico y préstamos estudiantiles —continuó Nicholas—. Podrías terminar la prepa en una universidad comunitaria, en la que también podrían emplear tu crédito para pagar tu licenciatura. Aunque la emancipación no necesariamente implica cortar de tajo. Es probable que necesites el permiso de tus padres para tramitar tu licencia u obtener atención médica rutinaria. Te ayudaría a llenar los formatos si te decides.

Le sorprendió su disposición para ayudarlo.

—Gracias, estoy analizando mis opciones.

—No hay problema. ¿Te puedo preguntar algo más? ¿Recuerdas a qué edad le diagnosticaron autismo a Will?

—El año pasado —respondió—. A los once. Supongo que tienes su expediente médico.

—Todavía no, de ser necesario pediría una orden para obtenerlo. El punto es que era una duda. Es una edad algo tardía para mostrar síntomas de autismo.

—Creo que mi mamá vio algún reportaje especial en las noticias sobre el autismo funcional y se le metió en la cabeza que Will tenía los síntomas. El primer doctor que lo atendió no estaba seguro así que buscó una segunda y tercera opinión.

—¿Recuerdas cuáles fueron los otros diagnósticos?

—Mamá nunca nos contó.

—¿Crees que Will sepa?

—Dudo que le haya contado.

—¿Te preocupa tu hermano? ¿Crees que se encuentre bien?

—Comparado con los demás miembros de mi familia, sí. Comparado con el resto del mundo, pues...

—Violet, ¿te parecería posible que tu madre lastimara a Will?

Le desconcertó la pregunta. Pese a que la conducta de su madre no se explicaba a partir de motivos humanos y normales, tampoco imaginaría que Josephine fuera capaz de llegar tan lejos.

—No sé —dijo con honestidad—. Podría ser porque Will se acerca a la pubertad. Mamá se toma la pubertad de manera personal. Su reacción no es normal. Cada acontecimiento normal para cualquier adolescente había supuesto una pelea. Su madre había obligado a Rose a ponerse pants en su primera fiesta. Acostumbraba a dejar la bolsa de maquillaje de Violet en el radiador «por accidente» y los contenidos siempre se derretían.

—Tal vez no tendría que contarte esto pero he estado trabajando once horas seguidas y me tomé una bebida energética que confundí con jugo de toronja. A lo que me refería era a que si tu madre lo lastimaría físicamente. Desde el principio ha dicho que tu hermano te arrebató el cuchillo. Sin embargo, el doctor en el hospital tiene sus dudas...

—¿Qué tipo de dudas?

—La herida no estaba limpia, tenía cortadas en varios sitios. *Ralladura* fue la palabra que el doctor empleó.

William Hurst

La ansiedad le carcomía el estómago a Will mientras se vestía para comenzar el día y ensayaba cómo disculparse con su madre por esa palabra tan espantosa.

No la había dicho, estaba (por completo) seguro. Pero había dicho algo que se había malinterpretado, como en un juego de teléfono descompuesto, hasta llegar a los oídos de Josephine. El problema era que no muchas palabras se asemejaban a ese insulto: ¿Gruta? ¿Fruta? ¿Diminuta? Pocas iban con su estilo. Todavía eran menos las relacionadas con la clase de piano.

De cualquier forma, bajó las escaleras arrepentido.

Josephine estaba sentada en el sillón, viendo un *talk show* en la tele y tomando una taza de chocolate caliente. Le había preparado una a Will porque nunca le había confesado que el aroma le producía náuseas. Respiró por la boca y alejó la taza todo lo que podía, para no ver los malvaviscos miniatura flotar como cadáveres.

—Mamá quería disculparme...

El sonido del público aplaudiendo ahogó su disculpa.

—Perdóname por lo que te dije en la clase de piano.

—¡Ay, Will! —Josephine suspiró y puso una cara de repugnancia absoluta—. Por favor, ni siquiera lo menciones.

Se preguntó si era el momento adecuado para mencionar el diario de Rose, decidió arriesgarse.

—Quiero que sepas que ya sé lo de Rose —dijo.

Su madre oprimió el botón de silencio de la tele.

—¿Qué tanto parlotear? —se volteó para verlo directo a los ojos.

Sintió la cara caliente y cómo se le atoraban las palabras en la garganta. Se dio cuenta de que había cometido un error de cálculo lamentable, era más probable que la mención de Rose en ese momento la molestara y no que la impresionara con sus agudas habilidades detectivescas.

—¿Qué? ¿Qué hay de Rose?

—Nada... —avergonzado, se talló la mejilla.

Levantó la voz.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te toques la cara? Con razón estás lleno de marcas. Mira Will... Estás muy joven para tener acné, demasiado. Eres muy atractivo pero necesitas cuidarte la piel.

Papulífero: lleno de granos.

—He estado usando el jabón que me diste —aseguró—. Ya no me voy a tocar la cara. Quería saber si Rose va a regresar a vengarse de nosotros porque está enojada contigo.

Josephine suspiró profundo.

—Existe la posibilidad de que tu hermana esté —se tardó en encontrar la palabra— *resurgiendo*. Cree que le arruiné la vida y se está vengando de toda la familia. Los considera una extensión de mí.

No supo qué responder.

Le dirigió una sonrisa a medias para darle ánimos.

—No te preocupes demasiado. No hay nada que temer. Si quiere hacerte algo, primero tendrá que vérselas conmigo. Tengo todo bajo control. No voy a permitir que te pase nada.

El estómago se le asentaba, no tenía de qué preocuparse. Su madre lo amaba, vivía para él. Escuchó que se prendió la calefacción y dejó que el calor de la sala sirviera como sedante. Al relajarse notó que ella también lo hacía. Sabía que le agradaba cuando se sentaba así: sin hablar, sin moverse, sin pedir nada.

—Deberíamos dar un paseo por el camino de las montañas —dijo Josephine aprovechando un comercial—. Podríamos cazar algunas ranas para el acuario que te regalé.

Procuró no mostrarse sorprendido.

—Creo que es demasiado tarde —respondió. No quería que pareciera una crítica.

—¿A qué te refieres? —preguntó. Parecía medio dormida y distante, cerró los ojos y se pasó los dedos por el pelo.

—Es que... tal vez ya estén hibernando. Enterrándose en el lodo, internándose al fondo del río.

—¿Las ranas hibernan?

Tenía miedo de seguir, su mamá odiaba a los sabelotodos. Habían leído el mismo material para la clase de ciencias naturales y hacía un par de meses habían aprendido sobre la hibernación de las ranas.

—Eres un chico tan observador —lo miró y se lo repitió por segunda ocasión esa semana—. Nada se te escapa, así que seré honesto contigo.

La sangre le corrió despacio por las venas, se llevó las piernas al pecho.

—Cuando Rose se fue, no le fue tan bien. Cuando la encontré estaba viviendo en condiciones aberrantes y lo que hacía por dinero... bueno, son recursos a los que nadie como ella tendría que recurrir.

¿Acaso se refería a bailar? *Bataclana*, una palabra que nombra para designar a una desnudista. ¿Prostitución? ¿Cantar en el metro? Con su madre no se sabía. Conociéndola, podría referirse a un trabajo noble con un sueldo bajo como camarera

en un hotel.

—Así que le encontré un departamento decente con la condición de que dejara a ese novio suyo, consiguiera un buen trabajo durante el día y retomara la actuación. Lo hizo durante un tiempo, lo hizo estupendo. Volvimos a confiar en ella y estábamos orgullosos.

Hablaba en plural. Will hizo a un lado sus celos instintivos y se dio cuenta de que su padre debió haber contratado al detective. Aunque éste había localizado a Rose, por alguna razón sus padres no querían que nadie más la encontrara. ¿Por qué? Parecía que estaba en cuarentena, como si su conducta pudiera infectar a los demás.

—¿Por qué ni yo ni Violet podemos hablar con ella?

—¿Por qué *ni Violet ni yo* podemos hablar con ella? En fin, hubiéramos querido pero nos pareció más apropiado darle a tu hermana un periodo de prueba. Estaba muy inestable, no quería que te afectara —no intentó ocultar las lágrimas—. ¡Ay, Will! Si supieras cómo me trataba. La rabia. Nunca había visto algo así.

—Estaba enojada contigo porque quería un bebé.

Se quedó pasmada un minuto. En cualquier caso, no le preguntó cómo se había enterado y él no mencionó el diario.

—¡Ay, Will! En el fondo, tu hermana no quería un bebé. No sabía lo que quería. Todo lo relacionado con ese embarazo era una excusa para distanciarse de mí. Me di cuenta de que se traía algo entre manos, durante meses estuvo buscando excusas para abandonarme... *a nosotros*. En fin, el periodo de prueba no se cumplió —se rió con amargura—, mostró su verdadera cara.

—¿Qué sucedió?

—Volvió con el dichoso Damien, quien la puso en nuestra contra todavía más. Creo que nos culpa por la decisión que tomó Rose.

—¿La decisión de no tener al bebé?

Su madre asintió con la cabeza.

—Sólo hemos hablado por teléfono aquella vez pero no es necesario que lo conozca para saber que no le importa Rose, sólo la utiliza.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? Por su juventud, su belleza, porque un día será famosa. Si no fuera por él, ya lo sería. Quién sabe si le quedan ambiciones a tu hermana, porque ahora está enfocando su energía en destruirnos.

—¿*Destruirnos*?

De nuevo sonreía a medias. Por muy asustada que hubiera estado, percibía cierto nivel de emoción. A pesar de lo que le contaba, se le veía contenta de volver al radar de Rose. Que la odiara en vez de ignorarla era una mejora.

Tuvo una sensación nauseabunda en el estómago.

—¿Qué nos está haciendo?

—Para ser honesta, no tengo ni idea. Si hace dos años alguien me hubiera dicho que Rose estaba rayando el coche y rompiendo las fotos del álbum familiar, lo

hubiera tachado de loco. Le hubiera dicho que sería incapaz. Will, intentó robarnos. No me hubiera sorprendido que nos estafara o nos arruinara el crédito. Lo que más me preocupa es que intente distanciarnos. Me temo que los quiere poner en mi contra. Estaba indignado.

—Rose nunca conseguirá ponerme en tu contra.

—Gracias por decirlo —le cubrió las orejas con las palmas y lo besó en la frente. Después le acarició las mejillas—. De todas formas quiero que me prometas que me vas a contar cualquier cosa que tus hermanas te digan sobre mí, lo que sea. Así puedo disipar las falsedades que te cuenten. No les voy a permitir que mientan para destruirme y a esta familia.

—¿Mamá? —se sentía tan desorientado, tan apartado de sí mismo y de su miedo, como si un túnel lo estuviera succionando de espaldas.

—¿Qué? —le quitó las manos de la cara de golpe—. Esa carta que le llevaste a Violet, la del sello de cera...

—¿Si?

—¿Era de Rose verdad?

—Supongo —respondió con tristeza.

—¿Y si Rose le está mintiendo a Violet?

—Es probable —se encogió de hombros de forma superficial—. Y quizá Violet le crea. ¿Pero qué puedo hacer al respecto? Tu hermana ya es mayor y ya se ha formado una opinión. Espera que sea perfecta, lo mismo que el resto de la familia. Es incapaz de aceptarme como soy. No hay manera de quedar bien con ella. Gracias a Dios ya estamos a salvo de ella. Gracias a Dios me ocupé del asunto.

—Violet es tan miserable que detesta cuando los demás son felices —Will agregó con confianza.

Josephine tomó su mano en las suyas.

—Gracias por decirlo. Todos los días le doy gracias a Dios porque uno de mis hijos es normal.

Le gustaba oírlo. Aunque a veces estas clasificaciones de «discapacitado» a «talentoso» y de «talentoso» a «normal», lo fustigaban.

Apretó los dedos con más fuerza.

—Will, vas a ser un escritor influyente, prestigioso. Eres tan talentoso, apenas te puedo seguir el ritmo. He estado pensando, ¿qué opinas de un internado? ¿Incluso en Inglaterra? ¿Convivir con otros chicos maduros e intelectuales que estén a tu altura?

Se le revolvió el estómago.

—Y mi...

—¿Epilepsia? ¿Autismo? Me preocupa que hemos permitido que se conviertan en un lastre.

—Me daría nostalgia, te extrañaría.

—Iríamos contigo, por lo menos yo lo haría. Tu padre y Violet se pueden quedar aquí si quieren. En fin, es una idea, reflexionémosla. Dime... en un mundo ideal, si

pudieras hacer cualquier cosa esta tarde, lo que fuera, ¿qué sería?

—Letras —respondió—. Homófonos —en eso se habían quedado la semana pasada, la última vez que tuvieron clases.

La sonrisa de Josephine estaba teñida de compasión. Quizás esperaba una respuesta como: Go-Carts, Six Flags.

—Bien, homófonos. ¿Me das un ejemplo?

—Rosa —dijo sin pensarlo—. Significa tanto flor como color —sabía que le había molestado pero no lo pudo evitar. Era la única palabra que se le había ocurrido.

Violet Hurst

Corinna contestó el teléfono, había convertido las maltratadas cabinas telefónicas en su habitación adicional. Se pasaba horas hablando con el chico de cuero, a pesar de las repetidas advertencias de la enfermera de guardia («Corinna, querida, deberías cobrar por hora»).

—¡Violet! —llamó con el teléfono en la mano—. ¡Es Papá Pitufo!

A Violet se le revolvió el estómago de camino a la cabina. No soportaba la idea de repetir la conversación que habían tenido en el horario de visitas.

—¿Sí?

—¿Violet?

—Sí, ¿qué pasa papá?

—Quería... —le dio un trago a algo, ojalá que a nada cuya potencia se midiera con grados—. Necesito que me cuentes sobre la investigación del CPI.

—Te puedo dar el teléfono de Nick Flores. Por lo demás, ya te dije todo lo que sé.

—Pues no me has dicho gran cosa.

—¡No sé nada! ¡Habla con mi mamá! Te lo ruego. Mierda, pregúntale a Will. No puedo ser tu mensajera —intentó calmarse respirando profundo como lo había aprendido de sus DVD de meditación—. Estoy encerrada en un psiquiátrico papá, no puedo ir a ningún lado. A menos de que me vayas a ayudar a salir de una vez por todas.

Se produjo un silencio.

—¿Papá? ¿Me vas a sacar de aquí o no?

—Lo estoy intentando, pero no sé cómo esperas que te ayude si me ocultas información.

—¡Es mamá quien está ocultando información! Necesitas enfrentarla.

—Tú y yo somos muy diferentes, Violet. No entiendo en qué ayude alborotar las aguas.

—No estoy alborotando nada. Se llama comunicación. Puedes hacer preguntas. La gente lo hace siempre, no vive con miedo de la reacción de los demás. No se estresa irracionalmente por la posibilidad de meterse en problemas.

Al fumarse el primer cigarro del día, le preocupó haber sido demasiado dura con su

papá. En todo caso, le frustraban demasiado sus fracasos constantes como para pensar en el dilema. Lo poco que habían hablado desde su ingreso, había girado en torno a Rose o a él; cuando se trataba de él, sólo hablaba del éxito o fracaso de su sobriedad.

¿Cuándo le iba a preguntar cómo se sentía al estar en un lugar que utilizaba camisas de fuerza? ¿De convivir con pacientes que se masturbaban en público o que «hablaban» sin sentido, fluidamente? ¿Cuándo se iba a disculpar por haber manejado ebrio para llevarla al hospital? ¿O preguntarle qué recordaba sobre el viernes en la noche? La habían desahuciado de su propia vida, y por miserable que ésta haya sido, a pesar de que estaba dispuesta a mandarla al carajo, era una mierda. La vida en el hospital no era vida. Era como estar en un aeropuerto, en un espacio deshumanizante, transitorio, en el que la mayoría de vuelos se retrasaban y la mayoría trataba mejor a su equipaje que a las personas con las que convivía.

Violet escuchaba el canto matutino de las aves y se preguntaba por qué el hospital no consideraba el tabaquismo una conducta suicida. Escuchó el sonido del encendedor de Edie.

—Buenos días, alegría.

—¿Violet?, ¿eres tú, verdad? —tenía los sus ojos muy vidriosos y las marcas de la almohada en la mejilla le daban a su piel una textura similar a la de carne ablandada.

—Sí, soy yo. ¿Te sientes bien?

—Sí, tengo que dejarlo —Edie agitó su cigarro—. Estoy tan enganchada que lo primero que hago al despertar, antes de ponerme los lentes de contacto, es fumarme el primer cigarro.

—¿Ya lo has intentado?

—Una vez, no estuvo tan mal. Sólo extrañaba el cigarro matutino y el de después de las comidas —exhaló con tristeza—, también el de después del sexo. Y el del aburrimiento y el de estudiar y manejar.

—Suená facilísimo...

—Además de alejarme de mi madre, es lo más difícil que he hecho. ¿Por qué es tan difícil despedirse de algo a pesar de que es un cáncer lento?

No era común que Edie no percibiera el sarcasmo.

—¿Segura que te sientes bien? —le preguntó—. ¿Te cambiaron los medicamentos?

Sacudió la cabeza.

—No, estoy bien. Lo siento, parece que últimamente sólo puedo manifestar dos estados de ánimo: depresión y rabia.

—Te entiendo —respondió Violet. Apagó el cigarro en la parte inferior de la silla. Ya había cometido el error de apagarlo con su sandalia, la había chamuscado y dejado una marca energética en la suela.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Nada, mi papá me sigue buscando para preguntarme sobre un asunto que no me

concierno —le explicó sobre el CPI.

—Triangulación —Edie respondió con tristeza, apartó el humo de su cara—. Así se comunican las familias jodidas. En vez de hablar entre ellos, todo se transmite a través de una tercera persona. Si alguien controla la información, pueden mentir o enfrentar a dos personas. Déjame adivinar, ¿tu mamá asume el papel de intérprete en la familia?

Violet asintió. No dejaba de sorprenderle lo bien que Edie entendía a los Hurst a partir de puro instinto.

—Seguro que tu papá te busca porque le da miedo hacerla enojar.

Violet nunca había reflexionado sobre cómo Josephine se metía en las relaciones de los demás. No sólo había incitado la competencia entre Violet y Rose, también había imposibilitado que Violet conociera a Will.

—Algunas madres son incapaces de amar —le dijo Edie, su voz adquirió un tono demasiado agresivo y alto—. Pregúntale a cualquier granjero, te dirá que no todas las mamás nacieron para serlo. Tener un bebé no te hace madre, al igual que comprar un pinche piano no te convierte en Beethoven.

Más tarde en el taller de cómputo, Violet observaba a Edie de reojo, tenía la mirada vacía. Tenía los labios partidos, los hombros encorvados, incluso sus intensos ojos azules parecían planos y confundidos. Edie ni siquiera apartó la vista de la pantalla cuando una de sus esquizofrénicas favoritas comenzó a hablarle a su computadora como si fuera un caballo, le decía: «Más te vale que te portes bien o no te voy a dar manzanas cuando llegemos a casa».

Violet entró a Facebook para buscar a la amiga de Rose, Amelia. Según su perfil, era del cuerpo de bailarinas del Rochester City Ballet. Si bien entendía el sentido de la palabra *cuerpo*, era inevitable que pensara en un cadáver. Y es que la foto de perfil de Amelia parecía la de un cadáver. Era un retrato y Amelia —nariz grande, pelo largo— no sonreía, tenía la cabeza hacia atrás por encima del hombro, como si alguien fuera del encuadre la estuviera jalando de su cola de caballo, tenía el pelo corto y opaco.

Sólo había hablado con ella un par de veces, después de las obras de la escuela, cuando Amelia y Rose seguían sonrojadas y sudorosas debajo de su maquillaje carnavalesco, agitando con torpeza bouquets envueltos en celofán al tiempo que le lanzaban besos en el aire a sus compañeros de reparto.

Ahora entendía por qué Rose y esta chica habían llegado a formar un dueto inaccesible. Las dos tenían un aspecto refinado, se notaba que se preocupaban por su peso y no sonreían de forma gratuita.

Le escribió a Amelia y le dio el número del hospital, le pidió que la llamara cuando pudiera. Era un recurso desesperado, pero Rose no había contestado su carta y necesitaba que la ayudara a salir del hospital. Si en efecto había estado en Old Stone

Way, necesitaba que la ayudara a refutar los posibles cargos en su contra por lo de Will. Si esperaba a que su papá reaccionara, tendría que hacerlo sentada.

En la computadora de al lado, Corinna golpeó la mesa emocionada.

—¡Pinche Edie! —gritó—. Nunca dijiste que hoy es tu cumpleaños, ¡qué cabrona!

Edie la miró con la misma cara afligida.

—¿Qué? ¿Cómo supiste?

—Está en tu perfil de Facebook, ¡qué perra!

La mujer que había estado hablando con su computadora como si fuera un caballo comenzó a cantarle las mañanitas con la tonada de «My Heart Will Go On» de Celine Dion —o eso parecía—. En ese instante, Edie se derrumbó y se soltó a llorar, enormes e incesantes lágrimas, hasta que arrancó el teclado y se puso el cable en el cuello como una soga; la tuvieron que escoltar al «cuarto silencioso».

William Hurst

Cuando su padre volvió del trabajo, desprendió el calendario de la pared y se lo llevó a la barra de la cocina.

—¿Quién es Trina? —Douglas preguntó, subrayó su nombre con el dedo índice.

—La conoces —su madre se quitó su sombrero nuevo y lo colocó en la barra—. Es de la sociedad histórica, vino para planear el recorrido de las casas de piedra del próximo año. Ya se está suscitando controversia. La Casa Allerton se niega a participar si la Casa Fletcher está en la lista. Los Fletcher han expuesto las vigas en la sala y ya no tiene precisión histórica.

Will volvió a sentir el pecho comprimido. Tenía unas ganas desesperadas de salir de la cocina pero le dio la impresión de que estaba atrapado entre fuego cruzado.

Se escuchó un ligero sonido mecánico cuando Josephine abrió la botella que habían comprado en la tienda de vinos artesanales con el abridor eléctrico. Sirvió una copa cuantiosa y la colocó en la mesa, frente a Douglas.

Removió la copa y la apartó.

—Jo, ¿han estado aquí los del Centro de Protección Infantil?

Josephine se quedó helada, Will sintió el cambio en la presión atmosférica. A pesar de que no parecía sentirse culpable, durante un instante, sintió vergüenza. Pronto se la sacudió y la sustituyó por coraje puro y acusatorio.

—Te avisé la semana pasada Douglas. ¿Qué te pasa? ¿Tienes Alzheimer prematuro o qué?

—Jo, creo que recordaría algo tan importante como...

—¡No! Lo siento, no mientas. Aparentas escuchar pero a menos de que te concierna...

—Diría que si una dependencia del gobierno intenta llevarse a mis hijos, me concierne...

—¡Escúchate! Eres tan frío y egocentrista. Nos desdeñas constantemente, nos humillas por intentar estrechar nuestra relación contigo. Pregúntale a tu hijo. Sí, pregúntale. Pregúntale si te tiene pavor. Will siente que sólo te interesas en él si necesitas algo, no lo conoces. Nunca te has molestado por hacerlo. El otro día en tu trabajo, lo dejaste solo en tu oficina todo el día. También lo dejaste solo durante el almuerzo.

Afasia, una palabra que nombra, pérdida de la capacidad del habla.

Estaba llorando; parte de lo que dijo su madre era cierto.

Cuando se armó de valor para levantar la vista, su padre ya no estaba en la casa. Su madre estaba sentada en la ventana panorámica tomándose la copa de vino de Douglas y hojeando un catálogo de ropa. «¿Cenamos cereal?», le preguntó sin levantar la vista de la sección de equipaje.

Como no contestó, levantó la vista con una sonrisa consoladora y abrió los brazos para darle un abrazo. «Mi vida, no te preocupes. A tu padre le encanta hacer sentir a los demás como locos». Se lamió la punta de un dedo para darle la vuelta a la página y Will se acurrucó en su regazo. «En serio, William, por qué lloras tanto. No pasa nada. No tienes de qué preocuparte. No voy a permitirle a tu padre que te trate como a Rose. A ver, ¿qué te parece esta maleta? Si empezamos a preparar solicitudes para internados, vas a necesitar equipaje personalizado.»

Violet Hurst

Cuando la enfermera le avisó que una amiga quería verla, pensó que se trataba de Edie.

El cuarto de reclusión o «silencioso» era como en las películas, no tenía más que un colchón delgado como una oblea. Tras ver cómo escoltaban a Edie tomándola del codo, había temido que la ataran con cinturones de piel y le inyectaran benzodiazepina. PsicoSara le había explicado que el cuarto silencioso era un lugar para «escapar de los estímulos dolorosos» o «experimentar emociones fuertes». La puerta permanecía entreabierta pero se les prohibía a los demás pacientes asomarse.

No se trataba de Edie, sino de Imogene. Estaba sentada en la sala de visitas con sus libros de la escuela y una caja de dulces de una chocolatería tradicional de Saugerties, un poblado cerca de Woodstock.

Imogene estaba completamente fuera de lugar. Jugaba con su arete de plata, enganchado en el lóbulo como si fuera garfio. Del respaldo de la silla le colgaban las puntas color arcoíris del pelo. El aviso que estaba leyendo decía: VISITANTES, POR FAVOR LÁVENSE LAS MANOS ANTES Y DESPUÉS DE ENTRAR EN CONTACTO CON LOS PACIENTES. Violet y sus amigas le llamaban el letrero de POR FAVOR, NO LE DÉ DE COMER A LOS ANIMALES.

—Mierda —las pulseras indias de Imogene tintinearón cuando abrió los brazos para abrazar a Violet—. ¿Estás bien? Este lugar es espeluznante. Siempre imaginé que estos hospitales eran como el cielo en las películas: limpios y blancos. En cambio este lugar... creo sentir los síntomas de envenenamiento por asbesto industrial.

Le daba la impresión de que no tenía tiempo de reírse. Su mente ya tenía listas todas las preguntas que le quería hacer.

—¿Cómo llegaste?

—Finch me trajo, me pidió que lo disculparas: no pudo entrar —se le encogió el corazón. Imogene infló las mejillas y exhaló—. Ya sabes que tiene una especie de aversión a los hospitales...

—Ya sé. ¿Cómo está tu mamá? —Violet no podía pronunciar el nombre de Beryl porque al hacerlo, validaba su diagnóstico.

—Igual.

—¿Y tú cómo estás?

—Ya no estoy triste, así es la vida. He intentado dejar de preocuparme porque mi

mamá se muera. Hacemos muchas cosas juntas. Cuando se siente mal, la consuelo. Cuando me siento mal, ella me consuela. Por lo menos está viendo a otro oncólogo. Le dijo que es la enferma más saludable que ha conocido.

Pensar en Beryl le dio una sensación de calidez. Era, sin duda, la primera a la que quería ver cuando saliera de Fallkill. Si alguna vez lo hacía.

Imogene destapó la caja de chocolates para descubrir una selección de sus favoritos: cáscara de limón y caramelos con sal de mar cubiertos con chocolate. Violet se negó con la cabeza.

—Todavía no entiendo qué pasó —dijo Imogene—. La esposa del hermano de Jasper se encontró a tu mamá y a Will en el grupo de juego de Rosendale. Tu mamá está minimizando el incidente, le cuenta a todos que fue un accidente.

—¿Sabes sus nombres? ¿Jasper? ¿Podrían declarar en mi favor? ¿Sabes que no hice nada verdad? ¿Me crees? No he conseguido que nadie me tome en serio.

—Obvio... no lastimarías a una mosca, ni drogada.

Violet respiró profundo.

—Creo que hay tres opciones: Will se lastimó, mi mamá lo hizo o fue Rose.

—¿Rose? —Imogene preguntó, le brilló el arete en la ceja.

—Creí haberla visto esa noche en la casa.

—Violet, estábamos drogadas. Yo creí haber visto a Dios, luego se convirtió en Bill Murray. Además, ¿por qué regresaría?

—Porque está enojada o porque quiere algo. Tal vez sea la responsable de todas las cosas siniestras que han estado ocurriendo en la casa. Al principio pensé que era mi mamá y que quería sabotearme, pero el momento que eligió... Empiezo a creer que Rose rayó el coche y recortó las fotos.

Desdobló los sobres que llevaba en los bolsillos de los pantalones.

—¿Es su dirección en la ciudad?

—Es una sucursal de UPS, ahí recibe su correspondencia.

—A lo mejor no tiene portero —Imogene sugirió.

—O a lo mejor quiere establecer el tipo de relación en la que nos puede contactar cuando quiera y no al revés.

—¿Para qué? Es decir, ¿por qué alguien haría algo así? No tiene sentido —Imogene la estaba estudiando, la brillante sombra magenta en sus párpados no ocultaba la intensidad de su mirada—. Tu mamá llamó a la mía ayer y le dijo que eres una mentirosa patológica, que así te diagnosticaron en el hospital. Le advirtió que tuviéramos cuidado, que mientes o dices la verdad a tu conveniencia.

Escuchó un estruendo, como si alguien hubiera abierto la puerta de un avión en pleno vuelo y la presión la hubiera extraído de su propio cuerpo.

—¿Violet? Dijo que le haces cosas a Will.

—¿Qué cosas?

—Dijo que estás celosa de él y que cuando iba a la escuela, le ayudabas a los niños que lo acosaban. También que cuando nadie te ve, lo pellizas tan fuerte que le

dejas marcas.

—¡Nunca lo he tocado!

—Violet, tu mamá nos recomendó distanciarnos para que tu enfermedad sea tu ruina y no la nuestra —le tembló la barbilla, se le llenaron los ojos de lágrimas—. No sé qué creer. Le dije que nunca me has mentado, por lo menos no que yo sepa...

—Es increíble —se puso de pie de forma muy abrupta, furiosa, pero tenía que recobrar el sentido en las piernas—. Porque si soy una mentirosa tan soberbia, entonces no habrías sospechado que me ocurría algo. Y la verdad es que ¡no tengo nada! —sabía que su rabia era un punto en su contra, cada que levantaba la voz sentía que perdía a Imogene todavía más. Estaba a punto de disculparse cuando Corinna se asomó.

—Violet —le dijo, viendo a Imogene con sospecha—. Te llama una tal Amelia.

—Quiero que arreglemos esto...

—Yo también.

—Perdóname, ahora no puedo. Tengo que contestar, es la antigua amiga de Rose, Amelia. A lo mejor tiene su teléfono. Necesito que Rose me saque de aquí.

Imogene estaba perpleja.

—Acabas de decir que Rose los ha estado acosando. Los botes de basura...

—Rose no tiene nada en mi contra, sino de mis padres. Y a juzgar por lo que mi madre me ha hecho, se lo merecen —Violet abrazó a Imogene, ésta permaneció de pie con las manos en los costados, se le notaba incómoda—. Gracias por los chocolates. Quiero que sepas que nunca te he mentado. Dale un abrazo a tu mamá de mi parte, y otro a Finch.

Su madre tenía que estar mintiendo. ¿Cómo conocía el diagnóstico de Violet si no le había regresado las llamadas a psicoSara? En cualquier caso, una mínima aunque traidora parte de su ser, dudó. ¿Acaso mentía de forma compulsiva, sin darse cuenta? PsicoSara estaba convencida, Imogene casi lo estaba. Era cierto que había consumido demasiado éxtasis y que su memoria ya no era lo que antes. A lo mejor tenía el cerebro como un queso suizo. O tal vez se olvidaba de uno que otro hecho y algunas conversaciones. Sin embargo, no era violenta. A la fecha, la única persona que le creía era Nicholas Flores, y ni siquiera él podía hacer nada para rescatarla. No sin un testigo, no sin Rose.

La cabina telefónica todavía olía a la crema humectante con aroma a almizcle que Corinna se untaba en las piernas. El auricular seguía caliente con el aliento de Corinna. Lo tomó.

—¿Amelia? —esperaba no sonar exaltada ni histérica, porque así se sentía.

—Violet. Lo lamento mucho, sólo tengo un par de minutos, debo volver al ensayo.

Su voz era profunda y plana, con un acento afectado. Cada frase que pronunciaba

parecía banal.

—Está bien, seré breve. Me preguntaba si has estado en contacto con Rose, hace poco me escribió...

—¿Te escribió? ¿A ti? —a lo mejor era su voz apagada pero había detectado una indirecta.

—Sí, ¿has sabido de ella?

—Desde hace un año, no.

—¿Conoces a Damien?

—¿Quién es Damien?

—Su novio, con el que está viviendo.

Percibió una especie de zumbido, como si Amelia se hubiera puesto el auricular en la otra oreja. Una puerta se cerró. El escándalo de las bailarinas platicando y la entonación de violines, cesó.

—No conozco a ningún Damien. Sólo conocí a su ex novio y no hay manera de que esté viviendo con él —la voz de Amelia sonaba más severa y clara. Debía haber salido del teatro.

—¿Cómo sabes si no has hablado con ella?

Se produjo un silencio y después, el chasquido de un encendedor, dio una fumada.

—¿Amelia? ¿Sigues ahí? Te pregunté que cómo sabes que no está viviendo con él.

—Porque es casado, su ex novio es casado.

Volvió a escuchar una puerta y una voz femenina y seca. *Ya sé, sí gracias. Voy en un minuto.* Amelia le dijo a alguien. Violet estaba estupefacta.

—¿Quién? ¿Hace cuánto?

—No —dio una fumada ruidosa—. Su antiguo profesor —exhaló— de Geología Estructural o algo así. Se llamaba Matt. El señor de las rocas metamórficas. Me sorprende que hayan vuelto. Después de la separación, Rose estaba tan devastada que ni siquiera podía pronunciar su nombre. Le decía El Volcán, y a veces, El Terremoto. Por los desastres naturales en los que se especializaba.

—¿Estaba o está casado? —le preguntó.

—En ese entonces lo estaba, no sé si ahora lo esté. *Dos minutos* —Amelia le pidió, molesta, a la persona en la periferia de su conversación.

—¿Le contaste a la policía cuando creíamos que había desaparecido? —esperaba que su voz no pareciera severa, juzgadora. No se podía dar el lujo de ahuyentar a esta mujer.

—No, tendría que haberlo hecho. Me imagino lo que debes estar pensando de mí. Sé que tendría que haberles dicho pero tienes que entender que Rose me hizo jurarle que no lo haría. Estaba enamorada. Incluso a pesar de cómo la trató, le preocupaba que lo despidieran si su relación salía a la luz. ¿Te imaginas? Le dije que lo mandara al diablo. Se merecía perder su trabajo después de lo que le había hecho. Pues no le importó, ya la conoces.

—Sí, claro —mintió.

—Ya sabes que cuando le gusta alguien, se embelesa. Se apasiona demasiado por los intereses de sus parejas, como si olvidara quién es.

—¿Entonces se cambió a ciencias porque intentaba parecerse a su novio casado?

—A la Rose que conocí le valían las fallas y la deformación de las rocas, o lo que fuera aquello con lo que se empezó a obsesionar. Le rogué que no dejara la compañía. Se rumoraba que haríamos el musical *Anything Goes* el próximo año y Rose prácticamente tenía el papel de Reno Sweeney.

Violet hizo un sonido sutil para dar a entender que sabía de qué hablaba. De hecho, no conocía muchos musicales, sólo sabía que los odiaba con todo su ser.

Amelia tosió y casi le crujieron las costillas.

—Ya sé que Rose es amante del amor. Enamorada, cree que es devota y desinteresada. No lo es. Se lo intenté decir una vez: «Rose, te cuelgas de las personas porque en parte, te gusta sentirte usada».

Violet asintió.

—Le dije que le gustaba ser la víctima. Le dije: «Rose, te gusta sentir que nunca nadie te aprecia. Esto no tiene nada que ver con el señor Geología, eres adicta al desequilibrio que te ocasiona». Intenté explicarle que su amor hacia el profesor era igual de egoísta que el amor de su mamá hacia ella.

—¿La comparaste con mi mamá?

—No fue una buena jugada, ya sé. Creo que por eso me dejó de hablar —la persona apresurándola para que colgara regresó—. Violet tengo que colgar, debo probarme mi vestuario.

—Lo último: ¿sabías que Rose abortó?

Amelia emitió el suspiro de una persona sin fuerzas para hacerle frente a otro embate emocional.

—¿Que si sé? Yo la llevé a la clínica. No quería hacerlo pero tu mamá la presionó. La llamaba puta, la amenazaba con retirarle su apoyo financiero si se decidía a tenerlo. Le dijo que se reiría de ella cuando el bebé la dejara gorda, pobre y aburrida.

—Qué comprensiva.

—Fue muy desagradable, tu madre la acosó. Mira, nunca se lo dije a Rose, pero creo que no haber tenido al bebé fue una buena decisión.

—¿Porque el profesor no iba a dejar a su esposa?

La risa de Amelia sonó implacable.

—No, Rose estaba satisfecha con la idea de ser madre soltera, de hecho, lo deseaba. Creo que hubiera asfixiado al bebé, lo hubiera utilizado de la misma forma en la que utilizaba a todo el mundo: para sentirse mejor consigo misma. Incluso si El Terremoto hubiera dejado a su esposa, creo que Rose habría querido que el bebé sólo la quisiera a ella. Era lo mismo con nuestra amistad, le molestaba mucho si tenía otros amigos y si salía sola con los del teatro. No me di cuenta de lo aislada que

estaba hasta que dejó de hablarme.

—¿Rose era posesiva?

—Por tantos años de competir contigo y con Will. Sentía que nunca podría estar a tu altura.

—¿A mi altura?

—Sí. Tu mamá no la dejaba en paz, le decía que Will era muy inteligente y que tú eras bonita por naturaleza, en cambio ella tenía que esforzarse para serlo. ¿Por qué crees que se tardaba horas en arreglarse antes de salir a cualquier lugar? El miedo la paralizaba cuando tenía que decidir qué ponerse. Se le arruinaba el día si se le rompía el rizador.

No sabía que era más estremecedor: que Rose le tuviera envidia o que haya querido tener al bebé y que su madre la haya orillado a abortar. No dejaba de pensar en la horripilante imagen del feto: ¿cómo encajaba en esta versión de los hechos?

—Amelia, ¿cuánto transcurrió desde que la llevaste a la clínica y te dejé de hablar?

—Un par de días, quizá. Me imaginé que estaba triste, en duelo. Aunque se tardó más de lo normal. Ya se había cambiado de carrera así que no nos veíamos en clase. Ya sé que debí haberla llamado para disculparme; pero, para ser sincera, necesitaba distanciarme. Rose requería demasiada atención y consuelo. Era como una niña y yo estaba cansada.

—Y luego se fue.

—Sí, por un lado me sorprendió, por otro, lo consideré un cambio positivo. Estarás de acuerdo con que necesitaba distanciarse de tus padres. Lo lamento Violet, nos están llamando para el cierre del segundo acto. Tengo que colgar.

—Amelia, lo último.

—¿Qué?

—¿Alguna vez la viste tornarse violenta? ¿Crees que sería capaz?

—No sé. Me da la impresión de que todos tenemos momentos críticos. A cualquiera nos pueden orillar a ser violentos y la presión de tu madre era arrolladora.

Violet se quedó pensando, Amalia agregó:

—Como actriz, sus interpretaciones eran muy naturales, así que no creo que haría algo malo a menos de que quisiera que la descubrieran.

William Hurst

Al despertar, Will sintió una presencia con la que no estaba familiarizado. Escuchó que se prendía la lámpara de su buró. No estaba preparado para lo que vio al darse la vuelta: su papá de pie vestido en su ropa cómoda. No se había rasurado y llevaba unas sandalias viejas.

—¿Todos tus medicamentos están en el botiquín? —le preguntó.

Will se cubrió con las cobijas hasta la barbilla y asintió con la cabeza.

—¿Y tu tarea?

—¿Qué tiene mi tarea?

—¿En dónde está?

—En todos lados: en la computadora, en los libros de la oficina de mamá, en nuestra memoria —le indignaba que su papá interfiriera con su tarea, sin mencionar que se apropiaba de las horas tan preciadas que pasaba con su madre—. ¿Dónde está mi mamá?

—Le dije que se tomara el día libre.

Douglas había parecido tan autoritario cuando lo dijo, pero no se imaginaba a su mamá obedeciéndolo.

—¿A dónde fue?

—No sé. Mencionó algo sobre un spa. A lo mejor va a la ciudad, al parecer hay una exposición en el Guggenheim.

No se podía imaginar a su madre en un museo sin él. Insistía en que le gustaba ir con él porque la hacía sentirse como profesora de nuevo. Le encantaba explicarle cosas como que a los romanos les fascinaban las orquídeas hasta que se convirtieron al cristianismo; entonces las flores desaparecieron de su arte porque las consideraban símbolos abiertamente sexuales. El nombre científico, *orchis*, derivaba de *testículos*, en griego.

—¿Mamá y tú siguen peleando? —preguntó.

—¿Quién dice que peleamos? Vístete por favor. Después baja para desayunar.

—¿Qué me pongo? —bostezó, esperaba que su padre tomara del clóset lo que a su madre le gustaba llamar su *ensemble du jour*.

—Algo abrigador —respondió—, la temperatura llegará a bajo cero hoy.

Se dio la vuelta y bajó las escaleras. Will percibió el sonido del cereal golpeando el tazón al servirlo.

Desayunar la cena, pensó, aunque pensándolo bien era al revés.

Will no podía evitar mirar boquiabierto los rasguños en el coche de su padre. De cerca, se veían más profundos, como si los hubieran hecho con un cuchillo y no con una llave. Que su padre haya enfurecido tanto a alguien, no era difícil de creer. La pregunta era cuál de sus hermanas era responsable. ¿La drogadicta y trastornada de Violet o la calculadora y vengativa de Rose?

No voy a permitirle a tu padre que te trate como a Rose. Habían sido las palabras que su madre había empleado la noche anterior. ¿Acaso por debajo de su atontamiento acechaba la irascibilidad? Su madre le había hablado de la «juventud desbocada» de su padre. Al verlo salir en reversa del garaje, se le ocurrió que era acelerado y torpe a la vez. En el ámbito emocional, tenía un pie en el pedal y otro en el freno. Con un empujoncito, se podría convertir en el típico homicida antisocial del que la gente podría decir: «perdió el control de repente».

—¿A dónde vamos? —preguntó Will.

—Al doctor.

—¿Con mi doctor? ¿El doctor Salomon?

—Con otro —respondió—. Uno nuevo. El doctor Martin, es amigo de un amigo. Pasé casi toda la noche estudiando tu historial médico y hay varios espacios en blanco.

¿Acaso creía que era un idiota? ¿Lo pensaba llevar a la fuerza a ver a un doctor nuevo para intentar refutar su diagnóstico a espaldas de su mamá? Estaba furioso.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—¿Qué espacios en blanco hay en mi historial médico? ¡No necesito perder el tiempo con otro doctor! ¡Sé muy bien lo que tengo!

Se daba cuenta de que Douglas estaba ausente.

—¡Papá! —gritó al tiempo que se inclinó y jaló el cinturón de seguridad—. Mi autismo no te concierne, no puedes modificar mis estudios y mi vida para vengarte de mamá. No te voy a permitir que me utilices porque padeces criptorquidia.

—Ni siquiera sé qué significa eso —le respondió inexpresivo.

—¡Lo que padecen los animales castrados! —gritó.

Douglas gruñó en señal de que la daga le había dolido. Mantuvo prendidos los limpiaparabrisas durante ocho kilómetros antes de darse cuenta de que había dejado de llover.

El doctor Martin era psicólogo infantil; no estaba claro si Martin era su nombre o su apellido.

Will estaba a la defensiva y se sentía un poco cansado. En el transcurso del año

pasado, había desfilado por tres consultorios iguales al del doctor Martin y no confiaba en él para nada. En palabras de su madre, la mayoría de los psicólogos eran «víctimas de abuso y por tanto, quejumbrosos». Su misión era convencerse de que todos deberían «dejar de intentarlo y autocompadecerse», como ellos.

—¿En dónde estás Will? —le preguntó el doctor—. Aunque tu cuerpo está aquí, tu espíritu está en otro lado. ¿De qué me estoy perdiendo?

Fijó la vista en el extravagante calcetín naranja a rayas que sobresalía de la pierna del pantalón del doctor. Le recordaba a la amistosa corbata de los Jets de Nicholas Flores. ¿Por qué los adultos creían que si se vestían como payasos se ganaban la confianza de los niños? *No me entiendes, pensó. Soy mucho más maduro.*

—No se está perdiendo nada —respondió con elocuencia, si bien poco convincente—. No tiene caso estar aquí. No estoy enfermo como mi hermana. Me refiero a alguna enfermedad emocional...

—¿Estás enfermo de otra cosa? —el doctor pescaba, buscaba motivos y Will lo odiaba por intentarlo.

—No enfermo, diferente. Por el autismo...

—Sí, tu padre lo mencionó. Ahora hablamos de eso. Las cosas que experimentamos a veces afectan nuestra salud así que tengo que preguntarte lo mismo que le pregunto a todos mis pacientes. ¿De acuerdo?

Si bien no tenía intención alguna de convertirse en su paciente, era incapaz de ser grosero. Su lado pasivo y adulador de los adultos se apoderó de él: negó con la cabeza para responder que estaba de acuerdo.

—¿Hay algo en tu vida que te preocupe en este momento?

Su respuesta fue tan firme y rápida que se sorprendió a sí mismo.

—No —en la periferia de su mente, los planes de venganza de Rose flotaban como globos de helio que chocaban con el techo. También la aventura de su padre. Sin embargo, no lo preocupaban. Sucedian y de nada servía que se preocupara. Lo mejor era enfocarse en ser el niño del que nadie tenía que preocuparse.

—Tu padre mencionó que tu hermana está en un hospital psiquiátrico desde la semana pasada. ¿No te preocupa?

Se encogió de hombros.

—Si está enferma o algo es porque así nació. Nuestra familia no es responsable.

El doctor se mostró sorprendido, pero recuperó su cara de póquer pronto.

—¿Alguien te ha dicho que aunque tienes doce pareces de cuarenta? Proteges mucho a tus padres, ¿verdad? —Will se preguntó si intentaba hacerlo enojar. Como no reaccionó, el doctor prosiguió—. A veces las personas más queridas que creemos son la causa de todos nuestros problemas, de hecho están señalando asuntos muy serios que los demás miembros de la familia preferirían ignorar. A lo mejor a Violet le cuesta más trabajo fingir que todo marcha bien.

—Nadie está fingiendo, todo marcha bien —empezaba a darle la razón a su madre. El hombre que tenía enfrente con barba de San Nicolás y ojos

«comprensivos» ya creía que conocía la historia de los Hurst; no le importaba lo que le dijera.

El doc le apuntó la férula con su bolígrafo.

—Tu padre me contó que es probable que tu hermana te haya lastimado. Debió haber sido aterrador. Me imagino que te sentiste indefenso.

—Está donde tiene que estar, ya no lastimará a nadie.

El loquero consultó su cuaderno.

—Tu padre también me comentó que tu epilepsia ha sido bastante perjudicial. ¿Te impide ir a la escuela? Nunca he experimentado un ataque, ¿cómo se sienten?

Se relajó un poco. Se sentía más cómodo hablando de sus problemas de salud que de los conflictos familiares. Le describió a Martin el sudor en frío. Habló de la tensión y el cosquilleo que sentía en el pecho, cómo durante un ataque se le olvidaba respirar. Había hablado de esto tantas veces que las palabras habían perdido su significado. Describir un ataque era como recitar un poema o interpretar su monólogo de Edgar Allan Poe.

Sin previo aviso, el doc se inclinó para clavar su lápiz en el sacapuntas que tenía en la mesa.

El chirrido lo hizo encogerse. Enterró los dedos de su mano sana en la costura de piel del sillón.

—Lamento el ruido —dijo el doc—. Te molestó. ¿Te sucede a menudo? ¿Te asustas con facilidad?

La sesión transcurrió de ese modo. Las preguntas, una después de la otra, lo ponían nervioso: ¿Se te dificulta dormir? ¿Te sientes desligado de otras personas? ¿Te da la impresión de que no sientes dolor o alegría, sino que más bien te invade una sensación constante de intranquilidad?

Al terminar la consulta, se sentía inquieto porque estaba seguro de que era candidato para el defecto mental que el doctor pensaba que padecía. Se intensificó su sospecha cuando éste le pidió que esperara mientras hablaba con su padre.

Intentó no mirar ni juzgar a las otras dos personas en la sala de espera: una mujer malhumorada que apestaba a cigarros y su hijo con un peinado a rape que tenía aire agresivo y señales de trastorno por déficit de atención. Se sentó a leer. Evitó las revistas escolares y se sentó en una esquina a hojear *Psychology Today*. Uno de los artículos afirmaba que los vegetarianos como Violet tenían una salud mental más precaria que los carnívoros. Cuando nadie lo veía, fue al baño para arrancar la página del artículo; la guardó para enseñárselo a su mamá después.

De vuelta a casa, Douglas se estacionó en un puesto de hotdogs callejero. Will lo miró con escepticismo cuando volvió al coche con dos salchichas atiborradas de

mostaza.

—Mamá y yo no comemos hot-dogs —dijo.

—Tu mamá no está —respondió tenso.

—Son igual de nocivos que los cigarros. Lo leímos. Causan mutaciones genéticas.

Su padre suspiró y colocó el segundo hot-dog en el freno de mano. Insistió en que se sentara en el asiento del copiloto, aunque éste argumentó que no era legal (según el departamento de transporte, la edad requerida era 13).

Douglas se limpió la mostaza de las comisuras de los labios con su servilleta.

—¿Qué te parecería volver a la escuela pública?

Le parecería como estar atrapado debajo del eje un camión de setenta toneladas. Sintió un peso inconmensurable en el pecho, el aire dentro del coche era demasiado espeso para respirar.

—Imposible —respondió claramente enojado—. Mi epilepsia... —enlistó la letanía de razones que su madre utilizaba: las luces fluorescentes y la falta de alfombras.

—El doctor Martin no está seguro de que tengas epilepsia, tampoco tus doctores anteriores. El hecho de que tus electrocardiogramas sean normales y sigas teniendo ataques aunque tomes medicamentos, indica que se trata de algo más.

—¿Como qué?

—Un trastorno de ansiedad, por ejemplo. Ataques de pánico —Douglas sacó un artículo fotocopiado del bolsillo de su chamarra sobre ataques psicogénicos no epilépticos.

—Pero aquí dice que los veteranos de guerra y las madres peleando la custodia de sus hijos los padecen. Adultos que trabajan demasiado.

—No, léelo hasta el final —le señaló la sección del artículo que hablaba de que estos ataques los padecen personas con «mecanismos de defensa pobres» que se enfrentan a «relaciones inestables» o a «sucesos estresantes» y añadió— a 54 por ciento de quienes los padecen se les ha diagnosticado epilepsia.

—¡No voy a volver a la primaria Stone Ridge! ¡Tengo epilepsia! —intentó calmarse con la posibilidad del internado. Recordó que él y su mamá ya tenían planes.

—No es que no te crea, como nunca te he visto tener un ataque, no puedo confirmar lo que no he visto.

—Me falla la memoria, como la otra vez.

—El doctor Martin cree que pueda tener una explicación distinta.

—¿Cuál?

—Dale la vuelta a la página.

Will apartó las copias sobre los ataques psicogénicos y revisó una ficha de datos titulada «Trauma y disociación». Hablaba de que algunas personas se desconectan de su cuerpo, sentimientos, recuerdos y conciencia en momentos de estrés extremo. Era

un mecanismo de defensa, escribía el autor, una forma de alejarnos de las cosas que no estamos preparados para enfrentar. Hay quienes, como las víctimas de una violación, experimentan el suceso traumático como si se estuvieran observando desde una altura de quince metros. A otros se les olvidan días enteros, a pesar de que trabajaron, fueron de compras y socializaron, lo cual lo experimentaron como autómatas.

—¿El doctor te dijo que tengo esto? Lo sufren los hombres que regresan de la guerra o niños que han perdido a sus familias en tsunamis.

—El doctor Martin dice que es más común en quienes han sido agredidos por alguien que conocen y en quien confían. Tengo que tomarme esto en serio —le aseguró su papá, hizo bola la servilleta en el puño—. Es la segunda vez en una semana que un psicólogo me habla de trastorno por estrés postraumático.

Recordó a todos los doctores que había conocido antes de que le diagnosticaran autismo.

—¿Uno de mis doctores dijo que lo tenía? —le preguntó, tenía la mente en blanco e intentaba no llorar.

—No —respondió Douglas respirando profundo—. No, me refiero al psicólogo de Violet. Me explicó que las meditaciones budistas de tu hermana (esos paseos en su cuarto toda la noche), eran un intento por deshacerse de una ansiedad extrema.

—¿Pero quién nos ha traumatado? —apenas hubo pronunciado las palabras y ya estaba pensando en Rose. ¿Los había agredido a él y a Violet? ¿Sus mentes inteligentes y protectoras habían cambiado de canal en un esfuerzo por bloquear su experiencia traumática?

Douglas le dirigió una mirada temerosa y culpable.

Will se consoló al pensar que nada malo le pudo haber pasado. Su madre había estado a su lado. Josephine siempre había estado con él y tal vez por esto mismo. Quizá se había vuelto asfixiante porque lo estaba protegiendo contra una tormenta real.

Violet Hurst

Violet meditó cómo abordaría a psicoSara cuando la vio caminando por el pasillo. Lo hacía en compañía de un colega al que se le había pasado la mano con el Botox y parecía que tenía una película autoadherente en la cara. Por más que hubiera querido, no la abordaría a gritos, enérgica, para exigirle que le confirmara si era una mentirosa compulsiva.

—Lamento interrumpirlos —dijo—. Quería agradecerle por permitirme que me quedara en el hospital. Ha sido una buena semana. Si bien es cierto que todos en el programa de los doce pasos dicen que es la etapa optimista, he reflexionado bastante.

PsicoSara parecía sorprendida, aunque dispuesta.

—Ven, camina conmigo —la invitó. Acto seguido, Violet estaba en su oficina (un lugar deprimente, por decir lo menos) sentada en el sillón de gamuza sintética que tenía un color melancólico.

—Me había comentado que mi madre no respondía sus llamadas...

—Así es.

—¿Ayer vio a mi papá cuando vino a visitarme?

Identificó una mirada cautelosa.

—Sí, tu padre y yo hablamos sobre su alcoholismo. Acepta su responsabilidad por tu drogadicción. Se mostró preocupado porque hayas heredado su enfermedad y porque su propia adicción lo ciega. Me dijo que le hubiera gustado estar más al tanto de tus problemas.

—Entiendo que la genética juega un papel importante en las adicciones, pero consumo sustancias porque quiero. Lo hago porque tengo la necesidad de ocultar mi verdadera personalidad para convertirme en quien mi madre quiere.

—¿Qué quiere que seas?

—La oveja negra, a quien pueda señalar cuando se equivoque. No tengo que ser la mala porque interpretar ese papel no está funcionando, al contrario.

—Mmm.

No podía interpretar a psicoSara. Había sido honesta, pero no lograba descifrar si esto fortalecía o debilitaba su caso.

—Estar aquí me ha enseñado que no puedo elegir mis sentimientos. Cuando deo de sentirme aterrada, también deo de sentirme contenta. He sido insensible mucho tiempo. Creo que me quería morir para compatibilizar mi interior con mi exterior.

Intenté suicidarme porque ya me sentía muerta.

PsicoSara esbozó una sonrisa.

—Veo que has reflexionado. ¿Este estado de conciencia te ha preparado para superar esas conductas?

Asintió.

—Me doy cuenta de que me identifiqué con mi... —buscaba una palabra precisa pero moderada— agresor. Una de mis amigas aquí, Edie, me ayudó a darme cuenta de que me estaba torturando a partir de los mismos métodos que alguien más utilizaba para torturarme.

—¿Quién es ese alguien?

—Mi madre, Edie cree que es narcisista.

—No puedo dar un diagnóstico de la salud mental de alguien a quien no he conocido. Mucho menos si esa persona no acude a mí por su propia voluntad, dispuesta a cambiar y a permitir que le ayude a hacerlo.

—Ética —asintió—. Lo entiendo.

—Sin embargo, te puedo decir que es bien sabido que tener una madre narcisista es lo peor que le puede ocurrir a un niño. Su incapacidad para ser empática, su lectura siempre equivocada de las señales no verbales del niño que apuntan a su modo de interactuar con la sociedad, su tendencia a sentirse criticada por el malestar del niño, su necesidad imperiosa de aparentar ser una buena madre, a pesar de que por esto corra el riesgo de no serlo... todos estos elementos afectan de sobremanera el desarrollo de un niño. Los hijos de los narcisistas se sienten culpables y peligrosos incluso si nunca en su vida se han defendido, mucho menos cometido un crimen.

Era hora de hablar del cuchillo.

—No cometí un crimen en contra de mi hermano. Estoy dispuesta a asumir mi responsabilidad por una serie de cosas, pero no por eso. No tengo ninguna intención de practicar mi habilidad con un cuchillo en mi hermano, ni cortar con destreza las putas manos de nadie. Sin embargo, *sí* me siento culpable hasta cierto punto porque aunque no haya lastimado a Will, llevo años atestiguando cómo le hacen daño.

—¿Qué tipo de daño?

—Aislado, asfixiado, manipulado por mi madre, para sentirse apoyada y especial.

—¿Nunca se te ocurrió intervenir?

—No, porque siempre lo confundí con afecto. Incluso estaba celosa de él, como lo he estado de Rose. Los dos parecían recibir más atención y aceptación que yo.

—¿Era amor?

—Desde luego que no, era explotación, abuso disfrazado de amor.

—Tal vez por eso te da miedo que te vean. Por eso te aterra establecer una relación estrecha con tu hermana. Tienes miedo porque la intimidad te resulta aterradora. Porque, por lo menos en lo concerniente a tu madre, el terror es la única forma de cercanía que conoces.

—¿Entonces no cree que soy una mentirosa compulsiva?

Su semblante era neutral.

—No importa lo que piense. ¿Estás dispuesta a admitir que es un problema?

—Sigo creyendo que no miento, de cualquier forma quiero conocer mi diagnóstico. Descubrí gracias a unos amigos a los que mi mamá llamó que, según mi diagnóstico, soy una mentirosa compulsiva.

—Violet, no he hablado con tu madre desde que te internaron.

Le gustaba hacer preguntas. Antes hubiera aceptado su supuesta mitomanía. Se hubiera hundido en un rincón, odiándose por ello, en una actitud defensiva y con una pila de libros budistas de autoayuda sobre la verdad en el discurso. Incluso se hubiera hecho a la idea de que las drogas le habían causado un problema neurológico. Ahora estaba preparada para averiguar lo que Rose y seguro sus padres, ocultaban. Josephine quería honestidad, se la iba a dar. Su hija pequeña ya no era una niña.

—Aquí está mi solicitud para que me den de alta —Violet se puso de pie para entregarle a psicoSara la hoja de dibujo en la que la había redactado—. Quiero que me den de alta o pedir una audiencia en la corte.

Necesitaba recuperar a sus amigos antes de que Josephine los manipulara hasta ahuyentarlos para dejarla sola.

William Hurst

Will y su papá regresaron a casa tras la consulta con el doctor Martin, la encontraron vacía. Su madre no había vuelto de la excursión a quién sabe dónde, a la que había ido sola. Sin las mujeres Hurst, Old Stone Way era impresionante, frío e inquietante como un mausoleo.

Su padre prendió el radio y sintonizó un programa de bajo perfil, también prendió todas las luces de la planta baja. De todas formas, la luz y el sonido no aminoraron el ambiente incómodo que permeaba en la cocina, como sucedía con el olor a aceite frito.

—Bueno, ¿nos ponemos a estudiar? —le propuso su papá.

Will se quedó mudo ante la idea de que su papá jugara a ser su maestro.

—No tiene sentido hacerlo sin mamá, prefiero empezar de cero mañana —respondió.

—Si estás en casa, tienes que estudiar y cumplir el horario escolar. Esto es serio, sobre todo porque el CPI ha estado aquí. Necesitamos demostrar tus estudios.

Estaba harto. La tensión que se había acumulado a lo largo del día, había alcanzado su límite y estaba furioso.

—Mira, papá —pronunció *papá* en un tono ácido—. No eres un maestro como mi mamá. No tienes su paciencia, su entusiasmo ni su curiosidad intelectual. Y sobre todo, no tienes conocimiento del tema.

—No sé cómo tu madre se las ha arreglado para convencerte de que es la maestra del año.

—Es una *académica*.

—No que yo sepa, por lo menos no desde que la corrieron.

—Mamá renunció a SUNY para poder ser mi maestra.

—¿Eso te dijo? —tensó la mandíbula—. Will, a tu madre la despidieron porque tenía un título falso. Obtuvo su doctorado de un sitio fraudulento que expide títulos falsos. No tuvo ningún reparo, nunca se le ocurrió que no era aceptable para sus estudiantes ni para la universidad.

Mendacidad: hábito o costumbre de mentir.

—¡No es cierto! Consolé a mi mamá cuando lloraba ante la decisión de renunciar a su trabajo. Le costó mucho trabajo decidirse.

—La decisión de dejar SUNY no fue suya.

No iba a tolerarlo. Se negaba a permitirle a su padre, que no había hecho nada por él, calumniar a su madre, que en cambio había hecho todo por él.

—De acuerdo, vamos a estudiar. Hoy me toca clase de música —contestó indignado. (No le tocaba música.)

Furioso, se dirigió al piano y durante casi una hora, tocó con una mano un vals de Shostakovich. Las teclas se convirtieron en un instrumento seguro para que volcara su repentino desasosiego ruso. Además, mientras siguiera tocando, su padre no le podía hablar de la escuela pública ni de sus supuestos traumas escondidos. No tenía ninguna necesidad de hablar sobre el diagnóstico espurio del doctor Martin. No importaba si su padre aceptaba o no su Asperger, porque se estaba distanciando de él. El éxito era la mejor venganza, dentro de poco, Will estudiaría en un pretencioso, no, mejor aún, prestigioso, internado. Estudiaría Economía y tendría amigos que «veranean», no vacacionan. Un día asistiría a Oxford o a la Sorbona. Su papá le podía besar las alpargatas, se podía comer el polvo de su lápiz número dos.

Cuando se cansó y dejó de tocar, se asomó a la ventana y vio a su papá en una escalera, estaba limpiando los canales atascados del techo bajo la lluvia. Debajo de la capucha de su impermeable, su rostro expresaba una combinación extraña de angustia, vergüenza y determinación. *Se queda corto, demasiado tarde*, pensó mientras lo veía. El mantenimiento de la casa, la preocupación tardía por el CPI, el repentino interés por los estudios y la salud de Will. Se quedaba corto y era demasiado tarde. La tormenta se había soltado, los canales del techo ya estaban atascados. Los efectos de la negligencia les estaban cayendo encima, encima de los cimientos de los Hurst.

Will entró a la cocina, el monótono programa de radio seguía al aire.

La voz del locutor era gutural y cursi: *¿De qué artículo personal no pueden prescindir las mujeres? Me imagino que almohadillas de algodón. Díganme, señoritas, ¿qué hacen con tantas almohadillas de algodón?*

Se dirigía a sacar la provisión secreta de trufas de su madre cuando se dio cuenta de que el celular de su papá vibraba en la barra. El volumen alto del teléfono combinado con la voz profunda y falsa del locutor, lo hicieron sentir que ya no podía lidiar con más emociones, se puso furioso, aunque de forma irracional; tomó el teléfono con la mano izquierda apretándolo con todas sus fuerzas.

El identificador de llamadas decía «Kerry».

Qué fina. La rompe hogares escribía su nombre con «K». No supo qué estaba pensando cuando lo contestó. Es probable que no hubiera estado pensando. Se encontraba en el epicentro de una emergencia familiar, un incendio, y sólo se remitió a responder el llamado.

«¡Deja de llamar! ¡Mi papá es un hombre casado! ¡Debería darte vergüenza!», gritó con toda su fuerza.

No esperó a que la ramera respondiera. No necesitaba escuchar sus excusas ni mucho menos su voz. Sabía muy bien cómo sonaría (jadeante, ronca por fumar) y con

qué argumentos se defendería (algo así como: *tu madre arruinó su matrimonio, no yo*).

Acababa de oprimir el botón de colgar cuando el teléfono comenzó a sonar de nuevo, y continuó haciéndolo mientras sacaba la caja de trufas Lindt de la alacena y se comía tres sin saborearlas.

Le salieron chispas por los ojos cuando Douglas corrió para llegar a la cocina y contestar la tercera o cuarta llamada perdida («Kerry, hola, estoy revisando los canales atascados del techo»). Salió de la cocina, el impermeable goteaba los pisos limpios y con una expresión sino relajada, por lo menos libre de toda culpa. A él no lo engañaba, sabía que su padre era un infiel y un borracho.

Cuarta trufa Lindt, se la comió de un bocado, sintió el líquido de chocolate escurrírsele por la barbilla.

Recordó las palabras de su madre: *¿Te sentirías mejor después de un trago Douglas? ¿Es eso?* Se hizo una pregunta retorcida, ¿acaso una copa de vino le ayudaría a su padre a relajarse y a dejar de hablar del CPI, los ataques psicogénicos y la escuela pública? Utilizó el banco de la cocina para bajar una copa de cristal. La botella que su madre y él habían comprado el día anterior seguía, a medias, en la barra. Sacó el corcho y sirvió el cautivador líquido rojo hasta el tope de la copa. La dejó en la barra como una invitación no verbal para su papá.

Seguían los temas sexistas en el radio. Los radioescuchas llamaban para reportar que «no podían vivir sin su: rubor, pomada para labios o rizador de pestañas».

Cuando Douglas regresó, lo primero que vio fue la copa en la barra.

Beodo: embriagado o borracho. O en el caso de Douglas: el tipo de borracho con hipo, orinado en los pantalones, que arrastra las palabras y que pierde toda capacidad mental.

Su boca indicaba su desaprobación.

—¿Estás bien? Te estás comportando de una forma extraña.

—¿Ah sí? ¿Cómo? —Esperaba un adjetivo todo menos halagador: *difícil, egoísta, berrinchudo, exigente.*

—Para ser honesto, eres una imitación de tu madre.

Las palabras de su padre eran como cubos de hielo en la espalda.

—La persona con la que acabas de hablar por teléfono se llama Kerry. Es mi padrino. ¿Sabes qué significa?

Sacudió la cabeza.

—Quiere decir que soy alcohólico, que estoy intentando dejar de beber y llevar una vida sobria. Kerry es mi modelo a seguir, mi maestro, detecta cuando hago pendejadas. Nadie me dio ningún ultimátum ni me obligó a ir a un grupo de rehabilitación. Voy porque quiero mejorar mi vida y la relación con mis hijos...

Dejó de escuchar a su padre. No lo hizo por falta de interés en sus diversas confesiones (Kerry no era una chica y Douglas reconocía sus fallas como padre e intentaba cambiar). No, su voz se esfumó porque el locutor de radio revelaba la

respuesta a la encuesta.

La respuesta correcta es... necesito un redoble por favor. Gracias. Un estudio reciente ha revelado que la mayoría de las mujeres no pueden vivir sin... ¡sus secadoras para el cabello! ¿Qué hacen con esos aparatos? Mi ex esposa casi incendia nuestra habitación de hotel cuando utilizó una para secar sus calzones.

Douglas intentaba explicarle los pormenores de su abrumador alcoholismo mientras iba detrás de él en dirección al cuarto de Rose.

—El alcoholismo se apodera de los circuitos del cerebro responsables de la toma de decisiones —le dijo su padre, se sentó en la esponjosa cobija rosa de Rose—. Viene de familia. Es importante que lo tengas en cuenta. Aunque sea un poco de alcohol ahora que eres menor de edad, podría reprogramar tu cerebro para asociar el alcohol con «lo único que vale la pena en el mundo».

Aunque le hubiera gustado decirle a su papá que a) no estaba bien sermonear a alguien cuando estabas rindiendo cuentas y b) el alcohol era igual de apetitoso que la comida de gato (en gran medida gracias al recuerdo que tenía del aliento de Douglas), tenía cosas más importantes que hacer.

Fue directo al tocador de Rose y sacó uno de las canastos de metal que había esculcado hacía un par de días.

—Mira —le dijo a su papá sosteniendo la secadora Conair 225R de Rose.

—¿Qué? ¿La secadora? —Douglas despertó de su propia fuga disociativa. Parecía darse cuenta apenas de que estaban en el cuarto de su hija perdida.

—Sí, ¿no escuchaste lo que acaban de decir en el radio? La mayoría de las mujeres no puede vivir sin su secadora de pelo.

Estudió a su padre, esperaba con toda la paciencia que le quedaba que lo entendiera. Alguien como Rose, obsesionada con su imagen, nunca se iría sin su secadora favorita, a pesar de que estaba vieja y maltratada. Era probable que Damien la hubiera obligado a irse más rápido de lo que hubiera querido. La apresuró o la sedujo. A lo mejor tenían que aprovechar una oportunidad única.

Esperó a que su padre hiciera algo. Responder. Mover un músculo. Mostrar alguna emoción a través de sus rasgos de mediana edad. No esperaba su reacción (¿exagerada?) cuando por fin se presentó. Se dejó caer hacia adelante y apoyó la cabeza entre las rodillas de sus caquis. Se cubrió las orejas con las palmas de las manos, revelando las manchas húmedas en forma de media luna en las axilas. Se le estremecieron los omóplatos. Se tardó mucho en descifrar si el estoico de su padre lloraba o vomitaba.

Violet Hurst

Ahora que tenía un plan, estaba decidida a averiguar todo lo relacionado con Rose y las circunstancias de su desaparición. Con suerte, en tres días dejaría Fallkill. Mientras tanto, necesitaba desenterrar más información acerca de su hermana y su novio, todas sus esperanzas estaban puestas en ello.

Consiguió una segunda sesión en el taller de cómputo, la segunda del día, argumentando que quería revisar sus calificaciones del semestre. Aunque era una mentira piadosa, el simple hecho de mentir le daba la sensación de que su madre estaba ganando. Sin embargo, el tiempo era apremiante. Le quedaba claro que Matt era «Damien» y necesitaba investigar sus antecedentes antes de que el Departamento de Policía de Kingston la buscara, como Nicholas le había asegurado.

En la página del Departamento de Geología había una foto del profesor de Rose, Matt. Era sin lugar a dudas, atractivo. La elegante simetría de su cara no era un punto a su favor, al menos no en la región de las Montañas Catskill, cuyos habitantes valoraban la responsabilidad social por encima del atractivo sexual, o eso decían. Así que bien podría sentirse culpable y tener la autoestima baja.

El profesor Rocas Metamórficas —de hecho era profesor adjunto— había disimulado su mandíbula en forma de farol con unas patillas que parecían estar hechas de vello púbico. Debajo de su sombrero de Indiana Jones se asomaba una larga melena grasosa. Tenía penetrantes ojos azules y llevaba lentes con un armazón redondo pasado de moda. Su sonrisa, por otro lado, transmitía una alegría contagiosa. En la foto estaba de pie señalando un objeto en un risco. Aunque no confiaba en él, reconocía que exudaba entusiasmo, entendió por qué había seducido a Rose.

Continuó chismeando en Google. Matt tenía una página de poco presupuesto y contenido que enlistaba varias guías de campo que había escrito, así como una página de albures que giraban en torno de la geología: ¿Cuáles son las tres razones por las que la vida es más divertida para un geólogo? Perforación, agarre, mesa de sacudidas. También tenía una cuenta de Tumblr en donde subía fotos cursis de una figura de acción posando en cimas de montañas y paisajes internacionales. Matt había evaluado los riesgos de terremotos en Marruecos y había estudiado las fallas en los Andes. Era bobo, exitoso, viajado y, por supuesto, casado.

Matt y Francesca —su probable ex esposa— se habían casado hacía cinco años. La ceremonia se había llevado a cabo en su jardín, debajo de una valla casera para

enredadera. Se enteró gracias a la página de su boda. Era más bien un blog. Durante el año previo a la boda, Francesca había registrado con obsesión cada detalle: desde de su «dilema» de servir *cupcakes* y no pastel de bodas («¿Cómo seguiremos la “tradicción de cortar el pastel”? ¿Acaso nos interesa la tradición?»), hasta su búsqueda de un tema para la boda («Me voy a arriesgar con una combinación tricolor de: ¡café, rosa y azul!»). Vio la mesa de regalos de la pareja Williams Sonoma, y le dio escalofrío cuando vio en la lista el mismo cuchillo Wisthof con el que le había apuntado a su madre. Leyó la historia de su compromiso, la cual comenzaba con palabras tristes y falaces: «A lo largo de su relación, Matt y Francesca siempre han sido honestos el uno con el otro».

Al buscar imágenes de Francesca, encontró varias fotos de una rubia con hoyuelos, dientona, que se ponía los lentes en la cabeza y usaba unos escotes que un día de éstos iban a asfixiarla. Era muy bonita, incluso si su belleza era simplona. Se imaginaba cómo una mujer así recibiría las noticias de la infidelidad de Matt. Un esposo Don Juan y su amante preñada no entraban en la fantasía de una princesa, y Francesca había llevado una auténtica corona en su boda.

¿Y Rose? Se preguntó si su hermana se había sentido especial. ¿Acaso era satisfactorio saber que incluso con una Barbie como esposa, Matt la hubiera seducido?

Respiró profundo y le envió a Francesca una solicitud de amistad en Facebook para espiarla un poco más y descubrir si Matt la había dejado. Después anotó el teléfono y los horarios de asesoría de Matt y le escribió un correo a su dirección de la universidad.

Hola Matt:

Sólo quería presentarme de manera formal. Soy la hermana de Rose, Violet. Quería agradecerte por cuidar tan bien a mi hermana y ayudarla a mudarse de casa de mis padres. Tengo muchas ganas de conocerte. ¡Ojalá que sea pronto!

Era directa, pero la tranquilizó la recomendación de psicoSara sobre superar su miedo a estrechar sus relaciones, intentar ser más abierta y aceptar mejor a las personas. También recordó lo que Nicholas le había dicho: valía la pena conocer a Matt, tomar las debidas precauciones para asegurarse de que era un buen tipo (no un degenerado sexual ni un asesino en serie).

Si era un tipo decente que había dejado a su esposa por Rose, entonces le convendría conocer mejor a la familia de su novia. Agregó su teléfono en Fallkill y le pidió que la llamara si visitaba Poughkeepsie.

Después del taller de cómputo, Violet y Corinna encontraron a Edie en la estancia. Estaba sentada inmóvil, con aspecto aturdido, en el sillón debajo de la palmera muerta que ningún miembro del personal se molestaba en regar o tirar. La enfermera diurna estaba a su lado, comiéndose los chocolates Krause de la caja abierta en el

regazo de Edie.

—Es como robarle dulces a un bebé —Corinna se burló, le quitó la caja de chocolates a Edie—. ¿Está orgullosa jefa? —así le decía a todas las enfermeras.

La enfermera se lamió una mancha de caramelo del dedo.

—No los quería.

—Qué amable de tu parte, Violet, pero tengo el estómago hecho nudo. Yo le di —respondió Edie. Sus ojos azules todavía reflejaban esa mirada poseída, se sentó y, con delicadeza, le puso la mano en el hombro.

Corinna escogió una cereza cubierta de chocolate, cambió de opinión y la volvió a dejar en la caja.

—Edie, cariño, ¿estás bien? Nos preocupas. No sólo a Violet y a mí, a todas. Ya sabes cómo son las cosas aquí, por aquello del maldito efecto dominó. Si alguien tiene un mal día, nos contagia a todas.

—Es verdad —Violet la secundó—, Jocelyn está acostada en posición fetal desde que terminó el taller de cómputo.

—La señora con Tourette se puso racista —añadió Corinna—, a todos los doctores les está llamando «árabes callejeros».

La mirada de Edie sugería que el contacto visual le suponía hacer un esfuerzo consciente.

—Estoy bien —respondió—. Este día siempre es difícil, siempre me siento vulnerable, como si algo malo fuera a ocurrir y yo fuera el blanco. Sólo quiero que se termine.

—¿Que se termine tu cumpleaños? —le preguntó Violet.

Edie asintió mortificada.

Corinna sacudió la cabeza, no podía creerlo.

—Tendríamos que sacarle provecho. Descansos extra para fumar. Más visitas al cuarto de las botanas. Pude haber convencido al doctor Mop para que nos fuera a comprar pizza.

—Es su decisión, si no quiere celebrar... —Violet susurró.

—Es una tontería, un detonante, ser el centro de atención... Los cumpleaños... De niña mi mamá siempre aprovechaba para hacerme sentir culpable o avergonzarme. A veces se peleaba a gritos con el mago de la fiesta. Se deprimía, fingía estar enferma o salía con el ceño fruncido en todas las fotos de la fiesta.

Una vez más puso los ojos en blanco. Hablar sobre su madre no era una decisión consciente, las confesiones de la infancia de Edie eran como hemorragias que no podía detener. Su herida se estaba curando, pero todavía seguía desangrándose.

Dejaron a Edie en la estancia para que viera un maratón del *reality* de bienes raíces: *House Hunters International*. Según Corinna, era la combinación perfecta de catarsis y malicia sin los detonadores emotivos de otras series consideradas gustos culposos,

como *La ley y el orden*.

Violet y Corinna saquearon la bodega de material de arte: tomaron marcadores, brillantina y cinta. El «tema» de la fiesta (Violet seguía pensando en Francesca) era una apuesta trifecta de celebración, demencia e ironía. Estaban emocionadas, tejiendo carteles hechos de papel de baño que decían: ¡Feliz cumpleaños! y ¡Adoramos a Edie! Le hicieron a su amiga un «pastel» de listón y latas de limonada, era la bebida favorita de Edie de la máquina de refrescos, tenía un letrero prominente que leía: contiene cero por ciento de jugo. Corinna consiguió dinero de quién sabe dónde y el doctor Mop se lo metió en los bolsillos de la bata, les prometió pizza y alitas de pollo de un restaurante llamado Gino's.

Violet estaba haciendo confeti cuando Helen Keller se asomó por la puerta.

—Violet, te llaman.

Corinna nunca había escuchado hablar a Helen, levantó la vista horrorizada.

—Otra llamada, caray. No sé cómo te dices introvertida, recibes más visitas que el vidente John Edward.

—Te hubiera contestado los mensajes, no tenías que hacerte amiga de mi esposa.

Matt no era el profesor autoritario que esperaba. Parecía quejumbroso, como un inofensivo cachorrito ladrando.

Se contuvo para tartamudear. Los enfrentamientos la perseguían y en el fondo, los detestaba.

—Te estoy preguntando si has contactado a mi esposa.

—No, sólo le pedí amistad en Facebook, no le mandé ningún mensaje.

—Eres lo último que necesita. Apenas estamos volviendo a la normalidad. Lo que pasó con Rose... —en su boca, el nombre se escuchaba demasiado largo, una libertad que se permitía— no fue justo. Sin importar que no haya sido perfecto, no he dejado de amar a mi esposa.

Estaba confundida y se sentía protectora. Así que Matt no había dejado a Francesca para irse con Rose.

Se cortó la llamada, se dio cuenta de que temblaba como un perro mojado. No se había preparado para discutir. Esperaba hablar con un novio que estuviera contento de conocerla, alguien a quien, por ejemplo, no le importara que Violet se quedara en su casa mientras decidía qué hacer con su vida.

Apenas había colgado el auricular cuando volvió a sonar.

—Lo siento —Matt se disculpó—, si planeas sermonearme, te juro que ya lo han hecho un millón de veces. He pasado todo un año en la cuerda floja del divorcio. ¿Crees que no es motivo suficiente para sentirme culpable?

—No me interesa cómo te sientas —no había sonado tan amenazante como hubiera querido pero estaba confundida y avergonzada.

—Ya veo, fui egoísta, codicioso y débil. Si planeas chantajearme, serías lo mismo

y peor. Necesito mi trabajo. Necesito mi seguro social. Mi esposa tiene linfoma, cáncer en las células blancas.

Pensó en Beryl y suavizó su tono.

—No te estoy chantajeando, pensé que tú y Rose seguían juntos.

—¡Pues te equivocas!

Otra vez parecía un niño berrinchudo. Ahora entendía por qué Matt (a sus treinta y tres, según el blog de su boda), había tenido una aventura con Rose, que tenía veinte: incluso por teléfono se notaba su inmadurez. Violet había creído que a su hermana le había seducido como figura paterna, para compensar la ausencia de su papá. Ahora parecía que era al revés. A lo mejor Rose había querido a alguien a quien consentir y cuidar, alguien igual de exigente que su madre. Hasta Violet se sentía madura comparada con Matt.

—¿Entonces no visitas a Rose en la ciudad?

—¿En cuál ciudad? ¿En Nueva York?

—Sí, en Nueva York.

—No —le dio la impresión de que quería decir algo más.

—¿Estás mintiendo?

—¡No! Estoy... sorprendido, es todo. Rose me dijo que le gustaba vivir en las montañas, le gustaba decir que le daban perspectiva a cualquiera. Así cuando te sientes egocéntrico, sólo basta que te asomes por la ventana para darte cuenta de lo insignificante que eres.

Le llamó la atención que hablara de Rose en pasado.

—¿Alguna vez fueron juntos a la ciudad?

Percibió que dudó.

—Fran y yo rentamos un estudio en West Village.

No tan lejos de la sucursal de UPS en Chelsea.

—Entonces, la última vez que hablaste con Rose...

—Terminé la relación, creo que fue un alivio para ambos.

Cree, respiró con brusquedad.

—Estoy segura de que fue un alivio inmenso cuando Rose abortó. Y sin embargo, ni siquiera te tomaste la molestia de acompañarla a la cita.

—¡Rose no me quería ahí! Se negó a que le ayudara a pagarlo. Me dijo que no quería nada de mí y le creí. Si era una prueba, no es mi culpa. No soy adivino. Me guío por lo que la gente me dice.

—¿Te puedo hacer la última pregunta? Y te dejo en paz... ¿Cómo empezó?

—¿Qué? ¿Lo mío con Rose?

—Creo que es obvio.

—Bueno, nos reunimos para una sesión de tutoría antes de la entrega de un trabajo de investigación.

—¿Y luego?

—Al terminar le pregunté si la podía ayudar con otra cosa. Recuerdo que subió la

pierna a la mesa, se subió el pantalón y me dijo: «¡Mira mis calcetines nuevos!». Eran unos calcetines de lana para senderismo, marca Darn Tough, no eran para nada su estilo. En una clase había hablado de los míos así que me pareció halagador que se acordara.

Intentó recordar si Rose había modificado su estilo cuando se cambió de teatro a ciencia. A lo mejor hubo un par de meses que coqueteó con la lana y la franela, sin embargo, el resultado final era el mismo de siempre. Quizá llevaba lodo en las botas, pero iba peinada con productos para el pelo.

—¿Y luego?

—Una noche, me saludó en el chat de la universidad. Terminamos platicando unas tres horas.

—¿Qué más? —Le molestaba que la obligara a guiarlo para contar una historia que él mejor que nadie conocía.

—Un día me la encontré en la calle Church. Era nuevo en el barrio, así que le pregunté cómo llegar a cierto café y se ofreció a llevarme. Caminamos, pedimos café para llevar y nos lo tomamos paseando por el camino de las montañas. En ese punto la transgresión se hizo clara. Debo confesar que siempre he tenido poca voluntad al lidiar con las mujeres. Me di cuenta de esto desde que mi esposa y yo empezamos a ir a terapia.

Compadeció al psicólogo que tenía que escucharlo durante diez minutos que parecían una hora.

—¿Cuándo formalizaron?

—Si me estás preguntando lo que creo, no nos besamos sino un mes después de terminado el semestre. Y no nos acostamos hasta pasada la semana de finales.

A lo mejor todos los académicos medían su año por medio de las mismas referencias, pero viniendo de él, le parecía una tontería.

—¿Cuándo se enteró tu esposa?

—No-o —bromeó—. Ya hiciste la última pregunta. Ahora cumple y déjame tranquilo.

—¿Entonces ya no estás en contacto con Rose?

—Para nada —respondió con firmeza.

Deseó que se tratara de un mentiroso compulsivo. De lo contrario, ¿quién era Damien? ¿Quién había huido con Rose?

El detective Donnelly se sirvió leche de una jarrita en su té y le sopló a la superficie humeante. No se estaba quieto. Abrió la pluma que llevaba en su bolsillo como si le diera vergüenza ir directo al grano.

—Nick Flores dijo que tenías información nueva sobre tu hermana.

Asintió. Todavía le estaba dando vueltas a su conversación con Matt. Desde una perspectiva simplista, su enojo era una prueba de que cualquiera con quien se

sincerara, la terminaría atacando. No podía confiar en nadie.

No sabía ni por dónde empezar. Si lo hacía por las cartas, era probable que el detective argumentara que demostraban que no había estado en casa esa noche.

—Rose empezó a escribirme pero todavía no le quiero enseñar las cartas.

El detective Donnelly parecía sorprendido, no molesto. Era una buena señal.

—Puedes empezar cuando te sientas cómoda para hacerlo.

—Bueno, cuando se fue, el policía que me interrogó me preguntaba con insistencia qué creía que le había sucedido a Rose.

—He leído el archivo —asintió—. Si no me equivoco, le dijiste a la policía que sospechabas que se había ido con su novio. También dijiste que era reservada con respecto a sus relaciones. Todo indicaba que tu madre era estricta y sobreprotectora. Ella declaró que no estaba de acuerdo con el sexo antes del matrimonio, mucho menos con la unión libre. Si una chica como tu hermana se quisiera mudar con un individuo, no le quedaba otra alternativa que fugarse en la noche.

—En efecto, mi mamá es estricta, por eso omití cierta información.

Donnelly se rascó la mejilla con su pluma, después tomó nota con toda calma mientras Violet le contaba sobre el aborto y la foto en el escritorio de Josephine.

—Así que esperaba que me volviera a preguntar qué creo que le sucedió a Rose.

El detective se inclinó y apoyó el codo en la mesa.

—Bien, ¿qué crees que le sucedió a tu hermana?

—Es sólo una teoría —respiró profundo y rogó para que lo que estaba a punto de decir no pareciera una locura. Aunque en el salón de las visitas, con sus ventanas enrejadas y el letrero de «No le dé de comer a los animales», era difícil decir algo que sonara cuerdo.

—Desde luego —respondió—. Tu trabajo es tener corazonadas y el mío investigarlas.

—Bueno, el ex de Rose...

—¿Matt?

—Sí, Matt. Su esposa Francesca tiene cáncer.

—De acuerdo —la miró con una expresión dudosa.

—La madre de mi mejor amiga tiene cáncer de mama, ha recibido quimioterapia, radiación, todo. Y sé que esos tratamientos pueden afectar la fertilidad. Beryl dice a menudo que de saber que iba a tener cáncer, se habría ahorrado la molestia de amarrarse las trompas.

—Ok.

—Sí, así que me da la impresión de que un individuo que acaba de enterarse de que nunca va a tener hijos con su esposa, no estaría tan desolado por el embarazo de su novia. Es probable que haya estado eufórico. A lo mejor planeaba dejar a su esposa y asentarse con Rose. Para cuando naciera el bebé, faltarían unos meses para que mi hermana se graduara.

—¿Matt es tan egoísta?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Sólo he hablado con él una vez. Es inmaduro, infantil.

—Escúchate —Donnelly le sonrió—. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho?

—Dieciséis —Violet se rió.

—A ver, la amiga de Rose, Amelia, te dijo que tu hermana abortó.

—Sí, eso no significa que haya estado de acuerdo. Amelia me contó que mi mamá le hizo la vida miserable, la acosó. Si Matt, que se estaba haciendo a la idea de que nunca tendría un bebé, de pronto tuviera la oportunidad de ser papá... Y si Rose le quitó esa oportunidad por culpa de la presión de mi madre... Pues me parece que Matt tiene que ajustar cuentas con mi madre y mi familia. Incluso pudo haber puesto a Rose en contra nuestra, alentarla a que se vengara de nosotros.

—¿Entonces crees que Matt te mintió cuando te aseguró que no había visto a Rose desde que terminó su aventura?

En el fondo le daba vergüenza. La palabra «aventura» le recordaba a las telenovelas que algunas de las pacientes mayores veían: melodramas en los que figuraban muchas cachetadas maliciosas y tomas en primer plano mal logradas.

—Reconozco que nunca conocí bien a mi hermana, pero el momento en que decidió empezar a escribirme es raro.

—Así que tu teoría es que Matt y Rose quieren vengarse de tu madre por el bebé que les quitó. ¿Cómo?

—Al lastimar al bebé de mi mamá, a Will.

Mientras Violet estaba hablando con Donnelly, alguien había decidido que la fiesta de Edie tendría una sección de talentos. Ya se llevaban a cabo los vergonzosos ensayos. Jocelyn tocaría una versión bluesera de «Rehab» de Amy Winehouse con una guitarra acústica. Corinna abriría un chicloso con la lengua. Helen Keller seguía impresionando a todos, planeaba recitar un poema de Charles Bukowski.

—¿Cuál es tu talento, Hurst? —le preguntó Corinna.

—¿La holgazanería es un talento? —respondió Violet.

—Sí. Para tu información, los ociosos de verdad no se toman la molestia de preguntar. ¿Cómo te fue con el poli?

Se encogió de hombros y abrió un chicloso sabor fresa.

—Le dije lo que sé. Me contó que cuando Rose se fue, la ley respetó su derecho a desaparecer de forma voluntaria. Ahora, por todo lo que ha pasado con Will, existe una pequeña posibilidad de que esté involucrada en una jugada sucia.

—¿Su gusto por los hombres se considera sucio?

—Le dije el comal a la olla —se rió—. Lo que intento decir es que la policía puede buscar a Rose. Donnelly también cree que vale la pena asegurarse de que no haya desaparecido por haber cometido un crimen.

Le daba la impresión de que Corinna era de las pocas personas en Fallkill que no

creía que el miedo de Violet a la cercanía, la hacía reaccionar de forma exagerada. Asintió en señal de que la entendía.

—Que ella y el profe no se hayan creído Bonnie y Clyde.

—Es difícil imaginar a un geólogo *geek* cometiendo una oleada de asesinatos.

Jocelyn había adoptado una postura à la Joni Mitchell, descalza y sentada en la esquina con las piernas cruzadas, sus anillos color turquesa destellaban cuando tocaba la guitarra. Intervino para decir:

—Todos somos capaces de asesinar, es la naturaleza. En manos de gobierno se llama guerra.

—Además —dijo Corinna mientras se sacaba una envoltura vacía de la boca—, seguro los geólogos *geeks* conocen los mejores lugares para enterrar a la gente.

El hecho de que su hermana había vuelto a casa en ese preciso momento le había provocado una oleada de calor y confusión vertiginosa.

—¡Rose! —había señalado el recibidor—. ¡Ahí está Rose! ¡Rose!

—¡No es gracioso! —había gritado Josephine—. ¡Douglas haz algo! ¡Ahora! ¡Dile que se calme! —después le había dicho a Violet—. Tu hermana reniega de nosotros. Tienes que superarlo. No quiere tener nada que ver conmigo, ni contigo, ni contigo, ni contigo —incluyó a Douglas y a Will en esto último.

Su padre había estado pálido, temblando. La cara de Will había estado llena de lágrimas. Violet había sentido que una luz blanca le salía del pecho.

Esa noche había llegado al fondo de varias cosas, por ejemplo, que la «realidad» se compone de capas y capas de alucinaciones, pero pocas revelaciones inducidas por las drogas parecían igual de probables que ésta: cada átomo en su cuerpo formaba parte de algo más, ya fuera oxígeno, luz solar o comida de la granja Dekker. Como feto, había formado parte de una madre enferma y retorcida, quien a su vez había absorbido sólo los elementos oscuros y podridos de su propio medio ambiente.

El mal de Josephine también formaba parte de ella. Una nítida visión de su ADN —inducida por el ácido—, había girado frente a ella. Había identificado que la mitad oscura y enferma de su personalidad giraba en espiral en torno a la parte alegre y radiante. Era imposible separarlas. No podía tomar una y dejar la otra. Sin embargo, tenía la obligación moral de terminar con su grotesca legacía. Sólo había una manera de romper el ciclo:

Había pronunciado la palabra «suicidio». Le había asombrado el alivio y la alegría con los que la había pronunciado. Salió por su cuenta como si estuviera llena de helio. Era la palabra más ligera que había dicho en toda la noche.

No se había detenido. La había dicho tres o cuatro veces más al tiempo que pensaba en los detalles. *Suicidio, suicidio*. Se había llevado una gran decepción cuando se dio cuenta de que ni siquiera el *sallekahna* rompería el ciclo porque incluso si se suicidaba, sus átomos se reciclarían en un sistema cerrado de dolor y

dificultad. No tenía fin, no había salida. La historia se repetiría.

La realidad se le había presentado a todo volumen.

—¡Por favor! ¡Por favor! —Will les había rogado.

—Violenta, Violet —Douglas había mascullado.

Había bajado la vista para darse cuenta de que todavía sostenía el cuchillo Wusthof en el puño. Le apuntaba sus relucientes 20 centímetros a su madre.

—¡Estás tan enferma! —Josephine se había lamentado en una voz que parecía un grito de guerra.

La palabra «enferma» le había infundido una tristeza inmensa, porque pensó en Beryl. Se había consolado con un abrazo y al hacerlo, notó una ausencia total de sensibilidad. No había sentido su cuerpo. Cuando se tocó la garganta, ésta había desaparecido. Lo mismo le sucedió con los ojos cuando intentó tallárselos.

Hubiera llevado a cabo su idea original —el suicidio, a la antigua, pudo haber sido de esos drogadictos en un mal viaje de ácido: abrir los brazos y echarse un clavado como un cisne desde una ventana abierta—, de no haber sido por el hecho de que se había considerado muerta. Carecía de conciencia. No había percibido su respiración. Se había preocupado de despertar en un infierno peor que del que procuraba escapar. El reloj del microondas parecía una divisa, leía: \$7.42.

—¡Poughkeepsie! —su madre había gritado—. ¡No Kingston! ¿Me escuchas Douglas? Violet necesita ir a un hospital en Poughkeepsie.

Kingston estaba más cerca, pero Poughkeepsie tenía un hospital psiquiátrico de corta estancia.

Cuando había salido al hospital en compañía de su padre, el cuchillo descansaba en la tabla de cortar. Will había estado parado al lado de su madre, apoyándola en silencio. Tenía los ojos bien abiertos, lo observaba todo, vestía demasiado formal: un suéter y una corbata que se engancha. Sin sangre. Sin lágrimas. Sin ataques. Ninguna expresión en los ojos. Ni un solo rasguño.

William Hurst

Se subió a la cama acolchonada y le puso una mano a Douglas en el hombro para consolarlo.

A pesar de que debió haber sido aterrador ver al robótico de su padre llorar desconsolado, de hecho, estaba agradecido, incluso aliviado. Éste era el papel que sabía interpretar: el héroe de la familia que consuela a todos. Violet lo llamaba el Capitán Consuelo.

—Shhh, papá —lo arrulló. Douglas le tocó el codo con suavidad para pedirle que se detuviera.

—Hijo no necesitas rescatarme —le dijo—. Mi deber es protegerte, no al revés. Además, como dice Kerry, si intentas ayudarle a una mariposa a salir de su capullo, podría morir. Necesita forcejear para hacerse fuerte.

Douglas caminó por el cuarto, hojeando los ejemplares amarillentos de la revista *Playbill*, arrancó las pocas fotos que quedaban pegadas en el corcho sobre el escritorio. Revisó la repisa de las bolsas de mano y lanzó cada una al piso alfombrado. Le lanzó a Will una bolsa de playa con rayas rosas.

—Revisa los bolsillos —le ordenó.

Will pasó las manos por la lona. Todavía conservaba arena del último viaje de Rose al lago North-South. Sacó unos lentes de sol rosas.

—La policía ya hizo esto —dijo.

—Debe haber algo que hayan pasado por alto, como yo lo hice. Todo el año pasado ignoré lo evidente. No quería darme por vencido. Quería que fuera cierto.

Asintió, comprendía lo que había querido decir.

—Querías creer que Rose huyó porque había querido.

Douglas asintió.

—Todo por culpa de ese cabrón —dijo para sí.

Entonces Will no estaba exagerando, la secadora era prueba de que el bueno para nada del novio de Rose no le había dado mucho tiempo para prepararse, ni siquiera le había permitido decidir. Pudo haberla secuestrado.

Decidió que era hora de entregarle a su papá su mejor descubrimiento: el diario del embarazo de Rose. Lo hubiera querido guardar para su madre pero la última vez que intentó mostrárselo, lo había ignorado y después castigado. ¿Qué sentido tenía ser un súper detective si nadie apreciaba tu trabajo? Sherlock tenía a Watson y

Tommy a Tuppence.

Si a su papá le había impresionado el descubrimiento de Will, no lo demostraba. Hojeó el diario con mucho cuidado, con el pañuelo Ralph Lauren que siempre cargaba en el bolsillo. Cada Día del Padre, Will y Josephine le regalaban uno casi idéntico. Siempre eran de seda y tartán.

—¿Quién más lo ha visto? —preguntó.

—Creo que sólo yo, no dice mucho sobre su novio. Y por lo poco que dice, no parece un buen tipo.

—No, claro que no —lo secundó. Su cara parecía la de un zombi otra vez. Estaba en blanco y no parpadeaba, se encontraba a millones de años luz de distancia. Después de leer dos o tres veces cada página, envolvió el diario en la bolsa de plástico vacía que había estado en el cesto de basura del cuarto de Rose.

—¿Qué vas a hacer con él? —le preguntó.

—Nada todavía.

—¿A dónde lo llevas? ¿Papá?

Douglas salió del sótano.

—Te espero en mi oficina —respondió con un tono tan serio que Will tuvo que tomar aire.

Violet Hurst

Cuando Violet recibió una llamada, se acercaba la hora de dormir.

—¡Tienes cinco minutos! ¡Cinco exactos! —le gritó una enfermera al tiempo que Violet entraba a la cabina.

Asintió y levantó el auricular.

—¿Violet? Habla el detective Donnelly.

La enfermera seguía en las cercanías.

—Necesito que me confirmes.

—Entendido, cinco minutos —ahuyentó a la mujer con la mano; avergonzada, se disculpó con el detective.

—No hace falta —Donnelly le aseguró, percibió un tono reservado que no había notado la última vez—. Sólo quería contarte que hablé con Matt y Francesca.

—¿Con los dos?

—Sí, Matt insistió en que no ha visto a Rose desde que terminó con ella hace dieciocho meses.

Al fondo del pasillo, las enfermeras se reían, era probable que de alguien.

—¿Podría estar mintiendo?

—No me dio esa impresión. Francesca asegura que no tiene razón para sospechar que Matt haya reanudado la relación.

Claro que ese par quedaría mejor con la policía que una adolescente internada en un psiquiátrico, después de todo, pagaban impuestos y tenían anillos de boda idénticos.

—Puede que Francesca no lo sepa.

La línea crujió por el sonido del viento. Se percató de que Donnelly le llamaba desde su celular.

—A los dos les apenó lo que le ocurrió a tu hermano —continuó—. Están dispuestos a cooperar y a olvidar lo de Rose.

Apuesto que sí, pensó con cinismo.

Se escuchó otro ruido, parecía que se había llevado el teléfono a la otra oreja o se había rascado la mejilla con la palma de la mano.

—Accedieron a que revisáramos su departamento en Nueva York. El portero le permitió la entrada a uno de mis hombres y no la encontró.

—Claro que ahora mismo no está. Me dijo que divide su tiempo entre la ciudad y

el norte del estado.

—Violet, no hay ninguna señal que sugiera que alguna vez ha estado en el departamento. Mi colega habló con los vecinos y sólo uno de ellos cree haberla visto, pero hace más de un año.

—¡Es Manhattan! Se supone que nadie en Manhattan conoce a sus vecinos.

La enfermera había vuelto, exudaba agresividad como si fuera calor o aroma corporal.

—Se te acabaron los tres minutos —gritó.

—Mira, Violet. Según lo que me contaste, el contenido de esas cartas no parece amenazante. No hay indicios de acoso. Me parecen bastante amistosas. Si tu hermana te está escribiendo, tampoco está desaparecida.

La enfermera la presionó.

—Es el último aviso. A la cuenta de tres: uno, dos...

El pulso se le aceleraba.

—He estado pensando que a lo mejor volvió para extorsionar a mis papás y pedirles dinero. El año pasado no vació su cuenta de banco porque planeaba huir sino para pagar su abor...

La enfermera metió la mano en la cabina y se cortó la llamada.

... to. Se encogió de hombros.

Volteó haciendo una mueca y con absoluta dulzura, la enfermera le dijo:

—Tres.

William Hurst

En la acogedora y estructurada oficina de Josephine todo estaba organizado en canastos, carpetas y botes. En cambio en la de Douglas todo era frío, hasta el piso de mosaico; ocupaba el espacio minúsculo que los inquilinos previos habían utilizado como cuarto de lavado. Como apenas había espacio para moverse, Will tenía que permanecer de pie, casi pegado a la silla ergonómica de su padre. Le dio claustrofobia. A donde quiera que volteara, había cables de computadora, torres de procesadores de CD-ROM y polvo de polen incrustado.

Como su oficina en IBM, carecía de toques personales como pisapapeles con un valor sentimental o retratos en la pared. ¿Qué le gustaba a su padre? No tenía idea. Era capaz de escribir tomos y tomos sobre las preferencias de su madre, a su papá en cambio no lo conocía.

Douglas prendió su computadora.

—¿Para qué me necesitas? —le preguntó.

Su padre, que estaba tomando un trago de su agua mineral (ojalá virgen), ya estaba muy absorto como para responder. Abrió la página del proveedor del correo de Rose y tecleó su dirección con una velocidad que indicaba que se la sabía de memoria.

—¿Te sabes la contraseña de Rose? —Will le preguntó cuando movió el cursor al siguiente espacio en blanco.

—Todavía no, tú me vas a ayudar a descifrarlo.

—¿Yo? El experto en computadoras eres tú. ¿No tienes una especie de programa para hackear las cuentas de correo?

—No. Casi todas las contraseñas son de carácter social. La gente utiliza claves que son fáciles de recordar, o las reciclan. Con esto quiero decir que se pueden adivinar —sus dedos bailaban en el teclado.

—¿Entonces qué estás intentando?

—Voy a empezar por las más comunes.

La contraseña es incorrecta, la página emitió el mensaje en rojo.

—¿Como qué?

—Pues, ya sabes, «12345», «Jesús», «princesa», «amor», «quieroentrar». Mucha gente utiliza la palabra «contraseña».

No lo sabía; le impresionaba el interés que el tema le producía. Era un aspecto del

lenguaje sobre el que nunca había reflexionado. El lenguaje computacional. Los términos de la privacidad. Incluso para él, que lidiaba con todo por medio del vocabulario, le parecía peligroso atribuirle palabras a algo secreto. Una vez que descifrarán la contraseña de su hermana, y con ello descubrieran de una vez por todas qué era de su vida, se verían obligados a actuar. Eso hacían las palabras: definían la realidad. A veces le temía al lenguaje a pesar de que lo empleaba para tener el control de las cosas.

—Algunas contraseñas incluyen caracteres alfanuméricos, por ejemplo, Rose, pero en vez de o, tecleo un 0.

La contraseña es incorrecta.

Douglas tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Ok, ok, muy bien.

—¿Muy bien? —Will repitió.

—Sí, me hubiera decepcionado que Rose fuera tan ingenua como para usar cualquiera de las que intentamos. Además, si usas cualquiera de esas opciones, mejor sal a la calle y dale tu cartera a la primera persona que veas.

Le dio pena contarle que él y su madre habían utilizado «CristoesAmor» para su propia cuenta de correo.

El correo de su hermana desplegó el mensaje: *Demasiados intentos incorrectos* y los bloqueó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Will.

—Usemos una dirección IP anónima e intentémoslo de nuevo. Trae esas revistas —señaló una pila de revistas *Playbills* a los pies de Will—. Vamos a intentarlo con todas las obras en las que ha actuado. También todos los personajes a los que ha interpretado.

Obedeció. Recordó las obras de Rose: *Camelot*; *Act a Lady*; *Into the Woods*; *Pigmalión*; *Drácula*; *Pericles* de Shakespeare. No sólo intentaron «SandraDee» y «María», también «SummerNights» «GreasedLightin», de Vaseline, «Von-Trapp» y «RainDropsOnRoses», de *The Sound of Music*.

—¿Papá?

—Ajá.

—¿Por qué no lo habías intentado antes?

—Porque a diferencia de tu madre, no me gusta husmear en las pertenencias de mis hijos. Sin embargo, esta vez se trata de una emergencia. Además, la situación requiere un cambio de jugada. Ve al cuarto de tu hermana y trae los libros y CDs que encuentres. También échale un vistazo a su clóset. Toma esta libreta y anota sus marcas de ropa favoritas.

Cuando regresó, teclearon todas las marcas de perfume y ropa, no obstante, parecían demasiado frívolas para ser correctas. ¿Qué aspecto de su vida privada las chicas resguardaban mejor? Chicos. Relaciones. Will lo sabía por los amores adolescentes que Violet confesaba en su diario (Finch, Troy Barnes), una de las

lecturas obligadas de su mamá. La contraseña de Rose tenía que implicar a su novio. Estaba seguro.

—¿No encontraste sus CD? —le preguntó su padre.

Negó con la cabeza.

—Escuchaba música de archivos en su computadora. Se los llevó todos.

Douglas resopló.

—Entonces no hay manera de saber sus canciones favoritas.

—Seguro ahora le gustan otras cosas —afirmó, tenía en mente el diario de su embarazo—. Por qué no intentas con el nombre de un lugar para acampar o un sendero.

Consultaron mapas en internet del parque estatal de Minnewaska, la reserva Mohonk, entre otros. Ninguno de los dos reconoció cuántos años habían transcurrido desde que habían paseado por esos senderos.

—A ver, EchoRock —Will sugirió.

Douglas hizo un sonido de fallo de un videojuego.

—Guaa, guaa.

—¿CastlePoint?

—No creo.

Todas sus apuestas fallaban.

—Recuérdame cuál era la clase favorita de tu hermana cuando se cambió de carrera.

—Alguna en el departamento de ciencias.

Se sonrojó de nuevo. ¿Por qué no había puesto atención aquella noche que había vuelto emocionada, meciendo su cola de caballo, de la oficina de inscripciones? Porque habían cambiado de tema de inmediato. Todavía recordaba el sermón de su madre durante la cena sobre por qué tenía que volver a Teatro: *Rosette, es francamente egoísta desaprovechar las oportunidades que tienes. Podrás gritar a los cuatro vientos que es tu vida y tu decisión. Sin embargo, muchas personas — profesores y agentes— se esforzaron mucho por ti. Los decepcionarías también, es una cubetada de agua fría.*

De pronto recordó el horario que había tomado.

Subió las escaleras a la canasta de la ropa sucia, esperaba que su madre no hubiera lavado sus pantalones de pana. Seguían ahí, debajo de varios calzones blancos y calcetines de rombos sucios. Desde la crisis de Violet, su madre no sólo había descuidado el trabajo escolar. Sacó la hoja de papel del bolsillo y volvió a toda velocidad a la oficina, su papá seguía meciéndose en su silla y mordiéndose el interior de la mejilla.

—Es su horario de clases, no dice su carrera, sólo las clases —le pasó la hoja a su papá.

—Léemelas mientras busco las clases en la página de SUNY.

—ENG393.

—Tiene que ser una clase de Literatura, ¿alguna otra que parezca de Ciencias?

—¿BIO220?

—Bien, biología. No es. ¿Algo más?

—¿GLG293?

—Geología, ya me acordé.

Will también recordaba. *Discúlpame Rose*, se había reído su madre. *Es que no lo veo, de verdad. ¿Quieres trabajar para qué? ¿Para la industria del petróleo? ¿Estás consciente de que podrían enviarte a Nigeria o a algún lugar primitivo y aceitoso a miles de kilómetros de distancia de tu amado mostrador de maquillaje de Clinique?*

—¡Sí! ¡Entré! —gritó Douglas, golpeó el escritorio con la palma de la mano para festejar.

—¿La contraseña era *geología*? —no le cuadraba.

—No, la clave de la materia: GLG293.

—¿En serio? —frunció el ceño.

Hubiera apostado a que su clave tenía valor sentimental. Porque una clase favorita era sólo una clase. Era raro que las personas utilizaran contraseñas que les recordaran tiempos de entrega y tareas, más bien elegían una persona, un lugar, el cumpleaños de un novio, algún recordatorio con mayor importancia.

Desalarse: sentir vehemente anhelo por algo o alguien.

—¡Ay, no! —Douglas se quejó—. No, no, no, no.

Sintió escalofrío en el cuero cabelludo y se le durmieron los hombros. Supo de qué se trataba tan pronto vio la pantalla. Había páginas de correos no abiertos. Cientos, miles incluso. Desde correos personales a recordatorios de solicitudes de Facebook.

—¿A cuándo se remontan? —preguntó.

Pero conocía la respuesta. Databan del año pasado cuando había «huido». Ahora tendría que pensarlo así, entre comillas irónicas. El libro de gramática que su madre y él consultaban, establecía que «las comillas se usan para indicar sentidos irónicos». Siempre le había llamado la atención. Ahora, en el caos desolador de la oficina de su padre, de pronto lo comprendió. No existía nada más irónico que un término que tuvieras que encerrar para distanciarte de él.

Violet Hurst

Había escuchado la conmoción en la madrugada y había asumido que se trataba de un nuevo ingreso. En los últimos días, habían internado a pacientes sin tregua.

Tal vez era por la luna llena. O quizá, todos se habían tomado la misma dosis de estimulantes, impredecibles y traicioneros. Cualquiera que fuera la causa, la gente llegaba en un estado catatónico, de modo que tenían que alimentarlos en la boca y bañarlos. También llegaban maníacos e insomnes al grado de ser peligrosos, se sentían perseguidos. Violet había escuchado la estampida de pasos y había asumido que la crisis involucraba a algún adicto a las sustancias. Había hundido la cara en el colchón y se había tapado los oídos con las manos. No fue sino a la mañana siguiente que se enteró de las grotescas noticias.

Jocelyn, Corinna y Helen estaban hablando en una mesa, cada una tenía enfrente una charola con esos hot-cakes diminutos con textura arenosa (no les hacía ningún favor la miel maple porque sabía a salsa de soya). Violet metió una pierna encima de la banca y se sentó con ellas.

—¿No te has enterado? —le preguntó Corinna.

Le dio un trago a su café pálido y tibio y sacudió la cabeza.

Jocelyn puso los ojos como platos, dejó de chuparse las puntas del pelo.

—Edie intentó suicidarse.

Se le encogió el estómago. Tal vez haya respondido: ¿Qué?

—Yo estaba dormida —explicó Helen—. Edie le arrancó la espiral a su cuaderno y se cortó la muñeca con la parte afilada. Lo hizo con tanta fuerza que le cortó la piel y parte de una vena. Cuando desperté, había sangre en todos lados.

Violet dirigió la mirada al vaso de jugo de jitomate de Jocelyn, adquirió un aroma demasiado fuerte y un aspecto sangriento.

—¿Está bien? —preguntó.

Helen se encogió de hombros y se abrazó.

—Eso dicen.

—¿No está aquí? —le temblaba la voz, sobre todo al pronunciar las consonantes. Se escuchó y se dio cuenta de que estaba intentando no llorar.

Jocelyn tenía los ojos bien abiertos.

—Creemos que se la llevaron para que la cosieran.

Estaba furiosa, se sentía traicionada. Si bien quería a Edie, de pronto se sintió

incapaz de relacionarse con ella. Parecían tener mucho en común, salvo por las tendencias suicidas. La habían atraído las drogas y el *sallekhana* porque le habían parecido la única forma de paliar la crueldad de su madre. Lejos de Josephine, la vida se le antojaba posible, incluso emocionante. Quería vivir. Ahí radicaba su anormalidad en Fallkill. Quería a Edie y a Corinna pero no era como ellas, necesitaba irse.

Violet acudió a terapia y exigió conocer el estatus de su solicitud.

—Sólo necesito revisar tu expediente con algunos de mis colegas —dijo psicoSara.

Se contuvo para no poner los ojos en blanco a la mención del expediente. Todo iba directo al famoso expediente: lo que comía, decía, su aspecto, con quién hablaba. La gente la observaba todo el tiempo y tomaba notas de sus actividades.

—¡Estoy mejor! —insistió—. No he tenido reminiscencias del viaje de ácido. No he querido lastimarme. Que yo sepa, nadie ha presentado cargos en mi contra por lo de Will.

—Entiendo —respondió—. Necesito que seas paciente mientras se resuelve el papeleo. ¿Podrás?

Asintió.

—¿Estás segura de que no te sientes muy vulnerable como para volver a casa? Tu amiga intentó suicidarse anoche. Llegaste aquí llorando furiosa.

—Por favor no me lo recrimine a la hora de tomar su decisión. No sería humana si no me mostrara afectada por lo que le pasó a mi amiga, ¿o sí?

—No —respondió psicoSara—. Tienes razón, por supuesto que te sientes mal. Estás lidiando con emociones auténticas y con la vida real. Es una señal positiva. Estás relacionándote con las personas de forma honesta, sin mentiras, a pesar de que nada te garantiza que funcionará. De eso se trata la intimidad.

—¡Tienes correo! —le informó la enfermera cuando la vio volver a su habitación con los ojos rojos e hinchados. El chiste era pésimo, fue incapaz de esbozar una sonrisa amable.

El sello, el sello maldito y cursi. Como ya estaba agotada, se sintió incluso ofendida por la clave de sol del sello. Era una declaración tan arriesgada, una responsabilidad tan evidente, que no estaba segura de estar dispuesta a responder.

Dios, se moría por una ayudadita en forma de algún químico. Deseaba prender algo, lo que fuera, y darle una jalada tras otra, una jalada tras otra. Necesitaba que invadiera su flujo sanguíneo, que le cambiara el filtro del cerebro, la nivelara y la

enviara a un estado inconsciente muy lejano.

Dadas las circunstancias, tendría que conformarse con cigarros. Se acomodó la carta en la pulsera y salió con una cajetilla que Edie le había regalado de su paquete interminable. Le dio dos fumadas rápidas y profundas a un cigarro y de inmediato se sintió peor. Observó cómo se enroscaba el humo y volteó la carta por el derecho y el revés, deseaba prenderle fuego y presenciar cómo toda una vida disfuncional se quemaba y se convertía en cenizas.

Le ganó una inapropiada sensación de lealtad y con torpeza abrió el sobre con el dedo.

Vio la tinta azul y la letra derecha como una regla de Rose: *Querida Violet. Damien y yo lo hemos discutido... Si necesitas dónde quedarte, ¡eres bienvenida!*

William Hurst

A lo mejor cambió su correo —Will sugirió. Se dio cuenta de que consolar y levantar el ánimo era su tic nervioso. De cualquier forma la propuesta tampoco era descabellada.

Su padre negó con la cabeza y se irguió en su silla de oficina.

—De cualquier forma habría leído por lo menos algunos. Le hubiera escrito a alguien en su lista de contactos para darles su nuevo correo. El último correo enviado también corresponde a octubre.

—¿Qué vas a hacer?

Douglas separó la silla de su escritorio, se inclinó y puso las manos en las rodillas.

—Es hora de volver a la policía —dijo al tiempo que se mecía de forma rítmica, tenía una cara de hastío—. Hace un par de meses casi contrato a un investigador privado. Todo el mundo decía que no volvería a menos de que le diéramos espacio. Tu madre y yo decidimos que era mejor enfocar nuestros recursos y atención en Violet y en ti. Tener en cuenta el futuro, nos dijimos, dejar de vivir en el pasado.

Sintió la boca seca. Deseaba que el tiempo a solas de su madre terminara pronto. Su padre y él no estaban calificados para lidiar con este descubrimiento ellos solos.

—¿Entonces Rose está desaparecida de nuevo? —preguntó.

—No, si está desaparecida siempre lo ha estado.

Se talló los ojos, tenía mucha comezón. El polvo en la oficina de su padre le estaba afectando.

—No —dijo—, está por ahí. Le está escribiendo cartas a Violet.

—Ya sé —Douglas respondió.

Intentó no mostrar su sorpresa. Siempre había pensado que su padre era el último en enterarse de las noticias que el resto de la familia ya conocía.

—¿Has leído esas cartas?

—No.

—Ni yo.

—¿Crees que esto tenga que ver con su novio Damien?

—No sé, no sé nada de Damien. ¿Tú?

Se señaló con el dedo y levantó las cejas.

—¿Yo?

Douglas lo seguía viendo.

—¿Tu madre te ha contado algo sobre él?

—Sólo que se portó muy grosero cuando la llamó aquí el año pasado. Damien la insultó, le dijo que Rose la odiaba.

—Sí, recuerdo lo molesta que estaba.

—Pues revisemos sus correos —propuso—. Damien tiene que aparecer en alguno, podemos encontrarlo y escribirle.

Douglas se pasó los dedos por el pelo.

—No sé, Will. No creo que debamos leer sus correos, por lo menos no hasta que llamemos a la policía. El año pasado nos aconsejaron que no jugáramos sucio, que no hiciéramos nada sospechoso. ¿Cómo le llamarías a esto? —hizo bolas la hoja de papel en donde habían anotado las contraseñas incorrectas y frustrado, la aventó—. Hemos perdido un año. Si este tipo Damien está lastimando a Rose... si se la llevó en contra de su voluntad... si la está presionando... Entonces le hemos dado todo un año para cubrir sus huellas de forma que nunca lo podamos acusar de nada.

En el fondo se escuchó el sonido de las llaves del coche de su madre al golpear el tazón de cristal en la mesa de la entrada. Se le quitó un peso de encima cuando escuchó sus pasos en la madera.

—Me preguntaba en dónde estaban —dijo Josephine. Tenía rizos grandes, flexibles, recién salidos del salón, y exudaban un peculiar aroma a químicos. Le llevó un segundo darse cuenta del cambio.

—Eres rubia.

Josephine levantó la mirada y se rió.

—Qué exagerado, es un tono un poco distinto. La estilista me dijo que las mujeres de mi edad siempre cometen el error de teñirse el pelo más oscuro, aunque de hecho, los colores claros rejuvenecen.

—Está bonito —dijo Will.

—Gracias, mi vida —le dijo complacida, se agachó para darle un beso—. Me alegra que alguien se dé cuenta —se aclaró la garganta mientras miraba a Douglas.

Su padre ni siquiera levantó la vista de la pantalla. Pestañeó despacio y con dificultad.

—Jo, Rose no ha abierto su correo en un año.

—¿Qué? No —se le desfiguró la cara. Absorta en la pantalla, se acercó y puso una mano en el respaldo de la silla de Douglas.

Su padre se puso de pie y sacó su celular.

—¿Qué estás haciendo?

Josephine movía el dedo del medio en el ratón.

—Leyendo los correos, creo que debemos hacerlo, ¿no?

—Jo, espera a la policía —respondió, la quitó del teclado y cerró la sesión.

—De acuerdo —estaba temblando—. Damien está detrás de todo esto, lo sé. Tenemos que hacer algo. ¿Qué puedo hacer? ¿Y si pido su historial crediticio? —

lanzaba preguntas al aire hasta que aceptara alguna—. Sería útil, ¿no? Las finanzas no mienten, según nos dijeron el año pasado. ¿Sería útil, Douglas? ¿Hola? ¡Responde!

—Sí Jo, está bien. Por favor hazlo —sus palabras eran entusiastas pero su voz manifestaba su molestia porque Josephine lo había desconcentrado.

Cisma: escisión, discordia.

Douglas salió al pasillo y Josephine se apropió de su silla y tecleó «historial crediticio» en Google.

—Qué idiota —exclamó—. ¿Por qué no se me ocurrió hace meses? Espera aquí —le pidió, la pantalla desplegó una página que aseguraba resultados rápidos y seguros provenientes de tres instituciones distintas.

No sabía cómo ayudar, tenía el pecho oprimido. El corazón no le palpitaba rápido sino que cojeaba a un ritmo desigual, como un lisiado que intentaba correr.

—¿A dónde vas? —le preguntó.

—Por el número de seguro social de Rose.

Volvió de inmediato.

—Ay, mi vida —se dio cuenta de que jugaba nervioso con un saca grapas—, no pasa nada, de verdad. Siéntate, lo que nos faltaba es que tuvieras un ataque.

Su madre bajó un poco la pantalla de la laptop y tecleó el nombre completo y el número de seguro social de Rose. Cuando ella se inclinó para teclear, Will percibió el embriagante aroma a salón de belleza. Se le ocurrió que había intentado lucir más atractiva para su padre, estaba desesperada por recuperar un aspecto de la vida que había tenido A.D. (*antes de enloquecer*, en el caso de Violet, *antes del crimen*, en el de Rose).

—No es infiel —le dijo al oído, por si su padre estaba cerca—. Llega tarde porque está en juntas de Alcohólicos Anónimos. La persona a la que siempre le habla se llama Kerry, es su padrino.

La sonrisa de su madre era como un rayo de luz, lo mejor que había visto en todo el día. Recargó la cabeza hacia atrás en señal de alivio eufórico. Se agachó y le puso las dos manos en la cabeza. Le llenó el pelo de besos y le retiró el fleco de los ojos.

—Shhh —se llevó un dedo, con manicure, a los labios.

Asintió, entendió que quería que su padre se lo dijera.

—Will, sobre el historial crediticio: mientras más, mejor. Veamos... el puntaje de Rose es 700, alto. Sacó dos tarjetas de crédito cuando se fue. Tiene una deuda de dos mil dólares, pero no ha excedido su crédito.

Encogió los hombros.

—Dos mil dólares parece bastante. ¿Son malas noticias? —preguntó.

—Todo lo contrario. ¿Ves esto? Paga las tarjetas a tiempo y las sigue usando.

—¿Entonces Damien no la lastimó? ¿Se encuentra bien? —el año pasado, cuando

el caso por su desaparición estuvo abierto, los Hurst habían utilizado *bien* como sinónimo de *viva*.

—No lo sé, tu hermana nos sacó de su vida. Por lo menos según esto, no está muerta en una coladera. El año pasado la reacción de tu padre fue exagerada, convirtió un conflicto familiar común y corriente en el suceso del año y todo el mundo se enteró. No le voy a permitir que reaccione igual. No les voy a dar el gusto a Rose ni a su noviecito —la pantalla le indicó un error y emitió un gruñido de frustración—. La impresora no tiene tinta. Enséñame a cambiar el cartucho. Ya, por favor. La policía querrá ver esto.

Violet Hurst

Rose le había pedido que se mudara a su casa. Se trataba de la promesa dorada, era un sueño hecho realidad, se había ganado la lotería. Le dio la impresión de que bien podría haber recibido un sobre que contuviera un mensaje que le ofreciera cambiar su vida con tan sólo seleccionar la opción deseada.

La carta de su hermana leía: *Parece que odias a mamá. ¡Sal de ahí! ¡Quédate con nosotros! Te ayudo a inscribirte a la escuela, a encontrar un trabajo. Resolveremos lo que sea necesario. Llámame cuando salgas del hospital para acordar en dónde reunirnos. Sería increíble, ¿no? Podremos leer Garfield hasta cansarnos. Ya no tendrás que retroceder tu reloj.*

Las últimas frases eran chistes entre ellas. De niñas, su madre les prohibía leer las tiras cómicas de *Garfield* porque, en sus palabras, «glorificaban la haraganería». A los seis o siete años, Violet había retrocedido su reloj de Mimí, creyendo que con ello, retrasaría la hora de la tensa cena familiar.

La carta concluía con su salvación: su teléfono. Los nueve dígitos bien pudieron haber sido la combinación de un candado (uno viejo y grande como el que tenía en el casillero del gimnasio de la escuela). En términos metafóricos, llevaba un año manipulándolo y golpeándolo, al tiempo que se imaginaban cómo sería llevarse bien con su hermana, la cual la ignoraba o la odiaba. De repente: ¡ábrete sésamo! El candado se había abierto sólo como si se hubiera descompuesto. Rose le había entregado su libertad y una relación fraternal sin competencias ni peleas.

Tenía la impresión de que debía estar emocionada. Rose le estaba ofreciendo su casa cuando más la necesitaba. De todas formas no podía evitar seguir molesta. Cuando leyó su carta más reciente, había querido encontrar cierto consuelo. Había deseado que fuera consciente de su dolor y que reconociera que su madre siempre las había tratado diferente. Hubiera querido que le escribiera: *Sí, sé que a ti te fue peor. Me daba cuenta, entiendo tu dolor.* Al margen de los chistecitos tontos, la ponía furiosa que le siguiera siendo leal a Josephine. ¿Qué tal que llegaba a Manhattan y se daba cuenta que seguía confabulando con su madre?

Acababa de apagar su cigarro cuando Edie salió por la puerta del patio. Tenía la mirada en el piso y caminaba con paso lento y atento por el pavimento. Se volvió tímida al ver a Violet.

—¿Te robo uno? —le preguntó, dirigiéndose a la cajetilla más que a ella.

—Son tuyos.

Edie intentó sonreír.

—En ese caso, ¿me das uno?

Tuvo que prendérselo con un cerillo porque tenía el brazo izquierdo momificado por completo hasta la mano. Era impresionante: la venda cubría una herida grande. Edie no se había cortado la muñeca sino todo el brazo. Le dolía el antebrazo como si fuera una caries por el simple hecho de ver el vendaje.

Le dio una fumada al cigarro y se lo pasó a Edie con dos dedos.

—¿Cómo te sientes? —se animó a preguntarle.

—De hecho, me muero de vergüenza.

—Si te sirve de consuelo, creo que todos aquí lo hemos intentado. Todos hemos estado en tu lugar.

Edie asintió aunque no se le veía tan convencida.

—Nunca lo había hecho así antes.

—¿Cuál es la diferencia?

—Me exprimió más. En la tele siempre dicen que se trata de algo muy íntimo que implica pasión y enojo. Ahora lo entiendo.

La invadió el pánico. Se preguntaba si quien había lastimado a Will lo odiaba tanto como gente como ella y Edie se odiaban a sí mismas.

—¿Qué es eso? —le preguntó Edie.

—Otra carta de mi hermana.

Edie asintió.

—¿Te dice algo sobre esa noche? ¿Crees que parodió *Kill Bill* con tu hermano?

—¿*Kill Will*? Qué chistoso —volteó el sobre y recorrió el sello con el dedo—. No sé. Todavía no menciona a Will. Me preguntó si me quería quedar en su casa cuando salga.

—¿Te van a dar de alta?

—A lo mejor, eso espero. PsicoSara es bastante ambigua, dice que depende de los trámites.

Subió un pie al asiento de su silla y dejó caer la ceniza del cigarro en una actitud reflexiva.

—Mudarte con Rose resolvería varios de tus problemas. Por lo menos no tendrías que volver a casa con esa lunática y mitómana.

A menos que Rose y Damien resultaran ser unos lunáticos.

—Es demasiado para digerirlo. No quiero ser suspicaz. Es sólo que cada vez que alguien en mi familia actúa de ese modo lo hace por interés.

—Crees que oculta algo —dijo Edie mordiéndose el labio—, entiendo.

—Además la oferta es excesiva, de repente, de la nada.

Edie la consoló apretándole el hombro.

—Lo vas a resolver, tienes tiempo.

Violet apretó la esquina de la carta de Rose.

—Me temo que no.

William Hurst

Toma Douglas —su madre le entregó el historial crediticio de Rose.

—Magnífico —le respondió, ausente—, se lo enseñaré a la policía cuando llegue a la delegación.

—No te lo metas al bolsillo. Revísalo. Rose ha pedido tarjetas de crédito nuevas. Es una señal positiva, ¿no crees?

—Fantástico —respondió con un tono de voz plano—. Me aseguraré de que lo revisen. ¿Se te ha ocurrido que Damien pudo haber abierto sus correos?

—¿Ya te vas? ¿No puedes ir mañana?

—Les dije que iría esta noche.

—¿Y la cena? Deben estar hambrientos.

Will asintió.

—Yo sí, estoy famélico.

Douglas le dirigió una mirada si no asesina, por lo menos mutiladora.

—Di que tienes hambre y punto —le dijo entre dientes.

—¡Significa lo mismo! —la voz de Will era como el chillido de un lechón.

—Tiene razón, Douglas, por favor. Me queda claro que no te apasiona la etimología —le guiñó el ojo a Will y se rió con amargura.

Incluso Will reconocía el esfuerzo desmedido: su madre se había esmerado demasiado en poner la mesa, había servilletas de tela y tazones para sopa montados en platos decorativos.

—Josie, por favor —dijo su padre—. No tenemos tiempo para esto.

—Ay, si sólo es sopa recalentada. Ya está en el microondas. ¿Quieres una copa de vino? —lo dijo con una sonrisa descarada—. ¿O algo más?

—No Jo, sólo quiero ir a la Policía. ¿Estás intentando que llegue tarde? ¿No te preocupa Rose?

—No seas ridículo, claro que sí. Mi prioridad es Will. ¿Si estás tan preocupado por que no te vas poniendo los zapatos para ganar tiempo? Comeremos rápido, como si fuéramos trailers, y nos vamos. Quiero que Will coma. Tengo una teoría sobre el nivel de azúcar en la sangre y los ataques.

Entró en pánico. No le había contado a su mamá sobre su paseo al loquero, sobre la teoría demente del Doc Martin según la cual el sistema límbico de su cerebro respondía al trauma y al miedo alterando su sistema nervioso. A su papá le esperaba

una regañiza por restarle autoridad a su madre.

—Ven —lo llamó Douglas.

Cuando se puso sus zapatos Hush Puppies, se sintió atontado, cargado como una mula. Como si llevara encima el nerviosismo que sus padres no demostraban.

—Toma —le aventó las llaves del coche.

No las atrapó y se cayeron al piso.

—Hay que esperar a mi mamá.

—Calienta el coche.

—No sé cómo.

Douglas no ocultó su frustración.

—Sólo mete la llave en el hoyo y gírala.

—¿Qué tal si... el coche arranca sin querer?

—Will, el coche no se va a mover a menos de que metas una velocidad.

—Ah —la vergüenza creció en su estómago como si fuera una flor venenosa. A lo mejor la educación en casa no era tan efectiva.

Odiaba el garaje de noche. Hacía un frío como de morgue y el parpadeo de las luces fluorescentes le otorgaba una sombra pálida e irreal a todo lo que tocaba. Se dirigió al coche de su papá e intentó no ver las rayaduras violentas en la puerta del conductor. Al acercar la mano a la manija, le llamó la atención su reflejo en la ventana convexa. Creyó ver algo (una sombra) que se movía a sus espaldas, pero cuando volteó no había nadie. Sólo había un montón de palas para la nieve, rastrillos para el jardín y una pila de basura para reciclar (mal lavada y apestosa): el desastre que sus padres querían ocultar. Metió la llave y puso en marcha el motor. Abrió la puerta del garaje y regresó a la casa.

De vuelta al comedor, tres tazones humeantes esperaban en la mesa. La sopa era de coliflor. La escena era un réplica de la fábula de los tres ositos, excepto que dos lugares tenían dos copas de vino blanco.

Miró a su mamá de reojo, levantó las cejas. Intentaba comunicarse por medio de telepatía. Intentaba decirle: ¿Recuerdas? ¿Ya se te olvidó lo que te dije en el despacho de papá sobre su problemita?

Josephine se limitó a sonreír y a levantar una cuchara. Por si acaso le pidió (lo obligó, más bien) que le pasara el pan a su papá.

Obedeció. La sustancia espesa e incolora absorbió su cuchara.

—Está deliciosa —aseguró, aunque no era su favorita. Seguía con cuidado las estrictas directrices de su madre para comer sopa: recorre el tazón de adelante hacia atrás, dale un sorbo a la cuchara inclinada. ¡No hagas ruido!

—¿Es congelada? —Douglas preguntó.

Josephine lo ignoró.

—¿Por qué es tan urgente ir a la Policía? ¿No nos van a ver como tontos alarmistas que bien pudieron llamarles?

—Vamos a ir porque lo exigí. Quiero cerciorarme de que lo tomen en serio. Quiero la certeza de que es prioritario.

Josephine lo miró incrédula.

—¿Qué vas a decirles? ¿Que Rose no ha revisado su correo?

—Entre otras cosas. ¿No les sabe raro? —se lamió los labios con desagrado, encogió la nariz—. ¿A jabón? ¿Acabas de lavar estos tazones?

Will negó con la cabeza. A él no le sabía raro. Se llevó otra cucharada a la boca y masticó un trozo de coliflor.

Josephine partió un pedazo pequeño de baguette con una fuerza excesiva.

—Te estás volviendo loco, ¿qué otras cosas?

—La secadora de Rose —intervino Will— se le olvidó.

Josephine frunció el ceño.

—Un momento, no entiendo. ¿Su secadora? ¿Qué me estoy perdiendo? ¿Will? ¿Douglas? Tu hermana, nuestra hija, se llevó su laptop, su teléfono, su maleta y su cepillo. Empacó y nos abandonó. Se fue. ¿No nos quedó claro el año pasado? Me refiero a que... esta situación es como un *dèja vu* de nuevo.

No era común en ella que fuera reiterativa y Will no se atrevió a corregirla para decirle que *dèja vu* implicaba «de nuevo».

—Una tontería que escuchamos en el radio —murmuró con la vista en el piso—. Dijeron que las mujeres no pueden vivir sin sus secadoras.

Josephine tenía el codo recargado en la mesa, su mano apretaba la cuchara.

—Ni siquiera voy a mencionar lo sexista del comentario. Y tú, Douglas, vagando en la casa en un día laboral, recolectando supuestas pistas. Por favor. Sherlock Holmes, el borrachín y su Watson retrasado —se cubrió la mano con un gesto coqueto que no correspondía a su risa brutal y grave—. ¡Ups!, ¿en serio lo dije?

Befar, una palabra que indica acción: burlarse.

Will le ayudó a limpiar la mesa para demostrarle que no era una carga. A solas en la cocina, esperaba que admitiera que lo había insultado. No lo hizo, así que levantó la copa de Douglas.

—¿Qué hago con esto?

—¡Ay, Will! —la tomó y le besó la frente con fuerza—. No puedo creer que se la haya servido. Me imagino que fue por costumbre. Aunque cuando la serví, se me ocurrió ponerlo a prueba, para ver qué tan en serio se está tomando su experimento en AA.

La delegación no estaba lejos, sin embargo el tramo de la carretera estatal daba miedo en la noche. En la parte posterior, Will iba sentado en medio, se asomaba para intentar ver venados en la carretera. Rezó Aves Marías cuando pasaron por cuatro monumentos. Era difícil determinar por qué en este tramo ocurrían tantos accidentes.

Tal vez por el límite de velocidad, 80 significaba 100, y la línea punteada del centro indicaba que muchos circulaban a 130 km. Incluso esa noche, los conductores parecían dirigirse directo a ellos, las luces lo deslumbraban. En el último minuto, tocaban el claxon y giraban bruscamente.

Josephine se inclinó y tomó el volante con una mano.

—Douglas —le dijo con suavidad.

—¿Quéee? —sonaba flojo, somnoliento.

—Douglas estás invadiendo el carril contrario, por favor, detente aquí.

Quitó el pie del acelerador y Josephine lo ayudó a llevar el coche a un estacionamiento vacío. Le desabrochó el cinturón y despacio, su padre puso el coche en punto muerto.

—¿Qué está pasando? —Douglas preguntó en el mismo tono lento, ronco, arrastrando las vocales.

—Lo mismo te pregunto —su madre dijo molesta, se desabrochó el cinturón—. ¿Bebiste antes de la cena? —abrió la puerta; al caminar frente al coche, el aire le abrió el abrigo.

Su padre sí parecía estar borracho, sobre todo porque se pegó en el marco de la puerta al salir. Cuando las luces de los coches los alumbraron, vio a su padre recargándose en Josephine como un niño mientras ella lo guiaba para esquivar un bache en la tierra. Se le atoró una piedra en el zapato y se le dobló el pie. Aterrizó en el toldo con torpeza, tenía los ojos prácticamente cerrados. Josephine volvió a sostenerlo y lo ayudó a recuperar el equilibrio.

—Mamá, ¿está bien papá? —le preguntó cuando lo hubo acomodado en el asiento del copiloto, con el respaldo recargado hasta atrás.

—Está bien, es un imprudente y egoísta, pero está bien —azotó la puerta y volvió al asiento del conductor. Hizo el asiento hacia adelante para estar más cerca del volante—. ¿Qué clase de persona se emborracha antes de ir a la Policía?

Recordó el discurso de su padre sobre cómo el alcohol se apodera de las funciones del cerebro que se encargan de tomar las decisiones.

—Supongo que un alcohólico.

—Pues sí —respondió su madre con sarcasmo.

Buscó una estación de radio en la selección de Douglas, sonaba «The Weight» en dos estaciones. Era una de las favoritas de Will, el himno no oficial de la región sobre un héroe local, Levon Helm. Su madre la repudiaba. Cambió de frecuencia, y sintonizó una estación de música clásica en A.M. Un chelo potente invadió el coche.

Will miró a su padre. Estaba hundido y torcido en el asiento.

—Lo que no entiendo es por qué si no se tomó el vino en la cena y no bebió en todo el día...

—Ay Will, eres tan ingenuo. Recuerdo cuando me engañaba como a ti. Podría dibujar un mapa de todos los lugares en los que esconde alcohol en la casa —prendió el coche y tomó la carretera en dirección contraria—. Vamos a llevarlo a la casa y

volveremos. Podríamos dejar que se le baje en el estacionamiento, aunque si alguien lo viera en este estado... en una delegación...

No terminó la frase. Se quedó pensando en la respuesta. ¿Volverían los trabajadores sociales? ¿Se lo llevarían? Se hundió en el asiento y vio las cruces en el camino. *Crux* era cruz en latín. Su madre se lo había enseñado. En inglés, era un punto decisivo, crucial... también algo desconcertante.

A lo largo de doce años, había visto a su padre en casi todas las variantes pacíficas de la embriaguez. También descuidado y torpe. Una vez lo había visto llamar a un número que prometía «cinco cómodos pagos de 49.99». Muy a menudo, lo había visto roncar frente a la tele con una botella de vino enorme. Nunca en la vida lo había visto en el estado comatoso en el que se encontraba. No estaba seguro de que estuviera respirando, quiso inclinarse para revisarle el pulso. Lo intentó pero el cinturón se lo impidió.

—William —le dijo su madre en tono amenazante—, el cinturón. A menos de que quieras morir por heridas internas. —Prendió las luces altas que rebotaron en una pared de niebla.

Cerró los ojos y se aferró a su lugar.

De regreso a su casa, en el garaje, Josephine lo apresuró para que se subiera a su coche.

—Vamos —insistió cuando lo vio volteando a la camioneta de su papá.

—¿Y papá? ¿Por qué no lo metemos?

—No tenemos tiempo, además, no podría cargarlo aunque quisiera —suspiró y apretó la mandíbula—. A menos de que quieras cargarlo tú.

Aunque era una pregunta retórica, sacudió la cabeza.

—Va a estar bien, se le pasará. Es lo mejor, en serio.

No le parecía lo mejor. Estaban a finales de octubre, justo en el momento en que el veranillo helaba la temperatura. Según el tablero del coche de su madre, la temperatura afuera casi llegaba a menos cero.

En cualquier caso, su madre tenía razón. No había manera de sacar a su padre del coche. Observó la puerta del garaje descender mientras salían en reversa. Rezó para que estuviera bien a su regreso. A pesar de todo —el viaje al consultorio del Doc Martin y su persistencia sobre regresar a la escuela pública—, se sentía más cercano a su papá. *Por favor, por favor, no permitas que le dé una sobredosis o se muera de frío. Por favor no permitas que se ahogue con su propia regurgitación de sopa de coliflor.*

La delegación se ubicaba cerca de la zona costera. Observó las luces de la calle reflejadas en la superficie del agua, formaban columnas onduladas de una luz dorada.

Ver el río Hudson de noche, tan oscuro e infranqueable, le producía cierto efecto. Incluso en el verano, nunca era una masa de agua en la que se te antojara entrar con los pantalones subidos a las rodillas. Era más bien un sitio donde iban a parar los despojos: un contenedor de armas asesinas, aguas residuales y PCB.

El año pasado los Hurst habían evitado pensar en ello, no obstante, la policía les había garantizado que las desapariciones no eran frecuentes en la región. Al 99.9 por ciento de las chicas desaparecidas (la mayoría adolescentes), las encontraban llevando un estilo de vida destructivo, el cual implicaba deudas relacionadas con drogas, la profesión más antigua del mundo y novios con un nivel de inteligencia más bien bajo. El .1 por ciento restante terminaba descompuesto río abajo. Era la segunda vez en un año que deseaba que Rose se encontrara sana y salva y no en esa extensión negra de río.

Cuando entraron a la delegación, no parecía que nadie los estuviera esperando. Esperaron durante treinta minutos en una habitación del tamaño de una caja de zapatos mientras varios policías interpretaban lo que su madre denominaba «el baile del agua»: asomaban las cabezas rapadas por la puerta y les preguntaban si querían agua. También decían variantes de: «Estamos hasta el tope esta noche. Unos minutos más, de verdad. ¿Quieren té mientras tanto?». Cada vez que les preguntaban, su madre negaba con la cabeza de forma amable y se dirigía a ellos por su nombre: «No, gracias sargento Flynn» o «Estamos bien Capitán Rossi».

Uno de ellos le dijo: «Estamos esperando al detective Donnelly. Está más familiarizado con el caso de su hija».

Josephine asintió, lucía más preocupada de lo que había estado en la casa. Jugueteeó con su anillo de casada y se levantó el dobladillo de su vestido beige, el cual emulaba con gusto el nuevo tono de su pelo.

—¡Ay, Will! —le dijo—. No sé qué haría si Rose no se encuentra bien.

—Seguro que está bien —le dijo en automático, le puso la mano encima de la suya, que estaba helada. No tenía idea de que lo que había dicho fuera cierto.

Will había estado esperando a un detective que se pareciera al director de su antigua escuela: voz estridente y aire autoritario del que nunca se desprendía. Por el contrario, Donnelly hacía pausas reflexivas y tenía una expresión de angustia. Daba la impresión de ser de las personas que había marcado la fecha de su retiro en su calendario.

—Entiendo que le preocupa su hija —le dijo Donnelly. Olía a libros antiguos y a aromatizantes con olor a pino.

—A lo mejor estamos exagerando —le aseguró Josephine—. Sucede que mi esposo consiguió entrar a la antigua cuenta de correo de Rose y se encontró con varios mensajes sin leer.

No había abierto ninguno de los mensajes, ninguno. Will pensó. Según las reglas

de su madre, los niños no debían meterse en las conversaciones de los adultos. Se limpió la garganta. Josephine le dirigió una de sus miradas.

—Disculpen —dijo.

—¿Y su esposo? —Donnelly preguntó.

—Se quedó en la computadora haciendo su labor de detective. Quiso esperar hasta recabar más información del novio de Rose, Damien.

—¿Me podría decir su apellido? —le pidió Donnelly—. No figura en el reporte del año pasado.

—Koch —aseguró—. Por lo menos fue lo que me dijo el año pasado cuando me llamó. También conseguí el historial crediticio de Rose —deslizó el papel por el escritorio—. No puedo creer que no se me ocurriera antes.

Donnelly no dijo nada mientras estudiaba el documento.

—¿Rose ha contactado a alguno de ustedes?

—Le ha escrito a mi hija menor. No sé desde cuándo.

Donnelly asintió con cara de póquer.

Josephine se llevó la mano a la nuca.

—En lo personal, sé muy poco de computación. Es imperdonable, lo sé, dada la aptitud de mi esposo. Me preguntaba qué tan precisos son esos buzones. Mientras lo esperábamos, se me ocurrió que a lo mejor Rose borra los correos que envía. No me perdonaría haber venido a quitarle el tiempo.

—Es usted madre —le dijo Donnelly—, su labor consiste en preocuparse. Sólo para dejarlo claro, ¿estos correos son el único factor que los alertó sobre la posibilidad de que su hija haya vuelto a desaparecer?

—Dejó su secadora de pelo —Josephine añadió con las palmas hacia arriba, como para dejarle ver que sabía que era una tontería—. Es evidente que la olvidó el año pasado, cuando se llevó los artículos grandes, como seguro recuerda —volvió a mencionar la famosa lista—: maquillaje, computadora, celular.

—Recuerdo, su celular no tenía señal. No lo pudimos localizar —golpeó el historial crediticio con un dedo, tenía la uña mordida—, según esto, nunca pagó el adeudo a su antigua compañía.

—¡Ay, no! —Josephine se llevó las manos a la boca—. No nos dimos cuenta, creímos que eran buenas noticias, ¿verdad, Will?

Will rectificó su postura, como un testigo a quien le acaban de pedir su testimonio. Asintió con la cabeza.

Josephine le acarició la parte posterior de la cabeza, como para tranquilizarlo.

—Siempre asumimos que había cambiado de teléfono o de compañía.

—Las únicas solicitudes de información corresponden a dos tarjetas de crédito nuevas.

—Sí, me di cuenta.

Donnelly consultó su cuaderno.

—Entonces, correos, secadora de pelo, celular, ¿algo más?

—El diario de su embarazo —Will añadió de forma automática sin pensarlo ni preverlo. De inmediato se encogió horrorizado. Había hablado sin que le hubieran preguntado nada. Se había dejado llevar por el ambiente de la delegación. Se le había hecho fácil imaginarse como un detective de verdad que le presentaba pruebas a su superior.

Se escuchó un golpeteo.

—Perdón, ¿el diario de su embarazo? —Donnelly preguntó—. ¿Existen razones para sospechar que tu hermana está embarazada?

—No —la cara le brillaba, sentía la lengua como el *sashimi* que a sus papás les gustaba pedir del restaurante con linterna roja del centro—, es decir, no está embarazada ahora. Lo estuvo, hace mucho, el año pasado.

—¿Entonces tiene un bebé?

Su madre tenía una cara de displicencia.

—No, decidió no tener al bebé.

—Disculpen, es que no tengo hijos —Donnelly levantó un hombro a manera de disculpa—, ¿el diario de un embarazo es...?

—Un diario de nueve meses para registrar el estado de ánimo y peso —respondió Josephine.

—Rose detalla sentirse triste y un poco asustada —tuvo cuidado de no mirar a su madre—. También menciona a Damien.

—¿Trajeron este diario?

—No —miró al piso de linóleo, recordó a su padre en el garaje—, se nos, se me olvidó.

—No te preocupes mi vida —volteó para decirle al detective—: no tiene importancia. Esperábamos encontrar información sobre Damien pero no fue así.

Donnelly asintió.

—Entonces, la última vez que vieron a Rose fue...

—En casa —respondió Josephine.

—¿En su casa la mañana previa a su desaparición? ¿O en su casa la noche en que su hijo resultó herido? —señaló la férula de Will, éste se resistió a cubrirla con la otra mano—. ¿Acaso su otra hija no afirmó haber visto a Rose la semana pasada?

Miró a su madre, esperaba que preguntara cuándo y por qué el detective había hablado con Violet.

El semblante de Josephine era una máscara de plomo absoluto.

—Sí —respondió con firmeza—. Violet vio a Rose esa noche, de hecho todos la vimos.

Violet Hurst

Violet durmió mal, se contorsionó toda la noche, se cubrió la cara con los brazos tanto tiempo que perdió la circulación en los dedos al grado de no sentir los puños al apretarlos. Tal vez su preocupación se debía a Edie. Estaba lista para cualquier emergencia, esperaba que llegara el segundo round. Estuvo atenta a todos los susurros, se volteaba con cada paso y el rechinado de cada rueda de camilla que escuchaba.

La despertó una pesadilla tres horas antes de lo habitual. Había soñado lo imposible: que la luz de la lámpara que entraba a su cuarto no provenía del pasillo del hospital sino del pasto fuera de su ventana con barrotes. Cuando se había acercado para ver de cerca, la luz se posó en el cristal e iluminó la cara de su hermana. La expresión de Rose cambió en un segundo: de impresión a satisfacción, incluso esbozó una sonrisa de voyerista. La conmoción la hizo temblar. Se despertó jadeando, sudorosa y temblando. La enfermera del turno nocturno (la amable), le susurró: *Estás a salvo, estás a salvo, estás a salvo. Aquí nada te puede lastimar.*

Por amable que haya sido, no le pareció que fuera cierto.

Más tarde, cuando lo relató en terapia, la reacción de psicoSara fue satisfactoria, casi cruel.

—¿Qué elemento del sueño te perturbó más?

—Creo que el hecho de que me haya sorprendido desprevenida y que lo haya hecho aquí, a pesar de que sabe que me siento sensible, en un lugar que sabía me avergonzaría.

—¿Te dio la sensación de que quería comunicarse contigo o lastimarte?

—Ambas, como si sólo supiera hacerlo lastimándome.

—Tenemos que trabajar en estos problemas de confianza. ¿Sabes qué es TII? —negó con la cabeza y se bajó las mangas hasta las muñecas—. Terapia de inversión de imagen. Consiste en cambiar el desenlace de la pesadilla para que no te desconcierte. Si pudieras elegir un desenlace plácido de ese sueño, ¿cuál sería?

Violet se frotó la cabeza, le daba la sensación de que le había crecido el pelo dos centímetros en una semana que no se había pasado la rasuradora.

—No sé —respondió—. Creo que saldría a consolarla. Le diría que estoy

resolviendo mis broncas y que no estaría mal que considerara hacer lo mismo, en vez de jugar *gotcha*.

—Bien —asintió la loquera—. Repásalo una y otra vez, sólo que con el nuevo desenlace.

—Mmm, ese fin tiene un problema de logística.

—¿Cuál?

—Que no puedo salir a consolarla porque estoy encerrada en un manicomio.

La loquera se quitó los lentes y le dio un sorbo a su taza.

—Qué curioso que lo menciones —dijo.

—¿Me va a dar de alta?

—Así es —contestó.

Por fin le pondría un alto a la campaña difamatoria de su madre. Ya podía huir de Old Stone Way. Violet se agarró los dedos.

—¿Qué opina mi madre?

—Dijo que no presentará cargos en tu contra siempre y cuando te disculpes por lo que le hiciste a Will.

—De acuerdo —se sintió indefensa y mal por tener que disculparse por algo que no había hecho. Por otro lado, tampoco era el fin del mundo. Podía hacerlo, no necesitaba validación. Sabía que no había lastimado a su hermano y lo importante ahora era que Rose le daría asilo.

—Tu mamá también dijo que se esforzaría por cumplir el acuerdo al que hemos llegado para resolver los conflictos entre ustedes —dijo—. No insistiré en recordarte lo mucho que la has decepcionado en el pasado. Procurará enfocarse en el aquí y el ahora.

—Fantástico —respondió, a pesar de que no lo creyó ni un segundo.

Violet encontró a Edie en la estancia, se estaba tallando los ojos y armando un rompecabezas antiguo. Según la caja maltratada, era un retrato de los astronautas del Apolo 11.

—Creo que le faltan piezas —Violet sugirió.

—¿En serio? Mierda, gracias —dejó la pieza que intentaba embonar a fuerza en la cara de Neil Armstrong—, pensé que ya me había vuelto idiota.

Le ayudó a meter las piezas en la caja. Eran tan viejas que estaban amarillentas y dobladas de los bordes.

—Me van a dar de alta, me voy a casa.

—Mierda, ¿a casa de tus papás?

—Lo he pensado, voy a intentar quedarme con Rose —al agacharse se sostuvo las rodillas. A lo mejor no dejaba de temblar por la adrenalina. Se sentía liberada y asustada al mismo tiempo.

Edie se inclinó y pasó por encima de la luna para abrazarla.

—Voy a llamar a mis antiguos compañeros de casa —le sugirió—. Si no funciona lo de Rose, seguro que te acogen un rato.

Era tentador. Recordó las residencias de estudiantes que había visitado un par de veces en New Paltz: tazas de té en lugar de ceniceros, tazones de platillos caseros a base de arroz, toallas mojadas secándose en radiadores viejos, buena música, plantas en macetas, tapices en la pared. Pese a que le tenía pavor a su madre, no soportaba la posibilidad de dejar problemas sin resolver con Will. No podía huir y abandonarlo, permitiéndole que la odiara, como Rose la había dejado a ella.

—He estado pensando en los narcisistas —dijo Violet—. ¿Cómo logras que te dejen en paz?

Edie frunció el ceño, no dejaba de ser la frágil experta en psicología.

—Es casi imposible —aseguró sacudiendo la cabeza—. Es difícil que renuncien a quien les proporciona sus dosis de narcisismo. Si los ignoras, se hacen más fuertes. Primero atacan con su encanto, si no funciona, se conforman con el acoso.

—Así que es imposible razonar con ellos.

—Ajá, sólo hay dos formas de lidiar con ellos. Imitarlos, o sea, halagándolos, someterte a sus malos tratos, no ponerles límites. Ser su esclavo. O bien, limitar el contacto con ellos.

—¿Pero cómo les pones un alto si no te dejan en paz?

—¿Te refieres a tu mamá?

—Sí —cubrió la caja del rompecabezas con su tapa decrepita—, o quien sea.

—Podrías asustarla. Si tiene un secreto que puedas utilizar para amenazarla, por ejemplo, si le pega a tu hermano o deduce los gastos de manutención de Rose de sus impuestos. Casi cualquier cosa funciona. Lánzale un par de indirectas. Dale a entender que un vecino o alguien más lo sabe. Deja que se imagine los detalles. De todas formas los narcisistas son paranoicos. En el fondo saben que están por debajo de la fachada que aparentan.

—Entonces si mi mamá cree que sé algo que podría perjudicarla, ¿me dejaría ir a vivir con Rose?

—Mmm, tal vez —sus brillantes ojos azules reflejaban cierto escepticismo—. Intenta manipularla.

Negó con la cabeza. La idea le parecía casi repulsiva. En lo referente a las relaciones, no era ninguna artesana que moldeara a la gente a su antojo. No tenía ninguna intención de hacerlo.

—No es tan malo como parece —Edie le aseguró—. Me refiero a que le pongas tanta atención que la empalagues. La dosis de narcisismo es como una droga. Cuando están bajo sus efectos, son como niños. Les puedes hacer creer que se están saliendo con la suya.

—¿Entonces crees que si la jodo lo suficiente puedo convencerla de que me dé espacio? —entendía la ironía. Rose había recuperado su libertad de esa forma: había sido una hija tan obediente, una Hurst modélica, que Josephine había atenuado su

rutina de madre controladora, con lo cual le había dado la oportunidad de salir volando.

—Tal vez. Sólo plantéaselo como si le conviniera. Incluso sugiérele ser su espía. Si te deja mudarte con Rose, le podrías dar información útil. Por supuesto no tienes que cumplirlo.

Tras salir de la estancia, se dirigió a la cabina telefónica para llamarle a Rose. Tenía el teléfono apagado, seguro estaba en el trabajo. Sonó una vez y el mensaje de una grabadora activó el buzón de voz. Después del tono, dejó su teléfono y le dio las noticias de su alta: «Mándame un mensaje mañana. Mamá o papá me recogerán en la mañana. En la tarde pasaré a la granja por mi cheque. Te puedo ver en la noche cerca de Old Stone Way. Elige el lugar y llego. Sé qué hacer», hizo una pausa y agregó: «Aprendí de la mejor».

William Hurst

Quizá la verdad no exista. Era el himno de los mentirosos. A pesar de que lo sabía, no podía dejar de repetirlo. La verdad de su madre era la única opción que tenía, esta «verdad» era una invención escandalosa, la mentira del siglo.

En el transcurso de cuarenta minutos permaneció en el cuarto frío y luminoso de la Policía. Juró una y otra vez que había visto a Rose bajar por las escaleras del siglo dieciocho de la casa de los Hurst como si hubiera vuelto deprisa tras olvidar una bufanda o un libro.

Lo repugnante del asunto era que no bastaba con una mentira, cada una requería otra más, igual que con los del CPI. Sólo que este engaño era peor porque se trataba de perjurio: una de las palabras de la clase de ortografía del mes pasado. Las tarjetas con las que había estudiado, mostraban el dibujo de un hombre sudando con la palma puesta en una pila de biblias.

Siguió adelante con su juramento falso: «No, no vi cuando Rose llegó, sólo la vi cuando se fue». «¿Se quedó parada treinta segundos?» «Sí, tiene razón, treinta segundos es mucho tiempo. A lo mejor esa impresión me dio porque me sorprendió verla.» Era una mentira tras otra y Donnelly tenía toda la intención de analizar cada oración y cada palabra minuciosamente.

«¿Rose parecía angustiada?», le preguntó el detective. Will negó con la cabeza, un error (si acaso podía equivocarse todavía más) porque suscitó la siguiente pregunta: «Entonces si no parecía angustiada, ¿por qué crees que estaba en peligro o bajo la influencia de alguien más?» «Bueno», entró en pánico y en un esfuerzo por ocultar su terror interpretó el papel de sabelotodo insolente, «es que la palabra *angustia* me remite a *herida*, *asustada* o *apesadumbrada*. Rose no tenía ese aspecto, más bien...»

—Distinta —intervino Josephine.

—¿Cómo? —Donnelly apoyaba la pluma en su cuaderno. A Will le ponía los nervios de punta ver cómo sus mentiras adquirían una permanencia instantánea.

Josephine acudió a su rescate.

—A Will le sorprendió su aspecto. Era el maquillaje, Will. Era exagerado. Y un nuevo tinte de pelo: más oscuro.

Asintió, le rugió el estómago.

—¿Alguno de ustedes intentó seguirla?

Mamihlapinatapai, una palabra que nombra. Significa: *una mirada entre dos personas, cada una de las cuales espera que la otra comience una acción que ambos desean pero que ninguno se anima a iniciar.*

—Se fue corriendo —Will concluyó.

—Para cuando llegamos a la puerta ya se había ido. Seguro que Damien la esperaba en el coche.

—¿Anotaron las placas?

—No vimos el coche —Will dijo entre dientes—, sólo asumimos que así fue.

—Insisto, es probable que estemos exagerando —prosiguió Josephine—. Si estuviera en peligro... Si Damien la estuviera obligando a actuar en contra de su voluntad, nos hubiera llamado la atención. Estábamos frente a ella. Se dio cuenta de que la vimos. Tuvo que haber sabido que la ayudaríamos.

Donnelly se rascó la mejilla con la tapa puntiaguda de su pluma. Sus ojos oscuros eran tan solemnes como los de un sacerdote.

—Este novio, Damien. ¿Están seguros de que se trata del hombre con el que huyó? Su otra hija cree que cuando escapó, Rose había terminado con su profesor.

Josephine no pudo ocultar su decepción.

—No lo sabía.

—¿Está segura de que el año pasado la llamó Damien Koch?

—Por lo menos fue el nombre que me dio —insistió.

—¿Y está segura de que era Rose a quien vieron la noche en que su otra hija lastimó a su hijo? ¿Cien por ciento segura?

—Sí —aseguró Josephine—. Rose no le hizo daño a Will, fue Violet; Rose sólo estuvo presente.

—Llevaba su abrigo blanco —Will añadió.

—Mmm —respondió Donnelly—. ¿El mismo en el que la vieron por última vez el año pasado? ¿El mismo que aparece en el video de la estación MetroNorth?

—Sí, el mismo —contestó Josephine—, se le llenaron los ojos de lágrimas. —Era lo único que no había cambiado.

Tuvo un ataque en el coche de camino a casa. La ficción había sido desmesurada. La historia había adquirido su propio ritmo, para cuando terminó con todas las mentiras que había dicho, se sintió igual que cuando salía del carrusel en el Parque Lippman: aunque ya no daba vueltas, su cerebro creía que sí. Tenía náuseas y estaba mareado. Se hizo bola en el asiento trasero como un feto deprimido y se hundió en un sueño profundo y pegajoso.

Cuando despertó, le dolían todos los músculos. Su madre lo estaba sacudiendo por la muñeca. «Salte», le dijo. No fue un grito, sino algo peor. Una orden fría y pronunciada con exageración, del tipo que utilizaba para las grabaciones telefónicas.

Mientras entraba al garaje, suprimió sus necesidades humanas (no bostezó ni

gimió).

«Eso es», le dijo, acariciándole la nuca. Era el gesto que uno le destinaba a sus mascotas, un estímulo positivo. «Estuviste bien, a pesar de algunos deslices menores. Si hubiera sido por mí, no habría permitido que estuvieras presente. Pero teníamos que ir. Hubiera sido sospechoso si no lo hacíamos. Es culpa del pendejo de tu padre y su maldita llamada.» Sus tacones golpearon el pavimento cuando se dirigió al coche de Douglas y abrió la puerta con fuerza. «¿Ya estás sobrio?», le preguntó. Se prendió la luz del coche. El asiento del copiloto estaba vacío.

Violet Hurst

Antes de que saliera de la cabina, sacó la tarjeta de presentación de Nick Flores de su bolsillo. Marcó su número y la invadió la misma sensación paralizante de timidez que al llamar a los Field y preguntarse si Finch contestaría.

—Nick Flores.

—Nick, soy Violet Hurst.

—Ultra-Violet.

—Esa soy yo, más te vale traer puestos tus lentes de sol.

—Así es —percibió una sonrisa en su voz—. ¿Qué hay de nuevo U.V.?

—Mañana me voy de aquí y me gustaría hablar sobre la emancipación. Quiero saber cuánto cuesta, cuánto tiempo se necesita, todo eso.

—Claro, U.V. ¿Por qué no me vienes a ver a la oficina? ¿Qué día te queda?

—No puedo ir a tu oficina. Voy a salir de la ciudad.

—¿En serio? ¿A dónde vas?

—Creo que me voy a quedar con Rose. ¿Has sabido algo de ella?

—M-m-m —dejó el tono juguetón—. No ha respondido mi carta, tampoco me ha llamado ni escrito por correo electrónico. Busqué los antecedentes penales de Damien Koch: no figura ningún arresto en los archivos del estado de Nueva York.

—¿Podrías buscar a Matthew y Francesca Chatsworth? Creo que Damien es un nombre falso. Matt fue el profesor con quien Rose tuvo un romance y Francesca todavía es su esposa.

—¿Quéee? Me habías dicho que Rose tenía una vida bastante cómoda.

—Resulta que no es tan virtuosa como creía.

—¿Crees que siga viendo a este tipo?

—Podría ser. Sólo quiero saber a qué atenerme. No quiero ir hasta allá y encontrarme a este profesor agresivo que encima está enojado conmigo por arruinarle su fin de semana romántico.

—¿Rose te dijo que es agresivo?

—No, es mi opinión. Hablé por teléfono con él —hubo una pausa larga—. ¿Nick? ¿Estás ahí?

—Estoy revisando sus antecedentes penales.

—¿Puedes hacerlo tan rápido?

—Tú también podrías, desde una computadora. El archivo público está en

internet. Matt no ha sido arrestado, Francesca, en cambio, sí; hace un par de años por agresión.

—¿Agredió a alguien?

—A-já, ¿alguna idea de a quién?

—Ninguna, no sé nada de ella —tal vez debió haber dicho «nada *importante*». Sabía lo del blog de su boda: que Fran creía que los jacintos eran demasiado aromáticos y que los vestidos de seda y poliéster le parecían horribles.

—En cualquier caso no fue una agresión grave. A lo mejor en la borrachera, Frannie se peleó con otra chica o algo así. U.V., quiero que tengas cuidado. ¿Conoces lo básico sobre defensa personal?

—¿Llevar zapatos cómodos?

—Spray de pimienta, derriba hasta al hombre más fuerte. Incluso a una esposa inoportuna como Francesca.

William Hurst

Will caminó de un lado a otro al pie de las escaleras, intentó escucharlos. Al principio, sólo percibió la voz de su mamá: hacía preguntas histéricas en intervalos erráticos. Le siguieron golpes: el sonido metálico del tocador de latón al abrirse y después una caída lenta, como si varios pares de zapatos se cayeran de su estante. Minutos después, Josephine bajó las escaleras descalza, con las medias puestas, a toda velocidad.

—¿Está bien mi papá? —preguntó nervioso.

La mirada de Josephine era igual de hiriente que lo que le había dicho en la cena. Y transmitía lo mismo: que era un retrasado mental.

—Está bien —respondió, arrugó los labios como si la palabra *papá* apestara—. Consiguió acostarse en la cama. Ha estado durmiendo como un bebé mientras lidiamos con el problemón que nos dejó. En fin, necesito ver ese diario —entrecomilló la palabra *diario* con los dedos como si hubiera dicho *chupacabras* o *pie grande*.

—Papá lo tiene.

Josephine se recargó en la curvatura al pie del barandal.

—No lo tiene, ya revisé los bolsillos de su abrigo.

—Entonces lo guardó.

—¿Como en dónde? —no tenía respeto por la sintaxis. La sangre le circulaba despacio por las venas.

—No sé, no lo vi, no me dijo.

Durante un instante, a su madre parecía divertirse su respuesta desarticulada. Con sutileza descendió de las escaleras y enganchó un brazo alrededor de su hombro, como si fuera la entrenadora de un equipo de béisbol y él un lanzador abatido que necesitaba una plática motivacional.

—Dime lo que dice, Will. Ahora mismo. Necesito saberlo si voy a salvar a esta familia.

—Estás matando al mensajero —le dijo con lágrimas en los ojos.

—No todo gira en torno tuyo —su madre estaba esculcando el cajón de chácharas de los Hurst, su voz se escuchaba distorsionada—. Necesito encontrar ese diario. Le

dije al detective que se lo llevaría mañana. Si no lo hacemos será...

—Ya sé, ya sé —aspiró por la nariz—, sospechoso.

Levantó la cabeza del cajón repleto de pilas, bolsas para la basura y cuerdas.

—Wow, iba a decir informal. Tal vez tú también estás en mi contra. Tal vez el internado en Londres es una mala idea.

—No estoy en tu contra, sólo que no entiendo por qué tuve que decir que vi a Rose.

—No te presioné, no te obligué a decirlo, no te obligué a hacer nada —apartó la vista de nuevo, en el fondo tuvo que haber sabido que eso último no era cierto—. ¿Me estás preguntando si la vi esa noche?

Le sostuvo la mirada. Quería preguntarle sobre tantas mentiras —su título falso, su diagnóstico ficticio—, pero tenía mucho miedo. No estaba seguro de qué lo aterraba más: las respuestas o la posibilidad de perderla si le preguntaba.

—No, no vi a Rose esa noche, en cualquier caso siempre está aquí, Will. Lo sé, a veces escucho ruidos. Puertas que se cierran en la noche. Otras, mi almohada huele a su perfume.

Se dio cuenta del cuchillo para pelar a un lado de una caja boca abajo, ambos encima de la tabla de cortar. Volteó la caja y leyó la etiqueta: antihistamínicos, cápsulas de gel. Cuando levantó la vista, su madre lo veía con los ojos entrecerrados. Debajo de la luz de la cocina, le brillaba el pelo recién teñido de rubio.

—No fallas, mi pequeño observador. La alergia me está matando.

—El diario no va a estar en la cocina, sino en un lugar propio de papá.

Josephine se levantó y se alisó el vestido.

—No he revisado su escritorio todavía —dijo, pese a que su cara lucía joven para su edad, de pronto se iluminó con un optimismo casi infantil—. Voy a buscar en su caja de herramientas. ¿Por qué no subes y buscas debajo de su almohada? También debajo de su lado del colchón. Tus manos son pequeñas y silenciosas. A veces creo que deberías ser cirujano.

—Yo quiero ser escritor. ¿Por qué no esperamos a mañana y le preguntamos en dónde lo puso?

—Porque no voy a poder dormir pensando en dónde está —metió los pies en sus sandalias acolchadas y se puso una manta en los hombros. Le indicó con el dedo que subiera las escaleras y enseguida salió al garaje para buscar debajo del casco para serruchar de Douglas y de sus lámparas Coleman.

—¿Will? —le dijo.

—Ajá.

—Creo que encontré el internado perfecto.

—¿Cómo es?

—Perfecto, la mayoría de los alumnos van a Oxford y a Cambridge cuando se gradúan. Son hijos de personajes prominentes. Los deportes no son obligatorios. Se presta para usar trajes, esmóquines y corbatas.

El cuarto de sus padres estaba oscuro, salvo por la luz en el clóset de su padre. Al entrar en silencio vio los ganchos vacíos colgando de la barra metálica del clóset, todas las camisas y suéteres de su padre estaban tirados en el piso alfombrado.

Douglas seguía vestido, dormía en la cama en una postura como de Jesucristo: los pies juntos, los brazos extendidos, la cabeza caída de lado. Tenía la boca abierta y le sobresalía la barbilla. Parecía que estaba a punto de hacer su imitación distintiva de un tren de carga. El silencio en el cuarto era abrumador. Se le ocurrió que estaba muerto, cuando se acercó y le puso la mano a unos centímetros de la boca, sintió el cosquilleo de su respiración suave y lento. *Como un bebé*, pensó, aunque nunca había cargado nada que estuviera envuelto en un pañal, y tampoco tenía ganas de hacerlo.

Se le ocurrió tener un detalle con el ebrio de su padre: cubrirlo con otra cobija o ponerle un trapo húmedo en la frente. Ninguno le pareció apropiado, así que hizo lo que su madre le pidió: con una mano levantó un poco el colchón y con la otra buscó a tientas en el box. No había nada. Jugó a ser el ratón de los dientes y metió la mano debajo de la almohada. El diario tampoco estaba ahí. Su padre seguía quieto como el cadáver de un animal en la carretera.

Su celular descansaba en el buró. Deseó que su padre le hubiera llamado a Kerry antes de haberse desmayado de nuevo.

Se le ocurrió que tal vez estuviera borracho y enfermo. No era recomendable mezclar ciertos medicamentos con alcohol. Una vez escuchó detrás de la puerta una conversación de Violet sobre una chica que había reaccionado mal a una combinación de antibióticos y *vodkaccinos* (frapuccinos embotellados con vodka barato). Recordó la sopa jabonosa de su padre y la caja de antihistamínicos en la cocina.

Emponzoñamiento: envenenamiento.

Lo invadió el presentimiento de que le daría otro ataque. Se tuvo que agachar para recuperar el equilibrio. Se le oprimió el pecho y el corazón le latió con fuerza. ¿Sería posible que su madre haya drogado a su padre?

Su madre entró con un vaso de agua.

—¿Lo encontraste? —susurró.

Sacudió la cabeza. *Estás paranoico*, se dijo. *Estás teniendo pensamientos chiflados y despreciables.*

Colocó el vaso en el buró, a un lado de donde estaba arrodillado.

—Tu papá tendrá sed —dijo—. Tomando mucha agua puedes evitar la resaca.

En el pasillo, la atrajo hacia él. Por supuesto que no iba a acusarla en el acto de haber drogado a su padre y de ocultar evidencia.

—Lo siento mamá, es tarde. El cerebro ya no me funciona. No entiendo por qué no podemos esperar a que papá se despierte. ¿No puede llevar el diario a la Policía cuando lo haga? Ya has soportado demasiado, la entrevista... —hizo un gesto

compasivo—, todas esas preguntas.

Josephine quebrantó su campo de fuerza —ese espacio personal de un metro de diámetro que protegía con tanto cuidado— y avanzó un paso adelante para abrazarlo.

—No quiero que la encuentre antes que nosotros —le dijo—. Rose odia a tu padre, todos esos años bebiendo de esa manera... —se cubrió la boca con la mano y apartó los ojos llenos de lágrimas de Will—. Tu padre abusó de ella. Para cuando me di cuenta de lo que ocurría, ya era demasiado tarde. No pude protegerla. El daño estaba hecho.

—¿Por eso rayó su coche y no el tuyo?

Esbozó una sonrisa nostálgica.

—Eres un niño tan inteligente, no puedo ocultarte nada.

—Por eso tenías miedo, más bien estabas aterrada, de que mi papá te estuviera siendo infiel.

—Me preocupaba —hizo una pausa— que hubiera retomado el contacto con ella.

—Lo intentó —aseguró—. Iba a contratar a un investigador privado para rastrearla.

—Lo sé, tardé semanas en persuadirlo de no hacerlo. No creo haberme relajado del todo desde entonces. Seguía preocupada de que lo hubiera hecho de todas formas, a mis espaldas.

Recordó aquella noche en la cocina.

—Por eso después de cortarme, tuve que decir que había sido Violet.

Había intentado comportarse como un niño bueno y solidario, así que había lavado la jarra de cristal mientras su madre, histérica y hecha un mar de lágrimas, sacaba el risotto del lavaplatos con un cucharón de plata. Mojada, la delicada asa en forma de cuello de ganso de la jarra era muy delicada. Al estrellarse contra el piso de loza, salieron volando relucientes pedazos por todas partes. Estaba tan decepcionado de su error que no lo había pensado dos veces. Se había agachado para tomar el trozo más grande, al mismo tiempo, su madre se acercó y cerró el puño encima del suyo. Más tarde le había explicado que no había sido porque estuviera enojada, sino para intentar detenerlo. Sin embargo, en ese momento no lo sabía, así que tuvo un ataque y se pegó en la barbilla con la esquina de la barra de la cocina. Cuando hubo extraído los trozos de vidrio con pinzas, se fueron al hospital. Fue un viaje largo en el que procuró no manchar los asientos de sangre. Josephine le repetía: *La culpa es de Violet, no la hubieras tirado si no te hubiera alterado con sus gritos de llorona y sacudiendo ese cuchillo. Violet es la culpable, Will, díselo al doctor.*

Lo abrazó tan fuerte que sus costillas le rozaron los órganos.

—Sé que esta situación ha sido difícil —le dijo—. No mentía cuando dije que el hospital era el único lugar seguro para Violet. No iría a ningún lado conmigo. Me trata como si tuviera lengua viperina y cuernos. No podía arriesgarme, tenía que alejarla de tu padre. Tengo que alejar a todos de tu padre.

Era la primera vez que los rasgos sobreprotectores de su madre tenían sentido.

Era obvio que había querido mantenerse cerca de él. Lo había hecho para protegerlo del depredador que tenía en su propia casa.

—¿Qué... qué le hizo mi papá a Rose?

—Will, querido, no tienes el estómago para oírlo. Por eso Rose ocultaba sus relaciones, por eso se negaba a salir con chicos de su edad. Porque tu papá se ponía loco de celos y, al mismo tiempo, le fascinaba la vida sexual de tu hermana. No era raro encontrarlo ahogado hurgando en los cestos de ropa sucia inspeccionando su ropa interior.

Por instinto, se llevó las manos a los oídos.

—Una vez le pegó porque le contó que Jason Blake la había invitado a una fiesta. Estaba alarmado.

—Rose me dijo que había estornudado mientras se ponía sus medias de baile y que se había golpeado en la cara con la rodilla.

Su madre le dirigió una mirada que sugería que era más tonto de lo que pensaba.

—Mi papá me llevó a un doctor nuevo —le contó—. Dijo que mi epilepsia era una reacción a situaciones traumáticas. Dijo que mi autismo no era real.

—Tu autismo es real Will. En cuanto a las situaciones traumáticas, todos las hemos padecido últimamente. Entre los ataques de Violet y la violencia del alcohólico de tu padre...

Pensaba qué decirle, algo que la convenciera de que estaba de su lado, a pesar de todo lo que había hecho y lo había obligado a hacer. Miró a través de la ventana del cuarto oscuro de Rose y vio llamas ascendiendo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Se está incendiando nuestro jardín?

—¡Es el seto de cedro!

Los dos corrieron para tomar el extinguidor, creyó ver su sonrisa avasalladora. Rose estaba en la casa. La idea le emocionaba tanto como a él le aterraba.

—Quédate aquí, puede que tu hermana siga merodeando.

Obedeció, aunque hubiera querido salir y gritarle a esa cobarde despreciable, que se mostrara. Observó desde una ventana de la planta baja mientras la silueta de su madre levantaba nubes de humo. Entreabrió la ventana y escuchó el sonido del extinguidor. Sonaba al *siseo* del público para manifestar su desagrado. Como no funcionó, corrió para tomar la manguera del jardín.

A la mañana siguiente, Will se despertó tarde. Tenía los ojos adormilados debido a la prolongada cacería nocturna del diario de Rose. La cabeza le daba vueltas, lo invadía el miedo y una sensación de irrealidad. Recordó que había buscado debajo de los tapetes del baño, había metido la mano detrás de los espejos de los tocadores, esperando por el bien de su madre, que lo encontrara pegado a la pared. Cuando se hizo tarde, más bien cuando rayaba el alba, Josephine le permitió retirarse. Le había echado un último vistazo a su papá, lo aborrecía. Se odiaba por haber permitido que

Douglas lo manipulara. Y pensar que le había ayudado a descifrar el correo de Rose. Había bajado la guardia y se había mostrado cariñoso con un monstruo que había violado o golpeado a su hermana, o peor.

Se levantó y se puso la ropa que su madre le había preparado: chinos, un suéter con cuello de chal, una camisa a cuadros muy audaz y escolar. Significaba que lo esperaba un gran día. Algo que no conocía aún, exigía un atuendo profesional aunque casual.

En la cocina, su madre freía tocino en un sartén y raspaba un pan tostado quemado con un cuchillo para pelar.

El diario de su hermana ocupaba el centro de la barra de la cocina.

—¿En dónde estaba? —preguntó al tiempo que le pasaba la mano por la portada color lavanda.

—En el librero —dijo en voz baja—, escondido en plena vista. —Se acercó el cuchillo a los labios para pedirle silencio.

Se dirigió a la sección del tercer trimestre, las entradas posteriores al aborto habían desaparecido. *Revisionista*, una palabra que nombra.

—Las arranqué —Josephine le explicó, servía huevos pochados en dos platos—. No voy a permitir que nadie crea que mi Rose está loca. Ella no es así.

Se preguntó por qué entonces a su mamá no le importaba que la gente creyera que Violet estaba loca.

—Lo de Violet es distinto —Josephine se apresuró a explicarle. A Will le dio la impresión de que su cerebro era una pecera a la que su madre podía asomarse cada que quisiera y ver cada pensamiento que circulaba por ahí. Se produjo un silencio incómodo. Le pasó su plato—. Tu hermana vuelve a casa hoy. Tenemos que comer e ir por ella.

Entró en pánico, sintió las piernas débiles debido a la ansiedad.

Josephine le dio una mordida impecable a una esquina de su pan tostado.

—No me mires así, si por mi fuera la dejaría en el hospital pero los doctores creen que está estable y nuestra compañía de seguros insiste en que la demos de alta. Estará bien.

—No lo creo.

—Sí, voy a hablar con ella —le tomó la barbilla y le levantó la cara con suavidad para que se encontrara con la suya.

—Me va a odiar —dijo, bajó la mirada y se concentró en el contraste entre sus zapatos café sin agujeta y los mosaicos grises.

—No creo que tengas que decir nada. Desde mi punto de vista no hay crimen que perseguir. No tendrá antecedentes penales, además necesitaba hospitalización de todas formas, tuvo alucinaciones porque estaba drogada —cuando no obtuvo respuesta, habló con dureza—. Will, según los doctores ya hizo las paces. Si se te ocurre cambiar tu historia ahora, vas a confundirla. Está frágil y confundida, necesitamos consentirla un par de semanas.

A Will le sorprendió el repentino e inesperado cariño con el que su madre se refería a Violet. La envidia lo hizo sonrojarse.

—He estado pensando, ¿crees que debería cambiar la contraseña del antiguo correo de Rose para que papá no revise sus mensajes?

—¿Te la sabes?

Asintió, vio su cara reflejada en la ventana de la cocina: su trompita parada, sus ojos demasiado abiertos. Procuraba ocultar la satisfacción que sentía de haber hackeado la cuenta de su hermana.

—Hazlo ahora antes de que se despierte tu padre, utiliza algo que recordemos. Cámbiala a «CristoesAmor».

Intentó no hacerle una cara. Minutos después, en la oficina de su madre, recordó lo que le había dicho su padre sobre las contraseñas torpes. Escribió la *o* de *amor* como un cero. Cuando regresó a la cocina, sus huevos estaban helados y durísimos.

Mientras se preparaban para ir al hospital, Douglas bajó las escaleras, casi rodando. Se movía con dificultad, como una máquina de cinco toneladas en un camino tambaleante. Su peso corporal era un lastre. Parecía que su semblante gris y pegajoso había permanecido debajo de la luz infrarroja de un restaurante de comida rápida. Todavía llevaba puesta la ropa del día anterior. Hubiera sentido lástima por él de no ser porque sabía lo que sabía. En su padre veía la depravación de un alcohólico: carne flácida, aliento pestilente, los puños listos para actuar. Le había bastado escuchar lo que le había hecho a Rose para sentirse mancillado.

Douglas levantó el diario y se le saltó una vena de la frente.

—¿Qué está pasando?

Josephine le dio la espalda y aventó un plato al fregadero.

—Vamos a recoger a Violet del hospital, eso está pasando. Puedes quedarte aquí a hacer lo que quieras. Llamar a tu padrino, etcétera.

Su padre lo miró.

Bajó la vista y miró las migajas de pan.

Douglas se dirigió a la alacena y sacó una taza. Sacó la cafetera, como estaba vacía, la volvió a meter de golpe. Se le notaba desorientado y agresivo, como un sonámbulo al que habían despertado. Seguía sosteniendo el diario en las manos.

De repente, miró por la ventana. Puso la mano en la ventana y dejó una huella. Retrocedió horrorizado.

—El seto. Jo, ¿qué le pasó al seto?

—No lo sé Douglas.

—La Policía... ¿se los contaste cuando fuiste a la Policía? Violet no pudo haberlo hecho, sigue internada en el hospital.

—Ya fuimos a la Policía, Will y yo lo resolvimos.

—¿Qué les dijiste? —le preguntó en pánico.

—Todo, el seto, los correos. Aunque no teníamos el diario, lo mencionamos. Nos harías un favor si lo llevaras. Es decir, si te sientes bien como para manejar —lo dijo despacio, mirando a Will para implicarlo.

Azotó el diario en la barra.

—¡Josephine, no he estado bebiendo!

—¿Ah sí? —le preguntó, hizo un movimiento sarcástico con el cuello—. ¿Tampoco habías tomado cuando te desmayaste en Amtrak y despertaste en las Cataratas del Niágara? ¿Tampoco cuando me dijiste frente a tus compañeros en la fiesta de Navidad de IBM que le pidiera a mi próximo marido que pagara las clases de piano de Will?

La sintió a sus espaldas, le puso la mano en el hombro. Se suponía que era un gesto de apoyo, sin embargo le daba la sensación de que lo había puesto en medio. Era un escudo humano paralizado. El cuello de su suéter estaba mojado, se dio cuenta de que estaba llorando.

¿Acaso este tipo de conversaciones se llevaban a cabo en otras cocinas, junto a las listas del súper pegadas en los refrigeradores: leche, focos, huevos, palomitas? Antes pensaba que sí, habría jurado que sí. Había visto a otros padres en la iglesia dándose besos en las mejillas en la parte de la misa en que se intercambiaban la paz, y estaba seguro de que era su muestra semanal de afecto. Habría apostado su vida a que todos los esposos del mundo eran como Douglas y todas las esposas como Josephine. Ahora lo dudaba. ¿Las madres de los niños de su edad los bañaban?, ¿les decían «semental»? ¿les pellizcaban el trasero? ¿Acaso a todos los padres los expulsaban gradualmente del núcleo familiar como un objeto viejo e inservible hasta que de pronto un día, enloquecidos, decidían defenderse y despellejaban vivos a todos?

Douglas le apuntó a Josephine con el diario como si fuera un arma.

—¡Eres la perra más malvada, ruin y despreciable que haya conocido! —mostró los colmillos al gritar, la palabra *perro* le dejó en la boca un desagradable resto de saliva.

Josephine le tomó la mano y se la apretó como para decirle ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta de la violencia?

Will le apretó la mano dos veces, como si fuera un código secreto.

Violet Hurst

Llegaron con una rama de olivo. De hecho, era un ramo de margaritas rojas y un globo de cara feliz. Era un regalo astuto y muy significativo. Sin duda, Josephine lo había elegido a sabiendas de que proyectaba su «apoyo» al personal del hospital (¡Qué dulce! ¡Quiéren que sea feliz!) y al mismo tiempo, le transmitía otro mensaje a su hija: *Sonríe cabrona y finge que todo está bien*.

Se mantuvo de pie cuando se acercaron. Una hora después de que psicoSara había firmado los papeles de su alta, el personal por fin había encontrado la ropa con la que había llegado. Sus jeans seguían manchados de lodo y pasto de su excursión tántrica en el jardín de los Field. Los sintió más apretados que a su llegada debido a la sosa comida casera del hospital.

—Viola —su madre le pellizcó la mejilla, después la jaló para darle un abrazo que le tronó la columna y le dejó la piel de gallina—. Te extrañamos muchísimo. Extrañaste a tu hermana, ¿verdad?

Will mantuvo la barbilla pegada al pecho, poco a poco, levantó la vista para verla. Parecía tener miedo de que lo mordiera.

—Lo siento tanto, Will. Todavía no recuerdo bien qué pasó pero estoy segura de que nunca en la vida te querría lastimar —percibió la sonrisa de su madre de reojo, era radiante, triunfal.

—Lo agradecemos, ¿verdad?

Asintió, bajó la cabeza de nuevo, sus manos de muñeca de trapo le colgaban a los lados.

—Will y yo platicamos. Decidimos que si te disculpabas y prometías no volver a consumir drogas, entonces te perdonaríamos y te recibiríamos en la casa. ¿Entonces? ¿Prometes no drogarte?

—No volveré a consumir drogas —dijo; ahora sí, su madre la estaba convirtiendo en una mentirosa.

—Fantástico. Will, ¿por qué no le das un abrazo a tu hermana? Vamos. ¿Qué palabra me dijiste el otro día que te recordaba a ella? Me dijiste: «mamá extraño a mi... favorita».

—Autótoma.

—Dile que significa.

Su voz apenas era audible.

—Una persona que se corta el pelo ella misma.

Esperó hasta que se subió al coche para prender su celular después de una ausencia de una semana. Su madre se entretenía tarareando un concierto de chelo lúgubre y pretencioso y Will, en el asiento trasero, fijaba la vista en el camino con una intensidad muy propia de él: una mirada que indicaba que si se volteaba o parpadeaba, el coche se saldría del camino. El teléfono vibró seis veces en la palma de su mano; los mensajes contaron una historia abreviada de su semana:

Primer mensaje, viernes en la noche, de Finch: *¡FernGully en francés: la mejor película para un viaje de ácido!*

Segundo mensaje, viernes en la noche, de Finch: *Tú eres Crysta y yo el hambriento lagarto Goana enamorado de ti.*

Tercer mensaje, sábado en la mañana, de Imogene: *¿Estás bien? Te habría respondido antes sólo q me quedé viendo la pantalla sin saber quién era. Jasper (mal viaje) dijo q era el detonador de una bomba.*

Al revisar sus mensajes, se dio cuenta de que les había enviado a Imogene y a Finch una serie de mensajes ilegibles de camino al hospital. El más lúcido leía: *¡Snapcrakkahbum! y ¡Filas bien aunque traje ideal!!!!*

Cuarto mensaje, sábado en la mañana, de Imogene: *¿Nos estás evitando pq Finch te confesó su amor? :) Está enamorado de ti desde hace tiempo pero ha estado estresado por mamá.*

Quinto mensaje, sábado en la tarde, de Imogene: *¿Dnd carajos estás? ¿Te regañó SocioJosie?*

Violet vio de reojo a su mamá. No recordaba cuándo le empezaron a decir «Josi la socio» («socio» era una abreviatura de sociópata).

Sexto mensaje, del teléfono de Rose: *te veo en el antiguo campo de béisbol infantil de Rosendale. ¿A qué hora? ¿Medianoche? ¿1 a.m.? ¿Te vas a escapar después de irte a dormir?*

Josephine le bajó el volumen al radio. Su tinte rubio le daba el aspecto de una Barbie ama de casa defectuosa.

—Cuéntanos del hospital. ¿Cómo es? ¿Qué aprendiste?

—¿Qué aprendí? —como si haber estado internada en un psiquiátrico fuera lo mismo que hacer prácticas profesionales en el verano.

—Sí, Viola —ésa era la auténtica voz de su madre, ese tono rígido que se escondía detrás de su voz pública—. No sé cómo sea tu Buda, pero mi Dios, por lo menos, nos da la oportunidad de aprender de nuestros errores. Nos brinda enseñanzas.

Se aguantó las ganas de golpearse la cabeza contra la ventana. En lugar de eso, recargó el codo y apoyó la mejilla en la mano.

—Veamos... aprendí que un candado envuelto en un calcetín es un arma mortal. Que los cigarros son la moneda circulante. También que si mezclas azúcar, pan y

fruta en una botella de shampoo y dejas que se pudran durante un mes, te puedes emborrachar con el brebaje.

Indignada, su madre levantó la voz.

—¿Te parece muy gracioso? Drogarte, asustar a todos, hacernos gastar cientos si no es que miles de dólares en tu hospitalización, lastimar a tu hermano. Por cierto, él te pudo haber perdonado pero yo todavía no. Así es que discúlpame si no encuentro gracioso tu comentario.

—Perdón, mamá. Fue un chiste tonto. Quería quitarle tensión al ambiente —recordó los consejos de Edie sobre cómo manipular a los narcisistas. Tuvo que fingir ser encantadora con su madre, aunque la sola idea le ponía la piel de gallina—. Aprendí muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que no estoy segura de querer ser budista. Era una moda pasajera, como bien dijiste. Mis amigos me presionaron, quería que me aceptaran. De todas formas han estado muy raros conmigo.

—Ajá, ¿así que estamos de acuerdo respecto a esas personas?

—Sí, ahora entiendo a qué te referías cuando me decías que su estilo de vida era holgazán.

—Y huelen mal.

—Sí, y huelen mal.

Su madre se carcajeó y despegó las manos del volante lo suficiente como para aplaudir de alegría.

Edie tenía razón. La ingenuidad de su madre cuando se trataba de cumplidos y concesiones era ridícula. Se quedó pensando y agregó:

—Apesten o no todavía tengo que ver a Imogene para pedirle mi tarea.

Pulsó el botón de «enviar» en su celular: *1 a.m., no puedo antes.*

—¿Le estás escribiendo a ella? Espero que les hayas dicho que estás castigada porque lo estás. Si crees que vas a salir, lamento decirte que estás equivocada.

—No, es del trabajo —mintió—. Me han estado esperando para que recoja mi cheque. ¿Podemos pasar?

La expresión de su madre indicaba que se trataba de otra inconveniencia en una serie de molestias intolerables.

—Creo que exiges demasiado, abusas de nuestra buena voluntad, tenemos cosas que hacer. Estamos estudiando para el examen de matemáticas. Will ha estado trabajando como un troyano.

Violet volteó a verlo. Se sentó erguido, a la defensiva, como si lo hubiera implicado en una trama terrible.

—No pasa nada, puedo venir en bici. Sólo que si vengo en la bici no puedo llevarme las tartas de pera que la señora D me guardó —sabía que a su madre le encantaban las tartas de pera. A veces las volvía a montar y se las regalaba al sacerdote de la iglesia de San Pedro, argumentando que las había horneado ella.

—De acuerdo, siempre y cuando no te tardes. No quiero que Will espere mientras intercambias recetas médicas con esa banda de perdedores.

Así que había encontrado su diario en su ausencia. No sólo eso, había leído la entrada en la que denominaba la granja de los Dekker: «la farmacia de los Dekker».

Entró caminando y vio a Troy Barnes apuntando su iPhone a una caja de papas. Tenía un paliacate en la muñeca y el pelo teñido de negro y morado.

—Hola Violet, mira —le enseñó una papa deforme—. Parece un manatí ¿no? Le puse *papatí*. ¿Qué te parece?

—No está mal.

—¿*Manapapa*?

Acostumbraban a pegar fotos en el pizarrón de la bodega: aguacates redondos, rebanadas de plátano que parecían enchufes, champiñones que tenían el aspecto de traseros humanos. Al terminar la temporada, la señora D elegía la mejor y le daba al fotógrafo un bono de cien dólares.

—No es tan bueno como la pechuga de pollo empanizada —la pechuga tenía la forma de África—. ¿Está la señora D?

—Creo que está en los túneles, ¿la llamo?

Asintió. Los túneles eran los invernaderos sin calefacción en los que cosechaban kale, lechugas, espinacas, zanahorias, betabeles y acelgas.

Troy prendió su *walkie talkie* y vio a Violet con inusitado interés. ¿Se había enterado de que había enloquecido? No podía soportarlo, la sangre se le drenó del cerebro.

—¿Señora D? —Troy le gritó al pedazo de metal que tenía en la palma de la mano. Sus ojos tenían el mismo tono café ámbar que la miel maple que vendían. Esbozó una sonrisita. Se escuchó un sonido distorsionado del radio.

—¿Siiii?

—Tu bola blanca favorita está aquí —Troy le acarició la cabeza como si fuera un gato, después bajó la mano a la nuca. Sintió un cosquilleo cálido en cada chakra.

En tono juguetón, le susurró a Troy:

—Por lo menos yo me puedo cubrir la cabeza, tú no puedes ocultar tu desesperación.

Fue en ese momento que comprendió: sus amigos eran la única familia que tenía y estaba a punto de dejarlos para irse a vivir con un pariente que consideraba un completo desconocido.

—¿Rose? —la señora D pronunció la palabra en el mismo tono en que el resto del grupo respondía a las preguntas bizarras de los turistas de verano: «¿Cómo dijo? ¿Aceite de motor? ¿Pinzas para depilar? ¿Mochilas para niños? ¿En qué cabeza cabe

que vendemos esos artículos?»

—Sí, no me quedaré mucho tiempo. Unos seis meses tal vez. Procuraré volver en verano. ¿A lo mejor me puedo quedar en una de las residencias? —las residencias eran las barracas en las que los trabajadores temporales dormían a los alrededores del campo de maíz.

La señora D le dirigió una mirada intensa.

—¿Estás segura?

—Sí, es temporal, hasta que consiga ahorrar —hasta ahora su plan era éste: sería la huésped ideal, prepararía la cena, limpiaría la casa, iría al súper y lavaría la ropa. Tan pronto encontrara trabajo, se ofrecería a pagar la parte de la renta que le tocara.

—Mi vida, a menos que seas un magnate ruso, no creo que puedas ahorrar mucho si vives en Manhattan.

—Gracias —agitó su cheque—, es un buen comienzo.

La señora D no estaba convencida.

—Sigues estando a doscientos dólares de ser una indigente —le dijo. Se agachó y sacó la caja plateada de efectivo del cajón inferior de su escritorio. La abrió con la llave y contó otros doscientos en billetes de cinco y diez dólares—. Toma.

Violet vio los billetes incrédula.

—De niña me corrieron de mi casa, así que tengo muchos consejos si te interesan —Violet asintió—. Permanece en zonas de clase media. En las áreas ricas llaman a la policía y en las pobres, te roban. No es seguro dormir dentro de un coche. Si tienes que hacerlo, busca lugar en el estacionamiento de un motel. Aprovecha y elige uno que tenga desayuno continental. A muchos recepcionistas les pagan tan mal que no les importa si tomas fruta y cereal.

—Ok —no se atrevió a decirle que no tenía el coche. Josephine había donado el Honda de Rose a la iglesia.

—Los hostales son de gran ayuda. Explícale tu situación al gerente y proponle trabajar para pagar la renta. ¿Tienes tu acta de nacimiento?, ¿tu tarjeta de seguro social?

Negó con la cabeza.

—Ninguna.

—Consíguelas y llévatelas. Otra cosa —la señora D abrió otro cajón del escritorio y buscó en el interior. Sacó una pila de folletos de granjas orgánicas—. Son de «Trabajadores voluntarios en granjas ecológicas», buscan trabajadores. Llévatelos. Para tener opciones.

—Mantente en contacto, ¿sí? Llámame el primer día del mes. Aunque sea para que te cuente los chismes.

Cuando Violet salió de la bodega, vio a su madre olfateando un bote de leche que tenían sumergido en hielo en el café.

—Disculpa —le gritó a Troy—. Chico, hola. ¿Puedes venir? Sí, tú, el que tiene los audífonos. Creo que esta leche está echada a perder.

Will no le quitaba la vista a las donas, como si fueran los únicos amigos que tuviera en el mundo.

—¿Qué le pasó al seto? —Violet preguntó cuando se estacionaron. Sólo quedaban los maderos tristes y chamuscados.

—Se incendió —respondió su madre.

—¿Cómo? ¿Mi papá estaba quemando hojas o qué?

—Sí —intervino Will, repentino como un estornudo. Había estado tan callado en el camino que a Violet se le había olvidado que venía en el asiento trasero.

Josephine sonrió y se encogió de hombros.

—Ya conoces a tu padre, odia la temporada del año en que se caen las hojas.

—Por cierto, ¿dónde está? —Violet preguntó cuando entraban al garaje vacío. No es que estuviera lista para verlo, sobre todo después de las peleas en el hospital. Tenía que actuar con naturalidad, aunque no estaba segura de cómo hacerlo.

—Supongo que está en una reunión —le dijo Josephine cuando frenó—. No en una reunión de trabajo, en una reunión de alcohólicos.

Violet emitió un sonido inaudible e interesado, como si recién se enterara.

Josephine apagó el motor y volteó a verla con una mirada de absoluto menosprecio.

—Me escuchaste. Tu padre ha dejado de beber y está esforzándose mucho. Así que haznos a todos un favor y evita los numeritos histéricos que suelen llevarlo a refugiarse en el alcohol.

—Haré todo lo posible —dijo solemne—. En serio, quiero dejar de ser la problemática, el hazmerreír de la familia.

Josephine la volvió a mirar.

—Me alegra que lo digas, de verdad que sí. La aceptación es el primer paso para cambiar.

—Me di cuenta de muchas cosas en el hospital. Como que soy quien está hundiendo a la familia. Es decir, soy la culpable de que Rose se fuera —midió la reacción de su mamá un instante (parecía que le creía) y prosiguió—. Me ha estado escribiendo. Me dijo que la casa era como una zona de guerra porque tú y yo peleábamos siempre. No pudo soportarlo.

Josephine sonrió con arrogancia.

—Déjame ver si entiendo bien, ¿te estás disculpando?

Se le hizo un hoyo en el estómago y pudo saborear la bilis.

—Supongo que sí. Mamá, perdóname.

Josephine se inclinó por encima de la palanca de velocidades para darle otro abrazo. Violet intentó no estresarse. Procuró dejarse llevar e imaginar que estaba en otro lugar. Quizás en la reserva Sheep Meadow, en Central Park, en un día caluroso de verano, tomándose un café en un vaso de cartón de algún *delicatessen*, con Rose.

El baño tenía la única puerta que se podía cerrar con seguro en la casa de los Hurst. Por lo tanto, brindaba la ilusión de privacidad. Se trataba de una mera ilusión porque a Josephine le gustaba tocar la puerta tan pronto te enjabonabas el pelo, para pedir con urgencia algún objeto de los cajones del tocador.

Abrió la regadera y se puso a conspirar durante veinte minutos. Le urgía empacar, aunque sabía que tendría que esperar a que la chismosa de su madre se fuera a dormir. De todas formas sólo podría llevarse lo que le cupiera en la mochila de la escuela: un par de cambios de ropa, nada demasiado pesado ni grande que no pudiera transportar en bici los dos kilómetros de camino al campo de béisbol. Ya tenía su tarjeta de seguro social, la había encontrado en el alhajero de su madre, en cuanto a su acta de nacimiento, no tenía idea de dónde guardaba los documentos de la familia.

También quería ver a Imogene, a pesar de que no estaba segura de que el sentimiento fuera mutuo. Se sentó en la tapa del escusado, limpió el vapor de su celular y le escribió un mensaje ridículo a su amiga en el que le preguntaba si podía pasar a su casa para regresarle a Beryl su libro *La profecía celestina* y despedirse antes de que se fuera con Rose. Le dio vergüenza al presionar el botón de «enviar». Era consciente de que parecía una declaración exagerada proveniente de una mentirosa compulsiva, sin embargo, era la verdad; se sintió impotente.

Mientras esperaba la respuesta de Imogene, vibró su teléfono, recibió un mensaje de Rose: *Entonces a la una, ¡nos vemos!, ¡que no te descubran! :)*

Entró el mensaje de Imogene en seguida. Dos palabras, urgentes, enojadas o las dos cosas: *Ven ahora.*

Se escapó a casa de los Field con la excusa de que tenía que recoger la tarea que se había perdido. Josephine paró los labios para indicar que le sonaba a pretexto. Pero por su discurso en el coche había acumulado puntos extra, así que su madre la dejó irse en la bici siempre y cuando volviera para cenar.

Cuando llegó a la casa de los Field, la recibieron Imogene y Finch, sin sus padres. Estaban en la cocina, preparando sándwiches de eneldo. Era uno de los platillos favoritos de la familia, una combinación de pepino y ajo crudo bañado en mayonesa vegana.

—¿Y Beryl? —preguntó, aunque fue un alivio no tener que volverle a explicar su plan a otro adulto. Si bien la señora D había aprobado, con cautela, su escape, Beryl hubiera preferido que lo hablaran en una sesión de curación familiar.

—En el Instituto Omega —respondió Finch, tenía los dedos apoyados en un tarro de sal del Himalaya rosa que costaba cuarenta dólares. Beryl la compraba por sus beneficios curativos.

—¿De qué es la plástica?

Finch se encogió de hombros.

—Creo que es una clase de despertar kundalini.

—No —intervino Imogene con una dureza innecesaria—, es una clase en empoderamiento chamánico. Una pendeja en Woodstock le dijo a mi mamá que estaba enferma porque había perdido su espíritu animal.

—Ah sí —Finch asintió como si lo acabara de recordar—. Dijo que el espíritu animal de mamá era un cuervo —se rió y partió su sándwich con un cuchillo.

Imogene estaba seria.

—Y convenció a mi mamá de que tenía cáncer porque había perdido su energía vital. ¿Cómo le llamó?

—Pérdida del alma —dijo Finch mientras masticaba.

—Ah sí, una energía negativa (*energía cancerígena*) invadió el espacio en donde tendría que estar su alma. Qué perra, ¿no? —se alborotó la parte rosa de su pelo multicolor en señal de frustración—. En fin, estoy lidiando con eso y cuando vi en tu mensaje que te mudas con Rose...

—Sí, ya sé, es algo inesperado.

—¿Inesperado? ¡No jodas! ¡No tiene sentido! —volteó a ver a Finch, negaba con la cabeza—. Lo siento, así es. Entiendo que no quieras vivir con Josie la socio. ¡Pero es obvio que te puedes quedar aquí! No tienes que huir en la madrugada como si hubieras robado un pinche banco. No has hecho nada malo. Te creemos, ¿verdad?

Finch asintió.

—Obvio.

Jugó con uno de sus anillos gigantes.

—Lamento mucho lo que te dije en el hospital, debimos haber considerado la fuente —se refería a Josephine.

—Sí —Finch intervino—, en cualquier otra situación, habríamos considerado la fuente.

—No sabíamos qué creer, estabas en ese lugar —Imogene balbuceaba, tenía una gotita de veganesa en el labio.

Violet la abrazó.

—Gracias, en serio. No puedo mudarme con ustedes. Sabes que mi mamá lo sabría de inmediato, vendría a gritarle a Beryl y la culparía por ponerla en mi contra. Sería repugnante y desagradable, no quiero que tu mamá pase por eso. Sobre todo ahora que está lidiando con chamanes que le toquetean los senos.

El sonido que produjo Imogene fue una mezcla de risa, escupitajo y gemido.

—No te puedes ir —le dijo—. No puedes, eres mi hermana adoptiva y el alma gemela de Finch.

Esa broma los hizo sonrojarse.

—Me van a visitar, tarada. El próximo fin. Podemos ir al Museo de Historia Natural.

Imogene suspiró y se limpió la cara con la manga del suéter.

—Sólo si fumamos mariguana y nos colocamos debajo de la ballena azul.

—Hecho.

—Llámame cuando estés con Rose, no importa que sea tarde.

—Lo haré.

—¿Crees que sea diferente?

—Tal vez, por lo menos eso parece. En un sentido positivo. Creo que tiene un sentido de identidad firme, parece saber quién es. Ya no es tan... —se quedó pensando, si bien quería decir *vacía*, tampoco quería acercarse a la idea del alma perdida del chamán de Woodstock, así que optó por—: inexpresiva, ya no es tan inexpresiva.

Imogene asintió con tristeza.

—Supongo que está bien, en fin, no olvides llamarme.

En su casa, Will estaba poniendo la mesa, parecía que la cena sería vegetariana, sin trampas. Al principio no se lo creyó, inspeccionó y olfateó, levantó la tapa de la olla de cerámica favorita de Josephine y descubrió un líquido vegetal color naranja (¿sopa de calabaza?, ¿de camote?) También descubrió calabaza bellota a la mitad, rellena de una combinación de frijoles blancos y acelgas. Sólo ella se daba cuenta de la ironía: su cena de bienvenida era también de despedida. Ya que había tomado la decisión de irse, parecía que la coexistencia pacífica era posible.

Se sentía emocionada y temeraria.

—Mamá, noto una sospechosa ausencia de tocino.

Josephine levantó la barbilla.

—Si bien es cierto que todavía no me creo esos inventos de no comer nada que tenga cara, a todos nos vendría bien ser más saludables. Eso sí te lo concedo —se desató el delantal y agregó—, lo que nunca me verás hacer es meterme ese sustituto de carne que tanto te gusta en la boca, aquel que parece una botella de agua caliente medio quemada y te da un aliento asqueroso.

Casi se ríe. A medida que transcurría la noche, aquello que solía molestarla, parecía más bien gracioso. Era como estar pacheca sin estarlo. De pronto entendió la sonrisa beatífica de Edie la noche de su cumpleaños. Cuanto más se acercaba la madrugada, nada, absolutamente nada, se registraba en su valemadrómetro.

—¡Violet! —Douglas volvió de la oficina o de una noche de tragos con Bill W. La llamó desde el descanso de las escaleras del segundo piso—. Violet, ¿podrías venir?

Ésa era otra cosa que le hubiera molestado, el hecho de que su padre participara en su vida familiar gritando desde lejos. No la había visto desde que había llegado del hospital. ¿Por qué no bajaba si quería darle la bienvenida? ¿Por qué era como un hombre atrapado en la cima de una montaña que gritaba a través de la niebla?

Lo encontró en el cuarto de sus padres.

—¿Me llamó, señor? —se estaba preparando para otra conversación con el corazón abierto, o su equivalente para un adicto: con el hígado abierto.

Resultó que le concedió demasiado, no le preguntó cómo se sentía, ni siquiera le dio la bienvenida.

—Necesito ver las cartas de Rose, también los sobres.

—¿Por qué? En serio papá, ¿qué importa? ¿Has considerado que son privadas? —quería preguntarle si se le había ocurrido que, como todo el mundo, ella también tenía privacidad, a pesar de las intromisiones constantes de sus padres. Sin embargo, recordó que después de la una de la mañana, nunca tendría otra conversación como ésta. *Una de la mañana, una de la mañana*. Se lo había repetido con tanta frecuencia que se había convertido en un latido de corazón alterno—. No las vas a leer, son mías.

—Violet, en esta familia hay demasiados secretos.

—Ésa no es culpa mía, yo no tengo secretos. Al contrario, soy yo quien por ventilarlos se mete en problemas.

Su padre la miró como si estuviera diciendo tonterías.

—Te propongo algo: te doy su dirección, déjame ir por una hoja.

Entró a la oficina de su madre para buscar en dónde escribir. Tenía el «Perro semihundido» de Goya abierto en el escritorio. Recordó la descripción de Edie. Según ella, su madre nunca había estado deprimida (si acaso, padecía una agresión clínica). Sin embargo, al ver la imagen con la claridad mental que su partida le otorgaba —no era en retrospectiva sino más bien una premonición—, se daba cuenta de que su madre se parecía al perrito de Goya. Josephine siempre estaba con el agua hasta el cuello. Era bastante inepta para las relaciones humanas. A lo mejor esperaba que los demás la abandonaran, así que presionaba hasta que lo hacían. Tal vez, como el perro de Goya, se sentía tan incompetente que levantaba la cabeza muy en alto. Si bien era cierto que su madre había mentido sobre ella, le había puesto una trampa, había intentado arruinar sus amistades y su vida, aun con el brazaletes del hospital en la muñeca, le dio lástima.

Cerró el libro y recordó lo que Jocelyn le dijo a Corinna: *Sea cual sea tu problema, yo no lo provoqué, no puedo curarte*. Lo mismo era válido para su madre. Josephine no era cualquier perro ahogándose, era un pit bull; y Violet estaba segura de que liquidaría a cualquiera que intentara rescatarla.

Tomó un pedazo de papel de la esquina del escritorio. Era una hoja de cuaderno, nada importante. La volteó, copió las dos direcciones de Rose (las de la ciudad y el campo) y le dio las cartas a su papá como se lo había pedido (más bien exigido). No fue hasta la cena, mientras masticaba los frijoles, que comprendió lo que podía implicar para ella y Rose.

Se fue a dormir a las nueve. Se mantuvo con los ojos bien abiertos durante tres horas, la cabeza le daba vueltas y no dejaba de ver los números del reloj en su buró. Escuchó cuando su papá se fue a una junta nocturna de rehabilitación. También a su madre hablando en un tono frustrado y bajo mientras le limpiaba los dientes a Will. Espero a que alguien entrara y la iluminara con una lámpara para comprobar que

seguía respirando, como en el hospital. Sin embargo, estaba a solas con sus predicciones y miedo cada vez mayores.

Se le ocurrió que nadie la estaba obligando, podía cambiar de opinión. En teoría, podía no ir e inventar un pretexto absurdo para Rose. Pero si no iba al campo de béisbol, siempre tendría preguntas. Se tendría que conformar con repetir los mismos escenarios una y otra vez.

A las 12:30 bajó las escaleras de la casa a oscuras y tomó la lámpara minera de su padre. Robar no suponía nada, no ahora. Sin importar lo que sucediera esa noche, había decidido romper sus lazos familiares.

Siempre había considerado el rechazo de su madre una sentencia similar a la muerte, ahora le parecía una suerte. Nunca había compartido la psicosis ni la superstición de su familia. Era libre de buscar respuestas y tenía ganas de hacerlo, a pesar de lo desquiciada que resultara la verdad.

En cierto sentido, se lo debía a los Dekker. La señora D le había enseñado los tres métodos de la poda: «corta todo lo que esté enfermo, muerto o maltratado». Los Hurst eran las tres cosas. En tanto que siguieran arrastrándola, no tenía ninguna esperanza de reformarse. Si no se encontraba con lo que la esperaba, nunca crecería como es debido, se podía despedir de tener una adultez semi-normal.

Su bicicleta tomó vuelo cuando bajó por la cuesta que culminaba en el campo de béisbol. Temió que perdería el control, se derraparía con las piedras o se estrellaría de lado en los puestos de hot-dogs en donde se había aburrido durante muchos de los partidos de *t-ball* de Will. No fue así. Las llantas tenían buen agarre, bajó con los frenos puestos hasta donde los campos colindaban con el arroyo.

Era una noche clara, la luna llena se empezaba a apagar, tenía las manos tías por el frío. Se echó aire en los dedos cuando desmontó y prendió el último cigarro de Edie. Según la hora en su celular, faltaban diez minutos, así que apagó la lámpara y siguió el sonido del agua hasta internarse en el bosque disperso.

El arroyo estaba alborotado debido a las lluvias. La corriente sepultaba las piedras en las que en el verano, a ella y a Imogene les gustaba sentarse a leer y fumar mariguana. A Finch le gustaba ir río abajo en una canoa para adquirir, en sus palabras, un «bronceado interno», o sea, se bronceaba todo el cuerpo salvo el trasero y la parte posterior de las piernas. Se consoló con la idea de que no había sido la última vez que veía a sus amigos. Los volvería a ver. Conservarían su amistad. De alguna forma, les quedaban muchos veranos para nadar en el arroyo, enredarse el pelo y ponerse zapatos raros para río. No tenía que renunciar al cultivo de la tierra: tener mugre debajo de las uñas ni a ese profundo y satisfactorio dolor muscular que le quedaba tras arrancar hierba y excavar con la pala.

Un perro ladró a lo alto de una colina del otro lado del río, se quedó quieta para escuchar el sonido. El hoyo en el estómago se hacía más grande, cuando vio su teléfono se dio cuenta de que era la una con dos minutos. Su ansiedad había cambiado. Ahora en vez de temer lo que sucedería, presentía que la plantarían. ¿Qué

tal si nadie venía? ¿Qué tal si esperaba horas en el frío para terminar volviendo a casa? ¿Y si nunca conociera el paradero de Rose?

El perro volvió a ladrar desaforado. Violet vio los faros de un coche entre los árboles. Apagó su cigarro y caminó despacio hacia él, quería mantener su distancia y ver el coche. No tuvo que hacerlo. Escuchó un motor prendido y el sonido del estéreo. Conocía bien la canción: el decimoquinto cuarteto para cuerdas de Dmitri Shostakovich. Al acercarse, reconoció la cara de su madre bajo la luz interior. Estaba metiendo su bicicleta en el asiento trasero.

Gracias a que llevaba puestos sus tenis Converse pudo acercarse por detrás sin que la escuchara, le arrebató la llanta trasera.

El manubrio golpeó a Josephine en el pecho, durante un momento, se quedó atorada entre la bicicleta y la puerta abierta del coche. Violet jaló la bicicleta con más fuerza hasta que salió volando, aterrizó de lado en la tierra. Mientras caía, se escuchó el rechinado que produjo la palanca del freno al rayar el coche.

Su madre estaba asustada. Sin embargo, no tardó mucho en recuperar la máscara inexpresiva de siempre. Su semblante nunca cambiaba, ni con la edad ni la sabiduría, y mucho menos con la preocupación.

—Sé lo que tienes planeado, Violet y no te lo voy a permitir —su voz sonaba tranquila, fría y controladora, como siempre—. Podemos arreglar nuestra relación. Hoy me di cuenta. Tuvimos un buen día, ¿no crees? ¿Acaso no se demostró que podemos hablar, reírnos y disfrutar de nuestra compañía?

Quería decirle que nunca la había visto reírse a menos de que se estuviera burlando de alguien. Josephine nunca hablaba *con* nadie, daba órdenes o bien atribuía palabras como si fueran una mordaza. Siempre se las arreglaba para que la gente dijera lo que quería escuchar.

—No quiero una relación mamá.

—No puedes vivir con Rose, Violet, no es posible.

Era como si su madre hubiera preparado la jugada para que ella arruinara el partido. Era el momento que tanto había temido y, al mismo tiempo, que tanto le había obsesionado desde que había encontrado ese pedazo de papel en el escritorio de su madre. Se contrajeron todos los músculos de su cuerpo. Con voz ronca le dijo:

—No, no puedo irme a vivir con ella, ¿verdad? Y las dos sabemos por qué.

—No tengo ni la más remota idea de lo que estás hablando. ¿Enloqueciste de nuevo? ¿Estás chiflada? ¿Eh? —levantó la mirada y giró el dedo índice—. Súbete al coche, nos vamos a la casa.

Apretó el celular en su bolsillo.

—No voy a ir contigo a ningún lado.

Su madre se le acercó y por instinto, retrocedió.

—Violet, soy tu madre y vas a hacer lo que te ordene —Violet oprimió el botón de llamar en su celular y se lo llevó al oído—. Violet, guarda ese teléfono. Te lo advierto. ¿A quién le llamas? Te hice una pregunta.

Levantó la mano. *Espera un momento*. Cuando entró la llamada, le dijo con absoluto sarcasmo:

—Estoy llamando a Rose, vamos a ver qué pasa cuando lo hago.

Se produjo un silencio; creyó haberse equivocado. Creyó que tal vez sí estaba loca, paranoica, esquizofrénica, bipolar. Estaba a punto de acceder a que su madre metiera la bici al coche cuando de pronto, escuchó el débil sonido del teléfono en el asiento delantero.

Se dirigió al asiento del copiloto y su madre se paró frente a ella.

—¿Qué crees que haces? Respóndeme. Violet, ¡te estoy hablando!

Sin embargo, la hizo a un lado y tomó la manilla. Dentro, siguió el sonido, abrió la guantera y se encontró con el celular. Barato. Seguro era prepagado. Lo levantó a unos centímetros de la cara de su madre. Su coraje era puro y eléctrico como el efecto de una droga.

—¿No te bastó? —le gritó—. ¿No te bastó interponerte entre las dos cuando Rose seguía aquí? ¿Tenías que seguir haciéndolo incluso cuando ya no estaba?

La cara de su madre adquirió un aspecto petulante. Supo que adoptaría el tono exagerado y susurrante que utilizaba cuando estaba fúrica.

—¿Por qué crees que Rose no está? ¿No fuiste tú quien aseguró verla la otra noche?

Volvió a agitar el celular y Josephine intentó quitárselo. Terminaron agachadas y peleando por la baratija de plástico. Los botones emitían pitidos constantes tras el contacto con sus dedos. Sabía que su madre no había podido silenciarlo, era tan estúpida cuando se trataba de tecnología. Utilizar el correo convencional era prueba de ello.

En un instante tenía los salvajes dedos de su madre en la cara, rasguñándole el ojo izquierdo con las uñas recién arregladas. Vio estrellitas rojas por el dolor, como en un viaje de ácido. Fue instintivo: soltó el teléfono y se llevó las manos a los ojos. Josephine salió corriendo al bosque.

La siguió, se dejó guiar por el sonido de ramas partidas y el crujido de las hojas. Corría de prisa y sigilosa como un zorro. Se conducía mejor que su madre en el bosque, ella era melindrosa y arrogante, distanciada de todo cuanto se encontraba en el exterior. La naturaleza, el mundo, eran su punto ciego.

La encontró sentada en un tronco al pie del arroyo, con los tobillos cruzados como una niña que espera a su novio.

—¿En dónde está el teléfono? —le preguntó con agresividad.

Josephine volteó al escuchar su voz.

—Adivina —le dijo con el tono cantarín y pícaro que le repugnaba. Y pensar que se había dejado convencer de que era la oveja negra de la familia. Si alguien era un *enfant terrible* era Josephine.

—No es cierto, dime que no lo lanzaste al arroyo.

Su madre levantó las manos.

—¡Ups!

Intentó convencerse de que no importaba. Todavía tenía las cartas de «Rose». También tenía el pedazo de papel que había encontrado en el escritorio de su mamá. Había creído que se trataba de un ejercicio escolar. Pero esas letras... Últimamente había visto con demasiada frecuencia esa caligrafía obsesiva, trazada como de memoria. Josephine había utilizado algo (a lo mejor los cuadernos de Rose) para trazar la forma y el estilo de cada letra del alfabeto e imitar la caligrafía de su hermana.

Tenía su teléfono en la mano.

—Ya sé que eres tú quien me ha estado escribiendo madre.

—¡Ay, por favor! —Josephine alzó la mirada para ver la luna y emitió un sonido que indicaba que Violet estaba arruinando el paisaje—. ¿Te puedes callar? Ya sé que lo sabes.

—¿Por qué mierda me empezaste a escribir? ¿Por qué ahora?

—Por lo que escribiste en tu diario.

Apretó los dientes debido a la frustración.

—¿Todavía lees mi diario?

—Ay, Viola, no te hagas. Las dos sabemos que quieres que lo lea. Cuando peleamos escribes cosas como «Me siento mal por cómo traté a mi mamá», y luego lo dejas a la vista para que lo lea.

No era el momento para explicarle que debajo del colchón no era a la vista. Tampoco en ninguno de los otros escondites: dentro de la funda de la almohada, en su cajón de calcetines, en un caja de toallas sanitarias.

—¿Qué fue lo que escribí para que todo esto valiera la pena?

—Que era controladora. Dijiste que seguro había provocado que Rose se suicidara. Dijiste que era la razón por la cual te matabas de hambre.

Recordó la entrada. Había escrito sobre el *sallekhana*, el único inconveniente era imaginarse que su madre la encontrara muerta mientras dormía. *No soporto la idea de que llore encima de mí. Seguro me vestiría con un atuendo que le guste. O me golpearía una y otra vez porque no podría contarlo.*

—Eras tan insensible —le dijo Josephine—. Tan agresiva. Me daba la impresión de que necesitabas que te recordara... Rose me amaba. Incluso cuando nos llevábamos mal me amaba. Nunca fue como tú.

Se tardó poco en darse cuenta. Ya se le había ocurrido que su madre la había internado en Fallkill por lo que había gritado: ¡Rose está aquí! ¿La vieron? ¡La vi! Pero de pronto le cayó como una cubeta de agua fría: una palabra con la fuerza de un tren de carga.

—Suicidio. Aquella noche en la cocina dije la palabra *suicidio* —desde luego, había estado pensando en su propio suicidio al decirla. Y su madre, la narcisista de siempre, había situado la palabra en un contexto significativo para ella.

—Sí.

—Tenías que fingir que Rose estaba viva porque nos ocultaste su suicidio — respiró profundo, el celular le temblaba en la mano—. La carta de despedida de Rose era una carta suicida, ¿verdad?

Josephine se había volteado hacia el agua.

—Hola, Tierra a madre. Respóndeme. Era una carta suicida, ¿verdad?

—Shhh, baja la voz.

—¿Qué? ¿Quién nos va a escuchar? ¿La ambrosía? ¿Los putos venados? ¿Papá lo sabe?

Su madre no respondió. Así que Douglas no sabía. A Josephine nunca se le ocurriría pensar en los demás. Nunca tomaría en cuenta que la familia quería despedirse y llorarla. Nunca consideraría que necesitaban cerrar ese capítulo.

—No lo entiendo. ¿Por qué? —se acercó, aunque cada músculo de su cuerpo le gritaba que corriera. Tenía que tentar a su madre como Edie le había recomendado. Si quería respuestas, tendría que halagar y simular que se preocupaba por el monstruo sentado frente a ella, aunque quisiera clavarle una estaca en el corazón o llamar a la policía a gritos como una niña pequeña perdida—. Además, ¿no ha sido difícil para ti? ¿Lidiar con esa tragedia a solas? Te pude haber ayudado, los demás también.

—¡Ay, Violet, qué tonta eres! ¿No lo entiendes? No voy a permitir que la gente la recuerde así.

Apenas podía respirar. Le temblaba la voz.

—Ya veo. No puedes controlar las percepciones de los demás, así como tampoco podías controlar a Rose. Las personas tienen mente propia. La vida no es una obra en la que puedas dirigir, orquestar y ser la escenógrafa.

Josephine gritó.

—No voy a permitir que toda la ciudad crea que tu hermana era una debilucha. ¡Rose no era patética! Tu hermana era una estrella. Tenía todo el talento del mundo y decidió desperdiciarlo —Violet puso una mano en la frágil espalda de su madre—. Lo entenderás cuando llegues a mi edad. Le hice un favor. A ti y a tu hermano también. Cuando la gente escuche el apellido Hurst, recordará a la hermosa niña que interpretó a Sandy en Vaselina. No a una *beatnik* depresiva.

—Está bien mamá, podemos hablarlo. Respira, relájate, sácalo todo.

—Violet, no necesito tus pendejadas hippies.

Estaba herida más no desmoralizada. Pensó en el perro de Goya.

—Entiendo que sientas que estás peleando contra algo más grande que tú. No estás sola. Aquí estoy —recordó lo de la dosis de narcisismo de Edie. *Es como una droga. Cuando están bajo sus efectos, les puedes hacer creer que se están saliendo con la suya*—. Te puedo ayudar. Antes ayúdame a entender. Mi mente es más lenta que la tuya. Comienza desde el principio, por la carta de Rose.

—Cuando la encontré, estaba en el asiento delantero —le dijo con voz entrecortada.

—¿En dónde la encontraste?

—En el garaje, con el coche prendido —parecía indignada, como si Violet ya lo supiera y le hiciera perder el tiempo con preguntas innecesarias.

—Los Wildomar —la interrumpió, comprendió por primera vez—, dijeron que la puerta del garaje estuvo abierta todo el día. Lo estabas ventilando.

—Le dije a la policía que Rose debió haberla dejado abierta.

—Sí me acuerdo —su cabeza iba a la misma velocidad que el arroyo, procuró sonar reconfortante—, entonces, la carta...

—No pude leerla, estaba tan enojada, no podía ni tocarla. No iba a darle el gusto. La puse en el asiento del copiloto cuando llevé el coche a la estación. En el camino iba pensando que no tenía derecho a dejarme. Nunca podría reemplazarla, tu hermana era irremplazable.

Tragó saliva. Su madre hablaba de su hermana como si fuera un objeto, un objetopreciado...

—No estás sola, la gente te quiere. Will te adora, eres su vida.

Se rió con amargura.

—Siempre supe que Rose me abandonaría igual que mi madre, incluso se parecían. Me miraba todos los días con esos enormes ojos azules como los de mi madre. Sabía que un día se iba a dar cuenta de que yo no era la mujer perfecta que creía que era. Ese día, se desharía de mí como si no fuera nada, como si fuera basura.

Esa imagen la hizo temblar sin control. Su madre acusaba a los demás de los actos que ella misma cometía: Will estaba «enfermo», Violet, «loca». Ahora Rose se había «deshecho» de su madre. Era evidente, desde el punto de vista criminal, que había sido al revés.

—¿Tú empacaste sus maletas? ¿Tú te llevaste su computadora y apagaste su celular? —le temblaba la voz—. ¿Tú pagaste el estacionamiento y el boleto de tren con su tarjeta de crédito?

Silencio.

—Le mentiste a la policía, les contaste que te había llamado desde casa de su novio.

—¿Tú qué crees?

—Damien no existe, inventaste la llamada, inventaste el nombre —era típico que haya elegido un nombre más dramático que Joe o Mike—. ¿Tú la diste de baja de la escuela?

—Falsifiqué su solicitud de baja, tuve que hacerlo. Tu padre reportó su desaparición sin consultármelo. ¿Te imaginas? No me dejó otra alternativa, tuve que pretender que había huido. Solicité nuevas tarjetas de crédito a su nombre. Supuse que todo el mundo se tranquilizaría al ver su historial crediticio —incluso en la oscuridad, estaba segura de haberla visto sonreír—. Sé lo que estás pensando, conozco tu ética budista. Usé las tarjetas para pagar boletos de teatro. Compré e hice cosas que tu hermana habría disfrutado. Le di la vida que debió haber tenido, la que hubiera querido.

Ya no podía contenerse.

—Le diste la vida que tú hubieras querido para ella —sacudió la cabeza, todavía no entendía algo—. ¿Y las imágenes de la cámara de seguridad de la estación MetroNorth? Dijiste que la policía se las mostró a papá y a ti.

Imaginarse a su madre viendo los videos hizo que se le revolviere el estómago.

—¡Ay, Violet! —de nuevo su voz expresaba su condescendencia habitual—. Esas cámaras están tan altas y sólo graban uno de cada cinco segundos.

Se llevó la mano a la boca.

—Te pusiste su ropa, sus zapatos. Llevabas su maleta.

—Ese abrigo blanco de plumón —su voz henchida de nostalgia—, olía tanto a su perfume que me hizo llorar. ¿Recuerdas su perfume? ¿El aroma a vainilla? Tu hermana olía a una galletita de azúcar. Cuando me cubrí con la capucha, tuve la breve sensación de lo que era ser ella: las mujeres volteando para mirarla, los hombres babeando.

Era más probable que la gente volteara a mirarla por la ropa que llevaba puesta, inapropiada para su edad.

—Bien, entonces te subiste al tren disfrazada como Rose. ¿Cómo llegaste a casa? —el tren a Penn Station hacía un recorrido de una hora y media de ida y otra de vuelta. Josephine había estado en la casa cuando Violet y Will llegaron en el autobús de la escuela.

—Piensa Violet. No hice el recorrido completo, me bajé en Beacon y llamé un taxi.

—¿Y Rose qué tiene que ver en todo esto?

—¿Cómo que qué tiene que ver?

—¿En dónde está? —no se atrevía a decirlo pero el silencio de su madre la obligó a hacerlo—. ¿Qué carajo hiciste con el cuerpo de Rose?

—Está en un lugar plácido, es todo lo que necesitas saber.

Era demasiado.

—¡No te corresponde decidir lo que necesito! Ya sé que no lo entiendes. Te tengo compasión, de verdad. Entiendo que tuviste una infancia difícil y que estás mal de la cabeza.

Josephine se levantó y se acercó.

—Violet, te lo advierto. No te permito que me hables así.

—El hecho de haber traído a Rose al mundo no la convierte en tu propiedad. ¡Era mi hermana! ¡Era un ser humano! Tan pronto dejó de hacer tu santa voluntad, de cumplir cada uno de tus caprichos, en cuanto dejó de serte útil, hiciste todo lo posible por destruirla. Hizo lo que hizo porque era una niña buena. Lo hizo porque en el fondo sabía que era lo que querías que hiciera. ¡Pudo haberse suicidado pero tus manos están ensangrentadas!

—Qué ridículo, quería que tu hermana fuera feliz. Es lo que todas las madres quieren.

Prendió la grabadora de su teléfono.

—Algunas madres, no tú. Son palabras vacías, de tarjetas de felicitación. Seguro las escuchaste en alguna reunión de padres de familia y las repites porque parecen pertinentes. No tienes idea de quiénes son tus hijos. Ni siquiera te interesa conocernos.

—¡Amo a mis hijos! Incluso a ti, te quiero aunque no me caigas bien.

—Adoras las personalidades que nos has otorgado. Amas a Will cuando se porta bien porque encaja en una versión idealizada de tu propia vida. Me amas cuando soy mala porque puedes proyectar los aspectos retorcidos de tu personalidad en la mía. Te importa un carajo la felicidad de los demás, sólo te importa la tuya. ¡Y lo irónico es que nunca serás feliz!

La postura de Josephine de reina de belleza se vino abajo. Se abrazó.

—Soy mayor que tú Violet, ¿cómo te atreves a hablarme así?

—Es así. Nunca serás feliz porque no vives en este mundo. Eres incapaz de relacionarte con los demás. No sientes empatía por nadie. Dime, ¿por qué te hiciste pasar por Rose y me citaste aquí?

Josephine negó con la cabeza.

—¡Por favor! ¿Por qué me mandaste esa carta al hospital cuando supiste que no me iban a internar el resto de mi vida? *Hola, soy Rose. Te quiero. Ven a vivir conmigo.* Me ibas a ayudar a perderme para siempre, ¿verdad? Rose era buena, así que una vez que sintió lo mucho que la odiabas, se suicidó por ti. Yo no, no es el caso de la buena para nada de Violet —extendió los brazos—. Aquí estoy. Si me quieres muerta, vas a tener que hacerlo tú misma mamá. Con tus propias manos.

—No tengo ni la más remota idea de qué estás hablando.

—Ay, por favor, ten el valor de reconocerlo aunque sea una vez en tu vida. No cambiaste de parecer porque te diste cuenta de que podíamos llevarnos bien. Lo hiciste porque te diste cuenta de que no serías capaz. Te diste cuenta de que asesinar mancillaría la imagen perfecta que tienes de ti misma. ¡Pues no eres perfecta! ¡Eres la persona más enferma que he conocido! ¿Cuántas personas pueden decir que nacieron del ser más horroroso, detestable, desalmado, frío y malvado que han conocido?

El berrido de Josephine fue el de un animal.

—No conoces el mal, no has vivido ni una mínima parte de lo que yo he vivido.

—Eres peor que tu madre. En el fondo lo sabes. Debes saberte la impostora más grande. Debe ser horrible que te entreguen un bebé recién nacido, tres veces, y no sentir nada —pensó en los relatos de Jataka según los cuales a una madre con su bebé en brazos la invadía una alegría bendita—. Debiste haber sabido en cada uno de tus partos cuán defectuosa eres, debiste haber sabido que te hacía falta eso que nos hace humanos.

Su madre extendió los brazos como una majestuosa ave de rapiña. Al instante, Violet estaba tirada de espaldas en el piso, sacudiendo los pies, no sentía el follaje ni las piedras de río. Sucedió tan rápido, sin embargo lo experimentó cuadro por cuadro:

no podía respirar, intentó apartar las manos de su madre cuando le apretaron el cuello con más fuerza. El perro seguía ladrando. A la distancia, vio los faros de un coche. Tenía a Josephine sentada sobre ella, la montaba de forma casi incestuosa mientras intentaba quitarle hasta el último aliento. Aunque apenas recordaba la Biblia, pensó en Job: *Él (más bien Ella), quien le ha dado la vida, no se la puede quitar*. Supo sin lugar a dudas que su madre pensaba lo mismo mientras le rompía la tráquea. Budismo, jainismo, catolicismo, daba igual. El único Dios que Josephine le permitía a la gente honrar era a Ella.

Se libró y salió corriendo. Quería gritar pero la presión que sentía en los ojos y el silencio abismal en su cabeza eran sobrecogedores. Se le acumuló la sangre en la cara. Perdió el conocimiento, aunque lo recuperó de inmediato. No era como se decía. No había visto ninguna luz blanca. Tampoco su vida desfilar frente a ella. Sólo le preocupaba una cosa: no quería que lo último que viera antes de morir fuera la cara de su madre. Valía la pena vivir por eso.

Will Hurst

Se trataba de la primera decisión que tomaba por su cuenta en años. No había pedido permiso. No se lo había consultado a su madre. Cuando vio la estampa en el cajón del escritorio de su madre, se la metió en el bolsillo tan pronto la cabeza le dejó de dar vueltas por la impresión. También había tomado el tubo de cera rosa. Horrorizado, recordó que había estado con su madre cuando lo compró en la elegante papelería de Manhattan. Le había explicado que era una vela. Will había estado aburridísimo como para prestarle atención. La tienda se encontraba cerca de Union Square. Había estado hipnotizado observando a unos chicos patinando desde el escaparate de la tienda. Llevaban esos pantalones ajustados, a la cadera, que Josephine prohibía. Llevaban el pelo peinado hacia adelante, se despeinaban al deslizarse con la patineta en los pasamanos. Caían de cara, en sus rostros femeninos y atractivos, como si no sintieran dolor.

Parado frente al escritorio de su mamá, consideró los meses pasados desde una nueva perspectiva. Era como ver el otro lado de una ilusión óptica. Sostener la clave de sol en la mano, contemplar cómo se moldeaba una vasija de la nada. Por fin comprendió por qué su mamá —que nunca pensaba dos veces antes de leer el diario de Violet—, le había llevado la carta de «Rose» al hospital sin antes abrir el sobre con vapor. Se dio cuenta de por qué a pesar de estar vestidos para la ópera, Josephine había tenido que depositar un sobre en un buzón en la calle. Incluso se explicaba la desaparición de su madre a Newburgh. En ese centro comercial había una tienda de UPS. Su madre utilizaba a Rose, en quien Violet confiaba, para conocer la verdad sobre el abuso de su padre. Si Violet se enteraba de quién le había estado escribiendo, no volvería a confiar en su madre. Si descubría el sello de cera, se podía despedir de Londres.

Sin pensarlo dos veces, arrojó los dos objetos al escusado, a pesar de que le habían advertido millones de veces que cualquier cosa que no fuera papel higiénico, dañaba la fosa séptica. A su madre no le importaría, estaba seguro. Al contrario, le agradecería, incluso lo consideraría su héroe.

Sin embargo, su madre había estado molesta cuando lo acostó. No era enojo del todo y tampoco estaba dirigido a él. Se trataba más bien del leve malestar que la distraía y la atacaba de vez en cuando, se le dilataban las pupilas y no escuchaba ni media palabra de lo que le decía. Había identificado pequeñas infracciones para

regañarlo: pañuelos sucios en sus bolsillos, mugre detrás de las orejas. Cuando intentó preguntarle por las cartas de Rose, lo regañó por cómo había pronunciado «cartas» («¡Cartas! ¡No *hartas*! Estoy a punto de llevarte a un terapeuta del lenguaje, Will, te lo juro.»). De manera que había dejado de preguntar. Le había cepillado el pelo con tanta fuerza que la madera le lastimó el cráneo. Cuando le puso la camisa de la pijama por la cabeza, casi lo estrangula.

Se había ido a dormir preso de un autodesprecio penetrante. Se había mantenido despierto mucho después de que la casa se quedara en silencio, practicando su dicción en silencio. Además de preocuparle el examen estatal, odiaba su lado asqueroso y debilucho: ese desamparado niño pequeño que llevaba dentro.

En la madrugada, Dios sabe a qué hora, había hecho lo único que lo aliviaba cuando se sentía así. Había cerrado con cautela la puerta de su cuarto, apoyando la cabeza, se había levantado de puntitas y metido las manos dentro de su pantalón de la pijama.

Cacoethes, latín, un mal hábito o necesidad insaciable.

Su aliento era discreto, sus manos, implacables y desesperadas. Pensó en los patinadores, en los chicos de un internado privado, también en hombres mayores, adultos como el doctor Martin y el profesor Razz. Incluso se imaginó a Jake Greenberg, quien al molestarlo, había hecho cierto gesto con las manos que le había dado la idea de hacerlo. Siempre tenía que hacerlo así, recargado contra la puerta sin llave, lo cual suponía que su madre podría entrar en cualquier momento. Iba más allá... Sólo en esa posición, parado contra la puerta, tenía sentido. Entró en un trance pesado y juró, como siempre, que sería la última vez. Casi en el desenlace, se prometió nunca más sucumbir ante ese extraño ritual para dormirse. Y luego llegó: la sacudida fuerte, justa, y ese segundo dichoso y radiante que le ponía la mente en blanco.

La paz interior no duró, nunca lo hacía. Sacó su mano mojada (nunca le había sucedido) y se metió a la cama, se sentía más inmoral y antinatural que antes. Estaba rojo de la vergüenza, se quitó los calzones, los hizo bola, los tiró debajo de la cama y se puso unos limpios. Estaba seguro de que había traicionado a Dios y a su madre.

Will todavía estaba oscuro cuando se despertó. Se escuchaban motores en la entrada. Parpadeaban luces blancas y azules a través de sus cortinas a cuadros. Escuchó pasos en las escaleras, su padre lo llamaba por su nombre, lo cazaba como un depredador.

Se sentó en la cama, dobló las rodillas e hizo un tipi con las sábanas inscritas con sus iniciales. Su primer instinto fue pensar en escondites. En el clóset. Debajo de la cama, al lado de los calzones manchados que planeaba desinfectar en la mañana. Su reloj indicaba las 4:02 a.m. No sabía si estaba soñando, si la voz de su padre era una pesadilla. Se sentó, muerto de miedo y culpa. No sabía a qué le temes ni qué había hecho mal, sin embargo, le daba la impresión de que era una u otra.

Se abrió la puerta de par en par, y de inmediato, su padre estaba parado frente a él, le quitó la cobija y le dio palmadas en el pecho para sacarlo de su pequeño altar de almohadas. Lo sacudía con sus manos grandes y rugosas, tenía la cara demasiado cerca, su aliento era demasiado caliente y carnal, le hacía preguntas indiscretas, agresivas: ¿Estás bien? Cada que Will gritaba y lo empujaba, hacía más preguntas. Respondía su interrogatorio con patadas.

—¡Mamá! —gritó, saliéndose de la cama a rastras—. ¡Mamá! ¡Mamá! —corrió por el pasillo hasta llegar al cuarto de sus padres y se desgarró la garganta llamándola.

Douglas lo alcanzó en seguida y le puso las manos en los hombros.

—Will, ¿está tu madre aquí? Es importante, dime algo.

Cada que volteaba a Will para encararlo, éste se daba la vuelta.

—¡Déjame no me toques! —se dio cuenta de que lloraba. Un policía subía las escaleras, de hombros anchos y cintura delgada, era el único que lo podía rescatar—. ¡Quítemelo de encima! —le imploró.

Se sentía acorralado e inconsolable. Había roto cada uno de los mandamientos tácitos en el reglamento familiar: lloró como un niño y pidió ayuda. Sabía que era vergonzosa la forma en que se le lanzó al policía. No había estado bien, era indigno. No obstante, tenía mucho miedo y estaba muy confundido como para que le importaran las apariencias. Le rogó al policía que lo ayudara. Le detalló a gritos todo lo que su madre le había contado sobre los abusos de su padre.

—¡Quiero a mi mamá! ¡Quiero a mi mamá! —le dijo al policía.

Lo que le respondió el policía, lo golpeó como una bala en el estómago.

—La estamos buscando campeón. Te lo prometo. El problema es que no sabemos en dónde está.

Violet Hurst

La despertó la voz de Josephine. Le dio la impresión de escuchar a su madre a la distancia: «Sí, cuando me di cuenta de lo que sucedía, también me preocupé.»

Cuando enfocó la vista, la luna brillaba en el cielo. Aspiró una pequeña bocanada de gélido aire nocturno. Le dolía tanto la garganta que apenas podía respirar. Tenía las piernas tan débiles que con trabajos podía doblar las rodillas. Aguzó los oídos, escuchaba sonidos de motores, otras voces pronunciaban palabras que no distinguía.

En seguida distinguió la voz de su madre, gritaba. «No sé qué le pasa a esa niña. Se escabulle sola para encontrarse Dios sabe con quién. [inaudible] [inaudible]. Parece que no la eduqué yo.»

Cuando hablaba con personas externas a su familia, Josephine lo hacía en un tono más alto. Su apariencia le brindaba cierta ilusión de cordura: los sacos de sarga, los dientes blanqueados, el arreglo personal meticuloso, el peinado de conductora de un noticiero de televisión. *La voz no miente*, pensó mientras se revolcaba en la tierra. La voz aguda y elevada de su madre parecía provenir de la película *Gray Gardens*. Si la gente cerrara los ojos al escucharla tal vez lo percibirían: una locura felina, impulsada por el sadismo y una necesidad sin fondo.

Se levantó con un codo, los huesos le tronaban. Se dio cuenta de que tragar no era su único problema, también le dolía inhalar. Como estaba sin aliento, cada respiración le causaba dolor. Era como si le hubieran metido una estaca en la garganta. Se dio la vuelta, le temblaban los dientes, y vomitó sopa tibia en el suelo rocoso.

Quizá debió haber tenido miedo pero sólo pensaba en dejarse ver por la persona con quien hablaba su madre antes de que se fuera. Se levantó con cuidado, apenas podía mantenerse erguida. Le latía el corazón. Vio faros, cuatro, a través del espesor de los árboles, como ojos con la mirada perdida en la distancia, los envolvía vapor. Se dejó guiar por los coches mientras se tambaleaba a toda velocidad por el bosque, se tropezaba con las hojas y los desechos en el piso. Sus talones golpeaban las raíces de los árboles, piedras ocultas, latas. Cada respiración la asfixiaba.

Su dolor era claustrofóbico, la atrapaba dentro de él y no al revés. De cualquier forma, se enfocó en las voces y en los motores, en las luces a la distancia. La conversación se había apagado y escuchó cómo se cerraban las puertas de los coches. Apretó el paso, se apoyó en los troncos de los árboles para no caerse. Siempre y cuando hubiera cuatro faros y no dos, no estaba sola con su madre. Siempre y cuando

hubiera cuatro, no estaba sola en el bosque, en el mundo.

Se abrió la puerta de uno de los coches y la música de Van Morrison invadió el estacionamiento.

—¿Violet?! —era Imogene, corría con la mirada desquiciada a través de la niebla para reunirse con ella.

Josephine también iba a su encuentro. Había recuperado su imagen pública. Se llevó las manos a la boca.

—¡Violet! Querida, gracias a Dios. Estábamos preocupadísimas.

Retorció las cejas en busca de una expresión que transmitiera su preocupación maternal, sin embargo, sus ojos expresaban pánico, no sabía a dónde mirar. Volteaba a ver a Imogene una y otra vez. Como siempre, Josephine, la actriz, procuraba leer a su público.

Intentó con todas sus fuerzas decirle: *No voy a ninguna parte contigo*. Sin embargo, sólo pudo emitir un resoplido doloroso. Se dirigía hacia Imogene, a pesar de que Josephine empezó a jalarle la chamarra para intentar meterla en su camioneta roja.

—Súbete —le ordenó—. Vamos a la casa. Luego hablamos de tu castigo.

Imogene vio algo, el ojo raspado, el vómito en los jeans o la expresión en su rostro. Algo.

—Dios mío Violet, ¿qué te hizo Rose?

—Gracias, Genie, yo me encargo. Viola, súbete al coche.

Se tardó mucho en darse a entender. Sacudió la cabeza sin control. Desesperada, se quitó las manos de su madre de encima, no obstante, Josephine no se dio por vencida y la volvió a agarrar, la apretaba más fuerte con esos dedos de araña que le ponían los pelos de punta.

Imogene estaba asustada, aunque no dejaba de ser amable.

—Señora Hurst, no creo que quiera...

Josephine le apretó con más virulencia la muñeca.

—No te metas Genie. Suelta a mi hija. De hecho, déjala en paz, punto. Ni siquiera estaríamos aquí si no fuera por ti.

Con la boca abierta, Imogene se llevó la mano al esternón.

—¿Por mí?

—Sí, tú y tu hermano son una mala influencia. La mariguana, el sexo, el sacrilegio. ¡Es probable! Si fuera tu madre...

—No eres su madre Josephine.

Mareada, Violet levantó la vista y vio a Beryl Field. Estaba de pie entre los coches estacionados, con una pashmina en la cabeza y aretes largos, la luz se reflejaba a través de los hoyos de su poncho tejido.

—Creo que lo mejor es que Violet pase la noche con nosotros —le dijo Beryl en un tono directo y definitivo—. Cariño por favor ayúdale a Imogene a que guarde su bici en el coche.

Sintió escalofrío en la espalda. Miró a Josephine de reojo. Estaba lista para otro sermón, esperaba otra de sus desgastadas diatribas —las que siempre formulaba en privado sobre la crianza indulgente y débil de Rolf y Beryl—. Sin embargo, su madre no dijo ni media palabra. Se subió a su coche color azufre y se internó en la noche oscura, las llantas traseras levantaron una fina capa de polvo.

Beryl condujo directamente a la sala de urgencias del hospital Kingston. Imogene iba en el asiento trasero, tomaba a Violet de la mano y lloraba mientras ésta escupía, literalmente, la historia sobre la semana pasada, además de lo que su madre le había confesado en el arroyo. Por lo menos tres veces se conmocionó, no obstante, les contó todos los detalles. No podía guardárselos, tenía que relatar los hechos antes de que Josephine los manipulara, antes de que encontrara explicaciones para su demencia.

—Casi no vengo —Imogene repetía—, pero me preocupé porque no me llamaste. En el trayecto no dejaba de pensar que era una tontería, una locura. ¿Verdad, mamá? Claro, esto va todavía más allá de la locura. ¿Qué hubiera pasado si no venimos?

Beryl acortó el trayecto y mantuvo la música alegre y en un volumen bajo. Pisó el acelerador y pasó volando por las calles pequeñas de un sentido de Kingston. Las antiguas casas de piedra cubiertas de hiedra absorbían la luz de los faros. Beryl prendía y apagaba las luces altas. Dejó que las chicas tuvieran un momento privado. La única ocasión que demostró lo aterrada que estaba fue cuando, detenida en un semáforo, se sacudió tras el horror de escuchar a Violet contarles que Josephine se había vestido con la ropa de Rose.

—Debió haber estado delirando por la pena —susurró—. Demencia temporal.

Era un error atribuirle emociones humanas a Josephine. Violet no la culpaba. Beryl era empática y criaba a sus hijos del mismo modo que vivía, intentaba ponerse en los zapatos de los demás, experimentaba el mundo como sus hijos, sus amigos y las familias de sus amigos lo harían. Su madre era lo contrario. Si alguien se negaba a aceptar la fantasía creada por Josephine como realidad, entonces ésta los rechazaba, los hería o desaparecía.

—Lo dudo —Imogene soltó una risa en medio de un gemido—. Josephine está desquiciada y es permanente.

Beryl le pidió que no siguiera.

—Violet, querida, estoy segura de que puede conseguir ayuda. Terapia. Algo.

Asintió sin querer comprometerse demasiado. De cualquier forma no estaba segura. Beryl tenía cáncer, sabía que estaba enferma. Había indagado sobre su enfermedad, había escuchado la opinión de varios médicos y quería a toda costa mejorar. Josephine, en cambio, jamás admitiría que estaba perjudicando a los Hurst y a ella misma. En un estrado, su madre juraría ser igual de controladora y manipuladora que cualquier mujer en el planeta. Si un psicólogo intentara ayudarla,

se encargaría de intimidarlo y avergonzarlo hasta que se sintiera peor que ella, hasta que se sintiera tan débil que no podría verla por encima del hombro. Para sanar, era fundamental admitir que uno estaba enfermo y Josephine nunca lo haría. Preferiría seguir viviendo bajo la apariencia de ser perfecta y estaría dispuesta a deshacerse de cualquier cosa (o cualquiera) que demostrara lo contrario.

En el hospital, le tomaron fotos y muestras de huellas digitales de las heridas moradas y amarillas en el cuello magullado. Le curaron el párpado inferior y la mejilla. El doctor le pasó una lámpara por los ojos y la garganta y le preguntó si le dolía. Todo le dolía, aunque no tanto como saber que Rose estaba muerta y perdida, que su cuerpo yacía en algún lugar secreto y enfermo que su madre había elegido.

Dejó que sus amigos la cuidaran, aunque su mente y alma se negaban e intentaban boicotearla. Imogene se sentó a un lado de su cama en el hospital, con un brazo la abrazaba y con el otro manipulaba el control de la tele, cuidando evitar canales y detonantes emocionales igual que Violet y Corinna habían hecho con Edie en el hospital (ningún *reality* sobre cortes y juicios ni programas de entrevistas que se aprovechaban de las disfunciones familiares). Cuando la cafetería abrió, Beryl les compró café caliente y unos bollos grandes y grasientos que sabían a manteca de cerdo. Las cubrió con una cobija de retazos que tenía en la cajuela para picnics de verano o emergencias en la carretera durante el invierno. Se sentó en la esquina soplándole a una taza de papel de té verde. Nunca manifestó si le consternaba volver al hospital al poco tiempo de su tumorectomía. Violet se recostó e intentó evitar la voz constante en su cabeza que le decía: *Si necesitas ayuda, no la pidas. Hazlo tú misma, haz todo tú misma.*

Finch era el enojado. Manejó al hospital en la camioneta VW T3 de la familia y, tan pronto llegó, comenzó a caminar de un lado a otro en el cuarto frío y neutral. Estaba furioso, aunque con nadie en particular, salía del cuarto con el doctor y el policía para exigirles respuestas como si fuera su esposo; si bien era halagador, era poco útil. No entendía, no era lógico según la ciencia del ser humano. Lo repetía sin cesar: «¡Una madre que ataca a su propia hija! Era lógico, tal vez, en el sur del país durante la esclavitud. Rescatar a tu hija de los horrores que tuviste que sufrir, lo entiendo. Eso es un tema de Toni Morrison. Pero Josephine no intentaba salvar a Violet de una vida de violaciones y pobreza. ¡Es una mujer blanca privilegiada que vive en el primer mundo moderno!»

—No es lógico para nosotros —dijo Imogene—. Para Josephine sí lo es. El psicólogo en turno nos dijo que podría tratarse de la culminación de una serie de patrones perpetuos.

De hecho, se había referido a una serie de patrones de relaciones disfuncionales. Violet había aborrecido su evaluación psiquiátrica. Un segundo psicólogo en una semana en la que había desfilado frente a varios profesionales de la salud mental.

Ésta se había excedido con la duración de la terapia y se había sentado demasiado cerca de la cama, sus comprensivos ojos color café la habían tentado a llorar, sin embargo, no lo había hecho ni una sola vez. Le daba la impresión de que se encontraba al fondo de un viejo pozo y que todos la llamaban desde la superficie. Evitaban hacer movimientos bruscos y la consolaban. Le entregaban declaraciones y formularios médicos. Llenaban recipientes oscuros con su sangre. Responder, firmar en el espacio en blanco y estirar el brazo para que le sacaran sangre, le drenaba la poca energía que le quedaba.

Finch se fue porque Beryl le pidió que volviera a casa para prepararle el cuarto de visitas a Violet. En ese momento, entró una mujer del CPI llamada Trina Williams. Se presentó como colega de Nicholas Flores, cuando Violet le preguntó por qué Nick no había acudido, argumentó que era más fácil hablar sobre ciertos temas con una mujer. Le siguió una arsenal de preguntas sobre Douglas: ¿era alcohólico?, ¿alguna vez la había golpeado a ella o a sus hermanos?, ¿era cierto que tenía un interés enfermizo en la sexualidad de Rose? Respondió a todas avergonzada, los amables ojos color café de Trina expresaban que sabía que Violet preferiría pensar en otra cosa. Respondió con honestidad: *Sí, es alcohólico, aunque en rehabilitación. No, nunca los golpeó. Su madre inspeccionaba la ropa interior de su hermana.*

El sol de la mañana penetraba por la ventana, bañaba todo de colores rosa y naranja como los vitrales que había observado en la iglesia tantas veces en su infancia. No podía evitar imaginarse lugares en donde su madre podría haberse deshecho de Rose. Pensaba en esos términos: deshecho o tirar, como una bolsa de basura arrojada por la ventana de un coche a toda velocidad. Sin duda, su madre habría inventado que la había llevado a su última morada. Sin importar en dónde estaba, no había forma de que fuera el lugar tranquilo que su hermana había imaginado cuando aquella última vez, había prendido el coche. No descansaba, se pudría en una tumba sin nombre o bien, ya se la habían comido los osos y era composta en el bosque. Sin registro de su entierro. De los cuatro elementos, había tres aceptables: tierra, fuego y agua. Josephine tuvo que haber elegido uno.

Un par de horas antes de su alta —los resultados de sus análisis toxicológicos eran negativos—, el detective Donnelly la visitó. Se disculpó. Lo sucedido la noche anterior era su culpa, dijo. Había planeado contactarla. La tarde de ayer, Douglas había ido a la delegación con un diario que, según él, demostraba que Josephine había estado acosando a Rose. Cuando lo revisaron, descubrieron que alguien había arrancado varias hojas. Su padre había dicho que siempre había tenido un mal presentimiento sobre el video de las cámaras de seguridad de la estación de tren. Había percibido cierta rigidez en el andar de Rose. Al principio había creído que la libertad la había relajado pero desde que había dejado de tomar, se había empezado a plantear muchas preguntas y puesto atención al momento en que habían sucedido varias cosas. Rose había desaparecido del álbum de fotos familiar poco tiempo después de que había sugerido que contrataran a un investigador privado para

encontrarla. Habían rayado su coche (se suponía que Rose lo había hecho), cuando Josephine lo había acusado de serle infiel. Cuando Rose había «reaparecido», Douglas se había dado cuenta de que Josephine la trataba como el perro de la familia. Si algo había desaparecido, se lo había llevado Rose a modo de compensación; si algo se había roto sin explicación, había sido Rose para vengarse.

A raíz de sus conversaciones con Douglas, Donnelly había llevado la foto de Rose que habían publicado el año pasado a Newburgh. El gerente de la tienda había dicho que nunca la había visto. Según uno de los empleados, la propietaria del buzón era una morena de mediana edad que acostumbraba a hablar por teléfono y a quejarse de los precios como si la estuviera intentando estafar.

—Pensé en tu madre —le dijo Donnelly—, pero sabía que era rubia. La última vez que fue a la delegación, era rubia.

—Sus cartas eran muy frecuentes, cuando le escribía, me respondía casi de inmediato —dijo Violet.

—Es un servicio que ofrecen, cuando le llegaba un sobre, la tienda llamaba al teléfono que te dio en una de sus cartas.

—Creo que el teléfono pasó a mejor vida, lo tiró al arroyo.

—Lamento interrumpir detective, ¿Josephine está bajo arresto? —preguntó Beryl. Donnelly asintió.

—Volvió a Old Stone Way temprano por la tarde. Había pasado la mañana de compras en Rhinebeck. Dijo que si iban a arrestarla, quería que lo hicieran con un vestido nuevo. Incluso estuvo en el salón de belleza. Le dijo al fotógrafo en la delegación que había ido al maquillista. Si me permiten, a los muchachos les pareció gracioso. La llaman Maybelline, ya saben, *Está en ti, está en Maybelline*.

Estaba muy cansada como para sonreír.

—Sea lo que sea, sin duda está en ella.

Tan pronto lo dijo, se preguntó si era cierto. ¿Acaso los abusos que había sufrido o la genética la convertían en el tipo de madre que era? Tal vez había sido una combinación de sus propios genes y el abuso de su madre. Cualquiera que fuera la causa, a Violet sólo le quedaba retroceder y presenciar el incendio.

Por lo menos estaba más segura que nunca de que esa mujer no era su madre. Sin importar los horrores que experimentara en la vida, nada, salvo un trasplante de cerebro, la haría ver el mundo como Josephine lo hacía.

William Hurst

He aquí los cargos que Will evitó a toda costa se presentaran en contra de su madre:

Homicidio imprudencial (delito tipificado de clase C según las leyes del estado de Nueva York) por haber ocasionado el suicidio de Rose. Según el testimonio de Violet, su madre había acosado a su hermana con una sangrienta foto de un bebé desmembrado. No obstante, el abogado defensor de Josephine —un hombre astuto, guapísimo, de pelo cano, aunque algo panzón—, le había recordado al jurado que Violet era una drogadicta que solía ver cosas que no existían: aztecas, símbolos hindúes, mensajes místicos del más allá. En el juicio había mencionado la «crisis esquizofrénica», en sus propias palabras, de Violet. Había mostrado su anuario escolar y señalado una foto de Imogene y ella titulada «Psiconautas». Su madre había destruido las últimas páginas del diario del embarazo de Rose y el propio Will había jurado con la Biblia en la mano que nunca había leído ninguno de los pasajes inculpativos descritos por su padre. En sentido estricto, su testimonio había sido falso, engañoso y con un claro propósito. Pese a ello, estaba seguro de que para Dios la mayor prioridad era que uno honrara a su madre. Todavía llevaba la inscripción «CristoesAm0r» en el corazón. Cuando lo había considerado prudente, había entrado al correo de Rose y borrado su historial: correos recibidos, enviados, todo.

Usurpación de la identidad y posesión criminal de propiedad robada (delito clase E y delito menor clase A) por poseer y utilizar tarjetas de crédito a nombre de Rose. Antes de partir a la Policía aquella mañana, se había puesto la ropa que su madre le había escogido. Para variar, había sido un atuendo casual: una sudadera con bordados submarinos y un par de jeans arremangados. Al ponérselos, había sentido algo duro y rectangular en los bolsillos. Tarjetas de crédito. Cuatro a nombre de Rosette P. Hurst. Sin duda Josephine las había puesto ahí para inculparlo, la idea sacrílega le pasó por la mente. No obstante, prefería creer que lo había hecho porque confiaba en él, porque sabía que haría lo propio si algo salía mal. Un policía lo esperaba afuera de la única puerta con seguro de la casa, así que las había destruido con las tijeras afiladas con las que su madre le cortaba el pelo y tirado por el escusado. Tras un par de descargas dificultosas, habían desaparecido para siempre. (*Lamento haberlo hecho esperar oficial. Cuando estoy solo con el degenerado de mi padre, mi estómago lo resiente.*) De modo que no quedaban objetos inculpativos. Su madre las había utilizado sólo en museos, cortes de pelo y almuerzos en el restaurante formal 21

Club, en Manhattan. Había comprado boletos para las obras: *Come Back Little Sheba* y *Legally Blonde: el musical*.

Los cargos que Josephine no había podido eludir:

Obstrucción criminal de la respiración (delito clase D) por haber estrangulado a Violet. El fiscal había querido acusarla de intento de homicidio, argumentó que Josephine había atraído a Violet al campo de béisbol para ese propósito, de no haberla interrumpido Imogene, habría consumado el acto. El Zorro les había garantizado que ningún jurado en el mundo la condenaría por eso. Estaba en lo cierto, no lo hicieron. Ni siquiera a pesar de los boletos de avión: Josephine había comprado dos boletos de primera clase para ella y Will (no para viajar a Londres, sino a Croacia, en donde la vida era más barata, además Estados Unidos no tenía ningún convenio de extradición con el país). Según parece, uno de los jueces había dicho que toda madre siente deseos de ahorcar a sus hijos. A Josephine la condenaron dos años en la cárcel por haber obstruido la respiración y la circulación, no obstante, podrá salir mucho antes.

Obstrucción de la justicia (delito menor de clase A) por haber encubierto el suicidio de Rose. La confesión de su madre —grabada en el teléfono de Violet—, había sido improcedente en la corte. Pese a que Josephine le había contado casi lo mismo a la policía, no existía ningún precedente legal. Habían intentado culparla por cavar una tumba ilegal. No obstante, los perros habían encontrado los restos de Rose en la propiedad de los Hurst, en el punto exacto en donde Josephine les había dicho que estaría. Su madre no había cavado nada. Había tirado a Rose por una de las fisuras profundas de la base rocosa del bosque detrás del jardín (como el nombre de la casa lo indicaba, *Stone Ridge*, la propiedad de los Hurst constituía una especie de *cresta en la montaña*). Tras su cambio a Geología, a Rose le habían fascinado esas profundas grietas naturales de 4 x 4 metros, creadas a partir de años de expansión glaciaria. En algunos sitios, las grietas no alcanzaban ni el metro de ancho. Josephine había argumentado que se había tratado de un entierro natural y orgánico, que a Violet le habría gustado. En cualquier caso, los detalles —la lona, la carreta— habían perturbado a la mayoría. El fiscal había dicho: «Así se entierra a un perro, no es la forma de honrar a un ser humano, a una joven hermosa, un individuo único». Lo anterior había provocado que Josephine levantara la barbilla y sonriera a pesar de las lágrimas.

Le habría gustado que preservaran a Rose. En el funeral de sus sueños, habrían exhibido a su hermana en un ataúd de cristal, perfecta como una princesa de cuento o un ramillete de flores en una caja.

Douglas, en cambio, había decidido exhumarla y cremarla. A pesar de que a su funeral asistieron todos los amigos que su hermana habría creído que la habían olvidado, habían abundado combinaciones de mal gusto de flores baratas: girasoles y cosmos en tristes tarros de vidrio. La foto que habían elegido, la mostraba en ropa de montaña, con la nariz quemada y pelada.

Se sentó en los bancos de la iglesia imaginando que su madre lo habría hecho

mucho mejor. Habría habido satín rosa, peonías blancas (las rosas habrían sido demasiado obvias), un retrato borroso con iluminación tenue y de fondo, se escucharía alguna de las Variaciones de Edward Elgar, «Nimrod», quizás.

Sin embargo, Douglas y Violet lo habían organizado. Así que habían optado por iluminar la vigilia con velas y unos idiotas vestidos en franela, que no se habían dignado a rasurarse para la ocasión, habían tocado una versión folk de «The Little Light of Mine». Él por su parte, había lucido impecable, como un muñeco Ken. Se había rasurado el bigotillo de la pubertad. El Zorro le había dado una clase antes del juicio, incluso le había compartido su técnica para rasurarse la manzana de Adán (traga y aguanta). El consejo resultó ser el mismo para otras enseñanzas que los chicos del internado le tenían preparadas. «Traga y aguanta» también servía, más o menos, para fumar mariguana y tomar shots de whiskey Jameson.

Así es, al final, Will había entrado a un internado.

Se le había ocurrido la idea aquellos primeros meses cuando había parecido que las cosas ya no podían empeorar más. Douglas le había enviado a Josephine los papeles para el divorcio. Ésta esperaba su juicio en la cárcel. Violet vivía con los Field porque le daba la gana, porque podía cagar en la entrada de su casa y no limpiarlo. El mundo entero era su escusado. El CPI había garantizado que tomaría sus declaraciones sobre el abuso de su padre con absoluta seriedad, sin embargo, sin la colaboración de su hermana, era difícil demostrarlo. Además, luego de que pasara un par de semanas en adopción temporal y de que Douglas acudiera a un risible entrenamiento para ser padre, éste había recuperado su custodia.

La casa adoptiva de Will había resultado tan aburrida y consistente que le causaba dolores de cabeza. No había dramatismo ni desahogos de ira o devoción. Tenía una reacción casi alérgica a la tranquilidad. Había vivido en una granja en Pallenville, la cual consistía en hectárea tras hectárea de nada, salvo huellas de ardillas en los campos blancos o rastros de orín de venado en la nieve endurecida. Sus padres adoptivos, Sally y Larry, no tenían televisión por cable, tampoco libros, salvo un catálogo de Lehman, una ferretería en la comunidad Amish de Ohio, y una revista de supervivencia titulada *Pioneer Living*. Will había enloquecido, se había tornado concupiscente y explosivo.

Todavía peor, Larry y Sally habían sido demasiado nobles. Su carácter comprensivo lo había orillado a sentirse acorralado y había potenciado los problemas de temperamento de sus hermanos adoptivos. Los chicos con los que había vivido, Carson y Bodean, destruían su ropa para que sus padres adoptivos les compraran las marcas y los estilos que querían (conjuntos de tela de camuflaje de la tienda de ropa para exteriores, Gander Mountain). Exigían que los llevaran a urgencias si les dolía el estómago, o por joder, porque sabían que la ley obligaba a Larry a hacerlo.

Una vez que el CPI había regresado a Will a Old Stone Way, había llamado a Bodean al cabo de cuatro días. Se había sentido como un hereje por vivir con Douglas, el hombre que difamaba a su madre en la prensa, la llamaba «maestra de la

manipulación» y «el equivalente humano a un edificio en llamas».

Había requerido de la ayuda de Bodean para que lo golpeará en la cara con toda su fuerza. Había fantaseado semanas con el golpe hasta que había conseguido reunirse con él en el parque Forsyth con ese propósito. Cuando lo recibió, el golpe lo satisfizo mucho más de lo que había esperado. Además de haberlo dejado con el ojo negro, le había dado un deseo de experimentar dolor. Había vuelto esa noche para informarle a Douglas que tenía una semana para enviar un cheque válido por la colegiatura de un año a un internado mixto en la frontera de Massachusetts. De lo contrario, le diría al CPI que Douglas lo había golpeado. Todos los días lo había amenazado con hacerse daño y culparlo si no lo enviaba a vivir al pie de las montañas Berkshire. Durante la dramática confrontación, había sostenido el número del CPI en una mano y el folleto de la escuela en la otra. «De tén marín de do pin güe. Escoge», le había dicho a su padre. Si éste se hubiera molestado en estudiar la segunda opción antes de acceder, se habría encontrado con vegetación exuberante, chicos en shorts de lacrosse, torres cubiertas de nieve, arcos de ladrillo y los arrobadores descendientes de la élite del poder.

Se había puesto su uniforme (corbata roja, saco azul) para el funeral, Violet tenía la vista fija en el emblema de su caso. Lo había acosado semanas enteras, le había enviado cartas parecidas a las que «Rose» le había escrito a ella. Quería que no la odiara por haber presentado cargos en contra de su madre ni por vivir con Imogene para hacer, en sus palabras, «lo que tenía que hacer» para llevar «una vida en paz y productiva». A pesar de que nunca le había respondido, le gustaba que le insistiera. Le consolaba saber que no era el único que luchaba por obtener paz y tranquilidad. Igual que él, Violet parecía ser adicta a las confrontaciones y melodramas familiares. Sólo que a diferencia de él, no contaba con los celos insignificantes ni los apuñalamientos por la espalda de un internado para saciar su apetito por el melodrama.

Antes del funeral, Violet lo había agasajado con un arreglo comestible en su intento por hacerle ver que Josephine había viciado su relación de hermanos. Le había dicho: «Quiero que nos relacionemos de forma directa, sin que mi mamá interfiera. Me gustaría pensar que podemos acudir el uno al otro, sin pretensiones, ni guion, ni representaciones falsas de nosotros mismos».

En respuesta, Will había sonreído con superioridad y le había preguntado cómo iba su xerofagia. Violet no le había entendido y no le había dado la satisfacción de explicárselo (dieta a base de pan y agua). Había destruido a su familia, como todo lo que tocaba. Seguro la palabra ya no era pertinente. Su peinado bob le daba redondez a su cara, tenía mejillas de ardilla. Aceites, azúcares, harina: todo vegano.

Su única contribución al funeral había sido un poema que había leído en voz alta, «En memoria de una actriz», de Victor Daley. Lo había recitado con la misma solemnidad que alguna vez le había impreso a su show de Edgar Allen Poe:

No digas nada: en donde yace, déjala descansar:

¿Acaso le importa la Fama y el Arte?

¿Acaso también el aplauso? Ya ha interpretado su papel.

Sus manos relajadas descansan sobre su pecho.

Sólo Dios sabe lo que hace.

Velar a Rose había sido como velar a una celebridad. Lo había conmovido la pena de la gente, la respuesta de la comunidad, no obstante, no la había conocido bien como para que le afectara a nivel personal. Había sido una princesa, aunque no del pueblo. Para él, había sido privilegiada, glamurosa, mayor de edad a tal grado que no le parecía del todo humana. Con el paso de los años, al entrar en su adolescencia tardía, la llegó a considerar uno de esos símbolos anticuados de tiempos mejores, aquellos que a la gente le gustaba mencionar: como una combi o una hipoteca sin intereses. Había sido el símbolo del estatus de su familia, un ser atractivo aunque insostenible que les había costado mucho.

Después del funeral, había visitado a su madre, vestida en su overol naranja, y habían chismado como dos maliciosas arpías de telenovela. Ella lo había actualizado con las últimas noticias sobre su divorcio y su romance, su segundo aire. Él le había dado un manicure profesional (cutículas, capa de base).

Quirocosmética: el arte del manicure.

Como siempre, habían hablado de Londres. (Josephine: «los excéntricos que estiman los valores británicos como tú y yo»). Le había prometido que se mudarían tan pronto recibiera la fecha de su liberación. Su vida en el extranjero mejoraría cuando recibiera su pensión. Rentarían una casa en Marylebone. Le compraría un traje hecho a la medida con elegantes telas inglesas. Lo mandaría a la tienda departamental Fortnum and Mason para que comprara galletas de mantequilla con pétalos de violetas y rosas francesas cristalizadas. «¿Tienen galletas *Williams* (como la tienda *Williams-Sonoma*, la contraparte de *Fortnum & Mason*)?», había bromeado, pero no le había entendido. Lo había visto como si hubiera eructado sin disculparse y le había pedido los impresos de sus menciones en los periódicos y en internet.

Le había gustado la foto policial, no así los titulares.

Aun así lo había tomado de la mano para decirle:

—Will, nunca olvides lo que voy a decirte. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Es mejor ser odiado que ignorado.

Le creía. Cuando la visitaba, hablaban de Violet. De lo egoísta que era. De cómo había traicionado a Josephine. De cómo había difamado a Rose y su memoria. Nunca le preguntaba sobre sus ataques —los cuales había superado— ni sobre su supuesto Asperger. Si alguna vez lo hacía, le gustaba creer que entonces le contaría sobre sus problemas académicos —que estaba por lo menos dos grados atrasado en ciencia, geografía y matemáticas—, que sus compañeros lo empujaban en el pasillo y lo llamaban «maricón» y «pervertido», también que para demostrarles lo contrario, por fin se había animado a tener sexo (soso, incómodo) con una chica, una estudiante

coreana de intercambio. Le gustaba pensar que lo consolaría como una mujer en una serie cómica de televisión o en una tarjeta del Día de las Madres: que le recomendaría que fuera él mismo, que se rodeara de gente que no tuviera que aguantarlo por quién era sino que lo quisiera precisamente por ello. Una vez, cuando estaba llorando en el piso de las regaderas porque un chico blanco, anglosajón y protestante de clóset del que estaba enamorado le había propinado un puñetazo en las costillas, se imaginó a su madre meciéndolo, asegurándole que su vida se desarrollaría, poco a poco, de una forma brillante y hermosa porque se lo merecía, porque era especial.

En estos días, lo asedian palabras inusuales:

Lacayo: sirviente joven.

Pena: un homónimo que puede ser un castigo impuesto conforme a la ley por los jueces o tribunales a los responsables de un delito o falta, o bien, aflicción.

Saudade: nostalgia, añoranza por algo amado que quizá nunca volverá o fue.

Su palabra favorita, sin lugar a dudas, seguía siendo *eellogofusciouhipoppokunurious*. Significa *bueno*. No esperaba que nadie más la entendiera, era una palabra complicada para algo en apariencia tan simple. No obstante, para él, *bueno* era lo complicado. *Buen trabajo. Buen chico. Buen punto. Buen corazón.* Eran las palabras que había estado esperando escuchar toda la vida. Nunca llegaron, pero nunca dejó de esperarlas. No dejó de decir palabras extrañas e inteligentes, en espera de que algún día llegaran.

Violet Hurst

Para empezar, el interés de los medios parecía ser justicia divina. Le emocionó ver a su madre —aquella mujer que había cometido una serie de crímenes atroces porque su autoestima dependía por completo de la opinión de los demás— en el programa *Anderson Cooper 360* y leer sobre ella en la sección de Crímenes extraños de *The Huffington Post*, algunos comentarios de los lectores:

«Y el Premio a la Madre del Año va para...#sarcasmo.»

«Por artículos como éste creo que Estados Unidos necesita institucionalizar la antigua práctica China de expedir permisos de nacimiento antes de permitir que la gente se reproduzca.»

y: «¡El karma es una mierda!»

Sin embargo, no era así. Le bastaba ver cualquiera de las entrevistas de su madre para la televisión desde las escaleras de la corte para darse cuenta de que a Josephine le halagaba la atención, no le avergonzaba. No entendía la diferencia entre la fama y la infamia. Era Violet quien había tenido que cargar con la vergüenza de su madre al volver a la preparatoria de Stone Ridge y escuchar a todos murmurar a su paso.

Había planeado quedarse en casa de los Field un par de semanas, sin embargo, había resultado que la necesitaban tanto como ella a ellos. Su indignación y sarcasmo habían encontrado un lugar y propósito en la casa de los Field, sobre todo con Beryl, que había decidido adoptar un nuevo enfoque occidental que mandaba al cáncer a la mierda. Su nuevo lema había sido: quimio, no algas marinas. Las chicas le habían sugerido que nombrara a sus senos Knuckle y Knobby y que monitoreara su progreso de forma que los obligara a competir entre ellos para recuperarse. Cuando no mejoraban al mismo ritmo, Violet, Imogene y Finch se turnaban para reprenderlos con voces autoritarias, aunque tenues: *Mira, cáncer, no estamos enojados, sólo decepcionados.*

En las vacaciones de Semana Santa, Rolf los había enviado de aprendices a una granja de permacultura en Hawai mientras él y Beryl descansaban en el hotel Mana Lana Bay. Imogene no quería dejar a Beryl, ni siquiera un par de semanas, días, segundos. Lo consideraba tiempo perdido, preciosas horas con su madre que nunca recuperaría. Una vez ahí, dormidos al aire libre a 400 metros a nivel del mar, en el bosque subtropical en el que proliferaban jabalíes y ranas coquíes que cantaban en las noches, los tres estuvieron de acuerdo en que era el cambio de escenario que todos

necesitaban. Cuando haces abono de cáscara de coco, hierves raíz de taro y evacúas en la fosa séptica fría y húmeda, no hay tiempo para crisis de temprana edad.

Violet había acomodado su hamaca para que viera al oeste porque había leído en uno de los libros *New Age* de Beryl que era la dirección de los desenlaces. «¿Qué necesitas para terminar? ¿De quién necesitas despedirte?», preguntaba el autor. El atardecer hawaiano era de color rosa, como los algodones, y nubes de un clima inmejorable. Sin embargo, algo oscuro le retumbaba en el pecho. Había muchas cosas de las que tenía que despedirse y no podía.

No podía despedirse de Rose, la hermana que había conocido mejor de lo que había creído. Repasaba una y otra vez los últimos años, intentaba imaginarse lugares, momentos en los que pudo haber construido un puente, hecho o dicho algo que las hubiera unido a pesar de la presencia divisoria de su madre. (Josephine, qué asco: sucia y poderosa, rápida como el río Hudson.) Tenía visiones de Rose con una palma delatora en el vientre. Se la imaginaba subrayando su guion más reciente en la mesa del comedor. ¿Qué tal si la hubiera acompañado al centro de planificación familiar? ¿Y si se hubiera ofrecido a ayudarla a ensayar? Todas las posibilidades eran ordinarias e imposibles. Sin embargo, era difícil dejar de imaginarse salidas alternativas. Su cerebro no dejaba de concebir realidades alternas en las que estaba viva y ambas se sentían a gusto en compañía, en un lugar en el que la cercanía no era dolorosa ni traicionera.

Tampoco podía dejar de sentirse culpable por Douglas. Sus finanzas eran un desastre a causa de Will, además se había quedado solo en la majestuosa casa con tanta historia que no podía vender hasta que el divorcio concluyera. Lo visitaba casi todos los domingos y dejaba que le cocinara algo del libro de cocina de Jotam Ottolenghi. Se había obsesionado con el canal de cocina, consultaba libros de cocina de la biblioteca de Stone Ridge que apilaba en la cocina y salpicaba de salsa y aceite. Parecía que su sobriedad iba bien, a pesar de su estrés constante. Pese a ello, le resultaba agotador vivir con él. Se esforzaba demasiado en convencerla de que lo estaba superando y nunca le preguntaba si ella lo hacía. Su mirada era infantil, necesitada. A veces la veía como si fuera su madre. Otras, la halagaba con cumplidos muy raros, como si fuera su esposa. Había escuchado rumores de que se había encariñado con la instructora de spinning de su gimnasio, una adicta al bronceado, deportista que reflejaba ecos de Josephine en sus ojos oscuros y determinados. Cuando Violet se despertaba en las madrugadas —soñaba que su madre la estrangulaba—, se quedaba despierta, preocupada por la mujer que Douglas escogiera cuando se volviera a casar. Nunca dudó que pronto lo haría. Incluso sobrio, era un hombre que se aferraba con rigor a lo conocido. No buscaba un vínculo afectivo, sino uno esclavizante.

Uno creería que Will sería de quien le costaría menos trabajo desprenderse, pero resultó ser el más difícil. En él veía al niño que sus padres debieron haber sido. Quería darle una relación de confianza y respeto. En el funeral se había dado cuenta

de que la cercanía lo aterraba. La confianza le dolía al punto de la tortura. Su hermano no quería ser amado, para él, el amor era como llevar un pesado saco de yute en la cabeza. Quería apegarse al guion para el que había nacido e interpretar todos los papeles. A lo largo de su vida representaría todos los personajes de los Hurst: el verdugo, la víctima, el espectador y el héroe y nunca jamás saldría del escenario.

Violet no era una mujer recuperada. En Hawai se había dado cuenta de que no era capaz de jugar como los demás. Podía cavar zanjas, tejer hojas de palmeras hasta que le quedaran las manos rugosas y callosas. También podía beber té de hongos con miel y nadar en un mar cálido, metafísico y alucinante. Sin embargo, no podía tocar el vibráfono ni los bongos con sus compañeros. Por lo menos no si estaba sobria y por pura diversión.

Cuando el bebé de uno de los cooperativistas —rubio, de género indeterminado, sin camisa y con unos overoles hechos a mano— se le acercó con un pony de plástico, su primer instinto no había sido resoplar y relinchar, sino evitar soltarse a llorar. No era a causa de la neurosis, tampoco de los efectos colaterales de dos años desastrosos y de que su madre haya intentado exprimirle el cuello como si fuera un trapo. Detrás de su desparpajo y el aturdimiento que le provocaban las drogas, había descubierto que era incapaz de divertirse de forma inocente.

En Hawai, se había enfrentado a un pequeño apuro: se arrepentía de querer vivir para ser feliz. Se sentía culpable por tener su propia identidad y se cagaba de miedo cuando experimentaba algo hermoso o incluso agradable, ya estaba acostumbrada a que su madre se lo arruinara, robara o le restara importancia.

Quizás algún día, algún acupunturista o un sanador de Reiki dotado, sería capaz de sacarle de un tirón las balas con forma de Josephine que tenía incrustadas en su interior: su vergüenza, su sensación de mediocridad, la inclinación de absorber el dolor físico y emocional que casi nadie aceptaría padecer. Mientras tanto, decidió seguir la agridulce sensación de terror que la alertaba cuando descubría algo. No era nada profundo como «crecimiento» o «curación», más bien, reemplazaba la intranquilidad de su infancia con una pequeña dosis de gratitud por aquellos breves instantes en los que podía vivir el momento y ser ella misma.

Una noche, después de colocar el abono, Finch la besó en la tina que calentaban con madera. Fue un buen beso, profundo, escalofriante. Los sorprendió a ambos llorando como si la hubiera golpeado. Finch la recargó en su pecho y se rió, «Así que te gustó, ¿eh?». Le había gustado, a pesar de su reacción. Había sido un buen beso, aterrador y largo.

La noche anterior a su partida de la granja, fueron testigos del parto de un jabalí. Tres machos y tres hembras. Desnudos y de color beige, eran como venados miniatura o ardillas gigantes. Cada uno había aterrizado de cabeza en el mundo y había permanecido estupefacto en la tierra mientras sus hermanos, minutos mayores que ellos, los recibían con un olisqueo. Aún con el cordón umbilical caminaron,

chillando, se esforzaban por meter sus patas traseras. A lo mejor era una tontería dejarse conmover por esta especie, pero Violet y sus amigos lo estuvieron. Fue un nacimiento intenso, sangriento como cualquier tragedia. Los dejó pasmados. Al terminar, Finch se había emborrachado con ron. Imogene había llorado tanto que al día siguiente seguía teniendo la cara roja. Otro de los internos había repetido en su borrachera: «¿No sería increíble? ¿Venir al mundo y ser capaces de ponernos de pie de inmediato?» Lo era, incluso ella notaba que eso mismo había hecho. Había escapado de los desastres más funestos de su vida: su nacimiento y su madre. La dinámica de su familia y su infancia. Había sobrevivido y ahora le tocaba hacer más, vivir en vez de intentar aguantar día tras día. Para ser honestos, era más abrumador que emocionante. Había sido fácil causarle felicidad o infelicidad a su madre. Luchar por conseguir su propia felicidad era menos sencillo. No sabía ni por dónde empezar.

Cuando la aceptaron en la universidad para estudiar arte, se sorprendió. Sobre todo porque Douglas, sin un centavo por los gastos de la escuela privada de Will, no tenía dinero para pagar la colegiatura. Así que trabajó todo un año de tiempo completo en la granja de los Dekker para ahorrar.

Resultó ser el tipo de trabajo manual y agotador que necesitaba. La señora D la eximió de trabajar en la caja registradora y con los turistas, le asignó el trabajo más pesado de la granja. Jalar las mangueras, tirar llantas de coche usadas a la cubierta de plástico del ensilado. La mantenía alejada de la entrada de la granja; el nuevo abogado defensor y novio de Josephine solía merodear en el estacionamiento para espiarla, con lentes de sol y su convertible. No tenía idea de lo que le reportaba: *Violet recargó el bote de verduras de hoja miniatura y después reabasteció los quiches congelados.* Qué jugoso. O a lo mejor lo era. Incluso en los confines de su celda de 3 x 3, a su madre seguro le daba gusto que no estuviera en la universidad. Todavía era fácil recordar su voz: *¿Lo ven? Les dije que era una fracasada. Sin disciplina, poca inteligencia. Era obvio que no tendría cabida en la educación superior.*

Eran los pensamientos que Violet no podía tener en el campo, donde las articulaciones le tronaban y la nariz se le ponía roja. Era imposible que pensara en ello cuando hacía ese tipo de trabajo. Acarrear y excavar la distraía del pánico (a su madre), coraje (por Will) y frustración (por su padre) que le quedaban.

Su trabajo con los Dekker no siempre era no cualificado. Era la protegida de la señora D. La llevaba a sus juntas de la Asociación de Productores Locales y le había encomendado la tarea de pintar el anuncio de la granja con la cosecha de la semana. El producto final solía ser oscuro y gracioso: una mujer del tamaño de Pulgarcita que se esforzaba por cargar un elote, un niño con una manzana en la cabeza como si fuera a recibir un disparo. Incluso convenció a la señora D de abrir el local de la granja como tianguis durante los meses invernales. Pese a que las ganancias no eran

estratosféricas, le daba un empujoncito a la comunidad esas semanas solitarias antes de que la tierra se deshielara y recibieran los catálogos de semillas en el correo.

Cuando Finch e Imogene se fueron a la universidad, Beryl la dejó quedarse en la cabaña para invitados de la casa sin pagar renta. Logró comprarle un coche a uno de los proveedores de carne de los Dekker. De hecho era un camión, era una pickup fea pero bien conservada con millones de kilómetros que planeaba manejar hasta que las válvulas se quemaran. Lo usaba sobre todo para visitar a Imogene en la universidad de Hampshire y a Finch en Wesleyan. Aunque los dos habrían querido ir a la Universidad de Vermont, habían decidido quedarse cerca de casa, o más bien, de Beryl. Violet llegaba a cualquiera de las dos universidades en dos horas.

Seguía en contacto con Edie. Había vuelto a Vassar, estaba completando los créditos que le quedaban con una clase de teoría para la que escribía ensayos sobre sociedades neoliberales y filosofías posclasicistas. Sus compañeros usaban con demasiada ligereza la frase «constructo social», lo cual la volvía loca.

En uno de sus correos casi semanales, le había contado: «Hoy alguien levantó la mano y dijo que la depresión era un constructo social. Te lo juro que me esforcé por no aventar el escritorio. Ya sé que no debería tomármelo personal. Creen que la cátsup es un constructo social, lo mismo que los pants. De todas formas, me siento juzgada y sola.»

Durante un puente, fue a Poughkeepsie a pasar el fin de semana con ella. Edie había permanecido en Fallkill más de lo esperado así que sus compañeros de casa habían tenido que rentarle su cuarto a otra persona. Así que Edie había vuelto a las residencias de estudiantes, compartía cuarto con una chica (no la había elegido ella) que usaba demasiado labial rojo, bebía agua de una copa de Bordeaux y sólo hablaba de su «flexibilidad hetero». Es decir, no se decidía si acostarse con el amigo de su novio era el fin de una relación monógama o el principio de una polígama.

Para ese entonces, ya no se sentía fuera de lugar en el campus de una universidad. Era distinto de las primeras veces en que había visitado a Imogene y a Finch y no había entendido los acrónimos con los que describían los edificios y las cafeterías: ASH, CFF, MDB. No la sorprendían los relatos sobre sexo en la biblioteca ni la repugnaban los aromas a ropa húmeda y cerveza barata y aguada.

Edie no había tenido ninguna crisis a raíz de su más reciente coctel de medicamentos, sin embargo, aún no estaba del todo tranquila. Era como si hubiera llevado al perro negro de la depresión a la frontera de Pensilvania y lo hubiera abandonado en un campo. Si bien ya no estaba, seguía vivo, en algún lugar. Temía escucharlo rascar a su puerta, más sucio y rabioso que nunca.

«Me pasa lo mismo con mi madre», le había confesado Violet.

Cuando Josephine había empezado a cumplir su sentencia, le había enviado una carta breve en la que le decía que tenía muchas ganas de «reconstruir su relación». Argumentaba que las otras reclusas estaban hartas de escucharla llorar. También, que había perdido no a una hija, sino dos. Durante una o dos semanas, no había hecho

nada con la carta, no sabía si eran sólo palabras, como la seducción de un esposo golpeador: *Lo siento mi amor, eres todo para mí. Te juro que no volverá a pasar.* La diferencia era que Josephine no había admitido nada. De hecho, no se había disculpado.

Había estado componiendo su respuesta, dispuesta a darle a su madre el beneficio de la duda cuando recibió una segunda carta. Esta vez la acusaba de utilizar lo sucedido con Rose como «excusa» para «terminar» su «relación». También, que siempre había sido difícil: un bebé con cólicos, una niña rebelde, una joven de mente cerrada, inconformista e imposible de querer.

Sí escribió una respuesta para esa carta. Estaba en camino del correo cuando se dio cuenta de su ingenuidad. Si Josephine no podía valerse de falsas promesas para engancharla de nuevo, entonces emplearía insultos con la esperanza de que reaccionara de inmediato para defenderse. Decidió no aceptar el reto y romper el sobre.

El novio de Josephine empezó a mandarle regalos a la dirección de los Field. Una bata de baño grande y esponjosa (la tarjeta leía: «Mami quiere asegurarse de que estés bien tapada»). Un collar con un pendiente en forma de H (por su apellido) con una tarjeta que leía: «De parte de tu madre que te quiere y piensa en ti en tu cumpleaños». Donó la bata a la tienda de segunda mano del Centro tibetano. Devolvió el collar al remitente.

Por último, Josephine le mandó una carta feroz a Beryl para acusarla de poner a Violet en contra de su propia madre. La convenció de no responderle. «Es contraproducente para todos nosotros», le explicó. «En vez de ayudarme a desprenderme, empezará el ciclo de nuevo y la odiaré más.» Desde entonces, no había sabido nada de ella. Se trataba de un silencio tranquilo aunque efímero. Le daba la impresión de que su madre no había terminado.

Durante el puente en el que visitó a Edie, ésta le dio un instructivo para olvidarse de su madre. Estaban tomando café endulzado con miel en su cafetería favorita a una cuadras de la universidad:

«En un año más lograrás olvidarla, dejará de existir para ti. Serás capaz de definir tus propios mecanismos de supervivencia y conductas derrotistas. A lo mejor te alocas: tatuajes y sexo casual. No te pases. Al cabo de dos años, serás capaz de considerarte fuera de tu contexto familiar. El periodo de luto disminuirá poco a poco. En cambio, el proceso de olvidarte de lo que te enseñó irá muy rápido: ideas retorcidas que dices y piensas pero que en el fondo no crees. Luego de tres años, serás capaz de elegir parejas confiables, no idiotas que detonen tus problemas familiares. A los cuatro años, te darás cuenta de que cuidar a la gente se siente bien, aunque tampoco eres Atlas. No es necesario cargar al mundo ni ayudar a todos en sus crisis. A los cinco, la intimidad seguirá siendo un problema, aunque no te lanzarás de

cabeza a relaciones que sabes que no quieres.»

Violet asintió pese a que la relación con Finch marchaba bien. Habían considerado que Violet se mudara a Middletown el año próximo. La alentaba a enviar su solicitud al departamento de arte con una serie en la que había estado trabajando. Eran dibujos a lápiz en 3D que luego había fotografiado. Si dibujaba una tarántula, fotografiaba sus dedos al levantarla. Si dibujaba dominós cayéndose, le tomaba una foto a su mano derribando el primero.

—¿Cuándo me sentiré bien o por lo menos neutral? —le preguntó Violet.

Edie se quedó pensando. Lucía mayor de lo que había parecido en el hospital, se asomaban unas canas prematuras de su cabellera oscura.

—A lo mejor en cinco o diez años. Para entonces, estarás muy cansada. Ya no te quedará energía para ser destructiva.

A veces añoraba el programa de rehabilitación del hospital. Hubiera deseado que su problema fuera una adicción. Desprenderse de su familia, incluso si había sido abusiva, era más difícil que dejar una adicción a las drogas.

—¿Hay algo más?

—Ayuda conocer a mujeres mayores. Vecinas, mentoras. No le des la espalda a las mujeres que te ofrezcan su bondad maternal. Sin embargo, acude a varias personas, no a una, porque así empiezan los problemas.

Para cuando Beryl perdió su batalla contra el cáncer, Violet ya había vivido el duelo por Josephine como si ésta hubiera muerto. Ya se había sentido enojada, triste, incómoda en público: inepta y torpe, sus conversaciones eran incómodas, incluso sus saludos lo eran. Ya se había reconciliado con el hecho de que nunca tendría una madre que celebrara con ella el día de su boda o el nacimiento de su primer hijo. Ya había aceptado no tener una madre biológica a la cual llamarle cuando las cosas no iban bien: cuando la despidieran o se le descompusiera el coche. Aunque Josephine hubiera estado en su vida, nunca habría sido capaz de hacer esas cosas porque no permitiría que nadie fuera feliz a menos de que ella fuera la fuente de su felicidad. Si hubiera tenido un éxito que celebrar, Josephine habría actuado de forma negativa y celosa. Si se hubiera sentido triste, la habría hecho sentirse peor. Extrañaba la idea de una madre (en general) mucho más de lo que extrañaba a su madre.

Beryl había sido distinta. Cuando murió, Violet extrañó un millón de detalles súper importantes. Extrañaba que cuando no podías resolver algo en la cocina, encontraba la forma de ayudarte sin hacerte sentir como tonta: extiende la masa pegajosa en papel encerado, golpea el diente de ajo con el mango de un cuchillo. Extrañaba que cuando se había mudado de la cabaña de huéspedes, Beryl inventaba cualquier pretexto para visitarla o llamarle, por ejemplo, para contarle algo gracioso que le había ocurrido en la tienda de colchones, y con ello asegurarse de que en medio de la tormenta, Violet no se sintiera indefensa. También extrañaba que Beryl te

miraba a los ojos cuando le contabas algo: su mirada dulce decía: estoy contigo. Aunque no esté de acuerdo, aquí estoy, atenta. Quiero entender.

En esos primeros meses posteriores al funeral de Rose, Beryl le había dicho: «Sé que de momento todo es un desorden. Tal vez te dé la impresión de que la vida te ha lanzado un montón de ingredientes. El aire está lleno de harina, la leche gotea de la mesa. Algún día, vas a convertir todo lo que estás viviendo en una pila de deliciosos hot-cakes.»

La última vez que la había visitado en el ala de enfermos terminales del hospital, Beryl había levantado la cabeza de la almohada y había dicho: «Trae la miel porque huele a hot-cakes». Las enfermeras creyeron que desvariaba. Sin embargo, Violet supo a qué se refería. Su vida era como un placer culposo, algo que se había robado. Era el regalo que su madre nunca había querido darle. Josephine había dado a luz a Violet para Josephine.

Ahora Violet tendría que vivirla por ella misma.